

HOJAS  
DE  
DIARIO

POR

M. L. OLLEROS



Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES

San Martín, números 96, 98 y 100

LA PLATA

Boulevard Independencia, esq. 53

1887



## DOS PALABRAS

---

El título de estas páginas indica que ellas son arrancadas á mi colaboración en la prensa periódica.

Al darlas nuevamente á la publicidad en la forma de libro, cedo al empeño de algunos amigos; y como pueden considerarse anónimas por cuanto soy desconocido en Buenos Aires, no abrigo pretensiones de ningún género; no busco el aplauso ni temo la crítica.

Allá van, protegidas por la insignificancia de mi nombre, dedicadas á los buenos amigos que me alentaron á escribirlas y como pobre tributo rendido por el más humilde de los hijos de la campaña á las buenas y bellas letras.

Debiera terminar aquí, que enemigo soy de prólogos; pero debo al lector desconocido algunas explicaciones sobre la contestura del volumen.

Lo he dividido en cinco partes, completamente distintas. La primera, *Veladas literarias*, contiene tres escritos leídos por mí en fiestas de beneficencia, y se titulan *El porvenir Argentino*, *Los héroes olvidados* y *Camila*. Este último ha merecido juicios benévolos de quienes lo conocen y es, entre todos los míos, el que más quiero,

sin que al hacer esta declaración le atribuya mérito alguno.

*Cartas á un amigo*, son una colección de estudios sociales y políticos, varios de ellos inspirados en la miserable condición en que viven las gentes pobres de la campaña; los otros son una crítica desautorizada pero sincera de nuestra organización política y de nuestro régimen electoral.

Escritas estas cartas en una época lejana, no encierran cargo ni alusión alguna á la actual administración, de la cual he sido y soy ferviente partidario. Hago esta salvedad, porque pudiera creerse que hay en ellas reproches á los Gobiernos que rijen en el presente los destinos del país, y al reproducirlas, quiero hacerlo tal como por primera vez se publicaron.

*Dorrego ante su posteridad*, es un estudio sobre la revolución de mil ochocientos veintiocho y la muerte de aquel gobernante. Tres escritos de controversia publicados en respuesta á otros del apreciable joven don Carlos A. Fernandez. <sup>(1)</sup> Ellos ofrecen mi entusiasta homenaje de admiración y cariño al brillante opositor de Rivadavia, al noble espíritu, al bravo militar coronel don Manuel Dorrego, cuyo genio, háse dicho con justicia, palpita en nuestras instituciones y reclama de la generación presente un trozo de piedra para labrar su estatua.

Y á propósito de Dorrego, se creerá, tal vez, hallar contradicción entre mis apreciaciones respecto á su credo político y mis cartas sobre el sistema federal, pero

(1) Los escritos de Fernandez van en el Apéndice.

ella, para el que leyere detenidamente, será solo de apariencia.

Dorrego era federal por convicción y creía de buena fe que el sistema que había visto tan admirablemente practicado en la República del Norte, era aplicable á las Provincias Argentinas. Los que vinieron después de la caída de Rosas, los que votaron la Constitución Nacional en 1853, los que la reformaron en 1860, no la aceptaron, en su mayoría, por convicción ni porque los pueblos así lo exigieran, sinó por acallar las ambiciones personales de oscuros caudillos del interior. He ahí la diferencia y he ahí explicada la aparente contradicción de mis escritos.

*Cuentos*, es una colección de novelitas cortas, publicadas en el folletín de diversos periódicos. Las que llevan por título *Los desheredados argentinos* y *Patricio Rayo*, tienen por objeto poner de transparencia la suerte infeliz de los proletarios en los pueblos de campo y combatir á las que, solamente por sarcasmo, pueden llamarse Defensorías Municipales de Menores, en la Provincia de Buenos Aires.

*Artículos varios*, son tomados al acaso de mi colaboración en la prensa, desde 1875 hasta la fecha.

Tal es, en conjunto, el libro que entrego á la publicidad, y que, como antes lo dije, ni pide aplausos ni teme á la crítica, acogido á su escaso valer y á la insignificancia de

EL AUTOR.



# VELADAS LITERARIAS





# EL PORVENIR ARGENTINO

---

¿Cuál es la misión deparada á la Nacionalidad Argentina? ¿Cuál es su porvenir?

Los idealizan los poetas llamándolos de luz y de esperanza, como endiosaron nuestro pasado llamándonos pueblo redentor.

¿Engaña á los hijos de las Musas su ardiente fantasía, ó son ellos la columna de fuego, el eco profético que deben guiarnos al término de nuestro viaje?

Eso es lo que, contando con vuestra benevolencia inagotable, voy á permitirme examinar.

## I

Los pueblos viven un instante en la historia del mundo, que para él son minutos los siglos, y aun los más excelsos, los que llenaron el espacio con resplandores vívidos de gloria, que perpetúan su nombre al través de la oscura noche de los tiempos, haciendo imposible la desaparición de su recuerdo, vivieron sujetos como el más débil insecto á la ley ineludible y eterna de la decrepitud.

Nacer, vivir una vida estéril ó alcanzar el *sumum* de las grandezas posibles; debilitarse en los vicios como Babilonia, ó inmortalizar un nombre, como en las Termópilas Esparta; alzar tronos á las artes y á las ciencias como Atenas, ó arder con sus hijos como Numancia: la muerte llega para todos, sin que haya noticia en el larguísimo catálogo de los que fueron, sino de uno, la Eterna Roma, que del seno de la tumba, porque Roma, en verdad, había muerto, haya renacido con nuevos esplendores, colocándose á la cabeza de un pueblo robusto y viril que ha de inmortalizar su nombre, más que por los hechos estruendosos de los Césares antiguos, por las conquistas pacíficas de la libertad y el progreso humanos.

Y observad que así como en el mundo físico al árbol que cae sucede el nuevo vástago, lozano y erguido, y al hombre que sucumbe el joven lleno de vigor; en el mundo moral, que es el de las naciones, nacen bellas y fuertes las que deben suceder á las que cumplieron su misión en la historia.

Pasan Asirios y Fenicios, Egipcios y Persas, Israelitas y Babilonios, Grecia y Roma; húndense las nacionalidades bajo el casco de indómitos corceles guiados por los Bárbaros del Norte, desplómanse con sus altares los dioses, rásganse los viejos códigos, cubre el Universo la noche oscura de la Media Edad, y cuando menos se esperaba, cuando todo parecía presagiar la perpetuación del caos, surgen de su seno por la agrupación de los pequeñísimos estados que formaban el patrimonio de los caballeros feudales, nuevas y fortísimas naciones que estaban destinadas á marchar, y marchar adelante, al través de dolores y fluctuaciones infinitas, dejando la ignorancia á la espalda y llevando á su frente como fanal magnífico é inmenso, la luz eterna del progreso!

## II

Era llegado el gran momento histórico.

Los rayos postrimeros del sol medieval, arrojaban pálidos reflejos sobre el mundo.

Los últimos cruzados, descendientes de aquellos que á la voz de Pedro, el ermitaño de Amiens, atravesaron el Africa y el Asia para ir á la conquista del Sepulcro de Cristo, habían vuelto á la Europa dejando tras de sí rastros de sangre infecunda, y trayendo en el corazón desencantos é indecibles amarguras.

Guttenberg, el mesías de la libertad intelectual, acababa de descubrir y dar aplicación á esas letras movibles que hoy constituyen la imprenta; agentes inanimados, si queréis, pero agentes poderosos de grandes y redentoras cruzadas, cuyos valerosos caballeros, armados de ideas y doctrinas generosas, han dado la vuelta al mundo predicando, señalando é imponiendo, nuevos mandamientos, nuevos horizontes y nuevas obligaciones á la humanidad regenerada.

Fernando é Isabel, frente á los muros de la oriental Granada, luchaban con esfuerzos heroicos por arrojar de España á los sectarios del Profeta.

La hermosa ciudad iba á ceder al fiero empuje de los héroes castellanos; y la Nación Ibera, aquella en cuyos dominios debía no ponerse el sol jamás, se ofrecía tras siglos cruentos de guerras titánicas, potente y majestuosa ante los ojos del Universo asombrado.

Fué en aquella época, esencialmente histórica y solemne, que un pobre loco (así lo llamaban los sabios de la tierra apoyados en añejos códices), se atrevió á presentarse ante los Príncipes Católicos, pobre y desvalido, para ofrecer á los Reyes de Aragón y de Castilla un

Mundo cuyo cielo, cuya posición y cuyos límites no podía precisar su imaginación calenturienta.

Era un loco, sí, como Cristo, como Galileo, como Sócrates. . . ¡loco, mil veces loco! . . .

Así denomina el vulgo necio á los genios que no comprende, porque le son superiores; así los llama y los clava en la cruz, aproxima á sus labios la cicuta ó los obliga á negar la evidencia, aunque esos locos, llevando en su frente y en su pecho la inteligencia y el aliento de los dioses, hieran el suelo con su planta y desafíen el pasado, lanzando el sublime grito: ¡La tierra se mueve! . . .

El aventurero Genovés, Cristóbal Colón, el que había mendigado para sí y para su hijo un asilo y un pan en el convento de la Rábida, dejó atrás las Columnas de Hércules, penetró en el mar inmenso y tenebroso, burló á los elementos conjurados, despreció las variaciones de la aguja magnética, y el 12 de Octubre de 1492 asistió al génesis de un Mundo!

Al *fiat* de sus labios, el Océano, el temido y jamás explorado Océano, dió á luz á la virgen América, que creía su eterna compañera, y con ella á la madre de instituciones fecundas, de pueblos ricos y vigorosos, destinados á hacer posibles en el porvenir las más avanzadas utopías republicanas.

El loco, el aventurero Genovés, había burlado á los cielos, á los sabios y á la historia, y Colón é Isabel de Castilla habían immortalizado sus nombres!

### III

Un día, fué en lo antiguo, día de angustias supremas, de supremos dolores, cuando el mundo pagano vacilaba sobre sus cimientos y se oían bajo la tierra rumores

sordos que presagiaban próximos terremotos, viéronse en el Olimpo fatídicas señales y oyóse una voz lastimera que decía:—¡Los dioses se van!

Y los dioses se fueron, porque había sonado para las viejas sociedades la hora de los tremendos cataclismos.....

Diez y ocho siglos más tarde, una frase semejante resonó en los oídos de las testas coronadas de la Europa, y el grito de exterminio partía de la patria de los antiguos Galos.

La Francia había proclamado la igualdad debajo de Dios, de toda la especie humana; había negado el derecho divino de los reyes para oprimir á los pueblos, y para cerrarse toda salida del palenque donde voluntariamente se encontraba, arrojó al cesto ensangrentado de la guillotina las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta.

Los déspotas recogieron el guante y la lucha se trabó espantosa.

Luego, en lo más recio de la borrasca, apareció un soldado de fortuna que unció á su carro de triunfador pueblos y reyes, ayudado en sus empresas temerarias por el entusiasmo de un pueblo inmenso y generoso, y mientras él, Napoleón, contaba el número de sus victorias por el número de sus días, no encontrando en Europa teatro suficiente á su ambición, una escena nueva, sorprendente y magnífica se desarrollaba de este lado del Atlántico:—la América del Sud nacía á la vida de los pueblos libres!

Vosotros que me escucháis, conocéis esta historia:

Ejércitos extranjeros que llegan al Plata.

Un virey que huye y es depuesto por el pueblo.

Ese pueblo armado, que por primera vez mide sus fuerzas y triunfa.

España invadida por las águilas francesas.

La guerra y el horror en la Península.

Aquí, albores de un nuevo día.  
Cabezas privilegiadas que presienten y que dudan.  
Sordo rumor de multitudes.  
Estremecimientos inexplicables pero reales.  
Un Cabildo abierto . . .  
Luego . . . la tragedia de la Cabeza del Tigre.  
Expediciones al Paraguay, al Alto Perú y á la Banda  
Oriental.  
Un Congreso que nos declara independientes.  
Triunfos en Chile, en el Océano, en Lima!  
La guerra civil, el caos.  
Disolución de la Nacionalidad.  
Atroces tiranías.  
Caceros, Cepeda, Pavón!  
República Argentina, una é indivisible!

#### IV

Constituimos un gran pueblo, porque somos republicanos y libres!

En setenta años de vida independiente, hemos abandonado el sangriento estadio que las naciones europeas han tardado siglos en recorrer, y mientras allende los mares son aún irrealizables quimeras los nobles principios de igualdad, libertad y fraternidad que forman el credo de la nueva religión, nosotros los hemos incorporado á nuestras leyes, identificándonos con ellos, y demostrando con el ejemplo que son iguales los hombres, sus derechos y sus deberes, y que el más humilde, el hijo de las últimas capas sociales, puede por la virtud y por el saber, por el trabajo constante, robar sus rayos á los cielos y escalar las excelsas cumbres de la gloria.

Murió de muerte eterna, dos mil años hace, un pueblo que se llamaba á sí mismo predilecto de Dios: era Israel.

Sus leyes mezquinas, inspiradas en principios más mezquinos aún, prohibíanle todo contacto con los hombres extranjeros, á quienes miraban como piara de cerdos inmundos, y de los cuales temían el contagio de errores religiosos, como si el que posee la verdad, la verdad única é increada que procede del Eterno, pudiera temer nada de los sacerdotes de falsas doctrinas.

Y aquel pueblo murió gangrenado por sus propios vicios, que se perpetuaban por la trasmisión de padres á hijos, por el comercio constante entre los miembros de una misma familia, cuya sangre no se renovaba, cuyas inteligencias no recibían ni querían recibir el bautismo de nuevas y salvadoras ideas.

Nosotros, es decir, los pueblos Americanos y en especial el Argentino, hemos probado á la faz de la historia que el hombre es ciudadano del mundo, y que su patria, su religión y su Dios se encuentran y pueden recibir culto allí donde la fortuna le lleva, donde abre con el arado un surco, donde echa los cimientos de su hogar y coloca sobre una frente pura la nivea corona de azahares.

Hemos hecho más, si cabe, reconociendo al extranjero hermano nuestro en la santa comunión de la democracia, y saludando apóstoles del progreso á los que, trasponiendo montañas ó surcando mares, importan á la República de Mayo las semillas benditas de la ciencia, industrias y artes, ó fecundan el suelo virgen del desierto con el sudor del trabajo honrado.

Lejos de nosotros se encuentran las vetustas ideas que señalan en el hijo de otros países al frio calculista, que nos arrebatara tesoros propios para enriquecer pueblos extraños, pues sabemos que allí donde la inmigración espontánea acude en corrientes bienhechoras, se improvisan ciudades como Chicago, y pobres colonias, sin vida ni elementos propios, como las de Norte América, se colocan en cien años de vida libre á la cabeza de los soldados del progreso universal.

Sabemos, y lo sabemos por experiencia propia, que el extranjero que llega á nuestras playas y establece en ellas su hogar, pasa á ser carne de nuestro cuerpo social y queda vinculado por la familia á la patria adoptiva, que los tesoros que adquiere los debe al pueblo y los consagra al adelanto del pueblo, que sus hijos son ciudadanos argentinos que más tarde sostendrán con bazaría el pabellón bi-color, ofreciendo su sangre, si necesario fuere, como precioso holocausto á la libertad.

No preguntamos, no queremos preguntar al extranjero, cuál es su nacionalidad, cuál su dogma político, cuáles sus creencias religiosas.

Son hombres de inteligencia ó de trabajo, y eso nos basta.

Ellos suelen llamarse Brown ó Garibaldi, heroicos soldados, batalladores incansables; suelen llamarse Gould, Bonpland, Bravard, reveladores de la ciencia; suelen llamarse Juan Carlos Gomez, Francisco Bilbao, apóstoles y mártires del pensamiento libre; suelen llamarse, por fin, García Velloso, hijo predilecto de las Musas.

Y no son ingratos, nó! Déjanos, en pago de nuestro amor y nuestra hospitalidad, hazañas legendarias, secretos arrancados en largas vigiliás á los más remotos astros, á las entrañas duras de la tierra, ejemplos fecundos de sublime abnegación, cantos inspirados y armoniosos, y todos á una cooperan con nosotros á llevar una hoja más á la guirnalda inmarcesible de la patria, á escribir líneas de oro en las páginas de su historia inmortal.

Si alguien dudara de estas verdades inconcusas, mostradle las miriadas de hombres que á nuestros puertos acuden, mostradle el libro de nuestras instituciones venerandas, mostradle la antes desierta campiña, donde como por mágico conjuro se levantan magníficas ciudades, enseñadle las cintas de acero por donde se desliza audaz locomotora, las gallardas naves que llenan



nuestros ríos, los alambres eléctricos que nos ponen al habla con el mundo.

“Esos son, decidle, los milagros de los nuevos dioses, esos los preceptos del moderno decálogo, esos los cruzados de las nuevas creencias, esos los templos de la religión del porvenir!”

## V

Marchamos, pues, rápidamente, y marchamos con rumbos fijos hacia horizontes espléndidos.

Tenemos por guía el ígneo sol que brilla en la bandera de la Patria, por fuerza la constancia y la fe del obrero del Evangelio.

Puede depararnos el destino momentos de prueba dolorosa.

Malos gobernantes, partidos intransigentes, sangrientas revoluciones, pueden detener nuestro vuelo atrevido; pero esos gobernantes, esos partidos y esas revoluciones, serán en nuestro cielo como las aves de paso ó las nubes fugitivas que no apagan el brillo del rey-astro ni cubren al mundo de tinieblas.

Trabajemos, trabajemos con aliento inagotable, con mayor brío, con mayor pujanza á cada paso del camino, y no olvidemos jamás, que si distamos quinientos años de nuestro perfecto desarrollo y veinte siglos de nuestra decadencia, la muerte nos alcanza; porque todos los pueblos, aun los más excelsos, los que llenan el espacio con resplandores vívidos de gloria, que perpetúan su nombre al través de la oscura noche de los tiempos, se encuentran sujetos, como el más débil insecto, á la ley ineludible y eterna de la decrepitud.

Que no suene para nosotros la hora tremenda, y encuentre nuestras manos vacías de buenas obras!

Hemos hecho mucho, es verdad; hemos realizado en siete décadas portentos que otras naciones no alcanzaron en siete veces siete, pero la misión de aquéllas fué de transición, y la nuestra es de progreso infinito.

Pródiga naturaleza nos dió á manos llenas sus dones, y ellos nos serán exigidos con creces.

No basta que hayamos realizado como buenos nuestra misión de pueblo redentor, sembrando, por decirlo así, naciones libres y soberanas en el círculo de fuego trazado por nuestras armas victoriosas. Nos restan las tareas bendecidas de la paz, nos resta pronunciar la última palabra sobre la libertad moral y física del hombre.

Ese es nuestro destino, ese nuestro porvenir, que son, cual lo veis, de luz y de esperanza!

Realicemos los nobles ideales de los apóstoles de la libertad del alma: seamos hombres de trabajo material é intelectual; transformemos el desierto, canalicemos los ríos, horademos las montañas, fusionemos en una en nuestro suelo las razas todas del orbe, persigamos en sus últimos baluartes á las preocupaciones del pasado, y habremos creado al hombre del porvenir, haciéndonos dignos del aplauso de la Historia!

# LOS HÉROES OLVIDADOS

-----

( ESTUDIO HISTÓRICO )

## I

Cuando Napoleón Bonaparte escuchó el primer cañonazo disparado en Friedland, electrizó á sus soldados gritándoles: “Hoy es aniversario de la batalla de Marengo!”

Si el espíritu de San Martín tomara en este momento carne mortal: “Argentinos!—nos diría,—poneos de pie y saludad el aniversario de la batalla de Maipó!” (1)

Pero no es de San Martín, el redentor armado de medio continente, ni del suceso glorioso que hoy conmemoran dos naciones libres, de lo que voy á hablaros.

Nó!

Debemos exhumar de la tumba de la historia, para presentarlos al agradecimiento de Argentinos y extranjeros, los nombres no desconocidos, pero sí olvidados, de los primeros mártires y verdaderos precursores de la independencia sud-americana.

-----

(1) Este estudio fué leído en la noche del 5 de Abril de 1885.

Y digo que debemos presentarlos al agradecimiento de Argentinos y extranjeros, porque al hablar de nuestra independencia no la considero del estrecho punto de vista de la nacionalidad á que pertenezco, que, á mi juicio, los grandes sucesos que hacen época en la historia del mundo, como la Reforma, la Revolución francesa y la misma Revolución americana, no son, simplemente, glorias nacionales, sino conquistas de la humanidad entera que, pese á los pesimistas, tiene el progreso por suprema ley de sus destinos, y marcha y marchará con banderas desplegadas en busca de la posible perfección.

Los soldados, pues, de una causa justa, ora ostenten en sus sienes la corona olímpica del triunfo ó lleven en sus manos la triste palma del martirio, son apóstoles del adelanto universal y acreedores á la gratitud de los hombres.

Es por eso que nosotros, Americanos, que gozamos de los beneficios de la independencia y que hemos deificado á los héroes que la conquistaron en combates sin número, debemos recordar y bendecir los nombres de aquellos indios abnegados que, treinta años antes del 25 de Mayo de 1810, levantaron en el Perú la bandera redentora y cayeron como buenos, defendiéndola.

De ellos voy á ocuparme, de ellos, á quienes hemos condenado al más ingrato olvido porque no triunfaron, y á quienes habríamos aclamado grandes y padres de la patria si hubieran obtenido la victoria.

Larga es la historia, larga y dolorosa, pero será conciso al referirla, porque el olor de la sangre marea, y la que injustamente se derrama no se borra de la faz de la tierra ni al través de los siglos:—las aguas del Diluvio no bastaron á lavar la derramada por el primer fratricida, y la maldición del cielo persigue aún y perseguirá hasta la consumación de las edades á los hijos de Cain!

## II

Vientos de libertad soplaban, como nuncios de mejores días para el mundo de Colón, desde las tierras del Norte.

El Acta inmortal de Filadelfia había sido firmada, y los ejércitos de Washington la sellaban con su sangre.

La hora en que los pueblos sud-americanos debían romper los vínculos que los ligaban á la madre patria, estaba próxima á sonar en el reloj de los tiempos.

Hecho fatal que tarde ó temprano debía producirse, había sido presentido por los hombres de Estado Españoles, y el Conde de Aranda, sabio Ministro de Carlos III, propuso más tarde al Monarca independizar sus colonias Americanas, sobre la base de un pacto de familia, que traería á reinar en estos países á príncipes borbónicos, reconociendo *ipso facto* la santidad de la revolución.

En tales circunstancias, cuando la corrupción se había hecho general entre los que mandaban en América, y, según las palabras de un escritor de aquella época, " el bien público era sacrificado á los intereses particulares: la virtud y el respeto á las leyes no eran más que un nombre vano: la opresión y la inhumanidad no inspiraban ya horror á los más de los hombres, acostumbrados á ver triunfar el delito;" en tales circunstancias, digo, estalló la guerra entre Inglaterra y España.

Los que de tiempo atrás esperaban un momento propicio para sacudir el tutelaje de los Vireyes, creyendo que nuestros pueblos habían llegado á la adolescencia, y podían dirigir por sí mismos el carro de sus destinos, creyeron llegada la hora con tantos anhelos esperada, y se lanzaron á la lucha con el brío indomable de los héroes.

José Gabriel Tupac-Amaru, que llevaba en sus venas la sangre de los Incas, hombre de alguna instrucción y de gran prestigio entre los de su raza, olvidando que no ya como en los tiempos antiguos podían el valor y número de los soldados decidir del éxito de una lucha armada, sin intervención de las leyes científicas de la guerra, asumió la representación del movimiento, y la revolución estalló el 10 de Setiembre de 1780.

Volcán por largo tiempo comprimido, esclavos sujetos por tres siglos á la férula de la encomienda y de la mita, al hacer erupción, al romper las cadenas de añeja servidumbre, debían forzosamente atropellarlo todo, destrozarlo todo, y ciudades, templos, llanos y montañas tiñéronse con la sangre de los combatientes.

“ Las oleadas de esta borrasca,—dice el Príncipe de la Paz, en sus Memorias,—se hicieron sentir con más ó menos fuérza en la Nueva Granada y hasta en Nueva España. Los ejércitos rebeldes llegaron á contar hasta ochenta mil indígenas, veinte mil, por lo menos, bien armados, con no pocos criollos y mestizos que se unieron á su causa. ”

“ Si Tupac-Amaru,—exclama un escritor afecto á la Monarquía,—hubiera tenido ocho ó diez sujetos capaces de conformarse y ejecutar sus deliberaciones, se hubiera visto, seguramente, representar en el Perú la segunda parte de la catástrofe acaecida en las Colonias Anglo-Americanas, y su nombre y el de sus subalternos, en los siglos venideros, sería tan admirado y respetado como el de Washington y demás generales de aquella nueva República! ”

Tan fuerte, tan poderosa fué aquella convulsión de las razas oprimidas, que los Vireyes de Lima y Buenos Aires sintieron que su poder vacilaba, y empeñaron hasta dieciocho mil hombres de sus mejores tropas en combatir á los revolucionarios.

Los obispos de ambos Vireinatos lanzaron anatema

sobre los enemigos del Trono, y conjuraron á los creyentes á perseguirlos por amor á la fé, haciendo de esa manera guerra de religión á la que ya lo era de razas.

Era el espíritu de la conquista que desataba sus furias contra el espíritu de la libertad! . . . .

Y la lucha duró dos largos años, dos años de guerra sin cuartel, á sangre y fuego, en que aparecieron confundidos el valor y el crimen, la abnegación admirable y la crueldad horrenda, y en que la barbarie y la bravura de los unos, fué igualada por la bravura y la barbarie de los otros.

Librenos Dios de disculpar los actos de crueldad inútil, pero nosotros, que somos posteridad, y estamos llamados á fallar con fallo inapelable sobre los hechos de nuestros antepasados, debemos hacer constar que Tupac-Amaru era bueno y generoso, como sus mismos enemigos lo reconocen, y que, si sus soldados fueron inhumanos, no llegaron nunca á serlo más que sus rivales; tenían en su abono su ignorancia, ardía en sus pechos el odio inextinguible de la raza, y vengaban, por fin, á sus dioses proscritos, á su Inca Atahualpa, impiamente sacrificado por Pizarro! . . . .

### iii

Un siglo ha transcurrido!

El siglo más fecundo en acontecimientos tremendos que se registre en los anales del mundo!

Durante él se han hundido imperios poderosos; el cetro de los reyes absolutos ha rodado por el polvo; poderes que se creían eternos, han sido vencidos por las armas de la razón y de la filosofía; el ciclón revolucionario ha pasado, sobre el mundo, nivelando en lo posible las razas y las castas; el vapor, el telégrafo y la im-

prenta, han disminuido en millares de leguas las distancias, han puesto al habla á los pueblos separados por la inmensidad de los mares y las nieves eternas de las cordilleras, han puesto al alcance de todos los hombres los secretos bendecidos de la ciencia; por fin el hecho más culminante de este siglo de portentos,— un mundo entero ha nacido á la vida de la libertad.

Pero tanto cataclismo, tanta conquista del progreso, tanta revolución colosal, no bastan á borrar de las páginas de la historia una mancha de sangre caída en ellas desde las alturas de la plaza del Cuzco, el 18 de Mayo de 1781.

Soldados de una causa santa, pero careciendo de disciplina y en su mayor parte de armas, los revolucionarios del Perú caían vencidos por sus implacables enemigos, y en aquel dia de fatal recuerdo fueron bárbaramente sacrificados José Gabriel Tupac-Amaru, su esposa, hijos, cuñados y más íntimos amigos,—prisioneros todos por la inicua traición del coronel Languí,—y sus miembros destrozados á cincha de caballos ó por la mano innoble del verdugo, se repartieron como horribles trofeos conquistados para la gloria del Monarca, en doce poblaciones distintas.

La voz de los ministros del Santuario alzóse también, en nombre del Dios de paz y caridad, contra las tristes víctimas y contra su raza desdichada, y en la Catedral de Buenos Aires celebráronse acciones de gracia por el exterminio de aquellos infelices! . . .

La ejecución verdaderamente atroz del noble caudillo y su familia, repetición de las innumerables y feroces antes y después ordenadas por Areche, Medina y Mata-Linares,—nombres negros que deben legarse á la maldición implacable de la historia,—fué como la campana funeraria que anunciaba su fin á los descendientes de los hijos del Sol, porque se proscribieron sus trajes, sus costumbres, su idicma, y como el paria de los de-



siertos Asiáticos, fueron condenados á escuchar los cánticos de la redención sin comprenderlos y á vagar sobre su patria sin familia y sin hogar.

Pero las ideas, las grandes ideas que conmueven al mundo, viven más que los hombres que las conciben, y por eso, muerto el Jefe, el temido y prestigioso Jefe de los insurrectos, sobrevivió su espíritu encarnado en los restos de su pueblo, y la revolución siguió con iras indómitas, y fueron necesarios mares de sangre, fué necesario que el último caudillo, Diego Cristóbal Tupac-Amaru, sintiera atenaceadas sus carnes con tenazas candentes y espirara entre congojas infinitas el 19 de Julio de 1783, para que el voraz incendio que había amenazado consumir al Trono se extinguiera.

Cincuenta mil indígenas, entre hombres, mujeres y niños pagaron con la vida su crimen.

¡Ah! ese mismo crimen ha inmortalizado á Washington, y á San Martín y á Bolívar!

Ese crimen fué el cometido por Guillermo Tell al negarse á saludar el sombrero de Gessler; ese el cometido por la infeliz Polonia al luchar con rabias heroicas contra los Czares moscovitas; ese el que consumió la España al escribir con sangre de las huestes napoleónicas las páginas de gloria que se llaman Bailén, Gerona, Zaragoza, ó al legar á la historia, en el día inmortal del 2 de Mayo, los nombres excelsos de Daoiz y de Velarde, émulos de Leónidas! . . . .

Los hijos de los Incas, cayeron luchando por la independencia de la Patria! . . . . .

#### IV

Y bien! ¿qué recuerdo ha consagrado la posteridad á aquellos mártires ilustres? ¿qué laureles ha colocado sobre sus tumbas ignoradas?

Es triste, es muy triste, pero es necesario repetirlo:— la América del Sud los ha condenado al olvido de la historia!

Más feliz que ellos, aquel miserable gladiador romano que hizo temblar á la señora del mundo, levantando la bandera de la libertad de los esclavos, conquistó la inmortalidad para su nombre al caer asesinado por las legiones de Craso, y después de veinte siglos trascurridos, la gloria de Lincoln, redentor de tres millones de seres humanos, no ha logrado eclipsar á la gloria de Espartaco.

Los que han escrito las crónicas de nuestras luchas por la independendencia, apenas se han dignado hablar como de paso de la sangrienta epopeya de que me ocupó, y hasta han llegado á negar á sus autores tendencias definidas, aspiraciones generosas, presentándolos como ambiciosos vulgares, sin credo y sin bandera. Todavía en la última época, háse sostenido este juicio injusto por el escritor boliviano don Adolfo Mier, en un brillantísimo artículo en que se ensalza con plausible patriotismo la figura simpática de Sebastian Pagador, héroe también y digno de la corona cívica, pero no superior, ni igual siquiera, al jefe del tremendo movimiento.

Ahí está el último Bando, encontrado entre los papeles de José Gabriel Tupac-Amaru, testamento glorioso de la noble víctima, que prueba á la evidencia que él perseguía la independendencia americana, envolviendo en sus proyectos de regeneración á todas las tierras comprendidas entre Buenos Aires y Quito, entre Chile y Santa-Fé de Bogotá.

Si él y sus capitanes creían posible y aspiraban á reconstituir la monarquía de los Incas, ¿qué de vituperable se encuentra ello, cuando los prohombres de la revolución argentina lo creían realizable en 1816, y ocupaban las sesiones del Congreso de Tucumán en la discusión de aquel proyecto quimérico?

Era monárquica la educación política de la época y el gobierno monárquico el único que se creía practicable.

Los revolucionarios del Perú fueron grandes, aunque cayeron vencidos, porque dejaron sembradas las semillas que más tarde fructificaron en el terreno fecundado con su sangre; porque supieron, mártires de sus convicciones, entregar sus cuerpos á la muerte sin temor y sin jactancia.

Ellos pudieron exclamar al espirar, con más razón que los revolucionarios de la Paz en 1809:—“El fuego que hemos encendido no se apagará jamás!”—porque á ellos pertenece el honor de la iniciativa, porque fueron ellos los que revelaron á América la virilidad de sus razas, lo poderoso de sus fuerzas, la santidad de sus derechos, y nos enseñaron con el ejemplo que ni el hierro ni el fuego intimidan á los pueblos que quieren conquistar la libertad.

Condénenlos en buena hora los espíritus especulativos, los adoradores del éxito, los que santifican causas inícuas porque triunfan y maldicen á los más nobles cuando resultan vencidos:—ellos levantarían á Torquemada altares y echarían leña á la hoguera en que espiraron Juan Huss y Jerónimo de Praga; pero nosotros, sea cual fuere nuestra nacionalidad, hijos, al fin, del siglo xix, hijos de la revolución, de esa santa revolución que hemos lactado en los pechos de nuestras madres y en nombre de la cual háse transformado el mundo, sabemos perfectamente que el “cadalso no infama” y que no siempre son los mejores los que vencen.

Recordemos, pues, con gratitud á los caídos; recordemos sus propósitos, su abnegación y su martirio; concedámosles el puesto que de derecho les corresponde entre los soldados de la independencia americana, y ya que no los hemos inmortalizado en el bronce ó el mármol imperecederos, grabemos sus nombres en nuestros corazones y no los olvidemos jamás.

Nada importa que nuestra América no les haya levantado estatuas, si sabe, digna de su gloria, reaccionar contra su olvido indisculpable y esculpir en la historia los nombres simpáticos de esos primeros próceres, porque el embate destructor de las edades que suele derrumbar los monumentos, arrasar las ciudades y abismar los mundos, no borra, no puede borrar los nombres benditos que la humanidad escribe con la sangre de los buenos.

A los que luchando por independizar la Patria triunfaron en la lid, la gloria!

A los héroes olvidados, nuestro amor!

# CAMILA

## LEYENDA ARGENTINA

A mi querido amigo Juan José García Velloso.

Voy á contaros una historia de dolor y de lágrimas.

Voy á presentaros la figura simpática de una mujer joven y bella, á la cual ennobleció el amor, á la cual idealizaron el sacrificio y el martirio.

Su nombre flota en los aires de mi patria, que, al pasar, lo dicen á las flores: sobre su tumba ignorada lloran con lágrimas del cielo las nubes fugitivas.

Se llamaba Camila. . . . .

Yo no conozco una historia de mujer, más tierna; no conozco nada que le sea superior en su sencillez sublime.

Judit, decapitando al enemigo de su patria; Juana, guiando á la victoria innúmeras legiones y dando á su Rey un trono; Carlota, clavando un puñal homicida en el corazón de Marat, son mujeres varoniles que intimidan, pero no enternecen, degeneraciones de su sexo, si admitis la frase, porque la misión de la mujer, la que Dios y la Naturaleza le confiaron, no está, no, en los campos ensangrentados del combate, porque sus manos de azucenas y jazmines no fueron hechas para empuñar los bárbaros instrumentos de la muerte.

Isabel, la gran reina que ofreció sus joyas para adqui-

rir con su valor un mundo; María Stuart ó María Antonieta, conducidas al patíbulo en nombre de intereses y principios que les eran adversos, no pueden sujetarse al paralelo, porque en el trono desaparece la mujer, oprimida, digámoslo así, por el peso del cetro y la corona, y ni sus grandes acciones, ni sus vicios, ni siquiera su martirio, pueden ser juzgados por el criterio común.

Eloisa é Isabel de Segura, grandes por sus amores de constancia sin segundo, carecieron de los prestigios de un sacrificio sangriento, y murieron con la muerte natural con que espiran las flores cuando en el tronco que las produjo deja de circular la savia.

María, la divina heroína del Calvario..... pero María no era una mujer!.... Para que naciera la que debía dar á luz al Redentor del mundo, fué necesario que se rompiera el molde en que nuestras madres se forman y que el Espíritu de Dios descendiera como en ondas de luz sobre la tierra!

No! decididamente no conozco nada más bello ni más triste!

Dorada juventud, belleza, amor, maternidad soñada!... Después... un lúgubre banquillo, el estertor de rápida agonía, la inmortalidad y Dios!....

Ah! no saben los tiranos que con el cuerpo no se mata el alma, no saben que al exhalarse el último ¡ay! de la materia deleznable, nace el espíritu, purificado y libre, á la vida que no acaba jamás.

Por eso son malos con maldad suprema, por eso, en sus noches sin sueño, no ven aparecer en procesión fantástica las figuras ensangrentadas de sus víctimas.

Pero ellos pasan, llevando en la frente el estigma de los réprobos, y entonces la justicia se hace, y entonces las generaciones nuevas deshojan las flores del sentimiento y la admiración sobre los sepulcros antes olvidados.

Rosas se fué, una vez eclipsada su estrella, y Camila,

la más simpática y la más inocente de sus mártires, vive y vivirá en nuestro recuerdo mientras los corazones argentinos sean capaces de sentimientos generosos, mientras vibre en ellos con poderosas vibraciones el santo amor á la justicia, mientras no queden agostadas nuestras almas por el fuego voraz del mercantilismo y de la duda! . . . .

.....

Era, ya os lo dije, hermosa y joven!

Tal vez la conoció alguno de vosotros. . . .

Hija de una de las familias patricias de Buenos Aires, educada en los principios severísimos de la moral cristiana, su corazón virgen, su alma cándida, no se habían abierto aún á las sensaciones inefables del amor.

Dormían en su seno las semillas de una pasión infinita, pero necesitaban el fuego de una mirada para germinar, necesitaban recibir el aliento húmedo de unos labios amantes para dar flores de poética ternura.

Y la hora y el amor llegaron.

La hora, en noche de indecible misterio; el amor, bajo la forma de un joven gallardo, de frente levantada, ojos chispeantes y atrevidos, palabra fácil y elocuente, vas-tísima instrucción.

Gutierrez y Camila se acercaron como por atracción magnética; sus miradas, á un mismo punto dirigidas, dijéronse temblando sus secretos, y unidas las manos, trémulos los labios, sellaron con un beso supremo la unión imperecedera de sus almas.

Pero ¡ay! alzábanse entre ellos, como barrera insalvable, votos de eterna duración que no podían romperse, juramentos de fidelidad hechos á una esposa divina, el mundo, en fin, de las preocupaciones sociales.

Y ellos lo olvidaban! . . .

¿Cómo no habían de olvidarlo? . . . .

Cuando el amor vive en el pecho y habla al hombre con voces de volcán y violencia de borrasca, cuando se identifica el alma con el alma de una mujer y esa mujer nos entrega su destino, no es necesario decíroslo, la sociedad, la familia, viejos juramentos, ilusiones y esperanzas, todo desaparece ó se confunde con el nombre del ser querido.

Y así se amaban Gutierrez y Camila!

Llegó, empero, un momento terrible.

Sus amores no podían ocultarse, y el escándalo, que les mostraba sus fauces descarnadas, iba á arrojar la vergüenza sobre el nombre honrado de una familia dignísima.

Entonces adoptaron una resolución tremenda, que creían salvadora:—huyeron! . . . .

Creían tener derecho á la dicha del olvido, creían que cambiados sus nombres, consagrados al trabajo, podrían constituir un hogar donde corrieran plácidos sus días, donde al espirar los cubriera la enseña sacrosanta de Aquel que dijo á Magdalena:—“Mucho te será perdonado, porque mucho amaste.”

Ah! ellos no sabían que desde el Paraíso se puede descender hasta la tumba! . . . .

---

Vosotros sabéis lo que son los tiranos.

Suelen unir la hipocresía al crimen, el sarcasmo al martirio, la burla al aplauso.

Primero envilecen á los pueblos y después los piso-tean y encadenan.

Entonces no reconocen más ley que sus caprichos, y ¡ay! del que no los satisfaga.

Tiberio degradó al Senado Romano obligándole á que le ofreciera el imperio que hipócritamente rehusaba



y después, al cumplir veinte años de reinado, mandó dar muerte á los cónsules porque aquellos le decretaron acciones de gracias, y entendió que eso implicaba creerse con derecho á concederle y, por ende, á disputarle la soberanía.

Calígula enervó al pueblo, ofreciéndole fiestas de inusitada magnificencia; proclamó Cónsul á su caballo Incitato, y deseó que los habitantes del Imperio tuvieran una sola cabeza para cortarla de un golpe.

Claudio, el imbécil Claudio, envió diez y nueve mil hombres á la muerte para festejar la operación de trasladar el lago Fucino al Liris, y cuando aquellos infelices le gritaban: *Los que van á morir te saludan!...— Conservaos bien!...* les contestaba el César, y los diez y nueve mil hombres perecieron.

Pero, ¿adónde vamos?

Rosas igualó y aun superó en barbarie á los tiranos antiguos, y en su pecho, capaz de todas las bajezas, no existía ni había existido nunca la piedad.

Dícese, y fué verdad sin duda, que él amaba con furiosos amores á Camila y que la joven, sensible á las seducciones de una pasión veraz, no dió nunca oídos á las amorosas protestas del sombrío dictador.

De ahí su rabia, de ahí su furor insano, cuando supo que Camila amaba y que el ídolo de su culto era un hombre sin poder y sin títulos, á quien habría podido aplastar con el taco de su bota.

—“La moral, exclamó el hipócrita,—la moral ha sido ultrajada!” y condenó á muerte á los amantes.

Un consejo de jurisconsultos y teólogos serviles prestó su aprobación á la sentencia, acusando de sacrilegio á las víctimas, y los seides del tirano lanzáronse en su busca.

De igual manera cuando la Doncella de Orleans cayó en poder de las tropas de Enrique V de Inglaterra, un consejo de doctores la acusó de blasfemia y brujería, y

Juana D'Arc entregó su alma á Dios entre los horrores de la hoguera.

¡Malditos sean, malditos mil veces los hombres de saber que prostituyen su talento á las plantas de los déspotas, porque si no están obligados á ostentar la grandiosa talla moral de Cayo Casio y Marco Bruto, lo están, sí, á ser buenos, y á decir á los señores con arrogante apóstrofe:—“La conciencia de un hombre honrado, no se vende ni al precio de la vida!”

---

Era en Goya, pobre pueblecillo entonces de la provincia de Corrientes.

En modesta casita, rodeada de hermosas plantas que crecían al amparo de cuidados asiduos, Camila y su amante pasaban tranquilos sus horas de amor y de dicha, dirigiendo, bajo nombres supuestos, dos escuelas primarias, que les daban los medios de satisfacer sus escasas exigencias.

Soñadores, como todos los amantes, solo pensaban en constituir una familia que encantara sus días en las risueñas lontananzas del futuro, olvidando en sus amorosos deliquios que la muerte y la infamia estaban para ellos decretadas.

Pero un día supo Rosas el lugar de su retiro, conmovióse su corazón con felina alegría, brillaron sus ojos con expresión siniestra, y exclamó:— “Que vengan!”

Quince días después las puertas de la prisión de Santos Lugares daban paso á la infeliz Camila.

Joven, delicada y débil, su naturaleza habíase resentido de las fatigas de un viaje penosísimo.

— “Estoy enferma!” — dijo al carcelero; y Rosas respondió:— “Ponedle grillos!”

Cuando le notificaron su sentencia:

— “Estoy en cinta, dijo, y no podéis asesinar!”

—“Bautizad á su hijo”—ordenó Rosas; y se unió la crueldad del sarcasmo á la ignominia del crimen.

Eran la hiel y el vinagre del Calvario aproximados á los labios de una mujer.

Ah! al menos los paganos no insultaban á sus víctimas y ceñían de flores sus cabezas antes de llevarlas al altar! . . .

Pobre Camila! . . . Breves horas después de la inicua burla de que fué objeto, oyóse una detonación que hizo temblar los muros de la cárcel, relámpago rojizo iluminó el espacio, y la cabeza hermosísima de aquella joven de veintidos años cayó sobre su pecho, estremecido por la postrer congoja! . . .

¿Conocéis algo más bello ni más triste?

¿Conocéis un crimen más bárbaro?

¿Conocéis una mujer más digna de amor y de lástima?

Recorred las páginas de la Historia, recorredlas una á una y respondedme! No! Nada hay en ellas que más directamente hable al corazón, nada hay en ellas que más elocuentemente nos enseñe á odiar la tiranía.

Camila fué inocente con la inocencia de los ángeles y no mereció el suplicio.

Fué inocente, sí, porque su falta fué de amor, y el amor, en la mujer que es libre, no es un crimen.

Suprimidlo y haréis imposible el eterno poema de su vida, contrariaréis la obra de Dios que le impuso esa pasión bendita como ley de su existencia, suprimiréis á la esposa y á la madre, que son la luz y la alegría del hogar!

Y bien! A vosotras me dirijo, hermosas damas Ar-

gentinas, porque de vosotras depende el porvenir de la República!

¡Sí! de vosotras dependen, lo he dicho y lo repito, los destinos futuros de la Patria, porque corresponde á vosotras, las vírgenes bellísimas de hoy, las esposas y madres de mañana, la misión augusta de formar los ciudadanos, y es refiriéndoles las bárbaras escenas de la tristísima noche de veinte años que pesó sobre nosotros, como les inspiraréis pasión por la virtud y la justicia.

No olvidéis, no olvidéis jamás esta lúgubre leyenda. Recitadla al compás de vuestros besos cuando arrulléis á vuestros hijos en la cuna, é inocularéis en ellos la simiente de un odio eterno á los tiranos y de noble, ferviente amor á la sagrada libertad.

Hacedlo así, y daréis buenos hijos á la Patria, soldados valerosos al derecho, y seréis bendecidas por los siglos de los siglos, y os saludará la Historia con el respeto con que saludamos á Cornelia, la ilustre madre de los Gracos!

# CARTAS A UN AMIGO

(ESTUDIOS SOCIALES Y POLITICOS)

PROFESIÓN DE FÉ DEDICADA Á LA JUVENTUD  
DE MI PUEBLO Y EN PARTICULAR Á MI QUERIDO AMIGO

LEON GURUCIAGA



## CARTA I

«El que tenga oídos, que oiga; el que  
«tenga ojos, abralos y mire.....»

M. F. LAMENNAIS — *El Dogma de  
los hombres libres.*

Mi querido amigo:

Estudioso por vocación y anhelando con vehemencia hacer algún bien á mi patria en el círculo de mis pobres facultades, he tendido la vista sobre los pueblos y la sociedad argentina, observando con verdadero dolor diversos males, que como otros tantos obstáculos al parecer invencibles, dificultan ó retardan nuestro adelanto social y político; y al inquirir sus causas, al analizar detenidamente lo que se presentaba á mi imaginación de una manera confusa, he encontrado verdaderas llagas, focos de corrupción física y moral de poder funesto é incalculable, allí donde la inmensa mayoría de mis conciudadanos ni aun han fijado su atención. Y contra esas hediondas llagas, contra esos focos de corrupción, contra esos abismos de degradación social y política, solo hay á mi humilde juicio un remedio supremo: la educación de las masas.

Al trazar estas pobres líneas, podría yo decir, á imitación de Pelletan, *he puesto mi mano sobre el corazón de la patria, lo he sentido latir, y las he escrito*, sin que por eso

abrigue ilusión alguna respecto á su éxito, pues desgraciadamente, ni mi posición ni mis luces me autorizan á esperar lo que no han conseguido inteligencias mejor nutridas que la mía. Las doy, sin embargo, á la publicidad, como el más oscuro obrero de la moral y del progreso, repitiendo las palabras de Lamennais:—

EL QUE TENGA OÍDOS, QUE OIGA; EL QUE TENGA OJOS, ÁBRALOS Y MIRE.....

Antes de resolverme á una tarea tan ingrata y acaso inútil, he tratado de estudiar concienzudamente el estado actual de los pueblos argentinos, social y políticamente considerados, por lo cual los cuadros que voy á trazar serán retratos fieles, por más que carezcan de colorido y animación.

He descendido á estudiar las últimas capas del pueblo, y bajo el hormiguero inmenso de nuestro comercio, como aplastado por el peso colosal de una civilización que no comprende y que solo ve de afuera, he encontrado entre nosotros el tipo del *gamin* parisiense, descrito magistralmente por Victor Hugo, en esa clase á cuyos miembros se da vulgarmente el nombre *Chino*, y á que un querido amigo ha dado el nombre de *Huérfano Argentino*, que es el que más le cuadra. Le he encontrado entre nosotros, ¡pero en qué proporción, Dios mío!... ¡en qué terribles condiciones!...

He vivido en las campañas, he observado cuidadosamente á nuestros *gau-chos*, uno de los principales componentes de nuestra población por su número, y al conocer sus hábitos, su ignorancia, sus supersticiones, al penetrar en lo íntimo de sus creencias y de sus sentimientos, he comprendido que si bien pueden ser, como lo han sido y lo son, carne del cañón en todas las épocas, y soldados valerosos pero inconscientes de la independencia y las libertades del país, no pueden ser buenos ciudadanos de una República democrática porque les faltan los más rudimentales conocimientos de sus de-



rechos y deberes, y no conociéndolos, no pueden hacer respetar los primeros ni cumplir bien los segundos; quedando por eso á merced del mandante arbitrario que los oprime, ó del caudillo ambicioso que los explota.

He recorrido diversos pueblos de la República, ya populosos, ya pequeños, y, doloroso es decirlo, un noventa por ciento de los ciudadanos adolecen de verdadera incapacidad cívica, no teniendo otras nociones y principios políticos que los adquiridos en las columnas de la prensa periódica, y rara vez más bandera que el nombre propio de su caudillo. El diez por ciento resistente no puede luchar con ventaja contra aquella inmensa mayoría, y cede el campo, cuando no se enrola en las filas de aquellos que, no pudiendo ó no queriendo subir á su nivel, tratan de hacerlo bajar hasta el suyo.

Verdades son éstas, amargas, es verdad, pero al fin son verdades que es necesario decir, para que nuestros hombres públicos fijen sus miradas allí donde existe la gangrena social y política de nuestro país, y recordando que “es el profesor y no el cañón el encargado de dirigir los destinos del mundo”—según la frase feliz de Lord Brougham,—multipliquen los medios de adquirir educación cívica y elemental, á fin de hacer verdaderos ciudadanos útiles á esos que hoy llevan ese título por mofa, como el Cristo su cetro de caña.

Esos que solo son ciudadanos en el nombre, no pueden contribuir á la obra grandiosa de la regeneración social, como lo demostraré en el curso de estos apuntes, porque donde la ignorancia reina, la libertad se eclipsa.

“Con hombres buenos no hay instituciones malas; como no hay instituciones buenas con hombres malos”—dice un publicista Español. <sup>(1)</sup> Glosemos estas palabras

---

(1) Severo Catalina.—Véase *La Verdad del Progreso*. Cap. XIV, pág. 321.

y digamos:—“Con ciudadanos ignorantes, que no conocen sus derechos ni sus deberes, no hay leyes, por liberales que sean, que puedan conducirlos á la verdadera libertad.”

*Ego cogito, ergo sum*, dijo Descartes. Volvamos la máxima á la inversa, apliquémosla á los pueblos, y digamos: *Ese pueblo no piensa, luego no existe*, al menos para la democracia. Y la existencia vegetativa, el proceder automático de los Rusos, es algo que no merece envidia.

A la verdad, una gran parte del pueblo Argentino no es apto, porque no piensa, para ejercer los derechos que nuestras leyes le acuerdan.

¿Qué hay que hacer, entonces?

O levantar el pueblo al nivel de las leyes ó adaptar las leyes al nivel intelectual del pueblo.

He ahí el *desideratum*.

Si no se hace ni lo uno ni lo otro, la libertad seguirá siendo únicamente una hermosa frase, sin sentido práctico alguno, y desde la autonomía de los estados ó provincias confederadas hasta el ejercicio del sufragio libre, no serán otra cosa que halagadoras mentiras . . . palabras . . . y nada más que palabras

Extrañarán algunos lectores las graves aseveraciones que hago con la ruda franqueza de mi carácter; pero me asiste la confianza de que son verdades profundas é innegables, y al par que avance en mi tarea iré señalando inmensas lagunas, poco estudiadas hasta la fecha, y que eso no obstante, tienen en su seno inmensos escollos que más de una vez han puesto en peligro de zozobrar á la nave de la Patria, y cuyas tempestades hemos tenido la admirable candidez de atribuir las á la malignidad de los partidos políticos.

Y bien! no son los partidos políticos los que nos han retardado en el camino del progreso. Son la extensión de nuestros inmensos desiertos, la ignorancia de la mayoría del pueblo, son por fin, y para decirlo todo en una

palabra, nuestras propias instituciones, porque al jurarlas ha imperado, cuando no la influencia directa de bárbaros caudillos, la enseñanza maldita que ellos nos legaron. De ahí dos errores fatales que nunca lamentaremos suficientemente:—1.º El voto universal, acordado sin restricciones aun á los más ineptos 2.º La Constitución Federal que nos hemos dado.

Y á propósito de Federación, recordaré de paso que el primero que pronunció su nombre entre nosotros fué el tirano Francia, siguiéndolo Artigas, caudillo de infausta memoria, que ambos segregaron del país inmensas porciones de su territorio,—el Paraguay y la Banda Oriental; recordaré que Rosas, más tarde, con esa palabra por lema, sacrificó una generación de Argentinos, nos desacreditó ante el extranjero y nos deshonoró con la más oscura y sangrienta de las tiranías; recordaré el catálogo inmenso de los males que esa sola frase nos ha acarreado, los crímenes cometidos en su nombre, las víctimas sacrificadas en su holocausto, y opondré, á tan lúgubres páginas la administración liberal de Don Bernardino Rivadavia, unitario por convicciones y principios, con sus cuadros inmensos de luz y sus pasos atrevidos en el camino del progreso. Y esa sola comparación inclinaría favorablemente nuestro espíritu en pró del último sistema, si no campearan en su favor consideraciones de otro género que reservo para más adelante.

Otro de los males funestos de nuestra joven República es la falta de espíritu de asociación, sin el cual los pueblos no pueden llegar nunca á ser verdaderamente grandes y felices, por lo cual nosotros, los que de veras nos interesamos en el bienestar de la Patria, debemos hacer lo posible por propagarlo, á fin de que, donde quiera que exista una reunión de hombres, se encuentren unidos por los vínculos de la fraternidad y que todos de consuno dirijan sus esfuerzos á objetos de perfeccionamiento moral y material.

La idolatría por los nombres propios, verdadero cáncer de la libertad política; el criminal indiferentismo con que se mira generalmente á nuestro pobre paisano, y otros tópicos de no menos importancia, serán los temas que trataré en el curso de mis artículos, de los cuales he dado una somera idea en el presente. No me ceñiré en ellos á un método determinado de antemano, y antes de entrar en materia ruego á mis lectores que sean indulgentes, pues no presumo de literato y no sería justo exigir de un humilde aprendiz lo que muchas veces se dispensa á los que ocupan puestos culminantes en la administración.

Ahí van, pues, esas pobres páginas entregadas á todos los vientos de la publicidad, sin pretensiones de ningún género, sin esperanza de éxito, pero dejando en mi alma la grata satisfacción de un deber cumplido.

Al dedicarlas á la juventud de mi pueblo, como mi profesión de fé, he querido interesarla, si tan mal hilvanadas líneas llamaran su atención, en el estudio de estos y otros fenómenos sociales y políticos, que escaparán indudablemente á mi observación, y al poner á su frente el nombre de un amigo querido, pago como puedo una deuda de agradecimiento y cariño.

Cualquiera que sea el resultado de mi trabajo, ya se hunda en el olvido ó proyecte alguna luz sobre el cuadro sombrío que he tratado de iluminar, repetiré la frase inmortal de Galileo, que demuestra la fé inquebrantable del obrero y profundo pensador:

¡EPPUR SI MUOVE!

## CARTA II

---

« Todo sale perfecto de manos del  
« autor de la Naturaleza ; en las del hom-  
« bre todo degenera. »

J. J. ROUSSEAU, *Emilio*. Lib. I, pág. 1.

Apreciable amigo mío:—Dios, al formar á su criatura predilecta,—el hombre,—sopló sobre su frente; y al darle un alma, imagen de la divinidad, infundió en ella los gérmenes bendecidos del bien.

No de otra manera hubiérale concedido inteligencia para que sobreponiéndose á la mísera materia, investigara atrevido la ciencia de AQUEL que lo formó, invadiera curioso la región en que los astros cantan en sublime melodía las grandezas del Eterno, para arrancarles el secreto de su constante armonía, y bajando á la Tierra, pisara orgulloso la frente siempre encendida de los volcanes, domeñara en débil barquichuelo la furia de los mares, y arrancara á las nubes su rayo destructor.

Verdad es que hay seres degenerados que, sea por defectos de su organismo moral, sea porque una deficiente educación pervirtió en ellos la fibra de los sentimientos nobles, innatos en el alma, arrojan de continuo un baldón sobre la frente de la humanidad, sin que basten leyes ni castigos para exterminar sus vicios; pero esas son excepciones de la regla general excepciones que irán desapareciendo, según los vínculos que estrechan día á día á los pueblos, conduzcan al hombre al perfeccionamiento á que aspira.

No es, pues, cierto,—como sostienen escuelas fatalistas,—que el hombre nazca inclinado al mal. Digan más bien los que así blasfeman de la eterna justicia de Dios, que la semilla del bien se pierde ó fructifica en los corazones, según el hombre se aleja ó sigue imperturbable la senda que al nacer encuentra trazada por la mano del Omnipotente.

Pero noto que sin querer voy penetrando en un terreno de que deseo huir, y cuya entrada, velada por las preocupaciones de todos los siglos, solo pueden salvar lucidamente espíritus privilegiados. Abandonemos, pues, lo que nos está vedado y ciñámonos al objeto de la presente, no sea que por elevar demasiado nuestro vuelo, nos encontremos perdidos de improviso y sin saber adónde dirigirnos.

Hay en todos los pueblos de la tierra una terrible enfermedad moral que se designa con el título de miseria, y hay tanto en los centros de populosas capitales como entre las pocas familias de un pueblo pequeño, cierto número de hijos de la desgracia, que nacen lo mismo en el blando lecho de aristocrática señora, que en el pobre chuce en que descansa tras las fatigas del día la hermana del alegre labrador, á los cuales se designa con un nombre fatal, que encierra en sí todas las desventuras: HUÉRFANO!!

Hoy es una dama deshonrada que abandona el fruto de sus amores, por ocultar al mundo una falta que deja, sin embargo, señales indelebles en su alma, y mañana la muerte, tronchando al par muchas vidas preciosas, aumenta impiadada el número de los huérfanos; y esos seres sin padres, legados á la miseria por el vicio ó la desgracia, abandonados de sus semejantes, prostituyen primero su cuerpo y después su alma, y cuando llega el momento de las supremas congojas; sienten horror de sí mismos..... y mueren!.....

La sociedad es responsable de todas esas víctimas!

Verdad es esta que hace estremecer al hombre menos sensible, cuando apartando su vista de la grandeza y el lujo de que puede haberle rodeado la suerte, la tiende sobre ese cuadro de miseria, sangre y lágrimas, que ofrecen en el vastísimo escenario del mundo las clases bajas de la sociedad.

Y entre esos seres desgraciados, desheredados de la fortuna, que yacen hacinados como manojos de zizaña destinados al fuego de los remordimientos, ¡cuántos corazones nobles y generosos se pierden, cuántos genios que pudieran ser gloria del arte y de las letras, pasan sin dejar otro rastro que el de sus lágrimas y sus vicios, y, para decirlo todo en una frase, la huella de sangre de sus crímenes!.... Porque no hay duda, mi amigo:— la ignorancia y la miseria engendran de consuno el vicio, y el vicio engendra el crimen.

Es esta la verdad, á esto se reduce el mal instinto que espíritus retrógrados atribuyen á esos seres permanentemente combatidos por la desgracia, y entre los cuales hay indudablemente “diamantes que el arte hubiera podido pulir,” según la expresión de Julio Fabre,— y que por la fatal apatía de la sociedad, por ese cruel indiferentismo, terminan el lúgubre drama de su vida en el fondo de las cárceles ó en lo alto de los patíbulos si son hombres, y si son mujeres, en los brazos ignominiosos de la prostitución.

Por eso, cuando la luz vivificadora de la civilización moderna iluminó el triste cuadro de las miserias humanas, que es el cuadro de sus dolores y de sus ignominias, los pueblos cultos temblaron al contemplar el osario en que se han perdido tantas generaciones, y aunando sus esfuerzos, en nombre de la caridad, levantaron templos en que curara el pobre las dolencias del cuerpo, á los que dieron el nombre de HOSPITALES, y elevaron otros para curar las enfermedades del alma, á los que dieron el nombre de HOSPICIOS DE HUÉRFANOS Y DE MENDIGOS.

La humanidad es lenta en todos sus adelantos, como lenta ha sido la obra de su organización y desenvolvimiento, sobre la cual han tendido los siglos el velo de su noche sin límites, y quedan por eso muchos pueblos que no han levantado todavía esos asilos, que son la expresión más completa del progreso moral. No hay uno solo, empero, que no comprenda tal necesidad, y no pasará mucho tiempo sin que queden poquísimos sin realizar la obra.

La educación es el gran *desideratum* del progreso, y no hay quien ignore que cada uno de los miembros útiles que la sociedad abandona, se convierte tarde ó temprano en su más terrible enemigo, en anatema siniestro que escribe con sangre un ángel invisible, como las frases fatídicas que trazó la mano misteriosa en el festín de Baltasar.

Apresúrense los pueblos que aún no lo hayan hecho, á consagrar hospicios á la orfandad y á la miseria; cóticense, representados por sus vecinos pudientes, los Municipios y los Gobiernos, ya que tantos dineros se desperdician en cosas fútiles, y cumplirán con un deber sagrado que no se olvida impunemente.

*Proteger al débil y educar al hombre*, es la divisa de la Caridad Cristiana, la ley inmutable de la civilización.

Cumplamos con ella como buenos.

Hasta mi próxima, en que localizaré el tema de la presente, lo saluda su atento amigo.



## CARTA III

---

« Suplico á los lectores que no den fe á lo  
« que hallarán aquí, sinó que lo examinen,  
« admitiendo únicamente lo que la fuerza y  
« la evidencia de la razón puedan obligar-  
« los á creer. »

DESCARTES: *Principios de filosofía*,  
lib. VI

Caro amigo:—Mi carta anterior me obliga á atacar de frente á una ley vigente de mucho tiempo entre nosotros, y que impera aún para mengua de nuestra decantada civilización. Me refiero á la que autoriza el *reparto* de huérfanos y de niños pobres que se hace por nuestras Defensorías Municipales de Menores, reparto que por lo general se hace discrecionalmente, sin que medie otra consideración que el favoritismo ó la recomendación de una persona influyente.

Y no es que pretenda innovar las costumbres, pues, como ya lo he dicho, ni mi posición ni mis luces pueden darme autoridad suficiente para reformar lo que encuentro hecho; pero obrero en el gran taller de la sociedad, ¿por qué no ha de serme dado hacer mis apuntaciones sobre reformas á mi juicio necesarias ó sobre males que crea indispensable extirpar?... Basado en esto, no temo que pueda tachárseme de presuntuoso, pues si es difícil crear, no lo es tanto encontrar defectos en lo creado, y en tal caso obra meritoria es prevenir el mal y su remedio.

Espíritus apocados, que al hacerles observación res-

pecto á un error en que incurren, se guarecen tras el tradicional escudo de la ignorancia—*así lo hicieron nuestros padres*,—podrán vituperarme, pero nunca escribí para quien no quisiera entenderme. ¿De qué serviría hablar de la luz y los colores á un ciego de nacimiento?

Un amigo para mí muy querido, que con los consejos de su cariño é ilustración me enseñó á pensar y formó, por decirlo así, mi corazón, escribió hace algún tiempo un profundo y bellissimo artículo, bajo el título de EL HUÉRFANO ARGENTINO, en el que trataba el mismo asunto que guía ahora mi pluma, lamentando que la sociedad Argentina perdiera tantas fuerzas productoras, tantas inteligencias que nacen y mueren en la ignorancia, sintiendo su nada y sin conocerla—según la expresión de Pascal, por culpa exclusiva del indiferentismo con que se mira á esos desheredados á que se da el nombre de *Chinos*, y que él designaba con el epígrafe de su composición.

“Parece,—decía,—que fuera preferible armar al hombre con el puñal del asesino, y no con la pluma del comerciante, con el compás del geómetra!” —Verdad funesta que retarda indefinidamente las horas de progreso de mi Patria, verdad que atestigua con horribles cifras la estadística criminal del país! . . .

Hace muchos años que me preocupa este asunto y nunca he podido explicarme sinó como una tremenda aberración la existencia de nuestras Defensorías Municipales de Menores, tal como se encuentran organizadas. Su propio nombre es un bárbaro sarcasmo.

Y de nó, ¿qué hacen, cuál es el rol de tales defensores que nada defienden? . . . Vamos á verlo leyendo en el libro de los hechos:

El Sr. A. ó la Sra. B. no tienen sirvientes, porque sus pocos haberes les impiden hacer para obtenerlo un desembolso mensual, pero colocados en cierta escala social de la cual no quieren descender, ocurren á un Juez ó

Defensor, amigo y contertuliano, denuncian á una pobre madre de familia que sostiene bien ó mal á sus hijos, se los quitan, apoderándose de ellos como una cosa sin dueño, y hélos ahí con criados de quienes dicen *son míos*, como pudiera decirlo el dueño de una manada de esclavos.

Pasemos por alto toda la menor edad del *Chino*, durante la cual anda sirviendo de mano en mano, nuevo Cristo llevado de Herodes á Pilatos.—Llega, por fin, á hombre:—¿Ha aprendido algún oficio? ¿Es carpintero, es sastre, es agricultor? ¿Sabe siquiera leer?

Desgraciadamente tendremos una respuesta negativa en noventa casos sobre cien.

Hijo del deshonor y de las tinieblas, abre los ojos á la luz entre los harapos y los vicios; crece, el vicio es su escuela. So pretexto de proporcionarle educación y recta enseñanza, es arrebatado á sus padres por el Juez de Menores, quien lo coloca en la primer casa que se presenta ante su vista, y allí, criado con suma frecuencia entre las privaciones, la opresión y el castigo brutal, tal vez inmerecido, pierde la afición al trabajo, se hace vago, se embrutece, y como resultado del embrutecimiento, se convierte en *muchacho de calle*, que se trocará más tarde en ladrón, más tarde, tal vez, en asesino. Pasa el tiempo y le sorprende la muerte en la miseria ó encerrado en los calabozos de las cárceles.

Ese es el *Chino*; ni una linea de más ni de menos: el vicio ó el crimen su cuna; la opresión, la esclavitud, su adolescencia; el dolor, las lágrimas, su pan; las cárceles y los banquillos, su techo suntuoso, el lecho de su muerte.

Nada exagero; linea por linea copio del natural.

El cuadro es lúgubre, pero no miente.

El fondo es negro y los perfiles negros también.

La fetidez de la muerte se percibe en derredor, pero es que la corrupción contamina su aire, y aquella se cierne con su segur asoladora sobre esa clase desheredada.

Se me dirá que miento? Se creerá que, víctima de una alucinación fatal, me complazco en forjar quimeras para asustar á los timoratos? . . . Recórrase para comprobar mis asertos la estadística criminal del país, y díganme después los que posean un corazón sano y generoso, si la humanidad y la civilización no claman contra el régimen verdaderamente bárbaro que deploro.

Y no es esto decir que no haya excepciones honorabilísimas respecto al trato y educación que dan á *sus chinos* algunas familias, pero desprender de las excepciones la regla sería siempre un absurdo, y no puede, por lo tanto, ser objeción de peso. Yo reconozco esas excepciones y las aplaudo, porque veo que hay quien cumple sus deberes, y el que cumple con su deber bien puede ser aplaudido; pero para un caso de estos, ¡cuántos, infinitamente más numerosos, nos presentan el reverso de la medalla!

La ley de Educación Común obliga á todos los encargados ó tutores de niños á que les den educación elemental en las escuelas públicas: — no se me presentarán muchos, sin embargo, que cumplan una obligación que solo existe en la Ley y . . . en la conciencia; y aun cuando se cumpliera esa prescripción de la Ley, yo preguntaría si saber leer y escribir es acaso lo único que precisa el hombre, preguntaría si son esas las únicas guías que necesita una criatura para elegir el camino del bien.

No, por cierto; y entonces, ¿por qué se abandona á esos seres inocentes, dejándolos á merced de la casualidad? ¿Por qué la sociedad y los gobiernos no les tienden una mano protectora?

· “Entre los niños desamparados que se encuentran en las soledades de la orfandad, pudiera haber muy bien grandes filósofos, grandes artistas, grandes genios, insignes legisladores. Se han encontrado ya. Trátemosles bien por si acaso ó exterminémoslos desde luego, que es más caritativo esto que llenar los presi-

“ dios de infelices estúpidos, cuyo principal delito es su  
 “ ignorancia. Los que la consienten, ó son más igno-  
 “ rantes que ellos ó infinitamente más criminales.” (1)

¡Cuánto mejor sería recoger esos *chinos* en hospicios costeados por la caridad de los pueblos y el tesoro de los Municipios, que al fin ellos devolverían al país en forma de adelantos materiales y morales, los desembolsos que se hicieran! ¡Cuánto, infinitamente mejor, porque aprovecharíamos brazos é inteligencias que hoy perdemos; brazos que se enervan en la inacción ó caen heridos en lucha fratricida, inteligencias que, cultivadas, tal vez alumbraran á la humanidad con los destellos luminosos del genio, y que hoy, por una indiferencia inexplicable, hundimos con el peso de la ignorancia á que los condenamos!

Bien sé que solo al leer esta carta habrá muchos que pongan el grito en las nubes, porque la abolición de ese bárbaro comercio de seres humanos,—que no es otra cosa,—les privaría tener gratuitos sirvientes, ¿pero qué importa el clamor vocinglero de unos cuantos, ante los grandiosos intereses de la humanidad?.....

.....  
 .....  
 Adios, amigo mio; hasta mi próxima.

## CARTA IV

“ . . . el hombre no puede degradar á las mujeres sin degradarse á sí mismo. . . . No hay medio, ó los pueblos se embrutecen en sus brazos ó se civilizan á sus pies.”

L. AIMÉ-MARTIN — *Educación de las madres de familia ó de la civilización del linaje humano por medio de las mujeres.* Lib. I, cap. V.

Noto, mi querido amigo,—que al ocuparme en mi carta anterior de las Defensorías Municipales de Menores, lo he hecho con demasiada consideración, y cuando creía agotado el tema, encuentro que no he puesto aún el dedo en la llaga, pues que, refiriéndome casi exclusivamente á los hombres, he olvidado que el primero y más grave de los males de que es origen ese fatal sistema, no es la criminalidad aislada de los individuos, por más horribles que sean sus proporciones, ni la esterilización de sus fuerzas creadoras y las luces naturales de su inteligencia, sino que, asumiendo más alarmantes caracteres, es una de las causas de la prostitución que á pasos agigantados va minando á las mujeres de una raza desgraciada.

Y, “si los hombres han de ser siempre lo que quieran las mujeres,” según la expresión del autor de *El Emilio*, debemos suponer lógicamente que los hombres serán siempre lo que sean las mujeres, es decir, buenos ó perversos, según hayan sido virtuosas ó corrompidas las mujeres que les dieron el ser.

No es esto una mera teoría. El más mediano observador puede notar que la civilización de los pueblos depende en mucho del estado de abyección en que se encuentre, ó de las consideraciones que se dispensen á la más bella mitad del género humano, siendo suficiente el comparar la barbarie de los pueblos del Oriente, donde no es la mujer otra cosa que un mísero agente encargado de satisfacer los groseros apetitos de su señor, con la civilización siempre creciente de los países que han visto realizado el tipo sublime de la mujer cristiana.

De un lado se ofrecerá á su vista el cuadro doloroso de sociedades muertas, sin vida intelectual, sin aspiraciones á la perfectibilidad moral, despiertas únicamente á los goces brutales de la materia, con sus ejércitos de eunucos y de esclavos que, menos que los animales, reducidos á la categoría de *cosa*, esperan impasibles la muerte y guardan las puertas del serrallo sin atreverse á dirigir á su interior una mirada codiciosa. . . .

Al otro lado encontrará el espectáculo admirable de la civilización moderna, con sus libertades y derechos consagrados, sus descubrimientos científicos y sus empresas fabulosas, sus ferrocarriles, canales y telégrafos, y por complemento, como ángel de luz y de redención, la madre de familia ilustrada y virtuosa, dirigiendo con sus consejos á sus hijos, pedazos de su corazón y futuros soldados del progreso humano!

Tiene mucha razón, pues, el ilustre escritor francés Aimé-Martin, cuando nos asegura que el hombre no puede degradar á las mujeres sin degradarse á sí propio, porque, — son sus palabras, — “cualesquiera que sean los usos y leyes, las mujeres forman las costumbres de todos los países. Libres ó sumisas, reinan, porque reciben su poder de nuestras pasiones. Pero esa influencia es más ó menos provechosa según el grado de estimación que se les concede: tanto si son nuestros ídolos, como nuestras compañeras ó cortesanas, esclavas ó

sumisas, la reacción es completa, las mujeres hacen á los hombres lo que ellas son."

Y esto aceptado, reconocida la influencia directa y á todas luces evidente que la mujer ejerce, sea cual fuere su condición social, en el destino de los pueblos, — ¿cómo no preocuparnos, querido amigo, de la condición desgraciadísima en que se encuentra una gran parte, tal vez la inmensa mayoría de las mujeres Argentinas?

Las clases bajas de nuestra sociedad, que son el mayor número, se encuentran sumidas en la más crasa ignorancia, y como ésta es el gran generador de todos los vicios, las mujeres de esas clases humildes van perdiendo día á día el sentimiento de lo bueno y lo bello, y como consecuencia precisa, sumiéndose de una manera alarmante en el lodazal de la prostitución física, llegando á ser inferiores en condiciones de moralidad, como muy bien lo nota un escritor Argentino, á los mismos salvajes de la Pampa. (1)

Es tan digno de atención este asunto, que la misma prensa política, tan indiferente por lo general á todo aquello que no envuelve cuestiones de gran sensación aunque de pasajera importancia, llega á preocuparse, y no es ya extraño ver en las columnas de los periódicos el grito de alarma dado á las sociedades y gobiernos contra ese cáncer del progreso moral llamado corrupción de la mujer.

---

(1) "... el espectáculo que presenta el toldo de un indio, es más consolador que el que presenta el rancho de un gaucho. Y no obstante, el gaucho es un hombre civilizado....."

"En el toldo de un indio, hay divisiones para evitar la promiscuidad de los sexos: camas, cómodas, asientos, ollas, platos, cubiertos, una porción de utensilios que revelan costumbres, necesidades.

"En el rancho de un gaucho, falta todo. El marido, la mujer, los hijos, los hermanos, los parientes, los allegados, viven todos juntos, y duermen revueltos. Qué escena aquella para la moral!"—LUCIO V. MANSILLA: *Una excursión á los Indios Ranqueles*. Tomo II, pág. 33.



Y á la verdad que es asunto digno de estudio y profunda meditación:—Mientras las altas clases sociales tienden á elevarse, dignificándose; mientras una parte del pueblo arroja de sí las antiguas vestiduras y trata de avanzar á pasos de gigante en el camino de la civilización remontando su vuelo de águila hasta las nubes, una clase, digámoslo mejor, una raza entera, tiende á desaparecer consumida por la ignorancia y por el vicio, sin que en tan horrible naufragio tenga una tabla, una sola tabla salvadora que pueda conducirla al puerto de la felicidad.

¡Atroz contrasentido!...

Mas, como si eso no bastara, como si no fuera suficiente crimen el abandonar toda una raza á los azares de la prostitución y de la miseria, las Defensorías Municipales de Menores en nuestra Provincia de Buenos-Aires, se encargan de arrojar más y más combustible á la hoguera que se debiera extinguir por patriotismo.

¿Que no es verdad?

Ah! Ojalá no lo fuera! Ojalá fuera yo, querido amigo, el único soñador á quien se presentaran tan horribles fantasmas! Pero no es desgraciadamente una alucinación de mi fantasía el cuadro tétrico que he tratado de delinear, y el menos pensador puede convencerse de la verdad con solo tender la vista sobre la raza infeliz de que me ocupo.

Ya hemos visto la triste situación del *Chino*, arrancado *caritativamente* á sus padres por un Juez de Menores cualquiera; el fondo de las cárceles ó el banquillo de los criminales son digno lecho para terminar el drama de su vida.

¿Es, por ventura, más bello el destino de la mujer de su clase?

La experiencia nos dice que nó:

Arrancada como sus hermanos, del seno maternal donde por lo menos ese afecto gigante, común hasta

á las fieras, llamado el amor materno, podría haber embellecido y purificado su existencia; entregada á un amo en peores condiciones que los negros de Africa, porque éstos eran á lo menos una mercancía y el poseedor debía cuidarlos, si no por humanidad, al menos por egoísmo; condenada desde su más tierna infancia á la ignorancia, á la desnudez, al hambre, al castigo brutal; rodeada de seres extraños, de quienes no verá jamás una sonrisa afectuosa, ni recibirá un consejo paternal y desinteresado; sin afecciones puras, sin amor, porque en tales condiciones el amor es imposible, esa criatura llega á ser una mujer, llega á la edad de las pasiones y de los grandes peligros; la seducción, en forma de un gallardo mancebo generoso y apasionado, se presenta ante sus ojos, le ofrece en perspectiva un horizonte engañoso, el oro de que siempre se vió privada, el amor cuyos generosos impulsos no sintió jamás, la libertad, la ansiada libertad...

Algún tiempo después se lee su nombre en la lista de defunciones de un hospital.... un niño, hijo suyo, tan inocente como lo fué ella en su cuna, queda en el mundo á merced de la casualidad... sobre sus restos, yertos por el frío de la muerte, se arroja por caridad un puñado de polvo, nace el césped sobre su tumba, y nadie recuerda su nombre.... ni aun su propio hijo!...

EL OLVIDO: he ahí su epitafio!...

Pasan algunos años; el niño se ha hecho hombre... ciudadano... soldado. Defiende á su patria con denuedo... ¿Queréis saber su fin?... ¡Ah! Muere en una lucha electoral por defender un candidato cuyo nombre no conocía...

Por lo demás, ese hombre tuvo hijos: ellos seguirán su camino, y la cadena se perpetúa.

En tanto, *el mundo marcha*, la sociedad sigue su camino, prospera, goza y ríe. ¡Adelante! ¿Acaso se apercibe el Océano de las naves que sus ondas destrozan?

Abandonad si queréis á los desgraciados, reid de su destino, haced mofa de su desdicha, pero permitidme que os pregunte con un escritor francés <sup>(1)</sup> “¿Con qué derecho les pediríais otras costumbres que á las fieras? ¿Con qué derecho exigiríais que aplacasen sus brutales apetitos, que respetasen la infancia, que tuviesen dignidad esas criaturas abandonadas, criadas sin más cuidado que las bestias del campo, confundidas sin distinciones de edad ni de sexo, como el ganado encerrado en el establo de vuelta del trabajo?”

Y si me dijerais que esos seres no se quejan de su suerte y que por lo tanto no debe la sociedad preocuparse de sus destinos, yo observaría con el mismo autor:

“Justamente porque esa casta desheredada no conoce las más de las veces cuán grosera, salvaje y embrutecedora es la vida animal que lleva, pedimos nosotros para ella, en nombre de la dignidad, de la fraternidad del género humano, una educación que les haga palpar todo el horror de tan deplorable existencia.

“Una educación que enseñándoles el alcance de sus FUERZAS, la extensión de sus DERECHOS, la religión de sus DEBERES, permita á esas clases desheredadas reclamar y obtener su parte legítima en los bienes, en los productos que contribuyen á explotar; parte que debiera ser proporcionada á las fatigas, á la inteligencia de los trabajadores.”

Profundamente convencido de la justicia de mi causa, y haciendo propósito de ocuparme definitivamente de los medios por los cuales pueden fundarse entre nosotros hospicios de huérfanos bien montados y numerosos, que son el único remedio del mal que lamento, lo saluda hasta mi próxima su obsecuente amigo.

---

(1) Eugenio Sué, en su linda novela *El Expósito*.-- Tomo I, pág. 92.

## CARTA V

« Esos pies descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esas ignorancias, esas abyecciones, esas tinieblas, pueden ser empleadas en la conquista del ideal. Que arrojen á la hornaza, que se funde allí y que hierva esa vil arena que holléis con vuestros pies, y ella se convertirá en cristal espléndido, y gracias á ese cristal, Galileo y Newton descubrirán los astros.»

VICTOR HUGO. *Los Miserables*, tomo V, lib. I.

Allá vamos, mi amigo! Allá vamos, buscando la redención de la sociedad por medio de la educación, buscando entre las tinieblas del presente la luz del porvenir, buscando entre las tormentas del mar proceloso que surcamos, el faro bendito y misterioso encendido por la mano de Dios mismo para guiar la humanidad al puerto de la dicha!

Sí, allá vamos, jornaleros de un día, sin tener seguro el de mañana, á llevar nuestro grano de arena al edificio del progreso social, cuya primera piedra fué sellada hace mil ochocientos años con la sangre de un justo sobre las cumbres áridas del Gólgota!

¡Adelante, obreros del progreso! y á despecho de todas las preocupaciones, á despecho de todos los egoísmos, obstinémonos en el grito del poeta: "Luz! Luz!"

Y si espíritus retrógrados, si corazones de piedra se hicieran sordos á la voz de la humanidad y del patrio-

tismo, ¿qué importa?... ¡Adelante!... Una vez y otra gritemos todavía: "Luz! Luz!" Y la luz se hará!...

He dicho en mis anteriores cartas que el *Chino*, ser olvidado ó escarnecido por la mayoría de nuestra culta sociedad, es un esclavo, más aún, una bestia de carga que *no se vende pero se adquiere y se da*, y esto, que no necesita prueba, es indigno y vergonzoso en un país como la República Argentina, que se precia de democrático, porque mientras tal cosa suceda, mientras los Jueces de Menores arranquen á esos niños del lado de sus padres, colocándolos sin sueldo y sin libertad alguna en casas en que, si no reciben directamente una escuela de perversión, adquieren vicios y se hacen criminales por la opresión y la miseria que sufren los de su clase en proporción de nuevecientos por millar, no concluirá la vagancia ni siquiera se reducirá notablemente, no disminuirá la criminalidad, porque quien no sabe ni puede trabajar, tiene que robar para vivir, y quien roba tiene que matar para no ser descubierto; mientras pueda *darse y adquirirse* un hombre, habrá cesado *la venta* de carne humana, *pero no se habrá extinguido la esclavitud*.

¿Hallarán oposición nuestras ideas?... Oh! no lo extrañamos, mi querido amigo!... Quien está acostumbrado á *mandar y ser obedecido*, no por la razón, sino *por el miedo*; quien tiene en el *Chino* un tímido esclavo; quien, si esa criatura falta, descarga latigazos sin compasión sobre sus carnes desnudas; quien no aconseja, sino azota, y azota por la falta de obediencia ó respeto á la persona del patrón, no por el perjuicio moral que del pecado redundaba en mal del que pecó; quien tiene una falanje de *chinos* que viste malamente y quizá alimenta peor, en tanto se sirve de ellos como de un objeto cualquiera, tiene que protestar, porque lo bueno agrada, y es agradable tener mandaderos, peones, cocheros, esclavos, en fin, sin gastar ni medio, sin responsabilidad alguna, puesto que la perversión y los vicios de esas criaturas

se atribuyen á un mal instinto que se supone innato en sus almas, cuando la verdad es, que si se criaran de otra manera más humana, si se les educara, si se les enseñara á distinguir el camino del bien del camino del mal, si se les hiciera hombres, en una palabra, saldrían de sus filas, no asesinos y ladrones, no tahures é impúdicas meretrices como en el presente, sino individuos de trabajo y de progreso, patriotas abnegados y buenas madres de familia.

Pero, como ya lo he dicho, esa hedionda llaga abierta en el alma de nuestras sociedades, tiene su remedio en la educación del pueblo, y esta puede difundirse entre las clases desheredadas fundando asilos de huérfanos, lo que creo practicable, si bien es verdad que tienen que ser numerosos, porque también es infinito el número de los que los precisan.

¿Cómo, con qué recursos pueden fundarse esos asilos?

No se necesita para la obra sino un pequeño esfuerzo, un poco de buena voluntad, que jamás se tocó en vano el corazón de los Argentinos si se les llamó en nombre de la desgracia, y, si como es notorio, ellos han ofrecido un óbolo desinteresado y generoso para socorrer á los necesitados de las naciones extranjeras, ¿cómo lo negarían cuando se les pidiera en nombre de sus hermanos desvalidos?

Todos nuestros pueblos tienen su tesoro propio, cada uno lo suficiente para atender á sus necesidades; y si cada uno tiene sus rentas, ¿por qué no reservar un tanto por ciento de ellas para construir en su centro un asilo en proporción de sus recursos, y como consecuencia, en proporción á sus habitantes, en proporción al número de sus huérfanos?

Muchos de nuestros pueblos emplean sus rentas, pocas ó muchas, en atender á un ornato inútil, donde falta lo principal, y si esas rentas bastan para empedrados, jardines y obras de mero lujo, si se emplean supérfluamente en fiestas de todo género, ¿por qué no

consagrarlas al alivio del dolor, á la redención del desvalido, al pan de los miserables?

Creo que esas rentas bastan para la consumación de la gran obra; mas si ellas fueran escasas, si no alcanzaran para el objeto propuesto, hemos visto, vemos á los bazares y suscripciones populares levantar templos al culto, á la ciencia y á las artes; ¿por qué no pueden levantarlos á la humanidad?

Multitud de altos dignatarios, diputados, jueces, senadores, consumen pingües sueldos que no les son estrictamente necesarios, y si ellos alcanzan para mantener el sibaritismo de las clases acomodadas, ¿serían escasos, por ventura, para satisfacer las necesidades imperiosas de los que sienten desnudez, hambre y miserias de todo género?

¿Todo eso es poco? . . . — Hay más medios aún:

Para la creación de las Bibliotecas Populares, se formó una sociedad central protectora de las mismas; cada pueblo nombró entonces una comisión particular, y las Bibliotecas surgieron como por encanto de uno á otro ámbito de la República. Podría hacerse lo mismo para la fundación de Asilos, con los fondos y de la manera siguiente:

1.º Nombren todos los gobiernos de provincia dos representantes suyos, con residencia en la capital de la República, cuyo número de veintiocho forme la *Comisión Protectora de los Asilos de huérfanos*.

2.º Nombre también el Gobierno Nacional un representante en el seno de la Comisión y designe el Presidente de la misma.

3.º Los tesoros nacional y provinciales pongan, en cantidad proporcional á sus recursos, una suma de dinero á las órdenes de dicha Comisión.

4.º Todo pueblo de más *de dos mil y quinientos* habitantes elija una Comisión particular encargada de recoger fondos para el fin propuesto.

5.º Cada Municipio comprometa para el mismo objeto un tanto por ciento de sus rentas.

6.º y último. Desempeñense todos los cargos en el seno de las referidas comisiones sin remuneración alguna.

Estamos ya en aptitud de obrar; asistamos ahora á la construcción y fundación de un Asilo:

La Comisión del pueblo A., de la provincia B., pide á la Municipalidad respectiva, ó en su defecto á la Receptoría de sus rentas, la cantidad reservada para la construcción del Asilo; obtenida ésta, solicite de la Comisión General una suma igual á la que posea, por intermedio de los representantes de su provincia. Empieza la obra. Si faltan fondos, ocurrase nuevamente á la Comisión General para obtener de la renta nacional comprometida lo que fuese necesario para la conclusión del edificio. Terminado ya, á los bazares y suscripciones populares para proporcionar al establecimiento los muebles y útiles indispensables. Llámense en seguida hermanas de la Caridad, maestros y artesanos, y . . . recójase á los *Chinos* y los huérfanos. Un año después el Asilo podrá sostenerse por sí solo, enajenando los productos del trabajo de sus propios obreros.

He ahí la gran obra. Para llevarla á cabo falta solamente iniciativa; mas, para cuando esta empiece su tarea, debemos prevenir á los legisladores y á la sociedad, valiéndonos de las palabras de un escritor ya citado, que "dar asilo á la desgracia no es amontonar la pobreza: recoger á los desvalidos no es coleccionar á los miserables: amparar al niño huérfano, no es arrojarle al montón de los *niños de nadie*." (1)

Los huérfanos, los *chinos* no deben ser llamados á los Asilos para pasar una vida de holganza, recibiendo

---

(1) Mariano Chacel.—*Galería de retratos lúgubres*.



el mendrugo que se arroja al mendigo, sino para ilustrar su mente en el estudio y fortalecer su cuerpo en el trabajo. De esa manera el desarrollo intelectual correspondería al desarrollo físico, y el pobre *chino* sería hombre de ciencia y de trabajo, útil á las letras y á las artes, á la humanidad y á la patria.

Fundados esos Asilos, saldría de ellos el *chino* convertido en un hombre social, y sería admitido en la sociedad, más que como miembro digno, como miembro útil, como miembro indispensable.

Cuando esto llegara á realizarse, caerían para siempre los Jueces y Defensorías de Menores, con su horrible cortejo de maldades y de vicios, y los *señores* reconocerían un hombre honrado, útil y laborioso en el criminal, en el sirviente, en el esclavo de ahora, en el artesano, en el abogado, en el médico de mañana.

Esos artesanos, comerciantes, abogados, médicos, geómetras, dignos de sí y de sus hermanos, que cumplirían sus deberes, tendrían derecho á los goces, y la sociedad Argentina se uniformaría entonces bajo la bandera simbólica del TRABAJO y de la JUSTICIA, única digna de los pueblos republicanos.

Saludemos, amigo, el advenimiento de ese anhelado mañana y llevemos desde ahora un consuelo, siquiera sea abogando por su causa, al corazón de los que aún esperan que suene la hora de su redención.

Y si se nos creyera utopistas ó soñadores, si se tacharan de quiméricos nuestros deseos, no importa, he de obstinarme en el grito del poeta: — “Luz! luz para las clases desheredadas!”

Lo quiere como siempre su amigo del corazón.

## CARTA VI

« Siempre he creído que si se reformase  
« la educación de la juventud. se conse-  
« guiría reformar el linaje humano. »

LEIBNITZ, *Cartas á Placcio*, tit. V

Mi querido amigo:

Desde el año setenta y tres en que dí mis primeros humildes artículos á la prensa, he sido uno de los sostenedores más entusiastas de la fundación de Bibliotecas Populares, porque creía y creeré siempre que es uno de los medios de facilitar la ilustración del pueblo, proporcionándole muchos y buenos libros, sin que su adquisición le cueste sacrificios, y más que en otro alguno las he creído de gran utilidad en nuestro país, donde la creación de una buena biblioteca particular cuesta ingentes sumas por el alto precio de toda clase de libros.

Pero, amigo, bien hace el dicho vulgar en remitirnos *para verdades al tiempo*: hoy miro con sorpresa que tan importantes establecimientos no dan ni con mucho los halagüeños resultados que debieran, en razón de que al frente de las Bibliotecas, al frente del libro, al frente del deseo de aprender y de ilustrarse, se presenta un formidable rival con sus juegos y sus chismes:— el *Café!*

No es necesario para cerciorarse de esta verdad una meditación profunda: basta ir alternativamente á la Biblioteca y al Club, y hallaremos desierta la primera y lleno perpétuamente el segundo. Yo lo he visto en

muchos pueblos, ya populosos, ya pequeños, y hasta he seguido una costumbre por más de un concepto lamentable y de la cual debemos avergonzarnos.

Y, puesto que confieso haber incurrido en tal falta, no habrá quien se resienta de que critique á los demás, criticándome yo mismo. Por otra parte, creo que la individualidad privada de un hombre, nada importa á los intereses colectivos y bienes colectivos de los demás. Solo cuando un mal se hace extensivo á la sociedad, nace el derecho de impugnarlo públicamente, derecho que pertenece á cualquiera de sus miembros.

Hétenos, pues, enfrente de los dos rivales.

¿Quién no sabe lo que es un *Café*? . . .

Un sitio á que se dan cita las gentes diariamente en sus momentos de holganza, con el único objeto al parecer de mirarse cerca unos de otros.

¿Qué se hace allí?

Jugar á los naipes, al billar, al ajedrez, etc., murmurar de todo y de todo el mundo. No se hace más. Avanza la noche ó llega el día, y cada cual se retira á su casa para repetir al día siguiente el mismo drama. No se hace nada de provecho, no se recoge ninguna buena semilla ni se atesora nada para la inteligencia. Id, sin embargo, á esos centros y encontraréis á las gentes más visibles de cada pueblo, noche á noche y sin pérdida de horas.

La Biblioteca Popular, donde en forma de libro se encuentra el pan del espíritu, la doctrina que nos ilustra, la ciencia en todas sus manifestaciones, la historia que nos enseña el camino recorrido por la humanidad, en su marcha prodigiosa al través de los siglos, nos ofrecerá el triste espectáculo de sus volúmenes empolvados, amontonados en sus estantes como monumentos de pueblos décrepitos.

¿No es esto verdaderamente lastimoso? ¿No da pobrísima idea al más mediano pensador, de la civilización que decantamos ante nosotros mismos? . . . Y no es que

estemos tan ilustrados que nos sea superfluo estudiar porque nada nuevo aprenderíamos: ¿quién habrá tan pedante que crea haber llegado al *sumum* del saber humano?—Nadie, á no ser algún pobre mentecato. El hombre, mientras más estudia, más cosas nuevas encuentra dignas de meditación profunda, mientras más camino ha recorrido, mayor es el que le queda por explorar. Quien desprecia los libros no es un hombre inteligente, y mucho menos, ilustrado. Sin embargo, á cada momento oigo hablar de la ilustración de la juventud, y yo mismo, que ahora niego tal ilustración, he hablado muchas veces de ella y hasta he creído que realmente existía.

Veamos, no obstante, si estoy equivocado, examine-mos la composición de nuestras cultas sociedades, veamos en qué consiste el saber de la generalidad de la juventud.

Ved ahí un mancebo de veinte años, gallarda figura, cabello perfumado, vestido según el último figurín de la moda. Habladle de historia, citadle á todos los grandes hombres, antiguos y modernos, desde Moisés á Lutero, desde Leonidas á Abraham Lincoln, desde Carlo Magno á Washington, y os responderá con el silencio. Recordadle el paso de las Termópilas en que se consagró el heroísmo, la lealtad sin segundo de Guzman *el Bueno*, la grandeza de Isabel I y el temple afeminado del último de los reyes moros de Granada, los hechos mismos de nuestra historia Nacional, y como antes, un silencio prudente sellará sus labios.

Habladle de política, y os encontraréis con un hombre de partido, pero no con un hombre de principios.

Habladle de literatura, y os citará párrafos de alguna novela, más ó menos verde, de las que circulan en pacotilla; de filosofía, de religión. . . ¡pasemos! . . . de principios y deberes sociales, y os dirá que su misión en la sociedad se reduce á galantear niñas y burlarlas. Así en todo lo demás.

Ved allí dos señoritas:—¿de qué hablan?... —De modas. . . de los amores de X. con Z. . . de las *temporadas* del último baile. . . de lo mal ataviada que va W. y de lo lujosamente que se viste J. . . . .

Y es esta nuestra ilustración?...

Pobre, muy pobre es, por cierto, y al hacer alarde de lo que no poseemos, nos hacemos á nosotros mismos una burla feroz.

“El desarrollo de la educación en un país demuestra su adelanto,” ha dicho con profunda verdad el señor Sarmiento, y otro pensador, cuyo nombre no recuerdo ahora, ha consignado que “el grado de la felicidad de un pueblo, se mide por el grado de saber de sus habitantes.”

¿De qué admirarnos, entonces, si entre nosotros llega á alzar de vez en cuando el despotismo su cabeza? ¿de qué admirarnos si no se cumplen nuestras leyes, si son mentira las garantías acordadas al ciudadano, si la libertad del sufragio es una quimera?...

En pueblos educados como desgraciadamente lo está hasta ahora la mayor parte del pueblo Argentino, no es posible el reinado libre de la democracia, que será siempre absorbida por oligarquías tiránicas y utilitarias, como v. g., en ciertas provincias del interior donde los puestos públicos son propiedad exclusiva de una familia determinada, y donde los ciudadanos, con nobles excepciones, no juegan otro rol que el de esclavos, sumisos al látigo del capataz.

Instruyámonos, inspirémonos en los ejemplos de otros pueblos, penetremos en los arcanos de las ciencias según nos lo permita nuestra inteligencia más ó menos limitada, estudiemos nuestros deberes de hijos de una República democrática, y tendremos libertad real, tendremos garantías, seremos buenos ciudadanos y soldados incansables del derecho individual y colectivo.

Abandonemos las pueriles diversiones del *café* ó dediquémosle menos tiempo, hagamos del libro *nuestro compañero y amigo inseparable* según la expresión de Horacio Mann—y entonces sí podremos decir con orgullo que somos un pueblo ilustrado.

Pero mientras eso no suceda, mientras abandonemos el libro ó solo le dediquemos los momentos de hastío, ni tendremos derecho á tal título, ni podremos quejarnos con justicia de no ser enteramente libres.

*La ignorancia pretenciosa es el más poderoso agente de la tiranía.*

Con el afecto que siempre le profeso, me despido de usted, querido amigo, hasta mi próxima carta.

## CARTA VII

---

« .....  
« Y crea Vd., mi amigo, que nosotros,  
« los que hemos luchado largo tiempo por  
« el bienestar de la patria, miramos con  
« vivo interés á la generación que se  
« levanta, á la cual tenemos que entregar  
« nuestro puesto en el campo del deber,  
« una vez que seamos llamados á descansar de nuestra ardua tarea en la tumba.»

ERNESTO OLDENDORFF. — *Carta confidencial al autor de estos artículos.*

Mi querido amigo:—Que la humanidad se regenera y progresa día á día de una manera más ó menos lenta pero segura, es una verdad incontrovertible. Que ese progreso se opera por medio de revoluciones sucesivas promovidas por los hombres nuevos en las ideas y costumbres de los hombres viejos, también es innegable, puesto que lo contrario sería el absurdo, no siendo admisible que los que han agotado el caudal de su inteligencia, perfeccionen la concepción de una mente joven que explora los campos de la ciencia dejando atrás la meta alcanzada por sus antecesores. Es, por otra parte, una ley natural é histórica, observada constantemente en el reino animal y vejetativo, como en los hombres, los pueblos y los continentes.

La civilización, que, como la humanidad, tuvo por cuna el Asia, pasó á Europa en busca de países é inteligencias nuevas, y ésta, á su vez, cederá á América la suprema-

cía, cuando se cumpla en ella la ley ineludible de la decrepitud.

Observemos esa regla y la hallaremos cumplida hasta en las capas terrestres, constantemente renovadas.

Pues bien, en las sociedades políticas, y más que todo en los pueblos republicano-democráticos en que todos y cada uno tienen derecho á ambicionar el mando, las prerrogativas y derechos del ciudadano, debe observarse esa misma ley, *y la generación que desaparece luchando en el campo del deber, tiene que confiar su tarea á la generación que se levanta.* Pero ¿cómo ha de continuarla dignamente si no tiene absolutamente ninguna práctica y cuenta apenas con débiles conocimientos teóricos de su misión?

Si la América, una vez descubierta, hubiérase mantenido en su estado primitivo y salvaje, ¿quién proseguiría la obra de la civilización, cuando la Europa ya decrepita, el Asia embrutecida, se hiciera necesario buscar países vírgenes, inteligencias jóvenes y robustas á quienes hacer el legado precioso, fruto de miles de años de un trabajo incesante?

Y el Africa?—me preguntará en son de burla algún censor intransigente.

¿Y si el Africa, como hasta hoy, permaneciera inculta, con sus abominables religiones, sus gobiernos bárbaros y despóticos, sus tribus como agrupaciones de árboles en un bosque virgen, sin noción ninguna de esa misión bendecida?

Indudablemente, hubiera sido indispensable volver á las épocas legendarias del Génesis y atravesar de nuevo el desierto de la ignorancia, erizado de espinas y regado con la sangre de millones y millones de hombres, para llegar á la anhelada tierra de promisión. La obra de tantos siglos, el sacrificio de tanto mártir, las conquistas de la ciencia, todo se habría irremisiblemente perdido. Y no se me tache de iluso y de amigo de la frase de re-



lumbrón, porque probaría con la historia en la mano que todo en el orden natural se encuentra sujeto á la ley de las eternas renovaciones que engendran el progreso, como también que esas renovaciones se operan por la sucesión de los hombres y de los pueblos en la existencia colectiva de la humanidad.

Sin el descubrimiento de América, ¿cuánto tiempo habría pasado sin cimentarse sobre sólidas bases la verdadera doctrina democrática que se ha hecho carne, por decirlo así, en la conciencia universal? Sin él, ¿cuánto tiempo habría amenazado la frente de la humanidad la chispa eléctrica que ha sabido arrebatar á las nubes un humilde obrero del Nuevo Mundo?

Y si esto es aplicable á cada país en particular, ¿por qué los pueblos argentinos, y especialmente los de la provincia de Buenos Aires, no se preparan para esa hora que ha de llegar para ellos, y viven pegados como la hiedra á hombres que, con infinita frecuencia, no tienen otros títulos que unos cuantos millones de pesos y cincuenta ó sesenta años de edad, unidos á la más crasa ignorancia, sin perjuicio de que sean ellos mismos quienes muchas veces sacrifican á sus representados en el Calvario de sus indignas ambiciones, de sus preocupaciones añejas, sus intenciones bastardas y manejos bastardeados por el deseo de ser?....

Escribo de propósito en un lenguaje sencillo y claro para que todos me comprendan, porque á mi juicio, el asunto de que trato puede ser considerado como tesis capital de nuestro progreso y desenvolvimiento futuro. Es necesario destruir el culto por los hombres, y sobre todo, por los hombres que solo se recomiendan por ser viejos, para sustituirlo por el de los principios, que debe ser la base de nuestro engrandecimiento, real y no ficticio, que se traduzca en obras de utilidad y ornato, y no se encuentre únicamente impreso en los papeles públicos como un cuento de hadas, ó diseñado en nuestra

fantasía como castillo de naipes que se derrumba al soplo helado de la realidad.

Lamento no poseer la erudición suficiente para hacer que esta idea se encarne en el ánimo de mis conciudadanos, y me desaliento al pensar que, desautorizado borroñador de papel, y escribiendo en un rincón de la campaña, forzosamente mis propagandas no harán eco, como no lo hicieron las de otros escritores que llenaron diarios y folletos, y cuyo efecto no duró más tiempo que la lectura, y hasta es posible que ni los suscritores del periódico en que ven la luz se dignen fijar en ellas la atención; pero eso no debilita mis convicciones. Es de todo punto indispensable, como lo he dicho en los anteriores párrafos, destruir ese fanatismo (que es, como todos los fanatismos, fatal,) por el hombre que solo se recomienda por los años de una existencia estéril para el bien, si deseamos de corazón el predominio de las doctrinas republicanas y el adelanto moral y material del país.

No puedo admitir la absurda teoría de que un hombre, por tener blanco el cabello y rugosa la frente, deba ser siempre considerado como más autorizado que un joven.

Las canas invitan al respeto, pero no indican sabiduría.

El hombre más joven puede dar lecciones á un viejo, siempre que haya bebido en más puras fuentes ó haya nutrido mejor su inteligencia, y negarlo, sería negar ó no conocer la historia del progreso humano.

¿Con qué derecho se hubiera colocado Galileo al frente de todos los siglos del pasado, para convencer del error á las Escrituras y á todos los hombres que le precedieron, diciéndoles con la convicción y energía de la ciencia:—“No es el sol sino la tierra quien se mueve”!—conmoviendo con esa afirmación á las sociedades, hombres, pueblos y religiones de todas las épocas?

¿Con qué derecho se habría lanzado Colón en el *marem tenebrosum* de los antiguos en busca de un mundo que debía desmentir una creencia elevada á la categoría de dogma, revolucionando á la humanidad entera y abriendo de par en par las puertas de un templo inmenso al culto de la Diosa Libertad?

¿Con qué derecho, Franklin, habría desarmado á las nubes, atrayendo el rayo y reduciéndolo á la impotencia por medio de una débil aguja imantada?

Pero no me separe yo de mi asunto.

Usted comprenderá, amigo mio, que no hago una guerra abierta á las canas, no niego la cosecha de conocimientos que puedan atesorarse mediante una experiencia penosa, ni proscribo, siquiera sea mentalmente, á los hombres que unen á esas lecciones prácticas el deseo del bien general, la abnegación y valentía del verdadero republicano, y los conocimientos teóricos indispensables para llenar dignamente su cometido en la vida pública.

El joven marino lanzado por vez primera al seno de los mares, perecería, juguete de los elementos, sin el auxilio del experto timonel; pero si ese joven no hace con tiempo su aprendizaje, ¿quién gobernará el buque cuando los antiguos tripulantes hayan desaparecido en el abismo del no ser?

¿Por qué, pues, nuestros pueblos han de llevar siempre unos mismos hombres, muchos de ellos indignos, á las Legislaturas y demás puestos públicos, desdeñando el elemento joven ó buscándolo en otros centros, sin contar con los que en su propio seno puede encontrar cada uno? ¿No tienen, por ventura, más de dos ó tres individuos, al parecer indispensables, á quienes honrar eligiéndolos para su representación?

Sí los tienen, ignorados tal vez, pero que, seguramente, pueden blasonar de más independencia y más conocimientos que los pequeños ídolos á quienes incesantemente zahuman con el incienso de inmerecidas alabanzas.

Pero ese mal reconoce un origen lejano, y, como se verá, reviste caracteres aun más alarmantes que los expuestos, é interesa de una manera vital la independencia de cada uno de nuestros pueblos.

El que desea ser en cualquier provincia Juez, Legislador, etc., no precisa talento, patriotismo ni méritos de ninguna especie. El puesto, sea cual sea, se negocia con los agentes electorales de la Capital, únicos intérpretes de los incomunicables Vedas de la política, estipulándose de antemano las recompensas, que consisten en un voto siempre favorable y una obediencia pasiva, y es cosa hecha. El pueblo no entra en el drama sino como elemento á quien se obliga á votar.

La juventud, que es el sostén de nuestras instituciones, que siente siempre abierto su pecho á todas las heroicidades, que es la carne de cañón de todas las épocas y rebosa sentimientos generosos y nobles, se queda en el tintero ó es el pavo de la boda, usando vulgares expresiones, en la jornada en que la empuñan los que jamás presentan el pecho á los peligros, pero que los procuran para medrar á la sombra de cualquier bandera.

Este mal se remediaría, bien con la independencia Municipal de nuestro pueblo, ó constituyendo asociaciones políticas en cada uno de ellos, con las cuales nada tuvieran que ver los eternos dominadores del país, los insaciables zánganos de la pública colmena.

## CARTA VIII

---

« Si los hombres han de continuar civilizados ó aspiran á serlo, el arte de asociarse en cuerpo debe crecer y mejorar en la misma proporción en que avanza la igualdad de condiciones. »

A. DE TOCQUEVILLE: *La Democracia en América.*

Distinguido amigo mío: Al hacer en mi primera carta una rápida reseña de los muchos y graves males que pesan sobre este rico pedazo de suelo americano, dije que la falta de espíritu de asociación, el aislamiento en que vivimos, separándonos unos de otros, y al parecer sistemáticamente, los hijos de esta tierra, es una de las causas poderosas que obstaculizan el adelanto social y económico del país.

En el corto estudio que me ha sido dado hacer de la sociedad de mi patria, he observado que en una gran parte de esa juventud gallarda que se levanta y que debe ser como la columna de nuestra futura grandeza nacional, existe más superficialidad y menos amor al estudio y á todo lo que se relaciona con los grandes problemas del progreso moral, que lo que debiéramos desear en nombre de los intereses bien entendidos del país; y esto, que á la simple vita se prueba, debiera preocupar más á nuestros hombres de ilustración reconocida que las cuestiones de poca monta de mezquinas ambiciones personales, que, sin embargo, arrastran al pueblo á la matanza, sin más resultado positivo que el cambiar de amo y de librea.

Setenta años llevamos de vida independiente, y durante ellos nos hemos batido en campos de horrible carnicería, sin apercibirnos de que todos los sacrificios y toda la sangre derramada, no hacen hasta hoy otra cosa que engendrar nuevas luchas, en que la bravura del león se mezcla al instinto carnicero del tigre.

.....

.....

“El porvenir pertenece á la juventud”— ha dicho un filósofo.

La juventud de un pueblo anuncia el porvenir de ese mismo pueblo, porque aquél pertenece á los que vienen y no á los que se van. El cedro que cae, cede de buen grado su puesto á los retoños, y si el bosque siempre verde acrece en vez de disminuir, es porque vástagos nuevos le infunden vida y lozanía.

La planta primitiva, satisfecha su misión, ha caido consumida por el tiempo.

La juventud argentina, que es el porvenir de la República, ocupada en los debates ardientes de la política, ha olvidado, como más arriba lo decía, ó descuidado al menos, las grandes cuestiones que atañen al progreso moral de un pueblo.

El espíritu de asociación, por ejemplo, que da nervio y fortaleza á las naciones, indicando al mismo tiempo una civilización progresiva, no ha logrado echar raíces entre nosotros.

El hombre, abandonado á sí mismo ó encerrado en el círculo de sus más ó menos numerosas relaciones, permanece como molécula flotante en el espacio, perdiéndose en la ignorancia, estacionado en un punto fatal ó progresando lentamente, pero sin provecho para nadie. Si concibe una idea, no tiene auditorio que lo escuche y aconseje; si lo abate la miseria, no encuentra á quien pedir trabajo y pan en nombre de la comunidad de intereses y aspiraciones; si lo enceguece un error, no tiene

quien le arranque la venda de los ojos. Cuando más encontrará un silencio estóico que lo amilane, una compasión fría que lo avergüence, ó la burla sarcástica que lo irrite.

Y de nó, ¿dónde ha logrado sostener nuestra juventud sociedades literarias, dramáticas, de socorros mútuos ó de educación común? En ninguno ó en uno que otro de nuestros pueblos, con excepción de Buenos Aires, centro y cuna de la civilización argentina.

Y, sin embargo, la colonia extranjera que subsiste entre nosotros nos da un plausible ejemplo, organizando por do quiera sociedades francesas, españolas, italianas, etcétera.

¿Por qué, pues, somos tan desidiosos? ¿No tenemos sobradísimos elementos nacionales para organizar sociedades útiles de todo género?

Sí! los poseemos y en gran número, pero somos muy egoistas y preferimos aislarnos, aburrirnos y embrutecernos, á ponernos en contacto con nuestros hermanos, aunando nuestros esfuerzos para fines honrosos.

Es necesario que desaparezca esa apatía, es necesario que, teniendo presente que solo la unión puede hacernos fuertes en la lucha por la civilización, cuyo triunfo no se alcanza por la influencia barbarizadora de las armas, constituyamos por do quiera asociaciones, donde la discusión nos ilustre, donde hallemos un consuelo en las aflicciones, un pan y un vestido en la miseria, y que nos impulsen con brazo esforzado por el camino luminoso del progreso.

Tal se hace en Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América, y el desenvolvimiento maravilloso que ha colocado esas dos naciones á la vanguardia de la civilización universal, nos demuestra que no andaríamos errados en aplicar á nuestros males aquel que me atreveré á llamar antídoto infalible, según yo lo considero en mis cortos alcances.

Fijemos una mirada retrospectiva sobre el cuadro de nuestras luchas electorales, en las cuales rara vez ha salido de las urnas la expresión genuina de la voluntad popular. ¿Por qué?... Porque allí, donde quiera que ha sido necesario elegir un hombre para un puesto público, la influencia oficial, y más que eso, la falta de unidad de miras en el pueblo, que debiera existir puesto que los intereses espuestos son comunes, ha dado vida en los comicios á un aborto, engendro de cuatro ó seis hombres confabulados en provecho propio y mal de la comunidad.

Y de no, ¿dónde se han formado jamás Clubs electorales independientes para elegir un Diputado, Juez, Alcalde ó Gobernante, que respondiera únicamente á los intereses locales, sin esperar antes la palabra de orden de los Druidas políticos? Señáleseme ese pueblo y lo saludaré como nuncio de días de gloria y de progreso. Pero por desgracia nuestra, en cualquier parte donde se ha proclamado un candidato, aun para el puesto más insignificante, no se ha tenido en vista otra cosa, por los que gratuitamente se han atribuido la misión de dirigir las corrientes de la opinión pública, que alguna combinación política del porvenir. Y ¿qué ha resultado de esa conculcación del derecho, inviolable patrimonio del último ciudadano? Que el pueblo se ve continuamente dividido, que sus arcas están siempre vacías, que su progreso se paraliza de continuo, ó que retroceden las sociedades á épocas que enlutan nuestra historia; que el Juez y el Comandante *arrear* los ciudadanos á las urnas, látigo en mano, como capataces encargados de hacerlos votar por el santo de su devoción; que el diputado (que muchas veces tiene patente de nulidad) va á las Cámaras á firmar, aunque sea su sentencia de muerte, á una señal convenida; que . . . . es inmenso el catálogo, amigo mio, de los males que nos sobrevienen y sería prolijo enumerarlos.



No sucedería tal si en todas y en cada una de las localidades existieran organizados permanentemente clubs políticos, compuestos de todos los ciudadanos capaces, encargados de vigilar por la fiel observancia de las leyes y el respeto á los derechos inherentes al hijo de una República. No sucedería tal, si los pueblos, unidos por los vínculos sagrados de la asociación, presentaran sus filas compactas en un día de elecciones á los avances del poder oficial ó á las bayonetas de una imposición sangrienta. <sup>(1)</sup>

---

(I) En 1885, siendo el autor Presidente del Club *Unión Nacional* del Pergamino, trató de poner en práctica este pensamiento, desde años atrás enunciado, á cuyo efecto convocó una convención de delegados de diversos pueblos del Departamento del Norte. Del éxito, desgraciadamente negativo, de esta tentativa, da cuenta la carta que á continuación reproduzco, precedida de los comentarios con que la acompañó *El Norte de Buenos Aires*.

Helos aquí :

### CARTA POLÍTICA

La idea de una convención electoral, no ya solamente que comprenda á los partidos del Departamento del Norte sino que también á todos los de la Provincia, formada con el propósito de llevar á la Legislatura de la misma, con el sufragio de los vecindarios, sus genuinos representantes, que bajo compromisos solemnes velen por la satisfacción de sus necesidades y su verdadero engrandecimiento en todas las esferas del progreso, ha merecido de nuestra parte el más ardiente parabién y el más decidido apoyo, desde el momento de enunciarse.

Pensamos, al dispensarle nuestro acatamiento y al propagarla, que su realización importaría el lleno de una suprema necesidad, que se impone al más ligero análisis de los elementos constitutivos de las pasadas y actual Legislaturas de la provincia.

En efecto, si examinamos el derecho con que ocupan una banca en ese alto cuerpo la inmensa mayoría de legisladores que lo forman, se nota patentemente que para nada ha intervenido el pueblo en su elección.

Por cada hombre honorable y vinculado á los vecindarios de la provincia por su familia y sus intereses, conocedores de sus aspiraciones y legítimas necesidades, hay veinte advenedizos llevados allí por las trapiondas políticas para servir las ambiciones de uno ó más amos, y

Un escritor argentino ha demostrado luminosamente la conveniencia de la formación de esos clubs electorales permanentes en cada uno de los pueblos argentinos y con especialidad en los de la campaña de Buenos Aires, como única y segura garantía de la verdadera libertad del sufragio, base sólida sobre la que debe cimentarse nuestro progreso.

---

á sus propios designios, que están siempre en pugna con los genuinos anhelos de sus comprovincianos.

Trabajar porque esta enormidad desaparezca; velar porque se realicen los preceptos más egregios de las leyes que nos garantizan la libre elección de nuestros mandatarios, es propender digna y patrióticamente á que sea una verdad incontrovertible el régimen democrático de nuestro sistema de gobierno.

Así lo creíamos al apoyar calorosamente el pensamiento de una convención electoral, nacido y desarrollado en esta sección bajo los mejores auspicios, y así lo seguíamos creyendo, cuando nos llega la carta política, que en seguida publicamos, suscrita por nuestro distinguido amigo é ilustrado colaborador, el señor Olleros.

Hacemos nuestros, en un todo, sus conceptos, responsabilizándonos ante los vecindarios de este Departamento, de las ulterioridades que pueda traer aparejada la practicabilidad de una idea, cuya realización perseguiremos con todos nuestros esfuerzos y buena voluntad, hasta verla triunfante ó rechazada; que tan patriótico proceder en nada afecta los intereses generales de la comunidad política á que nos honramos en pertenecer, y está sí destinado á dar muestra muy alta de la austeridad cívica de nuestros pueblos, y á extinguir una monstruosidad que contrasta con el dictado de hombres libres que llevamos con legítima vanagloria.

Si hay espíritus que vacilan, su propia debilidad los abona, si bien no se justifica con ello un proceder equivocado.

Dice así la carta de nuestro amigo querido, que nos honramos en publicar:

*Señor Director de El NORTE.*

Mi querido amigo :

Dice Lieber, en su preciosa obra "La libertad civil y el gobierno propios" (*Self-governement*) que : "muchos que se apegan sin reserva á lo pasado, ó que temen menos sus males que los que pueden resul-

Sin libertad en el sufragio electoral, la verdad de la doctrina democrática es una quimera, y esta lo será mientras el pueblo no se reuna, asocie y delibere por sí propio, sin esperar el beneplácito de mentores interesados en su ruina. Esto se encuentra demostrado entre nosotros por una experiencia dolorosa de más de medio siglo, y ojalá cambiara en breve la desorganización existente en

---

tar de un cambio, resisten los presentes anhelos de nuestra especie, y parece que olvidan que el cambio siempre se está efectuando, quieran ellos ó no quieran."

He tenido ocasión de meditar detenidamente sobre esta consoladora afirmación del publicista inglés, con motivo de la convención de delegados de cuatro comités Juaristas del Departamento que, por iniciativa del Club *Unión Nacional* del Pergamino, tuvo lugar en este pueblo, el 30 del pasado Agosto.

Tú conoces los móviles de la convocatoria.

Se trataba de ponernos de acuerdo para elegir, cuando llegara la época, individuos dignos de representar á la Provincia en la Legislatura, comprometiéndonos á luchar por hombres de antecedentes puros, indicados por nosotros mismos, vinculados á nuestros pueblos por sus intereses y sus familias, sin atender para nombrarlos á compromisos políticos con anterioridad contraídos y sí á la competencia, honradez y popularidad de los candidatos.

El propósito era noblemente patriótico: pertenecía originariamente al doctor José Fonrouge, y así se declaró á los delegados de San Nicolás, Rojas y Arrecifes. El Club *Unión Nacional*, al tratar de dar forma práctica á la idea, no hizo otra cosa que prohibirla, poniendo á su servicio los elementos poderosísimos con que cuenta.

Desgraciadamente, antes de que la convención tuviera lugar, un diario de Buenos Aires, *El Liberal*, dió la voz de alarma en nombre de los intereses del partido político al cual estamos vinculados, y la dió en términos tales, que dejaba traslucir bien á las claras que no era su temor el del partidista sincero al ver en peligro á su partido, sino el del aspirante vulgar, sin patriotismo, sin ilustración, sin convicciones, y poseído solamente del deseo de escalar puestos públicos á la sombra de una bandera política, por especulación sostenida.

*El Liberal*, bien lo recuerdo, llegó á calificar, haciendo gala de inaudita grosería, de ambiciones ó intereses de aldea á lo que debía tratarse en el Pergamino, y llevó su osadía al extremo de lanzar una especie de amenaza al Club *Unión Nacional*, llamando la atención de nuestros delegados sobre la actitud que asumíamos.

nuestra sociedad política, por los vínculos inrompibles forjados por una aspiración común, un fin común y medios comunes en la obra, tendentes á producir nuestra redención.

Por otra parte, la formación de Clubs electorales, independientes unos de otros, pero unidos entre sí por una correspondencia franca, no es una obra que requiera sacrificios considerables.

---

Olvidaba indudablemente, *El Liberal*, que son estas miserables aldeas las que componen la Provincia de Buenos Aires, y que sus ignorantes aldeanos son los que en el momento del peligro supremo, cuando se agotan los medios de lucha pacífica, van á sostener sus convicciones en el campo de batalla, arrancan sus banderas al enemigo y mueren como buenos, mientras muchos de los políticos y periodistas de ocasión se contentan con lucir vistosos uniformes en las calles de la Capital.

Pasemos!

Cuando llegó el momento de celebrarse la convención, se encontraban presentes los delegados de San Nicolás, Rojas y Arrecifes, y numerosos miembros del Comité del Pergamino.

Expuesto el objeto de la convocatoria, explicada la idea en sus facies principales, demostrado con claridad que nuestro propósito no era debilitar á nuestro partido, sino, por el contrario, robustecer su propaganda fijando un centro de acción para el Departamento del Norte, en San Nicolás ó el Pergamino, y probando, por decirlo así, á los ojos del pueblo nuestras patrióticas aspiraciones, la idea fué por todos recibida con marcadas demostraciones de aprobación, declarándola aceptable y digna de aplauso. Pero... ¡maldita condición humana!... hubo un *pero*...

Se creyó que el proyecto era estemporáneo, y que por muy bueno que fuera en teoría, él importaría romper, si se ponía en práctica, con los Comités de Buenos Aires. Tal *pero*... ¿qué significaba?... significaba al fin de cuentas que la idea era rechazada!...

Con un desengaño más, pero con fe profunda en nuestras convicciones, dimos aquel asunto por terminado. No nos habríamos ocupado más de él, si á ello no nos moviera una carta del Sr. Mariano Muñoz, Presidente del Club de Rojas, publicada últimamente en *El Eco del Norte*.

Sin creer que debo prejuizar las intenciones del Sr. Muñoz, á quien creo y estimo como verdadero caballero, entiendo que es deber de los iniciadores del proyecto, aceptar toda la responsabilidad, si alguna hubiera, y demostrar al defenderlo que no hemos sido movidos por

Más, mucho más gastamos en cada una de las disensiones intestinas que nos arruinan y nos presentan ante el mundo como una agrupación de bárbaros, aunque en ellas luchemos por la libertad y el derecho.

Pero no es mi propósito recomendar tan solo la formación de asociaciones políticas. La unión, encaminando las inteligencias y los capitales á fines honrados, produciendo la fuerza y el poder de que carece el hombre aislado de sus semejantes, no engendra solamente la libertad política, sino que facilita la instrucción del pueblo, da pan al que sufre hambre, cura las dolencias del cuerpo, congrega los capitales á la realización de grandes empresas, y hace posible y aun da vida á lo que fuera imposible para los esfuerzos de un solo individuo.

---

sórdidos anhelos. Yo, por mi parte, acepto toda la responsabilidad que me toque, y conmigo lo harán los señores que simpatizaron con la idea y no la creyeron inoportuna.

Si el deseo de ver dignamente representada á la Provincia en la Legislatura provincial, oponiéndose á que ella sea deshonrada por individuos dignos de la Penitenciaría, ó por entes incapaces de representarse á sí mismos, importa un cargo contra los que la abrigan, caiga en buena hora sobre nosotros la reprobación y el castigo.

Pero, si por el contrario ello importa un propósito digno de hombres libres, educados en la escuela de la democracia y ansiosos del bien de la Patria, sea también nuestro el aplauso y la retribución.

La idea una vez más derrotada, es la misma que inspiró, aunque con propósitos distintos, á los miembros de la Asociación de Belgrano en 1873, y á los de la Convención de Mercedes en 1876.

Ella tiene que abrirse paso y triunfar tarde ó temprano, porque es justo que el que contribuye con su dinero y con su sangre al sostén de la Administración y de las instituciones, sepa quiénes son los que lo representan, los elija y los nombre por sí mismo.

Eso ha de suceder, querido amigo, no lo dudemos: — la verdad y la justicia, se abren paso como la luz y se imponen con autoridad invencible.

Lamentando haber tenido necesidad de ocuparme de este asunto, te saluda afectuosamente tu amigo

M. L. OLLEROS.

Instituyendo Clubs Políticos—  
Sociedades literarias y dramáticas—  
De Educación Común—  
De Socorros Mútuos—  
De Filantropía y Caridad—  
Artísticas, científicas y comerciales—

Es como los pueblos son verdaderamente libres, difunden la ilustración, dan pan al menesteroso, socorro al débil, y movimiento á los grandes capitales, que ora horaden las sierras para dar paso al ferrocarril, ó lancen al mar navíos que domeñen la furia de sus ondas, aproximan de consuno la humanidad á la perfección á que aspira.

Entre nosotros se ha hecho muy poco de esto hasta la fecha, pero puede hacerse mucho si los periodistas y los hombres de alguna valía en nuestros pueblos agitan la idea y la fecundan.

De desear es que así suceda, porque entonces podríamos saludar confiadamente la alborada de dias de gloria y de ventura para el país. Desaparecería la figura siniestra de los agentes electorales, árbitros de nuestros destinos, aminoraríamos el número de los desgraciados, educaríamos al pueblo en lo que de nosotros dependiese, y al par que aumentaríamos los medios de trabajo honrado, ensancharíamos nuestro comercio con la explotación de nuestras minas y de nuestros bosques, la navegación en grande escala de nuestros rios, el laboreo de nuestras tierras, incultas hasta hoy, y bordaríamos la extensión de nuestra Pampa con colonias y ciudades florecientes, suprimiendo el desierto, declarado enemigo de la civilización.

Con esos deseos y esperanzas lo saluda su obsecuente amigo.

## CARTA IX

---

- « Fatal es la ilusión en que cae un le-
- « gislador, cuando pretende que sus talen-
- « tos y voluntad pueden mudar la natura-
- « leza de las cosas, ó suplir á ellas
- « sancionando ó decretando creaciones».

BERNARDINO RIVADAVIA.—(Véase *Oración fúnebre de Rivadavia*, por B. Mitre. pág. 35).

Mi buen amigo:—Hace algún tiempo que hablando con un periodista de la campaña sobre el malhadado asunto de las Defensorías Municipales de Menores, que son mi eterna pesadilla, me dijo que el mal no estaba en la Ley creadora de dichas Defensorías, pues allí donde obtenía fiel cumplimiento, como en Buenos Aires, no podía exigirse mayor suma de garantías para el huérfano, y que, si no daba en todas partes buenos resultados, lo que es indiscutible, no era por culpa de la Ley, sino por causas de otro género.

Al escuchar tales razones, aunque no del todo acorde con ellas,—“He ahí tema para un artículo”— me dije, acordándome de la oportuna frase de un otro amigo mio:— *es igual, si hay leña y no arde.*

Efectivamente: la República Argentina, que ha contado y cuenta entre sus hijos con inteligencias privilegiadas, que por su riqueza natural y el clima hospitalario de sus diversas zonas, se encuentra llamada á un gran porvenir, está dotada de códigos admirables que garantizan la libertad y derechos de sus hijos y *los hom-*

*bres todos del globo que quieran habitar nuestro suelo; pero todas esas garantías son en muchos casos letra muerta, en razón de que la anarquía y la despoblación con que luchamos, han imposibilitado la preparación conveniente del pueblo que debe velar por su cumplimiento.*

Las mejores instituciones fallan por su base, como lo ha observado un publicista contemporáneo, cuando no hay quien las haga observar, ni aptitud para ejercer los derechos que ellas acuerdan; y no es eso solo, pues sucede frecuentemente que, manejadas por gentes expertas en provecho propio y mal de la comunidad, se convierten en tales manos en instrumentos de despotismo ó de anarquía. Hay quien ha dicho, hablando á este respecto, que pueblos ineptos para ejercer los derechos que les acuerdan hermosas leyes, son sepulcros blanqueados por fuera, y que ocultan la podre en su interior.

Falto de la erudición necesaria para probar filosóficamente estas verdades, trataré de hacerlo con los hechos que á cada momento nos ofrecen experiencia y que no escapan á la más trivial observación.

En la organización de un pueblo republicano, el sistema federal-representativo es considerado como la última palabra del progreso político, porque conservando la independencia interior de los estados que forman la Nación, los une á todos bajo una misma Ley y un mismo Gobierno, y su bondad está demostrada en la admirable organización de los Cantones Suizos, oasis de libertad en medio del dominio de emperadores y reyes, y en el progreso siempre creciente de los Estados Unidos de Norte América, pobres colonias ayer y que hoy, como su madre la vieja Inglaterra, marchan á la cabeza de la verdadera civilización humana. (1)

(1) Debo hacernotar que si bien en mi primera carta he lamentado, como lamentaré siempre, el que nos hayamos constituido bajo el sistema Federal, no es porque lo considere malo en sí, sino con rela-



Entre nosotros da resultados negativos. Se apoderan de los poderes públicos unos pocos hombres que jamás se inspiran en los dictados del patriotismo, y vemos á cada paso que el Gobernador de un Estado deja de serlo para ocupar un puesto en el Ministerio Nacional ó en el Congreso; el Ministro, el Senador y el Diputado de hoy son mañana Gobernadores, Jefes Políticos, Generales ó cuando menos aspirantes, y los mismos Presidentes de la República, no bajan de su elevado puesto sin dejarse asegurado otro en la administración futura. Y el pueblo que sufre, el pueblo que paga, no hace otra cosa que revolverse en un lago de sangre y de lágrimas.

No es menester citar nombres propios, porque los hechos hablan con elocuencia, y basta pasar en revista de muchos años á esta parte, desde el Gobierno Nacional y el Congreso hasta el último Gobernador y Legislatura de Provincia, para convencerse de tan dolorosas verdades. Y todo esto es porque no hay pueblo suficientemente educado para hacer observar sus sabias leyes y respetar sus derechos, que debieran ser inviolables.

La libertad del sufragio, base de todo buen Gobierno Republicano, no ha sido entre nosotros, con excepciones raras, nada más que una hermosa frase sin sentido práctico ninguno.

---

ción al país, es decir, con relación á sus recursos y á la capacidad cívica de la mayor parte de los ciudadanos. Si en los Estados Unidos y en Suiza ha dado un resultado brillante, es porque allí el pueblo se encuentra suficientemente ilustrado, y no ha sido adoptado como entre nosotros por satisfacer las ambiciones de caudillos ignorantes, cuando no bárbaramente sanguinarios, y sí por convenir á los intereses políticos y económicos de los diversos estados confederados, conveniencia que ni ha existido ni existe para las Provincias Argentinas, pues algunas de ellas, como es de pública notoriedad, carecen hasta de los recursos necesarios para costear su administración interior, viniendo á ser de esa manera una carga pesadísima para el resto de la República.

La influencia oficial, opuesta á la voluntad del pueblo, ha echado siempre su fuerza en los comicios, no solo cuando se ha tratado de elegir altos dignatarios, sino hasta en las elecciones de Municipales y Jueces de Paz. Yo lo he palpado en diversos pueblos, y hasta pagué en la cárcel, en el Rosario de Santa Fé, el delito de sostener el candidato de mis simpatías.

Los Gobiernos han ido en su locura y sed de mando hasta ametrallar al pueblo. En la ciudad antes citada, hace próximamente cinco años, <sup>(1)</sup> el Club Unión Nacional, de que formaba parte el que escribe, resolvió inscribirse en el Registro Cívico, y al efecto, fuerte de tres ó cuatro mil ciudadanos, se dirigió á la Jefatura Política en la que estaba instalada la mesa. Al llegar observamos grupos de gente regimentada, con sus oficiales á la cabeza, pero esto no nos sorprendió..... El Gobierno quería impedir que votáramos, pues tenía la conciencia de que le venceríamos en el terreno legal, y al efecto, se había resuelto impedirnos la inscripción. Cuando con más tranquilidad ejercíamos nuestro derecho, apareció un pelotón de Gendarmes, y haciéndonos una descarga cerrada de fusilería Remington, se puso á perseguir á balazos los grupos de nuestra gente desarmada..... Por la noche, los miembros más influyentes de nuestro partido estaban en la cárcel. El terror se había producido: no nos inscribimos y no hubo oposición en las elecciones.....

Hechos mil como éste citaría consumados en diversas provincias de la República, pero los creo en este caso cuestión de detalle, puesto que *los buenos ó malos Gobiernos, son consecuencia lógica de la composición social de los pueblos.*

¿Y suceden tamaños escándalos por falta de leyes que

---

(1) En 1877.

garanticen la libertad del sufragio?..... No, por cierto, pues nuestra Ley Electoral, tan lata en concesiones, garante dicha libertad, no solo á todos los ciudadanos, sino que, en determinados casos, al mismo extranjero que comparte con nosotros los goces y trabajos de la existencia.

Pero he aquí el caso de demostrar que las mejores leyes, dadas á pueblos incapaces, se convierten en armas mortíferas que se esgrimen contra ese mismo pueblo.

No atribuyo al Argentino sin excepción esa incapacidad cívica; pero no se me negará que una gran parte de ese pueblo, casi la mayoría, que no sabe ni aun leer y escribir, es incapaz de todo punto de ejercitar juiciosamente el derecho electoral. La experiencia lo demuestra á cada paso: cuando el Juez, el Comandante Militar, el Gobernador de Provincia, etc., tienen empeño en ganar una elección -- y rara vez no lo tienen, -- comprometen á los Alcaldes, citan á la Guardia Nacional, ó convocan empleados y serviles acólitos; el ciudadano ilustrado é independiente no concurre al llamado, hecho sin justicia, pero el pobre gaucho, que no conoce sus derechos y cree que las cargas son su único patrimonio, atemorizado con la amenaza de enviarlo á las tropas de línea y por no incurrir en el enojo del superior, acude á la cita y vota inconsciente según el santo y seña que le dieron. El verdadero pueblo pierde la elección; los dilapidadores de su tesoro, los que lo despotizan y ultrajan, celebran el triunfo con banquetes y repiques de campana.

En mi próxima continuaré con el tema de la presente.

## CARTA X

---

«La República Argentina está geográficamente constituida de tal manera, que ha de ser siempre unitaria, aunque el rótulo de la botella diga lo contrario.»  
D. F. SARMIENTO. — *Jucundo*. Cap. VII.

Apreciado amigo: — La ciencia de la legislación no consiste en *fabricar* leyes bonitas, impracticables en el pueblo para que han sido dictadas, sino en estudiar concienzudamente el grado de progreso moral y material de la sociedad, y según él darle códigos *practicables* que puedan asegurar su adelanto y bienestar.

Legisladores puramente teóricos ó que llevados de un espíritu de servil imitación se limitan á cambiar en algo las leyes de otros pueblos, aplicándolas al suyo sin consultar antes la posibilidad ó imposibilidad de la práctica, me representan un padre de familia pobre que gasta coche, palco y ricos trajes, sin apercibirse de la bancarrota que viene en pos de los gastos y únicamente por no parecer menos que los grandes capitalistas con los cuales se ve obligado á alternar. Legisladores son esos que no sancionan leyes para sus días, sino para los hijos de sus hijos, y no es difícil que ni aun aquéllos puedan debidamente observarlas.

Será, acaso, exagerada, pero no es incierta mi proposición, pues la práctica defectuosa de la mejor de las leyes posibles, no dará jamás otro resultado que la bancarrota, el descrédito ó el desencanto, hasta que

las generaciones venideras, cayendo unas tras de otras, y trasmitiéndose el principio que se quiso afianzar con imprevisión y fuera de tiempo, adquieran la capacidad de que sus antecesores carecían.

Dije en mi anterior que el sistema federal-representativo, última palabra del progreso político, daba entre nosotros resultados negativos, y esto es innegable, pues dicho sistema tiende á neutralizar la acción opresora de los gobiernos subordinándola á la del pueblo, y en la República Argentina los gobernantes hacen cera y pábilo de la opinión pública, mero tul con que se cubren sus avances, y todo porque ese pueblo, que debiera ser celoso guardián de sus intereses, forma indistintamente en cualquier fila temeroso al látigo del capataz. Da también resultados opuestos en el sentido del adelanto material, porque muchos de nuestros estados no tienen cómo costear los gastos que demanda ese lujo de Legislaturas y Gobernadores, á los cuales tienen que pagar los más ricos, gravando considerablemente al comercio, fuente de producción y fuerza motriz, que impele el progreso de las naciones.

¿Cuántas vías de ferrocarriles y telégrafos pudieran haberse construido, cuántos colegios pudieran haberse inaugurado con las subvenciones pasadas á las provincias pobres que no pueden costear el boato de su administración interior? .....

Y sin embargo, siempre teóricos, siempre ilusos, sin un ápice de práctica á pesar de los muchos años que en ella llevamos, consentiremos en todo, labraremos nuestra ruina, nos desacreditaremos ante el extranjero y nos mataremos unos con otros, antes de ahorrarnos el lujo de catorce Legislaturas, catorce Gobernadores, y sabe Dios cuántas otras sanguijuelas!..... Y todo eso en un pueblo de poco más de dos millones de habitantes!.....

Por otra parte, ese sistema de gobierno, establecido en un país que no tiene elementos ni está educado para

sostenerlo, es en mucho á encender esas guerras en que un ruín provincialismo está á punto de desmembrar la Nación. Nadamos en la sangre de víctimas generosas é inocentes, y eso debiera aleccionarnos, pero hasta hoy no somos más previsores que en la primera época de nuestra organización política.

Lo digo con entera fe, por más que pueda calificarse de vana presunción el que critique las miras que pudieron tenerse en vista por los ilustres miembros de la Constituyente Argentina al organizar el país bajo el sistema federal, reconociendo como Estados Federales á provincias cuya miseria era tal, que sus capitales apenas podían permitirse el lujo de alumbrar sus calles con velas de sebo y aceite de potro; pero en mi humilde opinión anduvieron desacertados, y las manifestaciones de mezquina rivalidad que de vez en cuando conmueven al país, los serios desembolsos á que se ve continuamente obligado el erario nacional para llenar los *déficits* de los presupuestos de esas provincias, las oligarquías que se entronizan en ellas, las que hacen propiedad privada de la cosa pública, sucediéndose como los baldes de una noria en los puestos que implican mando ó dignidad; los robos inícuos que á cada instante se delatan, el despotismo de los Régulos que las mandan, y mil otros hechos que nos indica la experiencia en las evoluciones políticas de la República, prueban á la evidencia, con la lógica irrefutable de la verdad, que no sólo no podemos por ahora, sino también que pasará mucho tiempo sin que nos sea dado practicar honestamente el sistema que nos rije.

Los pueblos nacidos y educados en una escuela de sumisión y vasallaje,—como los Sud-Americanos bajo el yugo del sistema colonial,—y que en un instante pasan de la servidumbre á la emancipación absoluta, se encuentran en el mismo caso que un hombre que no hubiera salido jamás de las puertas de su casa y que se

lanzara de improviso en el tumulto de una gran capital: —se encontraría todo perplejo, y al buscar un mentor, no faltaría quien lo despojára de sus bienes y hasta de su vida.

Nosotros pagamos ese tributo á la inexperiencia y á las pasiones innobles. Apenas alboreó el día de nuestra emancipación política, surgió el espíritu de provincialismo, y los caudillos, enarbolando el trapo punzó, hicieron que perdiéramos esa joya que hoy se llama República Oriental, propendieron á la separación del Paraguay y provincias del Alto-Perú, se repartieron á pedazos el territorio Argentino, como los judíos la túnica de Cristo, y ensangrentaron durante veinte años el suelo sagrado de la Patria. Vencida la tiranía en los campos de Caseros, se creyó llegado el momento de nuestra organización, y el Acuerdo de San Nicolás trajo en pos de sí la separación del Estado de Buenos Aires. Unido este más tarde á la República, revisada la Constitución, creímos haber echado un velo sobre el pasado, su poniendo cándidamente que el último cañonazo de Pavón había extinguido la semilla de los odios.

¿Y bien?... Veinte años después un Gobernador se rebeló contra la Nación, Buenos Aires fué encerrada en sus trincheras y derramó á torrentes la sangre de sus bravos hijos; un aspirante á la presidencia atizó la mal extinguida hoguera, las provincias se armaron, invadiéndose unas á otras, y probando una vez más que el sistema Federal no fué imaginado para pueblos sin educación política, sin recursos, sin población y que, como éste, tienen que luchar con la extensión de un desierto inmenso, en el que cómodamente pudiera instalarse la población de populosos imperios de la vieja Europa.

Nuestros vecinos de allende los Andes, más perspicaces ó más felices que nosotros, adoptaron para su Gobierno el régimen unitario, y mal que pese á nuestro orgullo nacional, debemos confesarlo, Chile, con menos

recursos que nosotros, llegó más pronto á su organización definitiva, y no nos ofrece en las páginas de su historia las figuras siniestras de los Quiroga, los Rosas, los Ibarra y tantos otros mónstruos disfrazados de hombres, que han despedazado á la sociedad argentina.

No neguemos, pues, nuestro error y convéngamos en que si nos hubiéramos organizado bajo el sistema unitario, si hubiera habido que consultar menos ambiciones mezquinas, ni tendríamos tantas parásitas pegadas al árbol de la administración en el Gobierno General y particular de cada Provincia, ni estarían los pueblos recargados de onerosas contribuciones, ni nos mataríamos unos á otros como irreconciliables enemigos, y fuertes por la unión, seríamos el ejemplo de los pueblos Hispano-Americanos.

Esta tela es vasta, amigo mío:—cortaremos algo más en mi próxima carta.

---



## CARTA XI

---

« La elección para él no es más que  
« una ceremonia. En efecto: ¿ que es  
« votar? votar es querer. Pues bien: una  
« voluntad que ignora lo que quiere, no  
« es una voluntad: muchas veces quiere en  
« realidad todo lo contrario de lo que  
« parece desear. »

E. PELLETAN. *Derechos del hombre.*  
T. I. cap. VI.

— La política americana, — dice D. Esteban Echeverría, — tenderá á organizar la democracia, ó en otros términos, la igualdad y la libertad, asegurando, *por medio de leyes adecuadas*, á todos y á cada uno de los miembros de la asociación, el más amplio y libre ejercicio de sus facultades naturales: ”

He ahí mi tesis — querido amigo: — es por medio de leyes adecuadas á nuestro grado de adelanto moral y material y no con leyes bonitas pero impracticables, que cimentaremos entre nosotros el reinado de una democracia progresista, que sustituya el odioso lema de *todo para mí y nada para los demás*, por el hermosísimo de la libertad: *cada uno para todos y todos para cada uno*, síntesis del grandioso programa de UNIÓN, LIBERTAD Y FRATERNIDAD, que debe ser nuestro norte.

Los sagrados dones de la libertad, — es necesario repetirlo, — confiados á gentes incapaces de ejercer sus derechos, se convierten bien pronto en elementos de libertinaje, ó yendo al polo opuesto, en agentes poderosos de opresión y servidumbre; y lo que digo de

individuos aislados, es extensivo á los pueblos, como lo dije en mis dos cartas anteriores.

De ahí que nuestro sistema electoral, tan hermoso en la letra, se convierta en agente del despotismo cuando lo ejercita nuestro gaucho, pobre pária de la civilización argentina.

No puede interpretar bien una ley, y mucho menos practicarla convenientemente, quien no sabe leerla, en cuyo caso se encuentra nuestro paisano. Para él una elección equivale á un llamamiento á las armas.

Lo cita el Comandante, el Alcalde ó el Juez:— afile su *facón* y carga sus *trabucos*. Por lo regular, los *jefes* han de *tomarse en palabras* por cualquier causa que él no conoce, pero en este caso habrá que pelear, porque las elecciones son para matar á los contrarios. He ahí á lo que vienen á reducirse entre nosotros el derecho electoral y la libertad del sufragio, bases del sistema republicano.

¿Y qué principio grande y fecundo podrá cimentarse con tales elementos? ¿cómo ha de triunfar el pueblo ilustrado sobre los pequeños déspotas que lo oprimen, si ellos cuentan con esas turbas inconscientes, cuyo voto se obtiene con dinero, carne con cuero, un poco de vino ó una amenaza cualquiera? ¿cómo ha de haber libre sufragio, cuando el derecho de elección se convierte en *obligación* de votar y *matar* por un candidato á quien ni de nombre conoce el elector? Para hacer triunfar el derecho habrá que poner en práctica el consejo del Dr. D. José Francisco Lopez:— “el ciudadano debe llevar la ley en una mano y en la otra un *rewólver*,” y en tal caso ¿qué serán los comicios?

Razón me asiste, pues, cuando digo que nuestros legisladores no han sabido adaptar las leyes al estado social y político del país.

Y no son esos únicamente los males que acarrea nuestro régimen electoral: — cuando existía el bárbaro sistema

de los contingentes, el gaucho que no acompañaba á su jefe en un dia de elecciones, pagaba en la frontera su *crimen!* y en otros casos, — yo lo he visto, — por el delito de dar un *viva!* al candidato de sus simpatías, se les ha conducido á la Policía dándoles de empujones y sablazos. (1)

Mientras nuestra Ley electoral no establezca ciertas restricciones, como por ejemplo, negar el voto á aquellos ciudadanos que no sepan leer y escribir, la libertad del sufragio será una hermosa mentira, y las elecciones darán siempre un resultado favorable á los que manden.

Parecerá injusta la proposición, puesto que en justicia, el que sufre todas las cargas debe también obtener todos los goces y garantías del ciudadano, pero bastará hacer presente en pró de mi teoría, que el derecho de que trato, el más importante para el hijo de una república democrática, no es para el gaucho otra cosa que una nueva y odiosa carga.

—¿Cuál es el que concurre espontáneamente á una elección?..... ¿Cuál es el que no se encuentra influenciado por individuos que lo utilizan como instrumento?...

El gaucho, en el estado semi-salvaje á que lo ha legado la civilización argentina, no es otra cosa que el pária

(1) En 1874 ó 75 presencié en una ciudad de la Provincia de Buenos Aires el siguiente hecho vandálico :

Un pobre hombre, capataz según creo de una tropa de carros, iba á pié por una calle principal. Al pasar por frente á un grupo de vigilantes, dijo en alta voz estas textuales palabras: —“Yo soy peón de D. N. N. y viva Mitre!” La orden de prisión y una lluvia de golpes de sable fué la respuesta de los guardianes de la policía. Un número considerable de personas presenciaba aquella bárbara escena.

E! paisano seguía gritando “Viva Mitre!” y á cada voz, un nuevo golpe lo postraba en tierra. Estaba el infeliz todo lastimado en el rostro y en el cuerpo, cuando acertó á pasar un Jefe Militar, Juez de Paz en aquellas circunstancias, y en vez de reprender á los verdugos, —“Dénle palos, — les dijo, — y pónganlo en la barra por canalla!....” (Histórico)

del mundo Americano. Escucha el canto de la civilización sin comprenderlo, y si en el fragor del combate cae muerto, defendiendo causas con las cuales no simpatiza y de que ni siquiera se dá cuenta,—¿qué recuerdo se consagra á su memoria?...

El gaucho pertenece á una raza que se vá, condenada á desaparecer por sus propios conciudadanos como si fuera maldita!!.....

Dispense Vd., amigo mio, y dispéñenme los lectores esta divagación:—cuando hablo del gaucho me siento impresionado y la pluma corre sobre el papel sin que de ello me aperciba. En mi próxima carta indicaré un medio, ya señalado por otros, de traer al reinado de la civilización esa heroica raza que ahora miramos.—según la oportuna frase de un otro ilustrado amigo mio,—*como cosa sin dueño á disposición del primer ocupante.*

Hace falta, pues, en vista de los graves males que de jo señalados, que seamos más previsores, no precisamente porque, como otros, opine que la materia es todo y el espíritu nada, quizá menos que los fluidos físicos imponderables, sino porque urge de toda necesidad que nuestros legisladores piensen seria y sistemáticamente en su misión, haciendo algo parecido á lo que Descartes hizo con las ideas, esto es, examinar y analizar cuidadosamente los elementos de que el país se compone, para llegar á alguna tesis capital, evidente y manifiestamente útil, sobre cuya base construyeran después el edificio de los proyectos y de las leyes.

La asendereada política, ó el conjunto de medios más eficaces para conservar el mando y para que otros no lo adquieran, ha sido y es el deseo y fin supremo de la mayor parte de los prohombres que han regido y rigen nuestros destinos; y como estos cuidados han ocupado todas sus vigiliass y atención, no es seguramente extraño que no hayan llegado á formarse un concepto claro y exacto de lo que debían de hacer. Y esto ha de ser,

probablemente, la única explicación satisfactoria de un enigma que se habrá presentado con frecuencia al entendimiento de muchos.

Los políticos, ¿suben solo al poder por el gusto de ejercerlo? ¿Cómo es posible que, siendo por lo general hombres superiores al vulgo, no se les ocurra como á ese mismo vulgo, que uno de los medios racionales de conservar y disfrutar de las públicas simpatías, es justamente, el de contraer méritos para retenerlas? Y entre estos, ¿cuál es más legítimo, más durable, más fructuoso en sus resultados, que el que se funda en beneficios reconocidos y probados, hechos al pueblo desde sus puestos?.....

Que tengan ojos para ver y oídos para oír, y eso les basta; que no se dejen alucinar ni de espíritu de sistema, ni de teorías de escuela, ni de simpatías ni antipatías, ni de preocupación alguna que perturbe hondamente su entendimiento y extravíe por ende su corazón. Que quieran hacer el bien, por obligación primero y por su propio interés más tarde; que consulten, sin opinión preconcebida, sus observaciones y sus conciencias; que aspiren á ganar la gloria pura y la verdadera, ¡no la faláz y de farsa que solo dura un día, y lograrán su objeto, sin trabajo y con inolvidable gratitud de los ciudadanos, de todos los colores y de todas las opiniones.....

Hasta otra ocasión lo saluda su amigo que deveras lo quiere.

## CARTA XII

« Es necesario, como único, como mejor  
« y más eficaz remedio a todos los males,  
« fundar colonias agrícolas con hijos del  
« país. »

JOSÉ HERNÁNDEZ *Instrucción del estanciero.* pág. 405.

—  
Mi querido amigo:—Vieja es en mí la idea que motiva esta mi duodécima carta, pues desde que fundé EL HERALDO de San Nicolás, en 1878, escribí diversos artículos sobre este tema, y aun, si no es infiel mi memoria, la puse en discusión en 1875-76, cuando redactaba *El Obrero* del Pergamino. Afortunadamente es una idea, (la de fundar colonias agrícolas con hijos del país,) que aparte de las razones infinitas que pueden aducirse en su favor, no está desautorizada por mi poco saber, puesto que, para hacer una verdad del sistema republicano-démocrático, “es menester multiplicar cuanto sea posible el número de los propietarios libres,” en lo cual debemos empeñarnos todos los Argentinos, como tales, en nombre de nuestras tradiciones, y rindiendo un pobre tributo á los que con su bravura nos conquistaron patria y nos dieron libertad.

El establecimiento de colonias argentinas con elementos criollos, nos proporcionaría entre otro inmenso número de ventajas, los inapreciables bienes de dar propiedad y trabajo productivo á nuestros pobres paisanos, hacer de ellos hombres laboriosos y útiles,

evitando en mucho las cuatrерías y los espantosos crímenes que se perpetran á causa de su vida nómada y salvaje, y aumentar considerablemente la riqueza del país, explotando las inmensas zonas templadas, que hoy permanecen abandonadas y vírgenes.

Nada nos falta para tal fin. Tenemos territorios inmensos, tan incultos como feraces.

La traslación de las fronteras al Rio Negro, ha abierto un campo inmenso á la colonización, y ya que damos asilo y pasaje gratis al inmigrante, lo que aplaudo porque él, con el capital de su inteligencia y de su labor personal, nos aproxima á la verdadera civilización, no es mucho pedir que se dé la misma protección á los que han libertado el territorio del dominio del salvaje, ni es suficiente acordar un pedazo de tierra á los soldados de las diversas expediciones al desierto. Lo que debiera hacerse, sin pérdida de momento, es entregar tan vastas regiones al laboreo agrícola, y llevar á ellas el elemento argentino, concediéndole la protección y prerogativas que al extranjero se acuerdan.

Haciendo abstracción de la forma en que pueda yo desarrollar esta idea, creo que la proposición es enteramente aceptable, bajo cualquier punto de vista que se la considere.

Económicamente hablando, es condición indispensable para nuestro progreso material, la utilización acertada é inmediata de las fuerzas físicas de nuestros gauchos, cuya raza, tan desgraciada como digna de mejor suerte, se ha visto hasta hoy abandonada de todos los gobiernos; sin perjuicio de que á ella debamos en mucho nuestras glorias militares, la radicación de nuestras instituciones, que ha sellado con su sangre, y la conquista del desierto, que era antes dominio de los bárbaros.

La formación de colonias argentinas, con elementos cionales, es un deber que el pueblo tiene para con los

héroes de todas sus cruzadas, máxime cuando esa raza, templada al calor del trabajo, será prendasegura de utilidad, inmediata y positiva, desde el momento en que se trate de hacer fructificar sus fuerzas.

Si consideramos el gaucho físicamente, encontraremos un tipo atlético, ágil y vigoroso, adaptable á toda clase de trabajo; fuerte, sano y activo, fuera el obrero mejor de la República si á sus disposiciones físicas se agregara el estudio y práctica racional del oficio á que se dedique.

Veámosle pastor, sujeto á las inclemencias de las estaciones:—resiste el frío Pampero, las lluvias copiosas del invierno y el sol abrasador del verano. Veámosle en las faenas de la *yerra*, esquila ó siega, y le contemplaremos en la primera postrando en tierra al embravecido toro con un tiro de *pial* maestro, y en las últimas recibiendo sobre sus hombros casi desnudos los rayos de un sol canicular, sin que lo haga desmayar la fatiga. Veámosle, por fin, soldado, y tendremos la prueba irrefutable de mi aserto.

Y sin embargo, como si fuera el hijo espúreo ó el pária maldito de la gran sociedad argentina, se ve constantemente condenado á un trabajo estéril, enojoso, improductivo, vagando de un extremo á otro de la Pampa en busca del vestido y del pan para sus hijos!!...

Y esto nada fuera, si al fin de la jornada pudiera legar á los frutos de su amor un hogar donde pasar la existencia ó una fortuna que la hermo세ara; pero ni esa esperanza puede alentarle.... Sus hijos, como él, como sus padres, no descubrirán jamás en el horizonte de la vida otro legado que la férrea cadena que arrastra su raza, ni otro fin que el de volver al mismo punto de partida de una existencia estéril por la miseria, estéril por la ignorancia, desconocida del mundo, y olvidada por la misma patria bajo cuyo pabellón se



acogió para morir como valiente entre el humo del combate y el tronar de los cañones. <sup>(1)</sup>

Tenemos, pues, para con el gaucha, antes de todo, el deber de darle un pedazo de esta tierra por su sangre y su esfuerzo redimida, para que levante en ella su tienda, hogar de su familia, y ofrezca al país con los frutos ópimos del trabajo, las seguridades y ventajas de la civilización.

(1) Nada pinta tan bien la suerte del desgraciado gaucha argentino, como los siguientes párrafos que copio de una carta del señor Manuel Gache (de Buenos Aires) á los señores de la Comisión Directiva de la Biblioteca de Chivilcoy. Ellos hablan con la elocuencia sencilla pero tremenda de los hechos. Hélos aquí :

Buenos Aires. Julio 30 de 1872.

.....  
 "Para que comprendáis, señores y amigos, mi empeño, mi preocupación, por la emancipación del hijo de la campaña por medio de la educación, permitidme narraros un hecho, que conmovió hondamente mi alma, produciendo en mí una revolución moral, ó mejor dicho, que me hizo apercibirme de mis faltas, haciéndome sentir el remordimiento por el abuso, que como tantos otros había cometido, para llenar lo que creía mi deber, y que no era otra cosa que la relajación ó confusión de las ideas de lo bueno y de lo malo; el desconocimiento ó prescindencia de algunos primordiales deberes del ciudadano.

"Era yo Jefe del Regimiento 6 de Guardias Nacionales de Campaña, y creía haber hecho cuanto debía en favor de mis subordinados, repartiendo equitativamente los servicios, atendiendo los reclamos que se me hacían, etc., etc.

"En uno de los contingentes que tuve que enviar á la frontera, tocó el servicio al vecino del Partido 25 de Mayo, Patricio Rayo, hombre honrado y laborioso, casado y con tres hijos, una niña de 14 á 15 años, otra menor y un niño de 9 años de edad.

"La ley no exceptuaba á ese ciudadano, y yo no podía librarlo del servicio sino perjudicando á otro.

"Marchó, pues; pero para marchar, ese pobre padre vendió en mi presencia los dos bueyes que poseía, en la cantidad de 700 pesos, de los que dejó 500 á su mujer, reservándose 200, para comprar algunos abrigos, yerba y tabaco.

"Iba destinado por seis meses de servicio, pero como sucedía entonces, recién á los catorce meses fué licenciado.

He sostenido siempre que la ignorancia y la falta de medios de trabajo son causas, acaso exclusivas, de que los anales de nuestra criminalidad arrojen una suma asombrosa, considerada nuestra escasa población, y comparada con la de aquellos pueblos en que esos medios de trabajo y educación están más desarrollados.

“Hallábame un día en casa, en compañía de mi esposa y de mis hijos cuando se me presentó Rayo llorando, preguntándome por su familia. . . .

“Al volver de la frontera aquel desgraciado, corre presuroso, ansioso de prodigar su amor á los seres queridos de su corazón, su mujer y sus hijos.

“Busca su casa y solo halla una tapera, ni uno de los palos que formaban su rancho existía allí; apenas un montón de paja y tierra.

“Infórmase de los vecinos, y en medio de los más horribles tormentos que pueden torturar el alma del padre y del esposo, aprende que ocho meses después de su marcha, su mujer, vencida por la miseria, aceptó el amor de otro hombre, yéndose con él: — que su hija mayor, mal aconsejada, fiada en los halagos y dando oídos á las palabras del amante, abandonó su hogar; y finalmente, que *sus otros dos hijos, recogidos por el Juez de Menores del Partido habían sido colocados como siervos, en casa de dos vecinos ricos.*

“Y en tan horrible trance, ese hombre desesperado iba á mi casa y en presencia de mi esposa y de mis hijos, me preguntaba á mí, su comandante, que lo mandó á la frontera, qué era de su familia; obligándome á llorar con él su desventura y maldecir nuestro egoísmo, nuestro inícuo proceder para con el hijo de los campos.

“Poco tiempo después, ese infeliz era un idiota, á fuerza de abusar de los licores, pretendiendo olvidar en la embriaguez sus penas.”

.....  
 .....  
 “Manuel Gache.”

¿Qué comentario puede hacerse de ese cuadro verdaderamente atroz?

Por mi parte, renuncio á ello, y creo que la sola lectura de los párrafos que dejo transcritos, levantará la más santa indignación en los corazones de todos los padres, de todos los esposos, de todos los hijos, de todos aquellos que no tengan prostituida su alma!.....

Los hechos, con su verdad irrefutable, hablan mejor y más alto que lo pudieran hacer todos los moralistas y los filósofos.

Y es natural: un hombre sin educación y sin pan, con la carga de la familia y la más pesada aún de los vicios, adquiridos en la escuela de la haraganería, tiene forzosamente que hacerse criminal, porque sobre todas las consideraciones y sobre todas las leyes, está la ley suprema de la propia conservación, dictada al hombre por la Naturaleza. Ignorante y hambriento, aterido de frío, espone su poco haber en las carpetas, y después roba y mata, por el mismo instinto que impulsa, desde el tigre al ave, á buscar abrigo y alimento.

Y no es que quiera santificar el crimen ni aun disculparlo, pero entiendo y tengo la convicción íntima, de que no hay código bastante sabio, ni cárcel ni castigo tan temidos, que detengan al hombre cuando lo impulsa la necesidad.

Pueden nuestros legisladores devanarse los sesos y centuplicar una y mil veces la vigilancia y los presidios, pero mientras se conserve la causa matriz que produce el mal, hemos de ver relucir en las tinieblas de la noche la hoja del puñal, ó presenciaremos hecatombes como la del Tandil, donde la ignorancia, el hambre y el fanatismo religioso, encendieron la tea destructora, vibrando la lanza y la daga de asesinos inconscientes.

El mal no está en la falta de leyes represivas, sino en la falta de leyes protectoras llevadas á la práctica, y en la estructura maldita del molde en que fuimos generados, cuya forma viciosa solo puede cambiar la educación adquirida en la escuela del trabajo, conservada y perfeccionada por el sudor de la labor diaria.

La fundación de colonias Argentinas, con elementos nacionales y en suelo Argentino, viene á ser, pues, la solución de un gran problema, con la cual no han dado nuestros gobiernos, acaso sistemáticamente.

Allí está la fuente de salud y manantial inagotable de vida á que debemos marchar, si queremos llegar á la sublime meta de los pueblos republicanos, por cuyo

medio veremos transformadas nuestras pampas solitarias, apagado el grito de los animales salvajes por el silbato de la locomotora, bordada de ciudades su inmensa extensión, surcados sus ríos por naves gallardas, y en las manos del que es hoy el rey de sus desiertos, el arado del labrador, en vez de las bolas del cazador de avestruces.

Traigamos en buena hora elementos extranjeros, pero no olvidemos como cosa maldita, al fundador de nuestra independencia y sostenedor incansable de nuestra libertad.

## ULTIMA CARTA

« Las paradojas de la vispera son las  
« verdades del día siguiente. »

E. LABOULAYE : *Paris en América.*

Mucho tiempo he abusado, mi querido amigo, de su ilustrada atención y de la benevolencia de mis lectores; y creyera imperdonable mi osadía, no encontrando en mi abono otra razón que la buena voluntad que me ha guiado al publicar esta larga serie de cartas, si no estuviera íntimamente convencido de que los hombres de la actual generación, cualquiera que sea el puesto que obtengamos en las filas de los jornaleros del progreso Argentino, estamos en la obligación, ineludible y santa, de colaborar, cada uno en su esfera, en la gran obra del adelanto moral del país.

No he tenido, no he podido tener, al iniciar esta publicación, la pretensión absurda de que ella me valiera aplausos de ningún género. Conozco demasiado lo pobre de mis luces y lo limitado de mi inteligencia; conozco demasiado que no es á mí á quien será dado remover los obstáculos que impiden la marcha triunfal de la República por el sendero del progreso; pero si todos los que no somos genios, si todos los que no hemos descollado ni descollaremos jamás como pensadores, debiéramos condenarnos á la más triste y vergonzosa impotencia intelectual, confesemos, mi amigo, que serían pocos, muy pocos los privilegiados seres que no se vieran obligados á sofocar en sus almas la luz de la in-

teligencia, y los demás estaríamos reducidos á la peor de las condiciones posibles, pues tendríamos que encargar á otros la pesada misión de pensar por nosotros, de ser nuestros oráculos, y de conducirnos de la mano en el laberinto de la vida social.

Yo creo precisamente lo contrario: creo, como antes lo dije, que sea cual sea el grado de nuestra inteligencia, debemos colaborar en la gran obra del progreso, y, si no podemos cincelar hermosas estátuas que sirvan para coronar el edificio de nuestra grandeza nacional, contentarnos con remover la tierra en que han de abrirse los cimientos ó colocar en ellos la más tosca de las piedras.

Pero debemos hacer algo, defectuoso ó perfecto; no dejar por ninguna causa que se esterilice y pierda para siempre la chispa de divina luz con que Dios nos dotara, porque eso sería un suicidio moral que, á la larga, redundaría en perjuicio de la sociedad entera.

Bien entendido, que nada hay bajo el sol que sea enteramente inútil, y, en cuanto á las ideas, sucede con frecuencia que las que en una época se toman como simples paradojas, se ridiculizan, se desprecian ó se olvidan, forman en el porvenir el credo de las nuevas generaciones.

¿Ejemplos? . . . .

Llena está de ellos la historia, y, Sócrates que bebió la cicuta, Cristo que espiró en la cruz, Galileo precisado á abjurar sus teorías inmortales, Colon que tuvo que mendigar un asilo y un pan en el convento de la Rábida, prueban de una manera absoluta que las ideas, cuando son buenas, no se pierden nunca, cualquiera que sea su apóstol, y que tarde ó temprano fructifican, como la semilla depositada en el seno amoroso de la tierra.

Y aun cuando temamos que se pierdan, aun cuando temamos que el trabajo de la inteligencia humana haya de ser completamente estéril, no por eso debemos dejar de cumplir nuestro deber.

Y es deber de todos los hombres, deber que no po-

demos olvidar sin cometer una grave falta, el dar libre expansión á nuestras almas, el manifestar con franqueza los pensamientos, las ideas que bullen en nuestra mente, de las cuales, si no todas, alguna al menos, pudiera influir tarde ó temprano en el bienestar de la sociedad.

Hé ahí la fé que me ha alentado y la única satisfactoria disculpa de mi proceder, cuando en largas y cansadas páginas me he atrevido á hacer una profesión de fé social y política, abusando de la generosa hospitalidad de un ilustrado periódico.

No quiero abusar por más tiempo de esa hospitalidad, ni de la benevolencia del amigo, ni de la atención de los lectores, por lo cual es llegada la hora de cerrar esta serie de cartas.

Al escribirlas, no he echado en olvido la sentencia de Laboulaye que sirve de epígrafe á la presente: " Las paradojas de la víspera son las verdades del día siguiente ", pero " yo me contentaré si consigo que por un momento se piense en esto ", como decía nuestro ilustre general Belgrano, hablando de algunos trabajos suyos, en época en que no era otra cosa que un simple secretario del Consulado de Buenos Aires.

Esto basta, ha de bastar sin duda, para el que, como el que escribe, se encuentra satisfecho con " esa muda pero elocuente aprobación de la conciencia — de que habla Horacio Mann, — superior á los aplausos del mundo, pues sobrevivirá al aire mismo y á la luz, y que debe ser el deseo y fin supremo de nuestros afanes. "

Labrador es el hombre y sus ideas deben ser sembradas en el campo de la inteligencia humana, como se siembra la semilla del trigo sobre la tierra labrada: Dios decidirá, en uno y otro caso, si la simiente ha de ser fructífera ó estéril.

Preparemos el terreno, arrojemos la semilla, cuidemos de que no le falte la humedad y el calor, y confiemos á la Providencia su suerte. Nuestra misión estará cumplida.

Adiós, mi amigo, y que la felicidad le sonría.





# DORREGO ANTE SU POSTERIDAD

---

ESTUDIO HISTORICO

Hojas de Diario.



## EL MARTIR DE NAVARRO

---

«Seamos implacables ante la justicia.»  
M. BILBAO: *Historia de Rosas.*

Hace algún tiempo que leí en el periódico que ahora acoge estas líneas, un artículo del joven Carlos A. Fernandez, titulado *Trozos históricos*, en el cual, haciendo una rápida reseña de la revolución militar de 1828, que dió en tierra con la administración de D. Manuel Dorrego, se trataba (á mi juicio) de justificar, aunque indirectamente, aquella revolución y el bárbaro fusilamiento de aquel magistrado, acaecido en Navarro el 13 de Diciembre del mismo año.

El joven Fernandez, cuya rara afición á los estudios históricos aplaudo y cuyos talentos admiro, decía en el artículo á que me refiero:

“Recién las nuevas generaciones que crecen sobre el suelo de la patria harán la verdadera justicia, porque estarán completamente desligadas de todo espíritu pasionista respecto de aquellos hechos; y como pertenecientes á esas generaciones jóvenes, venimos á pronunciar un modesto juicio, sin más pasión que la gloria de nuestros padres y la inspiración de la justicia.”

Como miembro de esa generación nueva á que pertenezco, como el señor Fernandez pertenece, quiero á mi

vez abrir un juicio, humilde como mis luces, sobre el lúgubre drama de Navarro, que nos dejó en herencia y como epílogo sangriento, la sombría dictadura de D. Juan Manuel de Rosas, caudillo oscuro y brutal, á quien saludó Lavalle como un *porteño digno de tan ilustre título!*

Desde luego se comprenderá que difiero en un todo de las ideas del artículo citado. —A mi juicio, como al juicio de todos los que la han juzgado en conciencia, la revolución del 1º de Diciembre y su triste desenlace, no pueden justificarse ante el fallo sereno de la historia á que apeló su protagonista, porque no tuvieron ni bandera ni objeto; porque sus autores, al echar por tierra el orden regular de cosas que existía, no tenían nada preparado para sustituirlo; y en fin, porque al fusilar militarmente al Gobernador legal de la Provincia, Encargado de las Relaciones Exteriores de los demás Estados Argentinos, arrojaron la primera mancha de sangre inocente sobre el altar de la patria.

El General Lavalle—según las palabras de un historiador, <sup>(1)</sup> — “al ensangrentar su carrera con la ejecución de aquel mandatario, *por sí y ante sí*, holló los respetos de la misma ley que acababa de invocar.”

Ése es el sentir de todos los que han escrito sobre el asunto, sin excluir al mismo Rivera Indarte, que como se sabe, predicó el asesinato del tirano, y que nos dice, inspirándose en el más puro sentimiento de justicia: — “La muerte de Dorrego fué ilegal é injusta, violenta é inútil.... A nuestro juicio la historia, como el juicio de los contemporáneos, condenará la acción del General Lavalle....” <sup>(2)</sup>

---

(1) Antonio Díaz: *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*. Tomo I, página 163.

(2) Véase: *Rosas y sus opositores*, página 66.

Sin ese sacrificio brutal y estéril, la tiranía salvaje del tigre de Palermo no hubiera tenido razón de ser, y acaso, ahorrándose al país tanta ignominia, no habría rodado en el patíbulo tanta cabeza ilustre, no habría sucumbido tanta víctima inocente inmolada en sangrienta represalia, pues él dió "arma eterna á Rosas—según la opinión del General Paz—para justificar el exterminio de los unitarios presentes y futuros, declarados cómplices del acto arbitrario de que el General Lavalle se constituyó ante Dios y la historia, solo responsable." (1)

Y si bien el matador de Dorrego "expió su terrible falta por un remordimiento prolongado y veraz, que hasta llegó á reconciliarlo con el hermano y la familia enlutada de su noble víctima," (2) su crimen político solo puede disculparse por sus acciones posteriores, su abnegación y su martirio.

"Lavalle no sabía por entonces, que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de ideas, intereses y fines del partido que representan," (3) y cuando más tarde reconoció su error, cuando comprendió que el nombre y los principios de su víctima servían de bandera al bárbaro verdugo de su patria, interponiéndose entre él y una gran parte del pueblo Argentino, dijo en una proclama inmortal, al iniciar su última campaña: — "Yo debía pisar estas playas un día... Era la época en que mi plan de operaciones debía estar acabado. Los atentados inauditos del Bárbaro, no me han permitido esperar más tiempo, y he tenido que ceder á una impulsión invencible de mi conciencia, que me ha

---

(1) Véase: *Memorias póstumas*, t. II, página 76.

(2) R. Indarte: Obra y página citadas.

(3) Domingo F. Sarmiento: *Facundo, ó civilización y barbarie*, página 105.

arrastrado en medio de vosotros. Al frente de vuestros hermanos, mis compañeros de destierro, yo vengo á ofreceros en su nombre y el mío, nuestra espada, nuestra sangre y nuestros destinos . . . . . Inútil es que os advierta que *yo vengo á recibir mi fé política del pueblo*. No traigo recuerdos; he olvidado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan á la nación entera. FEDERAL Ó UNITARIO, SERÉ LO QUE ME IMPONGA EL PUEBLO." (1)

Eso equivalía á la más amplia justificación de Dorrego, puesto que su mismo inmolador se mostraba dispuesto, obligado por la fuerza de los acontecimientos, á sostener la causa del Federalismo de que aquel había sido el más puro apóstol, en oposición á Rosas, representante genuino de las aspiraciones salvajes de los caudillos y multitudes semi-bárbaras.

Coinciden con la opinión de los escritores ya citados, el doctor D. Vicente F. Lopez en su *Historia de la Revolución Argentina* (2); Pelliza, en su *Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal* (3); Manuel Bilbao, en la *Historia de Rosas* (4); Rivas, en sus *Efemérides Americanas* (5); Lassaga, en la *Historia de Lopez* (6); y el mismo general Mitre, que solo se ocupa de esto incidentalmente, nos dice que Dorrego "tenía algo de la fisonomía de los generales ilustres de las repúblicas griegas, con quienes fué comparado en aquella época, (Julio de

(1) Véase la proclama que empieza: — "El General Lavalle á sus compatriotas y á los hombres todos de libertad y honor." Ha sido inserta en la obra del Sr. Carranza: *La revolución del Sud en 1839*, páginas 150 y siguientes.

(2) Véase tomo V., página 1933 y siguientes.

(3) Véase obra citada, capítulo XXVIII.

(4) Véase obra citada, capítulo VII.

(5) Véase obra citada, páginas 675—676.

(6) Véase obra citada, páginas 348 y siguientes.

1820) cuando se le apellidó el *Joven Temístocles* por haber salvado á la Atenas del Plata de los bárbaros." (1)

La opinión del ilustre historiador de Belgrano no puede ser desconocida del señor Fernandez, y ella, como se vé, desautoriza completamente su versión de que Dorrego se colocara al frente de un partido que "era la negación de todo orden, de todo régimen político; el grito de la disolución de la patria, la proclamación sangrienta del despotismo y barbárie, el imperio sombrío del vandalaje en las provincias Argentinas." (2)

Por el contrario, el soldado valientísimo de la lucha de la independencia, el tribuno del memorable Congreso de 1826, que dirigió la oposición parlamentaria á la política de D. Bernardino Rivadavia, era la valla única opuesta á las ambiciones desbordadas de los caudillos del interior, y la prueba es que, cuando después de su muerte, impotentes los que lo habían sacrificado para dirigir las riendas del gobierno, las abandonaron en manos de Rosas, antítesis del mártir de Navarro, todos los progresos alcanzados por la República se derrumbaron como por encanto, hasta que treinta años más tarde, al constituirse nuevamente el país, se aceptaron como punto de partida los principios federales bien entendidos, proclamados como regla de gobierno por el Coronel D. Manuel Dorrego.

Al tener noticia de su muerte, la Representación Nacional reunida en Santa-Fé expidió una ley negando al Gobierno de Buenos Aires carácter alguno Nacional (3); los caudillos todos se alzaron en armas y se pro-

---

(1) Véase *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, tomo III, página 239.

(2) Palabras del artículo citado.

(3) Ley fecha del 21 de Febrero de 1829. Lleva la firma del Dr. D. Manuel Mena y la autoriza como Secretario D. José Francisco Benitez, antiguo vecino de San Nicolás.

dujo la disolución política de la República que ya nadie podía contener.

No caben en los estrechos límites de un artículo de diario las amargas consideraciones á que se presta el asunto que inspira el presente, pero antes de terminarlo haré notar la ingratitud de la Provincia de Buenos Aires, ya apuntada por uno de los más acérrimos unitarios <sup>(1)</sup>; la cual ha olvidado absolutamente el nombre de Dorrego, habiendo inmortalizado el de su inmolador.

En nombre, pues, de la justicia distributiva, emitiré una idea que creo no dejará huérfana EL NORTE DE BUENOS AIRES, y es que la Municipalidad de San Nicolás, haciendo el debido homenaje á la memoria del bravo soldado que el 2 de Agosto de 1820 hizo pedazos en el recinto de esa ciudad las hordas vandálicas del caudillo chileno D. José Miguel Carrera, dé su nombre ilustre á una de las calles del Municipio, iniciando así, por parte de ese pueblo, la rehabilitación histórica del fogoso defensor de la autonomía de Buenos Aires en el célebre Congreso unitario de 1826.

Si debido á mis cortos alcances hubiera interpretado mal el artículo del señor Fernandez, pídele que me disculpe en gracia de la buena intención que ha guiado á mi pluma.

(1) El Dr. Juan B. Alberdi, en su obra *La República Argentina unificada en 1880*, página 68.



# EL CORONEL DORREGO

## I

El trece de Febrero del corriente año (1882) se publicó un artículo del joven Carlos A. Fernandez, titulado *Trozos Históricos*, en el cual se trataba de justificar el movimiento revolucionario del I.º de Diciembre de 1828 y su horrible epílogo,—el fusilamiento del Coronel Dorrego, Gobernador legal de Buenos Aires, que se efectuó sin forma alguna de juicio y por una simple orden verbal,—y en el que se avanzaba con respecto á la ilustre víctima un juicio hiriente é injustificado, suponiéndola al frente de un partido que “era la negación de todo orden, de todo régimen político; el grito de la disolución de la patria, la proclamación sangrienta del despotismo y barbárie, el imperio sombrío del vandalaje en las Provincias Argentinas.”

Yo creí que esas frases eran apasionadas, observé que no tenían en su apoyo la opinión de ningún historiador, nacional ó extranjero, que se hubiera ocupado del asunto, y resolví, desde luego, refutarlas, sin que á ello me impulsara otra cosa que mi acendrado amor á la justicia.

Así lo hice en un artículo inserto en el número 985 de este periódico, y traté de apoyar mi desautorizada opinión en la de numerosos escritores de alta nota, reconocido talento y competencia indiscutible.

Creí haber evidenciado en ese escrito, dos cosas:

1.º Que el Coronel Dorrego no se había colocado en ninguna época de su vida al frente de un partido de anarquía, despotismo y barbarie.

2.º Que su fusilamiento había sido injusto, violento é inútil, según las palabras de Rivera Indarte, y que su mismo inmolador lo había así reconocido, aunque de una manera indirecta, en su célebre proclama de 1839 que empieza: "El General Lavalle á sus compatriotas y á los hombres todos de libertad y honor."

Eso fué lo que me propuse demostrar, y, hablando con franqueza, creo que lo conseguí, especialmente por lo que se refiere al lúgubre drama de Navarro, pues todos los escritores que cité en aquella ocasión, amigos ó enemigos políticos de Dorrego, están contestes en que fué ejecutado en el silencio de las leyes y "sin que la historia pueda decir por cuál crimen." (1)

Y entiendo que si un hombre es fusilado sin forma alguna de proceso, y medio siglo después de su muerte no puede decirse qué crimen cometió, debe juzgarse lógicamente que aquel hombre era inocente, y si la noble víctima, en el momento postrero, con la perspectiva de una muerte horrible ante sus ojos, lejos de abrigar sentimientos de venganza, se dirige á sus amigos y les dice: + "...perdono á mis enemigos.... que mi muerte no sea la causa de derramamiento de sangre," (2) es evidente, no solo que no era un criminal, sino también, que su alma era grande y generosa.

Fué eso lo que demostré, con autoridades irrecusables, en mi artículo *El Mártir de Navarro*, y fué eso lo único que quise probar.

---

(1) V. F. Lopez. *La Revolución Argentina*. Tomo IV, página 1932.

(2) Carta de Dorrego al G. Estanislao Lopez, fechada en Navarro á 13 de Diciembre de 1828.

Había ya olvidado mi pobre escrito, perdido entre tantas otras producciones de inteligencias mejor nutridas que la mía, cuando llegó á mis manos la *conclusión* de un segundo artículo del joven Fernandez, <sup>(1)</sup> publicado con el mismo título del mío, en el cual, tratando de refutar las opiniones por mí vertidas y *aun las que he dejado de emitir*, <sup>(2)</sup> sostiene sus cargos contra el Coronel Dorrego, si bien dice que no puede “suponer perversas intenciones, conscientemente elaboradas, en el brillante militar de la emancipación y en el glorioso salvador de Buenos Aires en 1820.”

Lamento no poseer la primera parte del artículo del aventajado joven Fernandez, y lamento aun más, que la diferencia radical de nuestras opiniones sobre un punto histórico de importancia, me obligue á tratar un asunto que está muy por encima de mi pobre inteligencia.

Sin embargo, pongo manos á la obra, y creo que, con sinceridad y buenos deseos, he de salir á la orilla.

Haré notar, no obstante, que trato por última vez, en esta ocasión, el tema del presente estudio, pues no es otro mi móvil que dejar bien sentadas mis opiniones sobre uno de los episodios más tristes y dramáticos de la revolución Argentina.

## II

Importa mucho á mi objeto una rápida reseña de los antecedentes de la vida pública del Coronel Dorrego.

Nació en Buenos Aires el día 12 de Junio de 1787.

Encontrándose en Chile, adonde había ido á seguir sus

---

(1) Se publicó en dos días sucesivos.

(2) Palabras del artículo citado.

estudios en la entonces humilde universidad de Santiago, sorprendió la noticia de la revolución acaecida en la ciudad de su nacimiento el 25 de Mayo de 1810.

Era en momentos en que se preparaba á rendir sus últimos exámenes, y sin arredrarse ante su condición de extranjero, solo, sin recursos, concibió el proyecto de destrozarse el poder español del otro lado de los Andes, abrió por sus propias manos el primer sepulcro de los enemigos de la independencia chilena, contribuyó poderosamente á la instalación del primer gobierno patrio, y mereció en premio un escudo especial en el que se leía:

#### CHILE Á SU PRIMER DEFENSOR

Sirvió algún tiempo noble y gloriosamente bajo las órdenes de aquel Gobierno, y regresó en 1811 á la capital Argentina, donde su llegada se estimó como un acontecimiento público.

Los patricios argentinos le vieron en breve formar como bueno en las filas de sus ejércitos, y en Suipacha y Nazareno, en Tucumán, en Salta, en Barrios, en Sonsona, en la Tablada de Salta, en Pozo Verde y en Yatasto, no se desmintió su valor, "siendo su despacho de Coronel la demostración auténtica de su denuedo." <sup>(1)</sup>

Belgrano deploró su ausencia cuando el desastre de Vilcapugio, y él cubrió la retirada del ejército del Perú después de la espantosa derrota de Ayohuma. <sup>(2)</sup>

Esto por lo que hace á su actitud en la lucha por la independencia. Durante el caos de la guerra civil, su personalidad destácase siempre pura y noble.

(1) Véase *Dorrego*, por M. A. Pelliza, pág. 191.

(2) Véase *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, por B. Mitre. Tom. I, pág. 550, y tom. II, pág. 55.

Batióse en 1814 contra las hordas vandálicas de Artigas y de Ortoguez, derrotando á este último en Marmarajá el 6 de Octubre de aquel año, tomándole prisionera su propia familia, y quitándole toda su artillería; nombrado Comandante de Armas de la ciudad de Buenos Aires por el Gobernador Soler en Junio de 1820, fué el alma de la defensa de la capital después de la derrota de la Cañada de la Cruz; cuando Pagola se apoderó del mando de la ciudad, Dorrego penetró solo al Fuerte y se llevó trás sí toda la fuerza del insolente caudillo; nombrado Gobernador interino el 4 de Julio del mismo año, confió al General Rodriguez el cargo de Comandante General de Milicias, á Rondeau el de Jefe de las fuerzas del norte de la Provincia, dirigió á las provincias una circular invitándolas á la reunión de un Congreso, libertó los prisioneros de la Cañada de la Cruz, venció á Alvear y á José Miguel Carrera en el recinto de la hoy ciudad de San Nicolás, derrotó á Lopez en el arroyo de Pavón, y vencido por éste algunos días después en el Gamonal, replegóse á Areco á reorganizarse, y descendiendo del poder lo aceptó todo, hasta el ser separado ignominiosamente del mando del ejército que había conducido á la victoria, y su amarga confinación á Mendoza, antes de provocar por su causa una lucha fratricida.

Durante la Presidencia de don Bernardino Rivadavia, Dorrego, miembro conspicuo del célebre Congreso de 1826 y jefe del partido de oposición, combatió de una manera brillante aunque sin éxito los proyectos sobre capitalización de Buenos Aires y nacionalización de su Banco, que, convertidos en leyes, se llevaron á cabo contra viento y marea, á despecho de la oposición de los caudillos, y á despecho también de la inmensa mayoría de los hijos de la Provincia. (1)

---

(1) Para escribir este estudio he consultado, á más de las ya citadas obras de los Señores Mitre, López y Pelliza, la *Biografía de Dorrego*,

Todo aquel que ha leído algo de nuestra historia debe saber esto perfectamente, como también que el cargo hecho á Dorrego de haber derrumbado la Presidencia, es absolutamente gratuito. La Presidencia, el Congreso, la federalización de Buenos Aires, la nacionalización del Banco, todo eso se destruyó por sí mismo, porque era, como dice el General Mitre hablando de la Constitución de 1819, la *obra de sofistas bien intencionados* que se adelantaban á su época.

Rivadavia bajó del poder cuando no le fué posible gobernar: la masa inmensa del pueblo no comprendía ni podía comprender á aquel hombre superior.

Don Vicente Lopez y Planes, el inspirado autor de nuestro Himno Nacional, asumió provisoriamente la Presidencia por elección del Congreso, pero cuando éste dió la ley del 8 de Julio de 1827 reintegrando á su primitivo estado á la provincia de Buenos Aires, rompiéronse los ficticios vínculos de unión, y cada una de las otras asumió de hecho y de derecho su propia representación.

El 12 de Agosto del mismo año, Dorrego fué elegido Gobernador de Buenos Aires, y fué legalmente elegido, si bien el partido unitario se abstuvo completamente de concurrir á las elecciones.

¿Por qué se abstuvo?

de J. T. Guido; la *Historia de Rosas*, por Bilbao; el *Facundo*, de Sarmiento; *La política liberal*, de José M. Estrada; la *Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata*, de D. Antonio Díaz; las *Memorias* del General Paz; las *Observaciones* de Lamadrid; el *Ostracismo de los Carrera*, de Vicuña Mackenna; la *Obra Póstuma*, de D. Ignacio Nuñez; la *Historia de Rosas*, por A. Saldías; los *Fastos de la América Española*, por el Dr. Navarro Viola; las *Efemérides*, de D. Pedro Rivas, y la *Historia de los Gobernadores*, por Zinny. Tengo la memoria frágil, no me fío de ella, y es por eso mi manía *por las citas*, tan criticada por Larra.

Lo dicen terminantemente nuestros historiadores :  
 Porque esperaba " en reserva el momento de romper los diques de la prensa y de excitar las pasiones para remover la lucha " .<sup>(1)</sup>

### III

Tenemos, pues, al coronel Dorrego en el poder, legalmente elegido por los electores de su provincia, y es en este punto donde comienza á acentuarse la diferencia de mis ideas con las del señor Fernandez.

Los siguientes párrafos pertenecen al artículo que refuto :

" Ese ejército--habla del que se batía en la Banda Oriental contra las huestes del Brasil--no podía mirar sin conmovirse las desgracias de la patria, porque no era el patrimonio de los gobiernos, sino el guardián celoso de las libertades del pueblo. "<sup>(2)</sup>

" Por eso fué blanco de ataques y de ultrajes por parte del coronel Dorrego, desde que subió al gobierno.

" Ya el doctor Lopez había separado del mando del ejército en campaña al benemérito general Alvear, una de las más ilustres figuras de nuestra historia, para colocar en su lugar un caudillejo ignorante, el general Lavalleja, militar de montonera, incapaz de dirigir un ejército organizado. "<sup>(3)</sup>

" Dorrego confirma este nombramiento, y nuestros

(1) V. F. Lopez : Obra citada. Tomo IV, pág. 1895.

(2) ¡ Ay de los pueblos que únicamente esperan del ejército el sostén de su libertad !

(3) Más adelante me ocuparé detalladamente de este y del siguiente párrafo.

más brillantes guerreros, entre los que figuraban Paz, Lavalle, La Madrid, Necochea, Soler y otros, fueron despreciados ó quedaron bajo las órdenes de un jefe inepto, que empleó como elemento de guerra y como *táctica militar* la depredación, el asesinato y el robo.

“ El ejército atravesaba por las más terribles necesidades.

“ El coronel Dorrego, en vez de engrosar sus filas, se ocupaba en hacer vergonzosas alianzas con los caudillos del interior, sin exigirles un solo hombre para llenar los claros que los combates habían dejado en las filas del ejército republicano.

“ El tratado que firmó con Bustos, caudillo que dominaba en Córdoba, muestra cuáles eran los propósitos que animaban al coronel Dorrego al empuñar en sus manos el bastón del mando. ”

Tremendos son los cargos, en verdad, pero son los mismos que *después* de la tragedia de Navarro se hicieron á la víctima inocente, y si es pobre mi autoridad para levantar tan graves acusaciones, esas y algunas otras han sido ya victoriosamente refutadas por el publicista don Manuel Bilbao en su *Historia de Rosas*. Séame permitido, pues, valirme de las mismas frases del eminente escritor. Hélas aquí :

“ Un juicio uniforme pronunciaron los hombres honrados de todos los partidos, calificando la muerte de Dorrego de *asesinato político*.

“ Solo un círculo estrecho se atrevió á quererlo justificar, acopiando todo género de cargos contra la víctima, no porque creyese arribar á un resultado satisfactorio, sino con el propósito de influir en el espíritu público para dar apoyo al jefe de la rebelión.

“ Acusaban á Dorrego de haber hecho sufrir privaciones al ejército, siendo que esas privaciones provenían del estado de penuria en que el tesoro estaba desde la presidencia de Rivadavia.



“ Acusábanle de haber derrochado los caudales de la Nación en socorros al Gobierno de Santa Fe, siendo que esos dineros habían sido para auxiliar la expedición que tomó las Misiones Orientales y precipitó la paz con el Brasil.

“ Se le acusaba de pagar un tributo al expresado Gobierno de Santa Fe, siendo que él provenía del tratado de 1822 celebrado por la administración Rodríguez y que fué pagado á razón de 4.000 pesos mensuales por Rivadavia.

“ Acusábasele de estar sometido á los Gobernadores de las provincias, cuando lo que había hecho era celebrar tratados que cortaron la guerra civil y preparar de tal modo la unión nacional, tanto para constituir la República, cuanto para presentarse imponente delante del Brasil durante la guerra.

“ Acusábasele de haber celebrado un tratado con el Imperio en que creaba la República Oriental, siendo que Rivadavia había solicitado igual cosa y no lo había podido conseguir. <sup>(1)</sup>

“ Acusábasele de haber coartado el derecho del sufragio, siendo que la acción del Gobierno en este acto había sido legal, puesto que había ido á franquear las avenidas á las urnas, obstruidas por los unitarios.

“ Acusábasele de haber enlutado á la provincia, cuando Dorrego había sido el único mandatario que había impedido las persecuciones, conteniendo á los exaltados, y obrado el prodigio de que no se derramase una gota de sangre durante su permanencia en el poder.

“ Acusábasele, por fin, y con grande aparato, de haber firmado dos artículos reservados adicionales al

---

(1) Recuérdese la misión que Rivadavia confió á Don Manuel José García cerca del Gobierno Imperial, después de las acciones de Ituzaingó y el Juncal, y el tratado ignominioso que éste firmó.

tratado celebrado con el gobierno de Córdoba, por los cuales se comprometía el de Buenos Aires á no permitir la salida fuera del país á las personas que compusieron la administración Rivadavia, para que respondiesen á las acusaciones que aquel Gobierno iba á hacerles, “y deshabituarse así al país de la desmoralización y mal ejemplo de ver bajar de la silla del Gobierno á hombres que la sociedad consideraba criminales, sin pedirles cuenta de su autoridad;” y á remover los empleados que por sus ideas y conducta no inspirasen confianza á la tranquilidad de Córdoba. Pero estos dos cargos, hechos después de muerto Dorrego (porque fué entonces que los conspiradores conocieron esas estipulaciones), no pudieron ser causa de la ejecución ni importar una acusación capital. La razón era clara. Dorrego había firmado esas dos estipulaciones. La primera era la sanción de un principio altamente republicano y moralizador: hacer efectiva la responsabilidad de los funcionarios públicos. <sup>(1)</sup> Allí no había desdoro ni motivo de queja; sobre todo, cuando no había perseguido á sus enemigos, nadie había sido encarcelado ni desterrado, y todos gozaron de la libertad de atacarlo en la prensa y en asociaciones secretas. La segunda era indudablemente un acto impropio, porque aceptaba una imposición, que dañaba la independencia del Gobierno; pero, en honor de Dorrego, debe decirse que esa estipulación no fué puesta en ejercicio, desde que no removió á los empleados y conservó en los destinos á los que dejó la Presidencia.

“Todos esos cargos los hacía la prensa con calor, tratando de desprestigiar á Dorrego para que su muerte pasase por lo menos desatendida; pero ellos eran insos-

---

(1) Esto tenía su precedente histórico. Sarratea mandó enjuiciar el 14 de Marzo de 1820, al Congreso de Tucumán, que había declarado la independencia, y nada menos que por el delito de *Alta traición!*

tenibles ante el tribunal de la justicia, y por eso no encontraron eco en la opinión, que continuó mirando en la ejecución de Dorrego una venganza política, un asesinato político.” (1)

Después de esta defensa brillante, ¿qué subsiste de los cargos hechos al noble mártir de Navarro?

Nada! nada! absolutamente nada!

#### IV

Antes de ocuparme del último momento del Coronel Dorrego y del fallo que ha merecido de sus contemporáneos y de la posteridad el acto de su ejecución, voy á tocar de paso y en detalle algunos puntos del artículo que contesto.

Se hace en él un cargo á las administraciones de Lopez y Dorrego por haber separado del mando del ejército que luchaba contra el Brasil, al “benemérito General Alvear, una de las más ilustres figuras de nuestra historia,” sustituyéndolo con el General Lavalleja “Jefe inepto, que empleó como elemento de guerra y como *táctica militar* la depredación, el asesinato y el robo.”

Bien, por lo que hace á Don Carlos María de Alvear, ilustre por su campaña contra el Imperio, pero no tan puro, ni con mucho, como el *primer defensor de Chile*.

Con efecto: hay en la vida del General Alvear manchas indelebles que no se borran ante los resplandores del sol de Ituzaingo, — manchas que no se hallarán en la del Coronel Dorrego, aun cuando se busquen con la linterna de Diógenes, y de las que mencionaré algunas,

---

(1) M. Bilbao. Obra citada, pág. 233 y siguientes.

tomándolas al acaso, no por antipatía al bravo General, sino para que poniendo el lector en paralelo la carrera pública de ambos, resalte en toda su pureza la arrogante figura del fogoso defensor de la autonomía de Buenos Aires en el Congreso de 1826. (1)

Don Carlos María de Alvear, á quien el Señor Mitre dá como poseído de “una ambición sensual y estéril, desnudo de principios en el gobierno del Estado” (2), llegó de Europa á Buenos Aires en la primera época de la guerra de la independencia, y “deslumbrado con los prestigios de la Revolución del 89, paseaba su espíritu político de Rousseau á Saint Just y fiaba en su espada para constituirse una personalidad histórica y brillante en las orillas del Río de la Plata.” (3)

Tenía la ambición febril del mando.

Después de la rendición de Montevideo, acaecida el 20 de Junio de 1814, triunfo para él facilísimo, puesto que el General Rondeau le había allanado el camino de la victoria, se hizo nombrar Director Supremo de las Provincias Unidas, por renuncia de D. Gervasio Posadas, y empuñó las riendas del gobierno, el 9 de Enero de 1815 “sin plan, sin ideas, sin fe en la revolución, sin objeto hacia el cual dirigir sus esfuerzos, poniendo el poder al servicio de su ambición personal, gastando todo su tiempo y toda su energía en cimentar su precaria autoridad, luchando con la opinión, contra las Provincias y contra la mayor parte de la fuerza armada que le negó abiertamente la obediencia.” (4)

(1) El joven Fernandez llama *pomposo* este calificativo dado por mí á Dorrego. Para convencerse de que no es gratuito, basta leer el libro de sesiones del mencionado Congreso.

(2) *Historia de Belgrano*. — Tomo II, pág. 153.

(3) V. F. Lopez. — Obra cit., Tomo I, pág. 22.

(4) B. Mitre. — Obra cit., Tomo II, pág. 67.

¿Qué hizo en el Directorio?

Abrió una negociación humillante para entregar maniatados á un gobierno extranjero los pueblos heroicos que estaban bajo su dependencia, y mientras los Argentinos, entre ellos Dorrego, se batían como leones en los cuatro puntos del horizonte por conquistar la independencia del país, él, el vencedor de Vigodet, se dirigía á Lord Strangford, ministro de S. M. B. cerca de la corte del Janeiro, diciéndole que solamente la generosa nación Británica podía poner eficaz remedio á los males que aquejaban á estas provincias, acogiénolas en sus brazos, y que éstas obedecerían á Inglaterra y recibirían con júbilo sus leyes, porque estaban convencidas de que no tenían otro medio de ser libres! (1)

Bajó del poder precipitado por un movimiento revolucionario verdaderamente popular, y en vez de correr á los campos de gloria donde se derramaban mares de sangre por conquistarnos patria y libertad, unióse á los caudillos José Migue! Carrera, Francisco Ramirez y Estanislao Lopez, incitándolos á la guerra contra Buenos Aires; invadió con aquellos varias veces á la Provincia de su nacimiento, hizose nombrar Gobernador y Capitán General por una junta ridícula, compuesta de representantes de la campaña, y amenazó ahorcar á los que osaran desconocer su autoridad. Vencido más tarde por Dorrego en la hoy ciudad de San Nicolás, donde se había atrincherado con sus escasas fuerzas y las de Carrera, huyó á Santa Fe, de donde lo desterró Lopez, pasó á Entre Rios, de donde lo expulsó Ramirez, no sin que incitara á este caudillo á invadir nuevamente á Buenos Aires, y el futuro vencedor en Ituzaingo, acompañado por la reprobación de todos sus compatriotas, que le

---

(1) Nota de Alvear al ya nombrado Strangford, fecha en Buenos Aires á 23 de Enero de 1815.

odiaban por su temeraria ambición, asilóse en Montevideo.

He sido parco al enumerar las gravísimas faltas que cometió durante este período de su vida el General Carlos María de Alvear, pues más, infinitamente más puede decirse en su contra, y sin embargo, todas esas sombras, si bien oscurecen sus méritos, no son óbice á que merezca los dictados de ilustre y benemérito con que nos complacemos en saludarle.

Búsquense esas faltas en la vida del Coronel Dorrego, dígase cuándo pospuso los intereses de la patria á su ambición personal, cuándo encendió la guerra civil para obtener el mando, en qué época de su corta pero gloriosa existencia pueden señalarse esas manchas indelebles?..... No se hallarán, nó, aun cuando se condensen sobre su personalidad todos los rayos de la luz de cien siglos!

En cuanto á Lavalleja, que en unión del General Paz, sustituyó á Alvear en el mando del ejército de la Banda Oriental, recordaré tan solo que fué el Jefe de los treinta y tres orientales de memoria inmortal, que solos, sin recursos, cuando el mismo Gobierno Argentino vacilaba, acometieron la titánica empresa de arrojar las huestes del Imperio que profanaban con su presencia la cuna heroica de Tajés y de Díaz, y sublevando á espaldas del ejército brasilero toda la campaña de aquella provincia, allanaron el camino que debían recorrer triunfalmente las tropas argentinas.

Lavalleja tiene bien conquistado su puesto entre los héroes.

## V

Dije en mi artículo *El Mártir de Navarro*, que los revolucionarios del 1.º de Diciembre de 1828, no tenían nada

preparado para sustituir al orden regular de cosas que existía antes de aquella fecha, y ahora agregó que esa revolución fué *esencialmente militar*, sin brisa alguna de popularidad, y repudiada *en sus consecuencias* por los mismos que acaso alentaron al General Lavalle para que la llevara á cabo.

A mi primer aserto, objeta el joven Fernandez que:— “ese movimiento, *esencialmente popular*, representaba la reacción salvadora de un gran partido, del partido unitario, cuyas doctrinas eran las únicas que podían detener al país que se precipitaba al abismo de la disolución” y agrega — “.....el triunfo de la revolución hubiera dado por resultado la organización definitiva de la República sobre las bases duraderas que formuló el genio de Rivadavia.. ..”

Sujetemos ambas opiniones al crisol de la prueba histórica.

Consumado el motín del primero de Diciembre, reunióse en la iglesia de San Roque, en Buenos Aires, una parte mínima de la gente aristocrática de la ciudad, con prescindencia absoluta del pueblo, y ochenta vecinos (escribo la cantidad con letras para que no se crea que hay error de cifras), sin tener en cuenta otra cosa que los intereses de la revolución, eligieron Gobernador al General don Juan Lavalle, quien aceptó el cargo incontinenti.

El 5 del mismo mes delegó el mando en el Almirante Brown, salió apresuradamente á campaña, batió el 9 á Dorrego, que solo contaba con fuerzas colecticias é indisciplinadas, hizolo fusilar el 13, *por su orden*, dos horas después de haber notificado á la víctima la sentencia inhumana y atroz, y con arrogancia digna de mejor causa, asumió por completo la responsabilidad de aquel hecho sin precedente en la historia de nuestras luchas intestinas.

Lavalle fué indudablemente sincero, creyó hacer un

bien á su patria, pero cometió un error funesto, y la noticia del atentado cayó en Buenos Aires como una bomba, contristando á todas las clases sociales, y levantando por todas partes un grito general de indignación.

El vencedor de Dorrego no pudo gobernar; prodújose á su rededor el vacío, y vencido en el puente de Márquez, sin noticias de Paz, que había invadido las provincias, asediado en la misma capital, firmó con Rosas el tratado de Cañuelas, asumió nuevamente el mando de la Provincia, y cuando comprendió que no podía seguir en el Gobierno, hizo con Rosas un nuevo pacto, fechado en la márgen derecha del Rio de Barracas, y cuyo artículo octavo decía textualmente: "Queda nombrado el Sr. General don Juan José Viamont, Gobernador provisorio de la Provincia de Buenos Aires". Este nombramiento era una imposición del futuro tirano de la República.

"El General Lavalle se retiró al territorio oriental, acusado por sus mismos partidarios por haber entregado la capital, y señalado por los vencedores como responsable de las calamidades pasadas". (1)

El motín del I.º de Diciembre allanó á Rosas el camino del poder.

¿Cuándo, pues, en qué época de la administración, se encontró Lavalle rodeado por el pueblo?... La historia nos dice que en ninguna, á menos que llamemos pueblo á las bayonetas de un ejército de línea.

En cuanto á las conexiones del partido unitario con los autores del movimiento, es indudable que las hubo, pero todos los hombres de alguna importancia en ese partido sacudieron toda responsabilidad por el crimen cometido en Navarro, porque supusieron con razón que

(1) M. Bilbao—Obra cit., pág. 269.



aquel había sido el primer acto de una serie de venganzas sangrientas, y temieron por su futura seguridad.

¿Qué había, pues, de sustituir el General Lavalle al orden regular de cosas que existía antes de la revolución?....

¿El régimen de la Presidencia?

¡Ay! ¿Cómo había de implantarlo él, que carecía de genio político, por más que fuera un bravo militar, cuando el mismo Rivadavia, la lumbrera de nuestra historia civil, había caído envuelto en los escombros de su edificio, grandioso pero aéreo?....

El General Viamont volvió las cosas á su estado primitivo, ordenó exéquias oficiales en honor de Dorrego, y cuando un año después del sacrificio se trasladaron los ilustres restos á la ciudad de Buenos Aires, el pueblo entero rodeó su urna cineraria.

“Nunca,—dice un testigo presencial,—desde el tiempo en que las reliquias de Germánico fueron llevadas á Roma por su viuda, se había visto á un pueblo lamentar más sinceramente la pérdida de uno de sus hijos”. (1)

## VI

No soy de los partidarios del éxito.

Cuando una causa es buena, la aplaudo, aun cuando no la corone el triunfo, y cuando es mala la condeno, sean cuales sean sus apóstoles.

Por eso he condenado, y condenaré siempre con la energía de la más profunda convicción, el paso arbitrario con que el General Lavalle mancilló la pureza de su carrera militar el 13 de Diciembre de 1828, y como yo,

(1) José T. Guido—*Biografía de Dorrego*.

lo condenan todos, todos, absolutamente todos los historiadores que se han ocupado del asunto con ánimo imparcial.

No condeno al hombre, porque Lavalle, al fusilar á Dorrego, obró con sinceridad, pero cometió un error que pagamos con veinte años de tiranía, y, por más que pese á nuestro orgullo, debemos decirlo:— “El fusilamiento del coronel Dorrego empañó el brillo de las armas argentinas”.

“ La historia juzgará, — dijo el heróico General Lavalle,— si el Coronel Dorrego ha debido, ó nó, morir; y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseido de otro sentimiento que el del bien público ”.

¿Y bien?... Cincuenta y cuatro años han pasado, y la historia ha pronunciado su juicio inapelable. No han hablado únicamente los enemigos de Lavalle, como Rosas, que llamó al fusilamiento de Dorrego “ la mancha más negra de la historia de los Argentinos ”, <sup>(1)</sup> como Don Manuel Moreno, hermano del célebre Don Mariano, que publicó en Lóndres un folleto bajo el título de *Asesinato de Dorrego*; no! ha hablado el General Paz, compañero de glorias y reveses del vencedor en Navarro, y ha llamado á aquel sacrificio “ acto injustificable”, <sup>(2)</sup> han hablado los enemigos de Rosas, y nos han dicho que la noble víctima “ jamás enlutó á Buenos Aires ” <sup>(3)</sup> y que su muerte fué “ ilegal é injusta, violenta é inútil ”, <sup>(4)</sup> ha hablado la posteridad y nos ha dicho, que el espíritu político de Dorrego “ quedó fundido en la sólida columna de las instituciones republicanas, y que

---

(1) Discurso de Juan Manuel Rosas en las exequias de Dorrego.

(2) *Memorias póstumas*—Tomo II, pág. 76.

(3) V. F. Lopez.—Obra cit., tomo IV, pág. 1933.

(4) José R. Indarte—*Rosas y sus opositores*, pág. 66.

su figura culminante destacándose, con arrogancia en las páginas de la historia, reclama de la generación presente un trozo de piedra para labrar su estatua." (1)

¿Se quiere aun otro juicio, nada sospechoso?

Pues, bien! don Domingo Faustino Sarmiento hace en su libro el *Facundo* esta pregunta:—"Hizo mal Lavalle?..."—y contesta á renglón seguido: "Tantas veces lo han dicho, que sería fastidioso añadir un sí...." (2)

¿La opinión del General Mitre, ilustre historiador de Belgrano?...

Abramos su libro monumental y hallaremos, que si Dorrego cayó algunas veces en la vulgaridad, si cometió algunos errores (nunca crímenes) rehabilitóse "al fin ante la historia por su trágica muerte;" (3) y es lógico, que si la ilustre víctima hubiera merecido la sentencia oprobiosa que puso fin á sus dias, no se hubiera rehabilitado *precisamente por ella*, y su nombre hubiera pasado á la posteridad cubierto de baldón.

Y si queremos saber cuál fué el último juicio del mismo General Lavalle sobre su gravísima falta, sabremos que este valiente soldado retiró su apelación ante el tribunal de la posteridad y que "bajando la cabeza ante la sombra de su víctima, le dijo:—*¡perdóname!*" (4)

Harto unánime ha sido el fallo de la historia, y aun cuando reconozco como antes lo dije, que el General Lavalle fué sincero, no puedo negar que el Coronel Dorrego estaba muy lejos de merecer que se le inmolará de una manera bárbara y oscura.

Termino, pues, este breve estudio, y lo termino con el

(1) Mariano A Pelliza—Obra cit., pág. 424.

(2) Obra citada, pág. 105.

(3) *Historia de Belgrano*, etc. Tomo III. pág. 239.

(4) Lo dice Rivera Indarte. Obra y página citadas.

corazón henchido de júbilo, porque sé que entre los futuros pueblos de la Provincia de Buenos Aires, habrá uno, cuya creación está proyectada, que llevará el nombre del primer mártir ilustre de nuestras disensiones intestinas.

Así empieza en la historia la apoteosis de los buenos!....

## VII

Pero aún he de permitirme algunas otras frases.

Siendo esta la última vez que me ocupo del asunto pues atado al yugo del trabajo material, no puedo disponer del tiempo necesario para esta clase de estudios, quiero redondear bien la cuestión.

Conste, pues, que á hacer este rápido estudio no me ha impulsado otra cosa que el amor á la justicia.

Conste que no soy de los partidarios del éxito, y que el asesinato de Dorrego sería igualmente vituperable aunque el General Lavalle hubiera logrado constituir la República, porque ante la moral y la sana filosofía, es infame la máxima de que *el fin justifica los medios*.

Conste que en su vida no cometió el Coronel Dorrego un solo crimen que lo hiciera acreedor al suplicio.

Conste que fué sincero, y que defendió fogosamente los derechos de su provincia en el Congreso de 1826.

Conste que se batió como bravo durante la guerra de la independencia, y no en una, sino en infinitas batallas.

Conste que fué terror de los caudillos, y el brazo potente que hundió al indomable José Miguel Carrera.

Conste, en consecuencia, que jamás puso, ni pudo poner á Buenos Aires bajo la planta ensangrentada de un caudillo.

Conste ser verdad que si él “conocía muy bien el estado semi-bárbaro de las Provincias,” — como con razón lo dice Fernandez, — prefiriendo por esta misma causa el sistema federal al unitario, y este fué, indudablemente un error, en él incurrió su inteligencia con prescindencia absoluta de la voluntad.

Conste que la revolución de Diciembre no sustituyó nada de provecho al orden de cosas que antes de ella existía, y que su único resultado ostensible fué hacer resaltar la personalidad de Rosas, por la eliminación de la de Dorrego.

Conste que la historia ha condenado severamente el triste suceso de Navarro, con el cual concluyó la lucha de los partidos de principios, y que el mismo Lavalle lamentó más tarde su error y lloró de arrepentimiento. <sup>(1)</sup>

Y conste, finalmente, que si el Gobierno Argentino mandara fundir en bronce la estatua de Dorrego, ins-

---

(1) — En un libro anónimo que tengo á la vista y que atribuyo al señor Fregelro, titulado “Historia Argentina, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta el presente” (Igon hermanos, Buenos Aires, 1877) — leo en la página 210 el siguiente juicio :

“Dorrego fué fusilado en Navarro el día 13 del mismo mes, sin forma alguna de proceso, y por orden de Lavalle.

“Este asesinato político que fué el origen de la tiranía de Rosas, no ha podido justificarse jamás con ninguna excusa. Aunque más tarde se arrepintió el mismo Lavalle de su acción impremeditada y loca, no por eso la historia dejará de condenar su indigno y vergonzoso proceder”

Y el señor don José Manuel Estrada, en su obra “La política liberal bajo la tiranía de Rosas”, en la página 21, se expresa así:

“Una revolución militar derroca y sacrifica en Buenos Aires á Dorrego.....

“Desde aquel momento, señores, la Infortunada suerte de estos pueblos estaba escrita. — Se habían desconocido á sí mismos hasta el punto de debilitar todos sus elementos organizadores, y debían sobrevenirles grandes calamidades. — El partido unitario se desnaturaliza, el federal se disuelve. En adelante no hay hombres de pensamiento

cribiendo en su peana esta leyenda, que simboliza el fallo de la justicia:—

**FIEL SIEMPRE Á SUS PRINCIPIOS Y Á LA PATRIA  
VIVIÓ COMO BUENO Y MURIÓ COMO HÉROE**

llenaría un deber de patriotismo y daría un gran ejemplo de moralidad, porque para nosotros, que somos su posteridad, no debe haber vencidos ni vencedores, y los grandes hombres, cualquiera que haya sido su credo político, deben ocupar su puesto en el templo de la gratitud nacional.

Ilustrado y de alma sana, vinculados por la comunidad de sus ideas, que luchan por formas de Gobierno: queda el Ejército en frente de la muchedumbre iracunda, explotada por los caudillos, arrastrada á lo sangriento y á lo abyecto.

“Este presentimiento amargaba sin duda el espíritu de Dorrego al marchar á su martirio.....”

Ambas opiniones corroboran las mias.

# BORRON SOBRE BORRON

(A PRÓPOSITO DEL CORONEL DORREGO)

---

## I

“El hombre propone y Dios dispone”—he ahí un refrán vulgar que también es una verdad profunda.

Escrito ya, y en su mayor parte publicado el breve estudio que bajo el título de “El Coronel Dorrego,” ha visto la luz, llega á nuestras manos la primera parte (que no conocíamos) del artículo que sobre el mismo tópico publicó últimamente el señor Fernandez.

La lectura de la parte preliminar de dicho escrito, cambia en absoluto la cuestión: lo que juzgamos antes de inportancia capital queda fuera de discusión, y lo que creímos accesorio y solo tocamos por incidente, surge á la arena del debate.

Es por eso que tomamos nuevamente la pluma, con la intención firmísima de que sea esta nuestra última palabra, y con el único fin de que no se crea que nos hemos escapado por la tangente, ni pueda nadie tacharnos de desleales por haber atacado á nuestro contendor por opiniones que categóricamente rechaza.

Hecha esta explicación preliminar, entremos en materia.

## II

Al leer los *Trozos históricos* del Sr. Fernandez, creímos que trataba de justificar el fusilamiento de Dorrego, puesto que justificaba el motín militar que lo precipitó del poder, y escribimos por eso *El Mártir de Navarro*.

Esta creencia tuvo por causa, sin duda alguna, nuestra escasa penetración. ¡Pese á nosotros el error!...

En el nuevo artículo del Sr. Fernandez, leemos con gusto que no hemos sido felices al interpretar sus ideas sobre el fusilamiento del Coronel Dorrego, y que *ni él ni nadie ha pretendido justificarlo*.

Lo llama *error*.

He ahí nuestra tesis, y atribúyase el error á la época como lo atribuye el Sr. Sarmiento, atribúyase al partido unitario, como el Sr. Carranza, atribúyase, en fin, al bravo militar que lo cometió, como lo atribuyen otros escritores, lo esencial es reconocer que fué un error, y que la historia, al dar su fallo á la apelación del General Lavalle, ha dicho que *el Coronel Dorrego no debió morir*.

Nos complace sobremanera que la opinión ilustrada del Sr. Fernandez, coincida en este punto con la nuestra, frases más ó menos.

Este asunto queda, pues, fuera del debate, por la aprobación explícita que de las opiniones emitidas por nosotros hace nuestro distinguido contendor, y sentimos haber consagrado tanto espacio en nuestro anterior artículo á una cuestión que nadie discute.

Nos es grato agradecer al Sr. Fernandez su indicación sobre la obra del Sr. Carranza "El General Lavalle ante la justicia póstuma". Habíamos ya leído este precioso libro, y lo habíamos leído con ánimo desprevenido, pero



eso no obstante, no olvidaremos la indicación que se nos hace.

Bueno es leer, cuando de Dorrego se trata, la "Revolución Argentina" del Dr. Vicente Fidel Lopez, el "Dorrego en la historia de los partidos" del Sr. Pelliza, la "Historia de Rosas" de Bilbao, y tantos y tantos libros como hemos citado en nuestros anteriores artículos. En los tres que acabamos de nombrar, especialmente, se encuentran documentos que admiran, revelaciones que pasman, apreciaciones que hacen meditar!.... Las "Cartas apologéticas" que el Coronel Dorrego dirigió desde Baltimore á una persona de alta representación social y política en nuestra patria, no deben tampoco echarse en olvido..... No las recomendamos al Sr. Fernandez porque faltaríamos á las consideraciones que le debemos, y porque suponemos que las conoce y que su notoria ilustración habrá dado á ellas su verdadera importancia.

Pero sí nos permitiremos observarle, que al escribir nuestro artículo *El Mártir de Navarro*, no nos propusimos sorprenderlo, como parece que él lo supone, pues á más de que no es propio de corazones bien puestos atacar personas á quienes se crée indefensas, hemos reconocido siempre en el Sr. Fernandez gran caudal de luces históricas y talento infinitamente superior al nuestro.

Y con respecto á la tragedia de Navarro, repetiremos lo antes dicho:—nos complace que nuestro distinguido contendor la califique de error, atribúyase á quien se quiera:—esa es la verdadera doctrina histórica.

Y..... á otra cosa....

### III

¿Cuántos partidos políticos existían en el país al estallar la revolución del 1.º de Diciembre de 1828?

Dos, dicen algunos autores.

Tres, dicen otros, con más razón que los anteriores  
Y efectivamente, eran tres, á saber:

El *Unitario*, cuyo jefe, D. Bernardino Rivadavia, había sido antiguo paladín del sistema monárquico.

El *Federal*, propiamente dicho, cuyo jefe, el Coronel Dorrego, pensaba como Mariano Moreno que "este sistema es el mejor quizá que se ha discurrido entre los hombres" <sup>(1)</sup> y disentía con este gran pensador sobre la aptitud de los pueblos Argentinos para practicarlo.

Estos eran los dos partidos de principios.

Contaba el primero con hombres de la talla de Rivadavia, Agüero, Gomez, y otros no menos ilustres sostenedores. Hacemos omisión expresa del General Alvear, pues el vencedor en Ituzaingo no brilló nunca por su consecuencia política, como puede verse en cualquier compendio de historia Argentina, y como lo hemos demostrado en nuestro artículo anterior.

Militaban en las filas del segundo, el bravo y elocuente Dorrego, pensadores como Manuel Moreno, nobles espíritus, bravos soldados como Guido, Balcarce é Iriarte, gobernantes como Martin Rodriguez, y otros que sería largo enumerar, y de los cuales, al menos, no podrá decirse en justicia que fueran padrinos de las ambiciones personales de los caudillos del Interior.

El tercer partido que se ha dado en llamar *Separatista*, ó si el Sr. Fernandez así lo quiere, *Federal de los*

---

(1) Palabras de D. Mariano Moreno. El Sr. Fernandez cree, como muchos historiadores, que el Sr. Moreno fué el primer apóstol del sistema unitario, pero muchos otros escritores, lo creen al contrario, federal por convicciones, y así lo hacen creer sus brillantes escritos, si bien dice que "difícilmente pueden aplicarse á toda la América." Los escritos del doctor Moreno, en la parte á que nos referimos, pueden verse, entre otras, en las obras citadas de los Sres. Lopez y Pelliza.

*caudillos*, era hostil á los dos anteriores. Este partido, cuyo patriarca fué el doctor don Gaspar Rodriguez Francia, y cuya primer espada había sido el General don José Gervasio Artigas, no tenía ideas fijas de gobierno. Sus cabecillas se decían Federales porque no conocían otra frase mejor, pero á todos ellos, en 1828, era de todo punto indiferente la denominación que se diera al Gobierno Argentino, con tal que se les dejara gozar tranquilamente en sus provincias de las delicias del poder; bien que no es difícil que este fuera ejercido á la sombra de inmensos toldos formados con pieles de vacas y de potros.

Nada tenía de común esta agrupación de elementos heterogéneos, con los dos grandes partidos de principios que tenían su asiento en Buenos Aires. Era hostil á ambos, porque ya triunfáran los unitarios con el genio de Rivadavia, ya vencieran los federales propiamente dichos con la palabra fácil, galana é inspirada de Dorrego, el resultado debía ser idéntico para los sombríos caudillos del Interior:— su desaparición del escenario político era cuestión de tiempo, pero era cuestión enteramente resuelta, porque refractarios á toda ilustración, huían de la luz como los buhos, su influencia era igualmente perniciosa para los federales y para los unitarios, y tanto los unos como los otros habían pronunciado sentencia inapelable sobre la futura suerte de los discípulos de Artigas y de Ramirez.

Ambos partidos querían eliminar del escenario político, porque ni á uno ni á otro convenía su existencia, esos elementos de descomposición; y ya se librara la cuestión á la fuerza, como la libró en último caso el partido unitario, ya se confiara á la astucia, como la confiaban Dorrego y los suyos, el resultado hubiera sido el mismo:—la luz, tarde ó temprano, habría destruido las tinieblas.

Y téngase entendido que esta clasificación de los par-

tidos, que forma la base de nuestro criterio histórico para juzgar la revolución del 1.º de Diciembre, no es hija de nuestra fantasía y de nuestro escaso saber. Nó! es la verdadera filiación de esos partidos, sujetando sus principios y sus tendencias al más minucioso análisis filosófico, y es también la calificación que de ellos han hecho numerosos escritores Argentinos y extranjeros, entre los cuales nombraremos una vez más y con especialidad, á los Sres. Bilbao, Pelliza y Lopez, sin que sean ellos los únicos que piensen como pensamos nosotros.

El Coronel Dorrego, hombre de ilustración notoria, de patriotismo probado, era federal por convicción, no por conveniencia propia, y aspiraba á constituir el país bajo un sistema regular de gobierno, tal como él lo había estudiado durante su permanencia en los Estados Unidos de Norte América.

Quería constituir una República Federal, no como la querían Artigas, Ramirez, Lopez, Ibarra, Bustos, etc., etc., sino tal como está actualmente constituido nuestro país, descentralizando la administración interior de cada una de las Provincias, y sujetando á todas al imperio de una ley común, ofreciendo á sus hermanas, como ejemplo, el tipo de un estado federal bien constituido, tal como lo estuvo Buenos Aires bajo la administración Rodriguez, de que tantos y tan justos elogios hace el General Mitre.

#### IV

Bien se vé, pues, que Dorrego no tenía punto de contacto con los caudillos bárbaros, porque entre él y ellos existía un abismo profundo que no podía salvarse jamás:—el que media entre la educación y la ignorancia.

Pero haremos más palpable aún esta verdad.

Los caudillos lo querían todo para sí:—Dorrego todo para la patria.

Los caudillos confiaban sus triunfos á la fuerza:—Dorrego á su talento y sus principios.

Los caudillos querían el aislamiento:—Dorrego quería constituir el país, dejando á cada Estado su autonomía local, pero sujetándolos al imperio de una ley común.

Los caudillos se daban á sí mismos los títulos de Gobernadores y Capitanes Generales:—Dorrego renunció por tres veces el generalato con que quiso premiar sus servicios el Estado de Buenos Aires, porque él, que había ganado sus galones en la lucha por la independencia, no quería deber ninguno á la guerra civil

Los caudillos tenían sed furiosa de riquezas:—Dorrego, al morir, escribía á su esposa: “De los cien mil pesos que me adeuda el Estado en fondos públicos, solo recibirás las dos terceras partes, y el resto lo dejarás al Estado”, dando así á los suyos una lección de abnegación sublime.

Los caudillos llevaban sus odios más allá del sepulcro:—Dorrego, momentos antes de espirar, perdonaba á sus enemigos, como Cristo en la Cruz, y “quería que su sangre fuera absorbida por la tierra, como la de una víctima oscura, y que de aquel infortunio no surgiera el infortunio de su patria”, como con profunda verdad lo dice el Sr. D. José Manuel Estrada en sus preciosos estudios sobre *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*.

Los caudillos, como Bustos, sustraían de la obediencia del Gobierno los ejércitos que debían luchar contra el extranjero, para hacerlos servir á su ambición personal:—Dorrego, con un ejército diezmado y pobre, imponía al Brasil una paz honrosa, en condiciones que Rivadavia había propuesto y no había conseguido. <sup>(1)</sup>

(1) Invitamos á los curiosos que no lo conozcan, á leer el tratado secreto firmado entre Dorrego y D. Federico Bawer, Jefe de las fuerzas alemanas al servicio del Brasil, el cual tenía por objeto sustraerlas al servicio del Emperador, ocupar en son de conquista

Los caudillos solo se preocupan de sus personas y de sus intereses, sin importarles nada los destinos futuros de la patria:—Dorrego, durante el corto período de su Gobierno, probó muchas veces su celo por el progreso Argentino, y para que no se dude de nuestras palabras, trascribimos á continuación el inventario que hace de sus primeros actos el Doctor Lopez, en su obra tantas veces citada. Helo aquí: “Supresión de las *levas* para remontar el ejército, la escuadra y el servicio de fronteras: reglamentación de los lindes, zanjas y cercos de campaña: *extinción de los derechos de exportación de las carnes saladas y cueros*: reglamentación de la moneda con que debían saldarse las deudas particulares anteriores á la decadencia del papel de Banco: organización de los jurados de imprenta é insaculación de sus miembros: regularización del Corso: establecimiento en San Lorenzo de la Convención Nacional, decretada por la ley del 3 de Julio; establecimiento de un mercado de frutos en la parte Oeste de la Ciudad: reglamentación de hospitales y de estudios medicales: muchos actos de reglamentación rural y de policía de la Campaña establecimiento de escuelas, disciplina de maestros y arreglo de estudios Universitarios: disposiciones de orden y trabajos para el Departamento Topográfico; arreglo del Consulado de Comercio y de los Correos: reglamentación de la Contribución Directa é impuesto sobre ganados: sanción de una ley de imprenta: extensión de las facultades de la *Sociedad de Beneficencia*, y carácter de las señoras que

---

y por nuestra cuenta la Isla y Provincia de Santa Catalina, proclamando en ella la República, como justa represalia contra la agresión injusta del Brasil, y traer en último caso esas fuerzas á nuestro territorio para formar con ellas una colonia.—¿Nada hacía Dorrego por las glorias Nacionales?—Ah! hay, por suerte, documentos que atestiguan que no se olvidó jamás de esas glorias y de los intereses Argentinos!.....

la fundaron: legislación sobre las tierras de pan llevar: reglas para los estudios y exámenes universitarios: establecimiento de la Sociedad filantrópica creada para administrar las cárceles y los hospitales: restablecimiento de la tesorería general de la Provincia: fundación de una Academia Militar: con muchas otras disposiciones administrativas que dan prueba de laboriosidad, de un propósito liberal é ilustrado en todas las aspiraciones del gobierno....." (1)

Los caudillos huían por lo general de los campos en que se derramaba sangre Argentina por conquistar la independencia: Dorrego se portó como bravo en Tucuman, fué herido en Salta, salvó al ejército del Perú después de Ayohuma y ganó sus grados uno á uno, á fuerza de heroicidad y sacrificios.

Los caudillos eran ignorantes hasta el extremo: Dorrego era un hombre ilustrado, un orador fogoso, un periodista brillante, y si no se le conoció como estadista, no fué suya la culpa, seguramente, sino de la revolución que lo derrocó del Gobierno.

Los caudillos, como Artigas, al perder sus medios de acción quedaban reducidos á la impotencia, é iban á mendigar un asilo al tirano paraguayo: — Dorrego, conducido al destierro, sin medios de vivir, aherrojado en un país extraño, se retempla en la adversidad, estudia, y su patria es la Diosa de sus ensueños, como pueden observarlo los incrédulos en sus *Cartas apoloéticas*.

Los caudillos, como Francisco Ramirez, morían por defender una querida: Dorrego murió por sostener sus convicciones, como Liniers, como Lavalle, como Varela,

---

(1) Recomendamos á los que no conozcan bien la administración de Dorrego, que lean la obra citada, tomo IV, desde la página 1896 hasta la última, en las cuales se encuentran destruidas muchas especies antojadizas, hijas de la pasión política, *inventadas* sobre este período de nuestra historia.

como Miranda, como Lincoln, como Policarpo Salavarieta, y ni aun en el patíbulo olvidó la dignidad de su rango.

Los caudillos....

Pero ¿á dónde vamos?....

¿Qué punto de contacto hubo jamás entre ellos y Dorrego?....

¿Se afirmará después del breve paralelo que hemos hecho, que Dorrego fuera el alma del partido de esos miserables Régulos, cuyas conciencias, según la felicísima frase del Sr. Fernandez, eran negras y sombrías como sus propios aduares?....

¿Se desconocerá que era precisamente la antítesis de ese partido y de sus oscuros apóstoles?....

Contestaremos con las mismas palabras con que el Sr. Fernandez contesta á preguntas inversas:

“Creemos que nó, á menos de desconocer ó negar los más vulgares rudimentos de historia patria;” pero si aún se persistiera en confundir cosas completamente opuestas, personajes absolutamente diferentes, convicciones ilustradas y profundas con las tendencias semi-bárbaras de caudillejos incultos, manifestaciones de puro patriotismo con las de ambición desmedida y personal, caracteres gigantes con risibles pigmeos, la razón luminosa de hombres superiores con los instintos de gáuchos ignorantes, la luz con el caos; entonces nosotros nos dirigiríamos á los que tal hicieran, y enseñándoles todas, absolutamente todas las obras que en nuestros anteriores artículos hemos citado, les diríamos, parodiando las palabras que el Sr. Fernandez nos dirige:

“Abrid esos libros, leedlos con atención, y con los documentos en la mano, ante vuestra propia conciencia, juzgad á la luz de una inteligencia despreocupada, si vuestras opiniones están ó nó ajustadas á la más rigurosa verdad histórica”.



Y yendo todavía más allá, indicándoles el libro de nuestras actuales instituciones políticas, nombraríamos á Dorrego, y les diríamos con la autoridad de Cormenin:

LOS HOMBRES PASAN, PERO LOS PRINCIPIOS QUEDAN.

Pero no!.... No lo diremos, porque no puede haber quien sostenga con sinceridad que el coronel Dorrego fuera el genio maléfico que inspirara á los sanguinarios caudillos del interior, pues si con ellos celebró tratados no fué para impulsarlos por el camino del crimen, sino para atraerlos al reinado de la ley, y sacarlos de las tinieblas á la luz.

## V

Vamos á terminar, y es esta nuestra última palabra en la discusión.

Dorrego ha sido ya juzgado por la historia, y al emitir nuestras humildes opiniones sobre su personalidad, no hemos hecho otra cosa que repetir lo que inteligencias infinitamente superiores han dicho al respecto.

¿Cómo juzgamos, pues, la revolución del 1.º de Diciembre?

Lo hemos dicho y lo repetimos: - Como un error tremendo cometido por Lavalle y los prohombres del partido unitario, del que más tarde se arrepintieron.

¡ Ah! Veinte años de tiranía, la cabeza de Marcos Avellaneda clavada en una pica, el fusilamiento de Camila O'Gorman, la sangre de veinte mil Argentinos estérilmente derramada, la oscura muerte del heroico Lavalle, el cruento sacrificio de Dorrego, el puñal clavado en la espalda de Varela, el retrato de Rosas colocado sobre los altares de Jesús.... ¿qué revolución dió nunca á un pueblo gajes más terribles?....

Arrojemos, arrojemos un velo sobre tanta miseria, sobre tanto crimen.... y pasemos!....

No es bueno escarbar la huesa de los héroes para arrojarles paladas de lodo.

¡Librenos Dios de semejante crimen!

Pero debemos recordar, que si Lavalle fué un “brillante paladín de nuestras glorias”, también lo fué Dorrego, y que uno y otro reclaman de nosotros el respeto que se debe á los grandes hombres, á los próceres de la libertad, á los genios del bien.

Doblemos la rodilla ante la sombra augusta de Lavalle, sí, doblémosla, pero seamos también gratos á la memoria purísima del coronel Dorrego, y saludémosle como al padre de las instituciones que nos rigen.

Mirad! Allá, desde las regiones celestes donde se vive la vida de la inmortalidad, ambos miran á su patria complacidos, ambos han hecho confesión de sus errores, porque ambos los cometieron, ambos han reconocido sus méritos!...

Lo veis?.... En las páginas de la historia nacional están escritos los nombres de ambos con caracteres de oro!....

Pues bien! Hagamos á un lado rencores añejos del más intransigente partidismo, y saludémosles diciendo:

¡Gloria á vosotros, ilustres mártires de la libertad!....

# CUENTOS



# HORACIO

—

El autor dedica esta novelita á su joven e inteligente amigo D. DÁMASO VALDES.

## PROEMIO

Háse dicho, sin razón á mi juicio, que el oro es el rey despótico del mundo, y creo que tal cosa se ha dicho sin razón, porque si fuera rey absoluto, el dorado metal dominaría en todo y vencería siempre; lo cual, felizmente, no sucede.

La virtud, el talento y el trabajo honrado, componen en mi opinión la bendita trilogía llamada á regir los destinos humanos, y entiendo que si para asegurar su dominio fuera menester la lucha, es á la juventud inteligente, nacida en la segunda mitad del siglo décimonono, á quien toca combatir con fé y perseverancia contra las preocupaciones que se opongan al imperio de tan bella trinidad.

Ella dignificará al hombre y enaltecerá á los pueblos y discernirá el lauro de la victoria, no al más orgulloso ni al más rico, sinó al más estudioso y al más bueno.

A probarlo, según lo alcancen mis pobres luces, responde esta mal hilvanada relación de la vida de Horacio.

Sed benévulos y escuchadme:

## I

Era casi un niño, pues apenas contaba diez y nueve años.

Nacido en una honrada medianía, educáronlo sus padres en las saludables prácticas del bien, y dotado de no común talento, poseyendo esa vivacidad propia de la sangre latina que corría por sus venas, había adquirido una instrucción superior á la que de su edad y escasos recursos pudiera exigirse.

Horacio era pintor, pero pintor sin escuela, que se veía obligado á dejar correr sus pinceles á la ventura, por falta de grandes modelos, y esto, que esterilizaba hasta cierto punto las admirables dotes de su genio, contrariaba en gran manera á su buen padre que, como tal, deseaba alcanzar para su hijo único un puesto culminante en la sociedad.

Muchas veces, en los dulces y serenos consejos del hogar, se había tratado de que el joven fuera á Italia, la tierra clásica de los artistas y de los bandidos, según la verídica frase de Gertrudis Gomez de Avellaneda, á perfeccionarse en el sublime arte de la pintura; pero á tales propósitos habíase siempre opuesto la voluntad materna, temerosa de los peligros que una larga ausencia entraña, y el proyecto de viaje se encontraba relegado al olvido.

Horacio era soñador como poeta é impresionable como joven.

Un día, al pasar frente á la iglesia de su pueblo, vió á una niña bellísima que vestía el albo traje de las vírgenes, y, al contemplarla, sintió en su cabeza algo semejante al vértigo, en su corazón desconocidos movimientos, en sus mejillas el hervor de la sangre. Corrió á su casa, y sin darse cuenta de lo que hacía, como impulsa-

do por fuerzas extrañas, cogió sus pinceles, vació en su paleta hermosísimos colores, y trazó sobre el lienzo la imagen de una mujer, de cuya frente, ceñida por nivea corona de azahares y azucenas, desprendíase blanco tul, vaporoso como las nieblas primaverales. Aquella pintura, con parecido perfecto, era el retrato de su hermosa desconocida.

El artista quedó estático ante su cuadro, admirado de su creación, absorto ante los toques atrevidos de su pincel, pero más absorto en la contemplación ideal de la hermosura que había tratado de reproducir, más admirado de las sensaciones, para él nuevas, que conmovían su alma, elevándola á regiones ignotas, acariciándola con suavísimos vientos de esperanza.

Incentivo del amor suele ser el misterio, y amar á un ser ideal, desconocido, etéreo, es más frecuente de lo que á los positivistas pudiera parecer; por lo cual no se creará raro que nuestro joven, enamorado de una mujer, desconocida, es verdad, pero al fin mujer y hermosa con imponderable hermosura, llegara á hacerla diosa de su culto, visión constante de sus sueños, luz de sus ojos y objeto de pasión inquebrantable y ferviente!...

Amar el imposible!...

Y quién no lo ha amado alguna vez?...

Pues bien, Horacio sintió arder en su pecho una voraz hoguera, que para el ojo avizor de su madre no pudo pasar desapercibida, y mal de su grado hubo de confesar los tormentos que sufría, las ilusiones que su imaginación forjára.

Entonces decidieron sus padres que á todo trance, á costa de cualquier sacrificio, hiciera el viaje á Italia tantas veces proyectado, y es necesario confesar que, al adoptar esta resolución, tuvieron en vista más el deseo de destruir una pasión que creían naciente y calificaban de insensata, que el antes anhelado perfeccionamiento del joven en el arte divino de Rafael y de Murillo.

Horacio, tanto como en otro tiempo deseara aquel viaje, lo resistió entonces, porque contrariaba sus más dulces esperanzas, pero se resignó, como hijo fiel y obediente, á acatar la resolución de sus padres.

—Írme, decía, en uno de esos monólogos que en silencio suele sostener el corazón,—írme sin volver á verla, sin saber su nombre, sin decirle una vez que la quiero, sin caer de rodillas á sus plantas.... desafiar las embravecidas olas del Océano sin haber sido bendecido por sus labios, balbucientes de amor, sin haber oído un suspiro de su pecho, sin haber recibido de sus ojos un rayo de luz consoladora, ¡oh! esto es atroz, incomparablemente atroz!....

Y llegaba á calificar de tiránico el proceder de los autores de sus dias.

No una, cien veces reprodujo en el lienzo la imágen de su amada, realzando sus gracias con las galas de su fantasía creadora, iluminándola con los destellos de su amor, y cuando terminaba uno de sus cuadros, al dejar la paleta y los pinceles, caía sobre el pavimento de rodillas y prorrumplía en llanto del alma.

Entre tanto, el dia fatal de la partida se acercaba, y con su cercanía aumentaban las congojas de nuestro protagonista.

Cuando más afligido se encontraba, cuando creía que su pecho estallára á impulsos del dolor, recibió una elegante esquila, cuidadosamente impresa. Roto el sobre, encontró galante invitación para el baile de despedida con que, á la siguiente noche, le obsequiarían sus amigos.

¡Irrisiones tremendas de la vida!....

Horacio arrojó al suelo el billete con desprecio, dirémoslo mejor, con ira, pero un momento después, como vislumbrando un rayo de esperanza, recogió la invitación, leyóla nuevamente, y con voz entre triste y alegre:

—Íré! iré!—exclamó.—Puede ser que el cielo me proteja!....



## II

Pasó la tarde aquella y el siguiente día, y llegó por fin, la hora del baile.

Los salones del Club, *á giorno* iluminados y adornados con sencillez pero con gusto exquisito, albergaban en aquel momento á todo lo que de más digno y distinguido contaba en su seno aquella sociedad; y toda aquella concurrencia, damas de arrogante presencia y lujosísimos trajes, señoritas de admirable belleza, semejantes á séres angélicos descendidos del empíreo, ancianos y jóvenes caballeros, se habían dado cita para ofrecer cumplida prueba de afecto al inspirado y simpático artista que iba á abandonar en breve las playas sagradas de la patria, y todos á una se empeñaban en manifestarle los votos sinceros que por su felicidad hacían.

Solamente él, Horacio, el que más satisfecho debiera encontrarse, permanecía como abstraído en pensamientos completamente extraños á la fiesta, indiferente á lo que en torno suyo pasaba, sin escuchar siquiera las dulcísimas armonías de la orquesta.

Clavada su vista en un punto de la pared, donde lucía hermoso cuadro pintado al óleo, representando á una virgen, que de hinojos sobre la húmeda gramilla, dada su suelta cabellera al beso de la brisa, contemplaba con tierno arrobamiento á dos palomas blancas posadas sobre la copa de un árbol, que parecían contarse sus amores, hubiérase dicho, y con razón, que el universo sensible había desaparecido para él, y solo se dibujaban en su retina aquellas palomas, la cabellera de ébano, los grandes y negros ojos, los contornos perfectísimos de la mujer que llenaba el cuadro con sus gracias.

—Preciosa obra la vuestra,—dijo á Horacio un caballero que llegó en aquel momento adonde el joven

se encontraba.—Nuestra sociedad no podrá en manera alguna satisfacer la deuda que con vos contrae por obsequio tan valioso.

—En verdad, señor, debo deciros —contestó el pintor,—que vuestras palabras me avergüenzan. ¿Cómo he de recompensar las muestras de generosa simpatía que se me prodigan? Mi obra pudo en realidad ser admirable, dadas las perfecciones del modelo, pero para que ellas sean reproducidas fielmente por el pincel, es necesaria inspiración superior á la de un oscuro mortal. Las gracias de los ángeles solo pueden ser contadas por los ángeles.

—Sois muy humilde, pues si bien reconozco que el original es superior á la imagen, no podeis negar que en vuestro cuadro hay toques de pincel admirables, hermoso colorido, golpes de luz preciosísimos.

—Deduzco de vuestras palabras que conoceis el modelo.

—Le conozco y le amo con pasión fervientísima.

—Sois muy feliz, señor.

—No tanto como os parece. La mujer á quien he consagrado las horas todas de mi vida, en quien he reconcentrado todos mis afectos, por quien sacrificaría gustoso mi inmensa fortuna, la existencia misma, se muestra indiferente á mis halagos.

— Os compadezco!—murmuró Horacio, pero en sus ojos pudo leerse una frase de esperanza.

Creedme que su desvío me mata. Indiferente á mis protestas de amor, no seducida ni seducible por la perspectiva de un rico matrimonio, pues será heredera de pingües tesoros, de nada vale mi constancia, ni la decidida voluntad de sus padres para que sea mi esposa.

—Observaré, sin embargo, que teneis mucho de vuestra parte si habeis ganado la voluntad paterna.

— Eso nada vale, amigo mio, pues debeis comprender que al buscar una esposa, no quiero llevar á mi hogar

un cuerpo sin voluntad, un alma esclava. Para que las sensaciones inefables del amor nos eleven al cielo, es menester que á los latidos de un corazón amante, correspondan con pasión igual los latidos de otro corazón. Nunca la recibiré por compañera de mi vida, si á ello no la impulsan sus sentimientos.

Propósito digno de un caballero.

—Que cumpliré religiosamente.

Horacio, sin pretenderlo, había obtenido revelaciones que importaban para él un mundo; pero temeroso de que su interlocutor descubriera sus anhelos, varió hábilmente de conversación, y se pusieron á hablar de cosas indiferentes.

La orquesta sonaba dulcísimas, arrebatadoras melodías.

El entusiasmo de los bailarines iba en rápido crescendo.

De pronto, todas las conversaciones cesaron y las miradas de los concurrentes se convirtieron á un solo punto del salón.

Un murmullo de admiración resonó doquiera.

Era que acababa de entrar al recinto, apoyada en el brazo de elegante mancebo, una nueva joven, radiante de belleza.

—Hé ahí á la ingrata Elvira! dijo el acompañante de Horacio.

—Ella és..... Dios mio!..... yo deliro! — exclamó el pintor.

Parece que os ha impresionado, señor artista! — rugió su interlocutor, ardiendo en celos.

Horacio comprendió que había cometido una imprudencia, y así, tratando de dominarse, contestó con admirable calma:

—Como lo habeis dicho, soy artista, y no es raro que me impresione la belleza, máxime cuando he tratado de reproducir con mis pinceles la imágen de vuestra Elvira;

pero os confieso, señor, que al contemplar sus facciones en una fotografía que por casualidad llegó á mis manos y me sirvió como modelo de mi cuadro, no soñé jamás que la realidad de sus encantos superara de tal manera á la copia, que yo tenía por admirable.

Horacio mentía, pero el amor suele usar de tales mentiras con frecuencia, porque el disimulo es, muchas veces, condición de su éxito.

—De modo que no la conocíais?

—Ni aun sabía su nombre.

—Entonces, amigo mio, tendré el honor de presentárosla, y para que os admire y agradezca más, le enseñaré primero la preciosísima obra que os ha inspirado.

—Os lo agradeceré, señor— respondió Horacio,— pero permitidme antes que sepa vuestro nombre.

—Me llamo Abel.

—Pues bien, Abel, cumplid con vuestra amada, sed feliz, pero no os olvidéis del artista.

—Descuidad, Horacio.

Y el desdichado amador de Elvira se dirigió al sitio en que aquélla se encontraba.

Horacio se puso á coger como al descuido algunas frescas azucenas, que embalsamaban el ambiente desde un jarrón hermoso de alabastro.

### III

El amor, ha dicho Victor Hugo, es la salutación de los ángeles á los astros; pero La Salle lo ha llamado *el egoismo de dos*, en la definición bellísima y profunda que hace suya Severo Catalina, y que tengo por la más exacta de cuantas se hayan hecho de la pasión más poderosa de las que agitan al corazón humano.

En efecto, para dos personas que se aman, desaparece el Universo, bórranse las más hermosas perspectivas, y

solo queda en su memoria, en su corazón, en su oído, en su retina, el recuerdo, el cariño, la voz, la imagen del ser adorado.

¡Felices ellos, mil veces felices!....

Suele acontecer, dice el galano defensor de la mujer, antes citado, que dos personas se aman con afecto profundo sin haberse hablado jamás, y esto, que hemos visto prácticamente en Horacio, se había probado también en la joven y hermosísima Elvira.

Quince primaveras besaban su frente nacarada, adornándola con espléndidas galas, imprimiendo en su fisonomía, en su cuerpo todo, el sello de belleza suprema. Agregad á tales atractivos los de una educación esmeradísima y el de una fortuna colosal, de la cual debía ser única heredera, y comprendereis sin esfuerzo que, tan pronto como abandonó los claustros del Colegio, se viera rodeada de numeroso coro de entusiastas adoradores. Entre ellos, Abel, nieto de uno de los prohombres de la Independencia, encontrábase ciegamente enamorado de la joven, pero ella, indiferente á sus halágos, no había sentido aún en su pecho la llama abrasadora del amor.

Creíanla algunos insensible, acusábanla de cruel, y lamentaban que sér tan perfecto, en el cual parecía que hubiera agotado la naturaleza sus tesoros, tuviera un corazón de mármol. Pero los tales se engañaban:—era que no había sonado aún para Elvira la hora sacrosanta en que se despierta la pasión, hasta entonces dormida en el fondo de su alma.

Y la hora llegó, llegó al mismo tiempo para Elvira que para Horacio; y ambos se habían visto una vez sola, á la salida del templo, pero una sola mirada había bastado para conmover hondamente sus corazones.

Después no habían vuelto á verse: Horacio ignoraba hasta el nombre de su amada, pero Elvira, más feliz que él, sabía su nombre, sabía que era artista; sabía

más, por esa intuición admirable de que son las mujeres poseedoras, había adivinado que, para el inspirado pintor, era ella el ídolo de su culto.

Así, pues, Elvira fué al baile en la seguridad de encontrar á su desconocido amante, en la convicción de escuchar de sus labios juramentos de amor, de modo que, cuando Abel, enceguecido por la venda del Diosniño, que llevaba sobre los ojos, se ofreció á la joven para presentarla al simpático artista objeto de aquella fiesta, sintió ella el fuego del rubor en las mejillas, pero, precavida y honesta, se limitó á contestar:

—Os agradeceré, señor, que cumplais vuestro ofrecimiento.

—Antes —dijo Abel ofreciéndole su brazo— os enseñaré un bellissimo cuadro donado por él al Club como recompensa á la distinción de que se le hace obsequio; y voy á enseñároslo, no solo porque es admirable, sino porque vais á recibir gratísima sorpresa.

Y así fué, pues cuando la joven vió su propia imágen, idealizada por las galas de la fantasía, quedó absorta, trémula, y no acertó á articular una palabra.

Abel atribuyó aquella emoción á la natural sorpresa que debía experimentar la joven al encontrarse objeto y modelo de una verdadera creación artística, y, sin parar mientes en ella, dirigióse á Elvira preguntándole:

—¿Qué os parece la obra?...

Admirable! . . . pero ¿adónde está el artista?...

—Os llevaré á él, pero ¡por Dios! no os olvidéis de mí!...

#### IV

Un minuto despues, Elvira y Horacio se habían visto y hablado.

Cuando Abel se retiró del lado de ellos, quedaron por

un momento mudos, pero diciéndose un millón de dulcísimas cosas con la mirada.

—Elvira!....

—Horacio!....

Fueron las primeras frases que articularon sus labios. En aquellas dos palabras se encerraba todo un poema de amor.

¿A qué abundar en detalles?

Los amantes se contaron sus cuitas, sus pesares, sus esperanzas; habló Horacio de los días que había pasado en la contemplación de la imagen adorada, abrigando afectos purísimos que creía condenados á eterno secreto; dijo Elvira cómo había adivinado la pasión que inspiraba, cómo al ver por vez primera á Horacio, había sentido en su pecho ignoradas sensaciones.

De improviso pasó por la frente de la joven una nube de tristeza y se desprendió de sus ojos una lágrima encendida.

—¿Qué tienes?—la dijo Horacio.

—Me preguntas qué tengo, amigo mío, y va á separarnos en breve la extensión inmensa de los mares?

—Ah! Elvira, ese sacrificio doloroso, es necesario.

—Necesario, ¿por qué?

—Más que necesario, indispensable.

Pero ¿por qué razón, Horacio?

—Oyeme, Elvira: has sido tú mecida en cuna de oro, tus padres son poseedores de colosal fortuna, su posición social es envidiable; yo, pobre y desconocido, sin un nombre que me abone, sin poder ostentar, ya que no el oro del usurero, los lauros que ciñen la frente del artista. ¿piensas que puedo entrar en pugna con los poderosos caballeros que aspiran á tu mano, Abel, por ejemplo?

Pero eso, Horacio, es muy prosaico, inmensamente prosaico. Tuyo es mi corazón, tuyo mi primero y mi único amor; ¿qué pueden importarnos para ser dichosos

esas riquezas de que hablas? Y si esa fortuna es necesaria, ¿no soy yo rica, por ventura? Los lauros del artista, ¿no te los ofrece, acaso, la sociedad entera?

—La sociedad que ahora me aplaude, Elvira, sería la primera en vituperarme, tal vez con justicia, si en las circunstancias actuales tratara de elevarme hasta tí haciéndote mi esposa. Tus padres por orgullo, los míos por delicadeza, se opondrían tenazmente á nuestra unión. Debemos, por lo tanto, postergar la hora anhelada, en que, unidos para siempre ante las aras del Eterno, veamos santificado nuestro amor. Cuando yo vuelva de Europa, de aquella hermosísima Italia, cuna de tantos ilustres artistas, ¡oh! entonces podré aspirar á tu mano sin desdoro, entonces, Elvira, serás mía ante Dios y los hombres.

—Hermosas esperanzas!....

—Que serán hermosas realidades.

—Dios lo quiera!....

—Sí! El lo querrá, Elvira mía. ¿Acaso no nos ha creado el uno para el otro? Mañana, cuando en nave gallarda abandone las playas queridas donde queda mi alma, veré en las nubes la imagen sonriente de mi bella, que me hablará de amor y felicidad. Cuando mi frente fatigada busque reposo en el sueño, yo te veré circuida de flores y escucharé tu voz melodiosa, y creeré sentir tu mano entre mis manos, sobre los míos tus labios; al cruzar los mares, te enviaré sobre las olas mis suspiros, y en alas de la brisa creeré recibir tu aliento perfumado; en las horas del trabajo, al vaciar en mi paleta los colores, al posar mis pinceles sobre el lienzo, tu recuerdo me dará inspiración, tu divina belleza reflejará en mis obras, y seré grande y digno de tu afecto, é ilustraré mi nombre, y la gloria del artista reflejará en la frente de mi ángel!...

—Ah! Horacio, Horacio!....

—Pero es necesario partir, es indispensable separar-



nos.... Quede en nuestros corazones la fé de nuestro amor, impreso en tu alma mi recuerdo, tu imagen en mi mente.... Si nuestra separación se prolongara, si el desaliento y la duda turbáran tus sueños, piensa en mí, Elvira, acuérdate del pobre joven que por tí será grande, que por tí ceñirá á su frente los laureles del génio, y luego, en éxtasis de amor, deshojará esos laureles á tus plantas. Si así lo haces, si fiel á los juramentos que Dios ha recibido de tus labios y los míos, conservas para mí tus gracias y tu afecto, más valiosos mil veces que los tesoros todos de la tierra, caigan sobre tu frente las bendiciones del cielo y cubran los ángeles de flores el camino de tu vida, ¡oh, mi hermosa, mi idolatrada Elvira!

Calló Horacio, estrechó entre las suyas las manos de la joven, que temblorosa y pálida de emoción:

—Puedes partir—le dijo;—guíete el cielo! pero no olvides, no olvides nunca que son tuyos mis amores, que de tí depende mi felicidad, tal vez mi vida!

Y Horacio sintió caer sobre sus manos una lágrima de fuego.....

.....

## V

Llegó, por fin, el dia intransferible y el artista partió.

De pié, sobre la popa del *Atlante*, magnífico vapor, dejaba atrás el suelo de la Patria y enviaba sus sentidos adioses á sus padres é íntimos amigos, cuyas siluetas se destacaban aún sobre las arenas de la playa, á su amadísima Elvira, á la que había visto una vez más despues de la noche inolvidable, y de quien llevaba sobre el pecho un rizo perfumado, obsequio de valor infinito con que lo favoreciera su cariño.

Cuando los últimos edificios de la ciudad querida se

perdieron en las brumas del horizonte, cuando el sol hundió su cabellera dorada en Occidente, Horacio dejó caer la cabeza sobre el pecho y cubrió su alma el velo de profunda melancolía.

¡Debe ser tan triste, tan inmensamente triste, abandonar así los tranquilos lares donde se pasó la infancia, donde se aprendió á sentir, dejando en ellos pedazos del alma, seres queridos que, acaso, no se volverán á ver, rosadas ilusiones, purísimos amores!....

La noche, llena de misterios, envolvió en sus tinieblas al buque. Horacio descendió entonces á su camarote, y hundiendo la frente entre las manos, prorrumpió en amarguísimos sollozos....

\*  
\* \*

¿Qué pasaba, entre tanto, en tierra?

Cuando los padres del viajero regresaron á su casa, transidos de dolor los corazones, cayó el padre en abatimiento profundo, y la madre de hinojos ante la imagen de María, para pedirle con fé cristiana que recibiera á su hijo bajo su egida poderosa.

Despues de la oración, fortalecida por esa resignación admirable de que poseen tesoros las mujeres verdaderamente buenas, dirigióse adonde estaba su esposo, y envolviéndolo en una de esas miradas que llegan al alma:

—Somos ya ancianos—le dijo,— el báculo de nuestra vejez se vá; tal vez exhalamos el último suspiro sin volver á estrecharlo entre nuestros brazos, pero debe consolarnos la idea de que Horacio será feliz y virtuoso, y que, cuando el frío sudario haya cubierto nuestros cuerpos, nuestro hijo querido irá á orar sobre la tumba que encierre nuestras cenizas, y á hacer brotar en ella con sus lágrimas, las flores perfumadas del cariño filial.

—¡Ay! esposa mía!—exclamó el anciano—ay!.... y si te engañase el corazón?.....

\*  
\* \*

En el semi-palacio rodeado de espléndidos jardines que servía de morada á los padres de Elvira, pasaban escenas de distinta naturaleza.

Al frente de la grande y magnífica portada que daba acceso al edificio, veíanse grupos de criados que cuchicheaban en voz baja, y ora entraban en la casa, ora salían á la calle, veloces como saetas disparadas del arco.

Una gran novedad ocurría allí, indudablemente, y si escudados en nuestro derecho de cronistas hubiéramos penetrado hasta la pieza lujosamente ataviada, que servía de dormitorio á la bellísima Elvira, habríamos visto en derredor de su lecho hasta tres hombres que hablaban alternativamente, y á una señora de arrogante aspecto que, de pié al lado de la cabecera, contemplaba á la joven con mirada entre cariñosa é irritada.

Elvira, al perder completamente la esperanza de que su amante abandonara el proyecto de viaje á Italia, había caído enferma, víctima de fiebre furiosa, y los personajes que rodeaban su lecho eran sus padres y dos médicos de íntima confianza.

A la sazón la joven dormía un sueño tranquilo, pero de vez en cuando se entreabrían sus labios, exhalaba un suspiro y murmuraba:

—Horacio, Horacio mío! no te vayas, no abandones á tu Elvira!.....

Y al oír tales palabras, los padres de Elvira se miraban con expresión de dolor.

—El acceso ha pasado—dijo uno de los médicos al dueño de la casa,—y nuestros servicios no son por el

momento necesarios. Dejádla dormir, pero velad su sueño, y mañana amanecerá bien.

Debeis evitarle toda emoción violenta—añadió el otro médico—pues siempre puede temerse una recrudescencia del mal. Si aparecieran nuevamente síntomas febriles alarmantes, no vacileis en llamarnos.

—Se hará segun lo ordenais —respondió el padre de Elvira, y acompañó á los galenos hasta la puerta.

Luego hizo una seña á su esposa, y la condujo hasta un sofá de terciopelo celeste, donde ambos se sentaron.

—Enamorada!... — exclamó el caballero con amargo desconsuelo,—enamorada!... Y de quién?... De un mozalbete sin porvenir, sin nombre.....

—Es un amor naciente, observó la dama.

—No tal, es un amor profundo.

—Abel tiene la culpa de todo, pues fué él quien presentó nuestra hija al pintor.

—Insensato!

—Sí, insensato!

—Y es necesario combatir esa pasión á todo trance.

—Sí, es necesario sofocarla.

En aquel momento se oyó la voz enternecida de la joven que decía:

—Horacio, Horacio mío! no te vayas, no abandones á tu Elvira!....

## VI

Doce días de navegación llevaba el *Atlante*, cuando sobrevino el equinoccio y con él furiosa tempestad.

Cubierto el cielo de negras, gruesísimas nubes que tocaban materialmente la superficie del Océano; vientos furiosos que soplaban incesantes; olas embravecidas, gigantes como montañas, que levantaban el buque como si fuera leve pluma á alturas prodigiosas, y amenazaban luego

sumergirlo en los abismos; el intermitente centelleo de los relámpagos, el fragor de los truenos, el eco de la bocina del capitán que ordenaba la maniobra y que se hacía oír sobrepasando el estruendo de la tormenta, todo contribuía á hacer desesperante la situación de los pasajeros, que relegados á las entrañas del buque, herméticamente cerradas las escotillas, esperaban ver llegar por momentos el instante terrible del naufragio.

Y eran de ver los grupos por doquiera formados, eran de oír las súplicas de los unos, las imprecaciones de los otros, los rezos y el llanto de las mujeres, los aullidos de horror escapados de todos los pechos, cada vez que resonaba el estampido del rayo ó que una nueva y furiosa ola se estrellaba contra los costados del buque.

Veíanse aquí mujeres y niños de rodillas, las miradas llorosas, los brazos en cruz, que elevaban sus preces al Eterno, y rodaban sobre el pavimento cada vez que una nueva sacudida conmovía al vapor; más allá, amontonados en grupos informes, hombres de todas edades y todos aspectos, que se esforzaban en vano por conservarse de pié, y chocaban unos contra otros con furiosas sacudidas, dejando escapar de sus pechos gritos de horror ó imprecaciones de rabia.

Había quienes recordaban la patria, los padres, los hijos ausentes, que seguramente no volverían á ver; quienes, en feroz egoísmo, mesábanse desesperados los cabellos, llorando perdidos proficuos negocios; quienes pronunciaban mezclados con llanto, los nombres amados de la querida y de la esposa, y esperaban enviarles al morir el último pensamiento, la última palabra de su amor. Porque todos pensaban en la muerte, creyendo inevitable la catástrofe.

Y en medio de aquel general desconcierto, de aquellas supremas angustias, de aquel penar sin límites, solo dos hombres se mostraban tranquilos, no con el indiferentismo estúpido del idiota, para quien son iguales los pe-

sares ó las alegrías, sino con la impavidez del hombre de corazón que conoce el peligro y lo afronta, que siente destrozado el pecho y muestra en los labios la sonrisa, que se siente morir y espera el trance terrible con resignación gigante.

Aquellos dos hombres, casi niño el uno, ya anciano el otro, eran Horacio y el Capellán del vapor, sacerdote ilustrado, que sin fanatismo pero con fé sincera, alentaba á los débiles, calmaba á los desesperados y señalaba á todos con ademán profético el puerto de la eterna patria.

Treinta largas horas duró la tremenda borrasca, y durante ellas, el sacerdote y Horacio, como si tuvieran fuerzas superiores á las fuerzas del hombre, no dejaron un momento de prodigar auxilios eficaces de palabra y de obra á los atribulados pasajeros del *Atlante*.

Cuando cesaron los vientos y amainaron las olas y se rasgaron las nubes y apareció el sol en el espacio; cuando cesó de bramar el trueno y á los que se creyeron próximo á ser pasto de los peces fué dado contemplar nuevamente el cielo límpido, la mar tranquila, el astro del día en su carrera inmortal, cayeron de hinojos sobre cubierta, y de todos los pechos, y de todos los labios, como si un solo pensamiento los moviera, desprendióse un himno de gracias al Creador de toda vida, al dispensador de toda gracia, al Ente-Supremo que alienta con su voluntad incontrastable la marcha de los Orbes. Y es que en las situaciones solemnes, cuando se vé la muerte cerca de los ojos, cualquiera que sea nuestra creencia religiosa, sean cuales fueren las doctrinas que nos hayan inculcado en la cuna ó las convicciones adquiridas en un penoso estudio, la idea de un *más allá* se despierta en el alma; de un *más allá* preñado de nubes y de dudas, en el que no sabemos cuál destino nos cabe; de un *más allá* que nos atrae como el abismo, nos embarga en meditación profunda, y nos hace derramar lágrimas que escaldan nuestras mejillas.

¿Sabeis por qué?

Porque al pisar el borde de la tumba, al llegar á la mansión silenciosa donde todas las jerarquías se confunden, al sentir que el barro que forma nuestro cuerpo está condenado á irremediable destrucción, el hombre se siente sobrecogido en presencia de indescifrables problemas.

¡Misterio inescrutable, pavoroso abismo!

Cuando se es más descreído, queda la duda, y la duda, entonces, es el precursor de la creencia. El cuerpo vuelve á la tierra, el armazón más ó menos hermoso que alentó la vida, se deshace, pero ¿y el espíritu?....

“¡Misterio, sí, misterio!....

podríamos exclamar con el poeta:—

“¿Por qué giras?

“¡Oh, razón! traspasando tantas vallas,

“ Y ante la muerte y sus terribles iras,

“ Cuando todo disciernes todo callas?...”

Fué por eso que los pasajeros del *Atlante*, después de la tormenta, cayeron sobre la cubierta de rodillas para dar gracias al Dios de las mercedes.

Y el buque siguió una navegación feliz, y diez días después echó anclas en el puerto de Marsella.

Un mes más tarde, Horacio escribía á Elvira y á sus padres y comenzaba las tareas del estudio, consultando en sus obras á los grandes maestros del pasado, aprendiendo en Roma, la Ciudad Eterna, los sublimes secretos de dar al lienzo vida, luz á los colores, expresión á las imágenes.

Y empezó sus tareas con fé y perseverancia.

Dejémoslo entregado á ellas, y tornemos nuestra vista á las playas de América.

## VII

Bellísima tarde aquella, tres años después de la partida de Horacio, en que Elvira, sentada en mullido banco de césped, bajo dosel de plantas trepadoras, destrenzada sobre la espalda la negra cabellera, conservaba entre sus manos la última carta de su amado ausente y dejaba vagar su mirada dulce y melancólica sobre la extensión azul del firmamento.

Diriase que se habían convertido para ella en risueñas realidades las más hermosas creaciones de la fantasía, y que veía con los ojos del alma, al través de la inmensa distancia, el rostro de su amante, y recibía en las alas de la brisa el eco de sus palabras de amor.

—¿Qué importa,—decía la joven hablando con su propio corazón, qué importa que nos separe el Océano, si nuestras almas se confunden y comunican sobre las ondas tormentosas? ¿Qué importa la diferencia de nuestra posición económica, si pesados sus talentos y virtudes y la fortuna de mis padres, se inclinaría á su favor la infalible balanza de la justicia? ¿Qué importa la misma oposición paterna, hija de necio, ilegítimo orgullo, si ella ha de caer más tarde vencida, deslumbrada, ante la luz de la razón? Dicen mis padres que Horacio no es digno de mí.... ¿por qué causa?... Ah! porque es hijo de humildes artesanos, porque es pobre, porque no podrá ofrecirme joyas y costosísimas galas, y olvidan que su talento, su gallardía, sus virtudes, su amor puro y ferviente, valen más, infinitamente más que todos los tesoros de la tierra. Dicen que mi pasión los deshonra.... y me proponen á Abel porque nació en cuna dorada, pertenece á la gran sociedad y es poderoso.... Verdad que Abel es cumplido caballero, pero por esa misma



causa, ¿podría yo unirme á él sin infamia? ¿Le ama por ventura mi corazón?... Nó, ni le amará jamás!... ¿Y he de ser yo perjura y entregarle mi mano, cuando mi alma se encuentra atada á otro hombre con hilos invisibles pero eternos? En el silencio de la noche, cuando mi esposo me llenara de caricias, yo adulteraría en el fondo de mi pecho creyendo oír la voz apasionada de Horacio, recibir sus besos y ver su imagen adorada. ¡Dios mío! ¡Dios mío! dadme fuerzas para el combate, iluminad á mis padres, borrad mi nombre de la mente de Abel y protegedme en mi marcha sobre el mundo!...

Y la joven plegó sus manos en señal de súplica fervorosa.

Luego, como si la oración la hubiera fortalecido y dado esperanzas de triunfo en la lucha sostenida entre su corazón y la voluntad paterna, púsose de pié y se dirigió á las habitaciones de su madre, y encontrando á ésta completamente sola:

—Mamá—le dijo,—vengo á participaros que açabo de recibir carta de Horacio.

—Cómo!—exclamó con asombro la señora.—¿Persistes aún en ese malhadado amor? ¿No han bastado á curarte tres años de ausencia? ¿No pesa nada en tu inteligencia la voluntad de tus padres? ¿Despreciarás á Abel? ¡Ah! hija mía! ¿cómo no comprendes que esa pasión es indigna de tí, que ese joven no puede ni debe ser tu esposo?...

Los mismos padres de Horacio, á quienes no conozco pero creo son razonables, decidieron que su hijo partiera á Europa, según me lo has dicho, porque comprendían que nosotros habíamos de oponernos á tu enlace con él. ¿Cómo es, pues, que tú no comprendes que tus proyectos son quiméricos, que tus ilusiones no pueden ni deben realizarse?

—Ah! madre mía!—respondió con humildad pero con

decisión. Si un hombre superior, si un génio, lograra secar los mares y mantener sin aire nuestra vida y apagar el fuego de los volcanes con un soplo de sus labios, ese hombre, con todo su poder, sería impotente para arrancar de mi pecho, á menos de arrancarme la existencia, la imagen de mi Horacio, el amor, cercano á la adoración, que le profeso. Mi pasión. bien debeis comprenderlo, pues nada se oculta á los ojos de una madre amante, no es el arrebató de un instante, ni un deslumbramiento pasajero, ni una ilusión de los sentidos, nó!

Si tal fuera, ¿pensáis que el alejamiento, vuestra oposición y la insistencia de Abel, á quien estimo como dignísimo amigo, pero á quien no amaría como esposo, no habrían cambiado totalmente mis ideas? Mi resistencia á obedecer vuestra voluntad y la de mi padre, no es desobediencia culpable, sino, por el contrario, nacida del deseo vehementísimo de que más tarde no tuviérais que llorar con lágrimas de sangre al ver desgraciada, eternamente desgraciada, á la hija de vuestros amores.

¿De modo que desprecias á Abel, posponiéndolo á un joven sin títulos de ningún género?

—No, mamá, no desprecio á Abel, sinó que lo estimo, y por esta misma causa no debo unirme á él, porque al entregarle mi mano en los altares, quedaría á su voluntad encadenado mi cuerpo, pero ¡ay! mi alma no sería suya jamás.

—Tu imaginación pueril te engaña: ese amor que hoy no sientes por Abel, nacería al calor dulcísimo del hogar y serías feliz á su lado. Casarse sin amor.....

—Es un crimen á los ojos de Dios!....

- Es más común de lo que tú piensas, y si todos los que se unen en matrimonio sin quererse, sin estimarse siquiera, fueran desgraciados, el mundo estaría convertido en horroroso infierno.

—No puedo creer que me aconsejéis que engañe á Abel, que traicione á mi conciencia.

—No te aconsejo semejante cosa, pero confío en que serás feliz siendo su esposa.

—Y si en medio de mis sueños yo pronunciára un nombre que no fuera el suyo y al pronunciarlo sonrieran mis labios, ¿no llegaría mi esposo á dudar de mi fidelidad?

—El nombre á que aludes no pasaría jamás por tu imaginación sino como el recuerdo de un juguete de la infancia, ó le olvidarías completamente.

—Permitidme, madre mía, que niegue lo que afirmáis, porque el amor, para ser tal, debe ser eterno, y así será el que Horacio me inspira; y permitidme también que os haga juez de mi propia causa. Ya veis que no os rechazo por parcial. He aquí mi alegato:—Antes de uniros á mi padre os hallabais de él profundamente enamorada. Decidme, si vuestros padres hubieran contrariado esa pasión y obligádoos á uniros á otro hombre, ¿habríais sido feliz? ¿habríais olvidado al que es autor de mis días? Poned la mano sobre vuestro corazón y no deseéis para vuestra hija adorada una suerte que habría sido para vos la más intolerable de las desgracias!

—Ven á mis brazos, idolatrada Elvira!—exclamó la señora anegada en lágrimas de cariño.—Ven á mis brazos, y pues es tal la pasión que Horacio te inspira, pues lo creés digno de tí, de hoy en adelante seremos dos para luchar contra la voluntad poderosa de tu padre!....

—No habrá necesidad de lucha—dijo éste entrando en aquel momento á la habitación, seguido de Abel, y extendiendo los brazos hacia el hermoso grupo formado por la madre y la hija:—no habrá necesidad de tal, repitió, porque Horacio es digno de nosotros, y este caballero, que como yo ha escuchado vuestro diálogo, renuncia voluntariamente á la mano de mi hija.

—Gracias, Abell!—exclamó Elvira, yo seré siempre vuestra amiga, porque os deberé la felicidad.

—Y yo, señorita—respondió el joven,—aplaudivos vuestra conducta generosa y os deseo dichas sin límites.

—Y para que tu satisfacción sea mayor—dijo á Elvira su padre,—debo manifestarte que á consentir en tu enlace me ha decidido el que Horacio, cuyo retrato viene hoy en todos los periódicos ilustrados de la Europa, ha vencido en artístico torneo celebrado en París, á los más renombrados pintores del mundo.

—Gracias á tí, Dios mio!...—murmuró la joven; y prorrumpió en llanto del alma.

Todos tomaron parte en su justísima emoción.

## VIII

Un año después de esta escena, mal descrita por humilde pluma, tocaba nuevamente con su pié las playas de la patria el joven é inspirado pintor Horacio.

Traía sobre sus sienes la corona del triunfador en artísticos combates, en sus pinceles tesoros incalculables, y asegurado por el aplauso de sus mismos émulo la gloriosa inmortalidad de su nombre.

Recibiónle sus compatriotas entre vítores entusiastas, los séres queridos de su alma con los brazos abiertos, llenos de júbilo los corazones, y hasta el mismo Abel, para quien los laureles conquistados por Horacio habían simbolizado la muerte de sus ilusiones de amor, corrió también á la ribera á significarle con caballeresca sinceridad, que se tenía por dichoso en poder apretarle la mano y darle el dulce título de amigo.

—Gracias—le respondió el artista.—Sé por Elvira lo que os debo, y creedme, vuestra acción generosa, más que generosa, heroica, obligará eternamente mi gratitud.

El primer cuidado de Horacio, después de saludar á

sus padres, fué enviar á Elvira, en magnífica bandeja profusamente cubierta de perfumadas flores, las medallas, los diplomas, los premios todos obtenidos por él en los certámenes de pintura celebrados en Roma y Paris, Madrid y Florencia, y en los cuales había ocupado siempre un puesto distinguido, acompañando tan valioso obsequio con la siguiente esquela:

“Elvira mia:—Una noche para mí inolvidable, te dije que por tí sería grande, que por tí ceñiría á mi frente los laureles del génio, y que luégo, en éxtasis de amor, deshojaría esos laureles á tus plantas.

“Mis predicciones se han cumplido: el recuerdo de tu belleza me ha dado inspiración; tu amor, atrevimiento; fuerza, los fervientes anhelos en que por ser digno de tí me consumía, y puedo hoy ofrecerte las palmas conquistadas en la lucha.”

En la noche de aquel mismo dia, los amantes se vieron después de cuatro años de separación; los padres de ambos, que no se conocían hasta entonces, se conocieron y se estimaron, y el matrimonio quedó concertado para dos meses más tarde.

## IX

Deciros que la ceremonia nupcial fué digna por su magnificencia de la riqueza de los padres de la novia y del nombre por Horacio conquistado, paréceme inútil; describiros dicha fiesta, á la cual asistieron todas las personas distinguidas de la sociedad, es tarea para mí difícil, pero os daré, sin embargo, algunos detalles.

El traje de Elvira, blanco como su alma purísima, estaba confeccionado con riquísimas telas y adornado con perlas y azahares tomados con hilillos de plata, adorno que sujetaba también sobre sus sienes el finísimo velo que la envolvía hasta los piés.

Hermosa con imponderable belleza, palpitante de emoción el pecho, trémulos los labios, húmedos los ojos, prestó después de su amante el juramento irrevocable que liga para siempre dos almas y dos cuerpos sobre la tierra, y que, después de la muerte, en el seno mismo de la tumba, hace uno solo de los seres que en vida se amaron, confundiendo sus cenizas en el último lecho, como las de Eloisa y Abelardo, los amantes que servirán siempre de modelo del amor inmortal.

Cuando la ceremonia hubo terminado, cuando Horacio y Elvira estaban unidos ya ante Dios y la sociedad, aproximóse á ellos Abel, y estrechándoles las manos:

—Sed felices—les dijo,—inmensamente felices, con una dicha ya para mí imposible. Dentro de breves horas, rauda nave me recibirá á su bordo, y empezaré una serie de viajes que no sé cuándo habrá de terminar.

—¿Adónde vais?—le preguntaron los esposos.

—No lo sé, amigos míos; pero no volveré á la patria hasta que la nieve de los años haya descendido sobre mi corazón, si es que la edad mata los grandes sentimientos.

Horacio comprendió toda la generosidad de aquel proceder, toda la amargura de aquellas frases, y guardó elocuentísimo silencio. Elvira bajó la vista ruborizada.

—Adios—murmuró Abel.—Si no vuelvo á veros, os ruego que, al menos, recordeis siempre mi nombre sin disgusto.

—Os recordaremos como al mejor de nuestros amigos—contestaron los esposos, y despidieron estrechándole la mano al heroico y generoso joven.

Un momento después, viendo á Abel que se alejaba:

—Era digno de tí—dijo Horacio á su amada—y te habria hecho feliz.

—Sí—respondió Elvira—pero tú estabas entre ambos, y, por otra parte, hubo un momento en que creyó que el corazón de una mujer digna podía comprarse con oro, y tú sabes, Horacio, que el amor no se vende.....

## EPÍLOGO

Los jóvenes esposos, que aún viven, son dichosos con toda la dicha posible á los seres humanos, sujetos á eternas contingencias, á infinitos dolores.

Doshijos complementan su felicidad, y renuevan en los abuelos la savia de la vida, casi agostada.

Nada han sabido de Abel.

Elvira, modelo de esposas y de madres, siente crecer en su corazón el amor que la unió á Horacio, y éste, rodeado de las simpatías de cuantos le conocen, gozando de una brillante posición económica, conquistada á merced de su trabajo honrado, es, como artista, gloria de su patria, y ocupa un lugar distinguido en la galería de los hombres ilustres.

¿Que dónde reside?

¡Ay! amigos míos! pregunta es esa á la que no puedo responder, pero la moral que yo saco de esta novelita y que desearía fuera traducida por el joven poeta á quien está dedicada, como una palabra de aplauso y de aliento que le dirige el último de sus admiradores, es que, en la *Comedia Social* <sup>(1)</sup> no está reservado al oro el papel de rey absoluto, y que, la bendita trilogía llamada á regir los destinos humanos, está formada por la inteligencia, el trabajo y la virtud.

¡Animo y adelante!

---

(1) Poesía humorística, dedicada al autor por el joven Don Dámaso Valdés.

Los que están en la brecha, los que han abrazado las armas para bregar contra la ignorancia y las preocupaciones, manténganse firmes, no desfallezcan jamás, marchen de frente y decididos, y no olviden nunca que LA LUCHA ES CONDICION DE LA VICTORIA.



# LOS DESHEREDADOS ARGENTINOS

---

(APUNTES PARA UNA NOVELA)

## I

Corría el primer mes del año 1868.

La horrible epidemia del cólera morbus, como un monstruo inmenso é insaciable, batía sus negras alas sobre la frente mártir de la Nación Argentina, y, sin elegir las víctimas, las derribaba á granel en los no bien abiertos y ya colmados sepulcros.

Parecía llegada la época de las venganzas apocalípticas.

El cólera semejaba el ángel del exterminio, cuya espada flamígera estuviera extendida sobre todas las cabezas, como esperando para herirlas una señal imperativa de Jehová.

Y las cabezas caían á millares.

Mil veces más terrible que la fiebre amarilla que en 1871 azotó á la ciudad de Buenos Aires, circunscribiéndose á sus límites, el cólera invadió á todos nuestros pueblos, al hogar tranquilo y solitario del gaucho, al último y más apartado rincón de las pampas inmensas.

Y caía el indio en su aduar abandonado, caía el triste campesino en su rancho desierto, caía el soberbio mag-

nate en su morada oriental, caía la mujer impúdica que comerciaba con sus gracias, el niño bulbuciente y el anciano decrepito, la virgen ruborosa y la virtuosa madre de familia.

Ante el verdugo implacable no había límites de provincia, ni diferencia de razas, ni desigualdad de posiciones sociales.

Los pueblos se despoblaban, y las familias que huían del contagio, sucumbían en el campo, sin los auxilios de la ciencia ni los consuelos de la religión.

Yo contaba nueve años apenas, pero no se borrará jamás de mi alma la impresión espantosa que me causó ver el lecho de mi padre, abandonado!

Y en otro lecho, en una habitación contigua, arrancaba el martirio ayes dolorosos á mi pobre madre!...

¡Ay!...

El carro fúnebre, con su marcha silenciosa y pausada, era el vehículo único que transitaba por las calles de mi pueblo, ciudad pequeñísima entonces, pero que había dado quinientos de sus mejores hijos para la guerra heroica que sostuvimos contra el tirano paraguayo, y que, como si una maldición pesara sobre ella, perdía á la sazón los progenitores ó los hijos de sus bravos en la lucha, sin esperanza de victoria, sostenida día y noche contra un enemigo poderoso é invisible.

San Nicolás quedó diezmado.

Y cuando terminó la epidemia, cuando los que habían sobrevivido á la espantosa catástrofe fueron á orar al templo por sus muertos, parecían, al verlos, procesiones de negros espectros levantados de la tumba.

Raras, rarísimas personas habían tenido la dicha de no perder ningún miembro de su familia, y los que de tal manera escaparon al azote tremendo, avergonzábanse de presentarse en público vestidos de color, porque su felicidad parecía un insulto, un atroz sarcasmo arrojado á la frente de una sociedad mártir.

El pueblo entero vestía de luto, y las campanas del templo gemían sin cesar, llamando á los fieles á orar por los que habían huido del mundo de los vivos.

Sucedíanse los funerales sin interrupción, y, como si el terror heredado de aquellos dias aciagos hubiera despertado el sentimiento religioso en todos los corazones, acudían al templo hombres y mujeres, sin distinción de razas,—¿me atreveré á decirlo?—sin distinción de creencias, y todas las frentes se inclinaban contristadas ante la imagen augusta del Cristo Redentor.

Yo lo he visto, ¡ah! lo he visto tantas veces!.....

Pues bien; es en los dias de aquella época tremenda, en los que voy á tomar el hilo de mi relato.

No voy á delinear cuadros fantásticos, porque las escenas de la vida real no precisan para impresionar al espectador otra cosa que la verdad, desnuda y fría, y porque es mi propósito decir sencilla y llanamente lo que dictan á la pluma los recuerdos semi-borrados de la infancia, y las impresiones que, en época posterior, han afectado á mi alma.

Las páginas que van á leerse no son una historia, ni aun una novela, sino simples apuntes que, acaso, aprovecharé más tarde, y estos serán cortos, tan cortos como sea posible.

## II

La vida de ciertos seres tiene siempre por principio la miseria, por alimento, con raras excepciones, el vicio, y allá, en el término de ella.....lo he dicho ya en otra ocasión, no lejana:—el lecho de un hospital ó el banquillo de los criminales.

No sé si mi mal cortada pluma alcanzará á probar la verdad que acabo de consignar, pero eso deseo.

En el cielo de esos infelices, hay tres frases fatídicas escritas:—miseria..... vicio..... muerte.....

¡Ah! ¡Cuánto bien harían á la Patria los Gobiernos Argentinos si quisieran preocuparse sèriamente de la suerte mil veces desdichada de las clases bajas de nuestra sociedad!

Pero ello es, por el momento, muy difícil, y, sin olvidar los deberes que la naturaleza nos impone para con esos parias del suelo Argentino, que al fin y al cabo son nuestros compatriotas, debemos, con la fé incontrastable del obrero del Evangelio, siguiendo el consejo de un amigo querido, “protestar del presente, y esperar.”

Sí, esperemos que, tarde ó temprano sonará, llenándonos de regocijo, la campana de la redención!....

Y mientras tanto, mientras llega la hora bendecida, ¿por qué no hemos de alentar á los caidos? ¿por qué no hemos de infundirles esperanza? ¿por qué no hemos de decirles:—“Vosotros los desheredados, los ilotas, los malditos, los miserables, vosotros que solo teneis por herencia el dolor, que sentís hambre y sed de justicia; vosotros, cuyos rostros son azotados por todas las tempestades, vosotros, sí, teneis derecho á los goces de la civilización, al aire puro de la libertad, que no es la atmósfera envenenada del libertinaje, teneis derecho al pan del espíritu que es la instrucción, lo teneis á ser ciudadanos en el hecho de esa Patria por la cual derrámais generosos vuestra sangre, y que hoy, egoísta, os desprecia ú os olvida?”

Y á las mujeres de esa raza infeliz, ¿por qué no hemos de decirles:—“Vosotras, que ahora naufragais en el mar proceloso de las pasiones, no por mal instinto, como lo suponen espíritus apocados, si por hambre, por ignorancia, vosotras, á quienes hoy no se dirige una mirada compasiva, teneis derecho á ser y sereis en el porvenir buenas esposas y madres de familia?”

Alentémoslos pues, luchemos por ellos, combatamos la miseria con la pluma, según la frase feliz de un escri-

tor contemporáneo, y cumpliremos un deber sagrado, contribuyendo, en la esfera de nuestras fuerzas, á una obra inmensa de progreso, para nuestro país y para la humanidad.

### III

Eran las once y media de la noche del 10 de Enero de 1868.

La luna, semi-velada por algunas nubes blanquecinas, alumbraba con luz tristísima y mezquina la solitaria plaza de San Nicolás de los Arroyos.

Las puertas de todos los edificios que circundan dicha plaza, completamente cerradas, dábanle el aspecto de un abandonado cementerio, y ni el más leve ruido, como no fuera el lastimero aullido de los perros, daba indicios de vida.

Diríase que el pueblo entero era un inmenso cadáver, y, si algún atrevido viandante hubiera acertado á pasar en aquel instante frente á la fábrica semi-derruida de la Iglesia Parroquial, habría apretado el paso al escuchar una conversación sostenida á media voz tras las columnas del peristilo, por seres que no se veían, y que, siendo supersticioso, hubiera creído diálogos diabólicos sostenidos por las brujas voladoras.

No eran tales, sin embargo, ni había allí brujas, sino dos criaturas de distinto sexo y de una misma edad al parecer, que tendidas como en blando lecho sobre el duro pavimento, cubiertas tan solo por la bóveda estrellada, confiábanse mutuamente sus lúgubres pensamientos.

—Hoy no hemos comido, decía el varón, y ayer solo nos dieron en lo de doña Nicolasa un pedazo de pan viejo.

—Y nos lo dieron para que nos fuéramos pronto,

repuso la mujercita, porque, como mamá ha muerto del cólera, tienen miedo de que nosotros estemos contagiados.

—Si eso temen, son unos tontos, porque si á nosotros se hubiera transmitido la enfermedad, habríamos muerto en un día.

—Es claro; como se murió la pobre mamá.

—Y nos habrían quemado también.

—No, hombre, si no queman á los muertos: lo que queman son las camas y las ropas.

—Bueno, no nos habrían quemado, pero nos hubieran llevado en el carro de la basura y tirado en el cementerio para que nos comieran los perros, como dicen que lo comieron á don José.

Guardaron silencio un instante ambos interlocutores, y luego dijo la niña:

—Sabes, Juan, que me ocurre una cosa?

—Cuál?

—Que la pobre mamá estaba loca.

—Y por qué piensas eso?

—Por todas las historias que nos contó.

—Ah! es cierto.... Nos dijo que nosotros éramos hijos de un hombre muy rico, que se llamaba.... ¿cómo dijo que se llamaba?....

—Arturo del Inca.

...—Eso es, eso es....

—A mí me dijo que hiciéramos escribir á ese don Arturo que vive en Buenos Aires, y que le dijéramos que ella había muerto, y qué sé yo cuántas otras sonceras. Al ponerme en el cuello un escapulario de la Virgen, me dijo que lo guardara como una reliquia, porque él podía darnos más tarde á conocer de nuestro padre, y me decía: "No dejen de escribirle; se llama Arturo del Inca."

—Yo no creo nada de eso.

—Yo tampoco, pero si no encontramos en qué trabajar, le haremos escribir por si acaso fuera verdad.

—Y si no nos contesta?

—Si no nos contesta, no nos contesta, y San se Acabó.

Esta razón pareció concluyente á los niños y guardaron silencio nuevamente.

—Creo que esta noche están de *piringundin* en el *Bajo*, y si te animas podemos ir á ver si encontramos algún conocido que nos dé algo, porque yo tengo mucha hambre.

—Yo también, yo también tengo hambre, pero qué nos han de dar en el *piringundin*?

—¡Oh! tú no sabes nada, María. Yo he oído decir que en el *piringundin*, que es como un Club, hay masas y cantidad de cosas para comer.

—Entonces, vamos.

—Vamos.

Y ambos interlocutores pusieron de pié, diéronse las manos, y atravesando la calle, siguieron su camino por la que hoy se llama de la Guardia Nacional. Cuando llegaron á la del Puerto doblaron sobre su izquierda, caminaron como doscientos pasos y detuviéronse frente á una casa de aspecto miserable, por entre las rendijas de cuyas viejísimas puertas escapaba alguna luz.

En el interior había gran algazara y movimiento.

Voces aguardentosas se escuchaban.

Un organillo, de esos que parecen inventados expresamente para martirizar los oídos, llenaba el aire con sus notas desapacibles.

Daba entrada á la casa un desvencijado portón de madera, abierto de par en par en el momento de llegar á él nuestros vagabundos.

Juan tomó á su hermana de la mano, y la dijo resueltamente:

—Entremos.

—Tengo miedo, respondió la niña.

—A quién?

—No sé, pero tengo miedo.

—Pues lo que yo tengo es hambre, y si no entras tú, entraré yo solo.

Y diciendo y haciendo, salvó de un brinco la distancia que lo separaba de la habitación en que se bailaba.

Siguiólo María, y no sin algún trabajo lograron hacerse lugar, pues aquel cuarto, mezquino y sucio, se encontraba materialmente lleno de gente de los más diversos aspectos, confundiéndose allí el compadrito de mirada hosca, mezcla incomprensible de bárbaro y hombre civilizado, con el gaucho, ese tipo esencialmente Argentino, y el joven de la sociedad culta, todos los cuales parecía se hubieran dado cita para olvidar sus pesares, para ahogar sus sentimientos, en aquella atmósfera pestilente cargada de vapores alcohólicos y humo de tabaco, en aquel sitio inmundo, cueva del más desenfundado libertinaje.

Porque aquello era, indudablemente, el antro de todos los vicios, y, sin embargo, era el único sitio de la ciudad cadáver donde se hallaban indicios de vida.

El resto de la población continuaba velado por las sombras y el silencio del sepulcro.

#### IV

- No bien Juan y su hermana entraron al miserable rancho á que los había conducido la esperanza de hallar algún alimento para sus cuerpos extenuados, no repuestos aún de la sorpresa que les causara aquel cuadro, tan nuevo y original para ellos, aproximóse un guardián del orden al sitio en que se encontraban, y encarándose con Juan, lo interrogó de esta manera:

—¿Qué hacen Vdes. aquí?

—Hemos venido á ver.

—A ver... eh? Los muchachos como Vdes. deben estar en sus casas y no andar de paseo á tales horas.



—Es que nosotros no tenemos casa.

—Bueno, bueno. Y ¿cómo se llama tu madre?

—Nuestra madre murió hace ocho días.

—Y tu padre?

—Nosotros no tenemos padre.

—Entonces, ¿dónde viven?

—Antes de que muriera mamá vivíamos en una casa cerca del Mercado; pero después nos despidió la dueña y dormimos en el atrio de la Iglesia.

—Sí? Pues esta noche dormirán mejor. Vénganse conmigo á la Policía.

Y el severo guardián hizo á los míseros huérfanos una señal para que lo siguiesen.

—Señor de mi alma! — exclamaron á un tiempo los hermanos. — Si nosotros no hemos hecho nada... si ya nos vamos á ir...

—Nada! nada! — gritó el vigilante. — Vamos pronto! Y echó su pesada mano sobre los hombros débiles de Juan.

—Siquiera á mi hermana, señor—murmuró el muchacho; — déjela á ella y lléveme á mí... yo tengo la culpa.....

—Sí! Llévate lo á él y deja á la chica—dijo al oído del celador un joven de bella presencia.—Yo me encargo de ella... Cien pesos si me la dejas...

—Convenido — respondió en voz baja el representante de la ley; y dirigiéndose á Juan prosiguió:

—Vamos, pillete. Luego volveré por tu hermana.

Y arrastró á Juan tras de sí.

Los presentes abrieron paso al agente de la autoridad, que desapareció seguido de su prisionero.

El joven que había ofrecido dinero por la libertad de María, dirigióse entonces á ella y la dijo:

—Has oído lo que ha dicho el vigilante?

—Sí, señor.

—Que va á volver por tí.

—Sí, señor.

—Y no tienes miedo?

—Cómo no, señor de mi ánima!

—Pues bien: yo me intereso por tí y puedo salvarte.

—Sálveme, señor; sálveme por piedad.

—Espérame un momento.

El joven salió de la habitación, y María, presa de los más crueles temores, clavó sus ojos llorosos en la puerta de entrada, pareciéndole á cada instante que el vigilante volvía para apoderarse de ella y conducirla á la Policía.

Transcurrieron algunos minutos que parecieron siglos á la atribulada niña.

El órgano hizo oír un endemoniado schottis.

Los bailarines pusieron en movimiento, y bien pronto una espesa nube de humo y polvo envolvió á la concurrencia.

El joven, presunto salvador de María, apareció entonces en la puerta é hizo á aquella una señal para que saliera.

María obedeció, y un instante después pudo oírse á lo lejos el ruido de un coche que partía.

Dejemos por ahora á los míseros hermanos, que ya volveremos á encontrarlos en el curso de estas páginas, y trasladémonos con la imaginación á una época anterior á la de nuestro relato.

Necesitamos conocer algunos antecedentes.

Hagamos, al efecto, un poco de historia.

## V

Diez y seis años hacía que la mano férrea del dictador don Juan Manuel de Rosas, elegido Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, con toda la suma del poder público, el 5 de Marzo de 1835, pesaba como

maza de plomo sobre la noble frente de la República de Mayo, cuando el General Justo José de Urquiza, uno de los capitanes del tirano, pronuncióse en la ciudad del Paraná el 1.º de Mayo de 1851 contra la dominación irresponsable y perpetua del déspota porteño.

La invicta Corrientes, el imperio del Brasil y los miembros del antiguo partido unitario que gemían en el destierro, uniéronse á la provincia de Entre-Ríos, y la guerra á muerte quedó declarada al sanguinario verdugo de la Nación Argentina.

El 20 de Diciembre del mismo año atravesó el ejército libertador el caudaloso río Paraná por el paso del Diamante, valiéndose al efecto de vapores, de balsas y hasta de las crines de los caballos, asidos á las cuales hacían el vado los valerosos soldados de la libertad.

El 23 alzóse en armas en pro del Gobernador Urquiza el Comandante D. Ignacio Comas, y entró á la plaza principal de Santa-Fé proclamando la santa cruzada.

El 31 de Enero del 52, la vanguardia del ejército aliado, mandada por el General D. Juan Pablo Lopez, batió en los campos de Alvarez á la de las fuerzas del tirano, mandadas por los coroneles Lagos, Sosa y Bustos, que sostuvieron la lid con bizarría, y por fin, el 3 de Febrero, frente á frente ambos ejércitos en Monte Caseros, sonrió la victoria á las armas de la libertad, y el tigre de Palermo, el que había igualado si no pasado los crímenes de Tiberio, huyó ignominiosa y cobardemente del suelo de la patria, yendo á terminar su vida del otro lado de los mares.



La dictadura de Rosas no había sido para la República Argentina uno de esos eclipses de la libertad que sufren más ó menos todos los pueblos; no había sido una poderosa crisis económica de larga duración que

hubiera conmovido en sus cimientos el edificio aun no concluido de la nacionalidad; no había sido tampoco uno de esos sacudimientos nerviosos que sufren los pueblos durante los cuales destrazan cuanto á su paso encuentran, como el que sufrió la Francia en 93, como el que sufrimos nosotros en 1820.

No!

La dictadura de Rosas fué mucho más que eso.

Ángel rebelado, lanzóse contra la humanidad y contra Dios, conculcó todos los fueros de la primera, y con impavidez satánica colocó su imagen impura sobre los altares del Señor. Provocó á lid desigual á las más poderosas naciones de la tierra, cerró el paso de los ríos con cadenas aceradas, violó la fe de los tratados, fusiló mujeres y niños inocentes, expulsó del territorio argentino cuanto hombre había en él digno y grande, sustituyó los colores divinos de nuestra bandera por el punzó de los bárbaros, mandó cerrar la Universidad de Buenos Aires, escarneció á las más distinguidas damas, redujo los ciudadanos á la categoría de ilotas ó de parias, obligó á los ministros del Santuario á fulminar anatemas impotentes sobre la frente de sus enemigos, proclamándolo á él grande y padre de la patria, y hasta de su propia hija hizo mofa y vilipendio condenándola á servir de instrumento á su ambición y sus venganzas innobles. Como el caballo de Atila, secó en el suelo de la República, al posar en él su planta, todas las semillas de civilización y de progreso.

Semejante á Nerón, habría, como aquél á Roma, incendiado á Buenos Aires, si como el asesino de Británico hubiera tenido el sentimiento artístico, ó hubiera hecho abrir el vientre de su propia madre si ella hubiera podido hacerle sombra en el poder.

El que no está conmigo es mi enemigo: — tal fué su divisa; y Rivadavia y Agüero huyeron al destierro, Varela cayó atravesado por un puñal traidor, Lavalle mu-

rió de una manera oscura, los Maza fueron asesinados por su orden, y hasta sus propios amigos, como Facundo Quiroga en Barranca Yaco, bajaron á la tumba á una señal imperativa de sus ojos.

Todo fué luto y desolación durante su dominio, porque, hipócrita antes de todo, fué tirano proclamando la libertad, fué tigre bajo la piel de cordero, fué ateo ensalzando la religión, fué ladrón persiguiendo á los ladrones, fué asesino alevé haciendo fusilar á los asesinos.

No están escritas aún todas las páginas de su historia sombría, pero el escritor que á trazarlas se atreva, sentirá que su mano arde al contacto de la pluma, y con mente ofuscada y pulso trémulo, no alcanzará á decir jamás todas las infamias, todas las alevosías, todos los crímenes, todas las ignominias de aquella época de lágrimas y sangre!....



Ah! La Provincia de Buenos Aires quedó terriblemente aleccionada por tan largo despotismo, y celosa de su libertad, negó por eso su aprobación al famoso Acuerdo de San Nicolás, que bajo el pretexto ostensible de organizar la República, confiaba al General Urquiza un poder inmoderado y peligroso.

Se temía, y con razón, que el vencedor de Rosas abusara del prestigio colosal que le había dado la victoria, y el pueblo porteño no quiso exponerse á ser aherrojado nuevamente.

Urquiza miró como un sacrilegio aquella manifestación libre de la opinión, y dominado por la ambición de mando, no vaciló en mancillar sus laureles con el célebre golpe de Estado del 23 de Junio, derrocando al Gobernador Pinto, disolviendo la Legislatura y asumiendo el mando en nombre de la fuerza.

El no contaba con que, cuando un gran pueblo rompe las cadenas de servidumbre oprobiosa, no es ya fácil unir los dispersos eslabones, y no temió por eso marchar más tarde á Santa-Fé, delegando el poder en el General D. José Miguel Galán. Fué entonces que se operó la revolución incruenta del II de Setiembre, que dió en tierra con el imperio de la fuerza y sentó de nuevo en la silla de los Gobernadores porteños al General D. Manuel Guillermo Pinto.

No habían concluido, empero, los dias de luto y sufrimiento para la heroica Buenos Aires: Su sala de Representantes eligió Gobernador y Capitán General de la Provincia, el 30 de Octubre, al egregio patriota D. Valentin Alsina, y un mes más tarde, el 1.<sup>o</sup> de Diciembre de 1852, la reacción golpeaba nuevamente á las puertas de la ciudad histórica.

El General D. Hilario Lagos, Comandante en Jefe de las fuerzas del Departamento del Norte, levantando la bandera de la organización nacional, pronuncióse contra la situación imperante en su provincia y sitió la Capital.

Alsina bajó del poder, pero se organizó el ejército popular, que resistió de una manera heroica á las fuerzas combinadas de Lagos y de Urquiza, hasta que ellas se retiraron por sí mismas, en 12 de Julio del año siguiente, y los esfuerzos homéricos del pueblo porteño se vieron coronados por el triunfo; pero, para conseguirlo, ¡cuántos combates, cuánta sangre preciosa, cuántos actos de abnegación espartana fueron necesarios!



En uno de los innumerables, sangrientos encuentros que dia á dia tenían lugar en los diversos puntos de la línea de defensa, cayó gravemente herido, atravesado el

pecho por dos balazos, un joven capitán del ejército de la ciudad.

Llamábase Arturo del Inca, y contaría á lo sumo veintiseis ó veintiocho años de edad.

—¡Viva Buenos Aires! gritó al caer.

Y cuando sus compañeros de heroísmo acudieron al sitio en que se revolcaba, víctima de atroces sufrimientos:

—No hagais saber á mi esposa—les dijo la gravedad de mis heridas, ni me conduzcáis á los hospitales. Pedid para mí alojamiento en alguna casa de familia. Yo pagaré todo.... todo....

Y cerró los ojos.

Uno de sus amigos se inclinó sobre su pecho y notó que aún respiraba.

Colocáronle en unas angarillas y lo sacaron del campo del combate.

## VI

Transcurrieron seis meses.

Las fuerzas sitiadoras de la ciudad invicta habíanse retirado, y la población de Buenos Aires, comprimida por tanto tiempo dentro de los muros improvisados para su defensa, empezaba á desbordarse, por decirlo así, buscando en sus hermosísimas quintas ó en los pintorescos pueblos de sus alrededores el aire y la luz que parecía faltar en sus estrechísimas calles.

El verano, con sus encantos infinitos, sus flores, sus aves, sus noches plateadas y serenas, había ya llegado, y con él la estación de los amores.

La naturaleza entera parecía festejar, vestidas sus mejores galas, el triunfo de la buena causa, la caída del cintillo oprobioso, la supremacía de los principios sobre la fuerza usurpadora.

Arturo del Inca encontrábase completamente restablecido de sus heridas, debiendo su salud, no tanto á su naturaleza robusta, como á los asíduos cuidados de un humilde matrimonio vascongado, que encargado de una magnífica quinta, propiedad de un acaudalado magnate, habíale recibido en ella cuando fué sacado moribundo del campo de batalla.

Aquel matrimonio tenía una hija, joven de quince á diez y seis años. No era ésta un tipo de belleza, pero se encontraba en esa edad en que la naturaleza ofrece á la mujer lo mejor de sus dones.

La joven, llamada Alcira, habíase enamorado del capitán de voluntarios, y cuando éste abandonó el lecho requirióla de amores, halló correspondencia, y no vaciló en abusar de la hospitalidad nobilísima de la pobre familia.

Alcira sucumbió á sus exigencias.

Un día dijo á su amante:

—Usted me ha jurado hacerme su esposa y debe cumplir honradamente su palabra. No lo exijo únicamente por mí: yo me siento madre.

Del Inca permaneció un momento pensativo, y después respondió:

—Mañana te daré una contestación definitiva.

Al día siguiente, el capitán había desaparecido de la quinta, y Alcira recibió la siguiente carta:

“Mi pobre Alcira:—Siento haberte engañado, no puedo cumplir mi promesa; pero mi falta debe ser disculpada por tu hermosura y por el amor ardiente que me inspiras y que jamás se extinguirá.

“Soy casado.... tengo un hijo.... Éste y mi esposa llegarán de un momento á otro de Montevideo.

“Si á pesar de mi indignidad no me creyeras merecedor de tu odio, aún hay medios de que seas feliz al lado de tu amante.”



Pasó algún tiempo.

Alcira dió á luz dos criaturas de distinto sexo, y el nacimiento de sus hijos fué la señal de muerte de sus padres, que sucumbieron de pesar y de vergüenza.

Madre é hijos quedaron en el mundo á merced de la casualidad.

La miseria es, muchas veces, productora del vicio.

Alcira sufrió una y se entregó al otro.

Tendamos un velo sobre una larga época de su vida.

Hay llagas que no deben descubrirse.

En la época del cólera se encontraba en San Nicolás; y ganaba su subsistencia y la de sus hijos haciendo de cocinera en una casa de familia.

La epidemia horrible la arrebató del mundo de los vivos.

Sus hijos eran aquellos tristes huérfanos que encontramos en el atrio de la Iglesia, y que, sorprendidos un momento después en una casa de perdición, fueron inicuamente separados.

¿Cuál fué su suerte?

Vamos á verlo en las páginas siguientes.

## VII

Juan, conducido como sabemos á la Policía, fué puesto por vago á disposición del Juez de Menores, y éste lo entregó en propiedad á un estanciero que lo llevó á su establecimiento de campo.

Allí creció en edad, como crecen las plantas salvajes, sin cultivo alguno, y rozándose siempre con gente de hábitos perversos, adquirió afición desenfadada á la bebida y al juego.

Su corazón era bueno, sin embargo.

Un día pidió permiso á su patrón para ir á San Nicolás, y cuando volvió, llevaba un trapo negro en el sombrero.

En su rostro había señales de un dolor inaudito y parecía haber llorado amargamente.

Desde entonces, se hizo huraño y pendenciero.

De cuando en cuando se le oía exclamar:

—Yo me vengaré! yo me vengaré!

Y en esos casos se le inyectaban de sangre los ojos.

Sin que se supiera por qué, desapareció una noche del establecimiento, y empezó una vida de sinsabores y aventuras indecibles.

En un almacén de campaña dió muerte á un individuo que le disputaba el derecho de pagar la bebida consumida entre ambos. De estos casos se ven con frecuencia.

Aprehendido por los agentes de seguridad, fué condenado por diez años al servicio de las armas.

En 1874 asistió á la batalla de Santa Rosa, formando en las filas del Gobierno, é hizo allí prodigios de valor; pero en el último trance de la batalla mató traidoramente á un oficial de su propia compañía.

Nadie pudo conocer por entonces la causa de aquel nuevo crimen.

## VIII

Recordarán los lectores de la presente narración, que María fué salvada de caer en las garras policiales por un joven que ofreció dinero por su libertad.

Aquel joven la condujo á una casa de los suburbios de la población.

Aquella casa, modesta, pero limpia y cómoda, deslumbró á la huérfana como si estuviera alhajada con inusitado lujo, y lo estaba, en verdad, para ella, acostumbrada á vivir en un rancho humildísimo de barro.

Dejóla allí su acompañante, entregóse al sueño, y á la mañana siguiente, al despertar, encontró sustituidos

sus mugrientos harapos por un traje nuevo de percal y cantidad suficiente de ropa blanca para su uso.

María creyó soñar, miró á un lado y á otro, y no vió á nadie. Entonces tuvo miedo y quiso huir.

Vistióse apresuradamente, y sin darse cuenta de lo que hacía, abrió de par en par una de las puertas de la habitación.

En ese momento sintió que la llamaban.

Era su salvador, que la contemplaba sonriente.

María estaba encantadora.

—Piedad, señor!—exclamó cayendo de rodillas.

—Piedad? No, María—respondió el joven obligándola á levantarse.— Amor, amor inmenso, es lo que me inspira tu juventud, tu belleza y tu desgracia.

—Por Dios, dígame dónde estoy, dónde está mi hermano, quién es Vd.!

—Esta es tu casa, ángel mío. Tu hermano, no sé aún cuál será su destino, pues, como sabes, fué conducido anoche á la Policía, pero yo haré lo posible por salvarlo. En cuanto á mí....

—Sí, ¿quién es Vd., cómo se llama?....

—Soy tu esclavo, tu adorador. Mi nombre es Carlos....

—Y ¿por qué me ha traído Vd. á esta casa?

—Te he traído para salvarte, para impedir que murieras de necesidad ó que, como tu hermano, fueras conducida á la cárcel. ¡Oh! yo te habría salvado al precio de mi vida!

—Pero, en fin, qué pretende Vd. de mí?

—¿Qué pretendo?.... Ah! es verdad, mi encantadora María. Eres aún una criatura y nada sabes por eso de estas pasiones que se levantan como tempestades furiosas en el alma, que enloquecen al hombre, que lo elevan á nivel superior al de los ángeles ó lo tornan inferior á las bestias, que lo hacen héroe ó verdugo, que le dan la vida si son satisfechas ó que lo matan si son despreciadas por el sér que las inspira.

—Yo no comprendo á Vd.

—No me comprendes?... Mira, María: yo deseo que correspondas á mi amor, quiero que alientes con un beso con una caricia á mi corazón que desfallece, quiero que, vivas por mí y para mí, que...

—¡Socorro!...—gritó con frenética voz la criatura, y cayó desmayada en los brazos de Carlos.

Nadie respondió á aquel grito desesperado, pero cuando Carlos, habiendo conducido al lecho á su prisionera, llamó desde la puerta, no tardó en aparecer una vieja encartonada, de aspecto bonachón y mirada soñolienta.

—¿Qué ha sucedido?...—preguntó sonriendo.

—Que se ha desmayado porque la dije que la quería.

—Vaya una tontuela!... Y añadió con expresión diabólica:—¿por qué no aprovecha la ocasión?

—No seas estúpida!...—respondió Carlos malhumorado.—Piensas que... vamos, haz bien tu papel, y ya sabes que, peso sobre peso, te serán pagados tus servicios.

—Descuide Vd.—dijo la vieja; y aproximándose al lecho de María, hízola oler algunas sales.

Carlos salió de la habitación.

## IX

Tres días después de los sucesos referidos en el párrafo anterior, detúvose frente á la casa en que estaba prisionera María, un bonito tilbury, tirado por un solo caballo.

La única persona que lo ocupaba, descendió de él rápidamente y llamó á la puerta.

Tardaron poco en abrir, y apareció la vieja que ya conocemos y á la que daremos el nombre de Agueda.

—Buenos días, don Carlos—dijo.

—Buenos días—respondió el joven.

—Va á dejar el tílbury en la calle?

—Nó. Ábreme el portón.

Corrió la vieja á ejecutar la orden, y un momento después el carruaje penetraba en el extenso patio de la casa.

—Todo va bien, D. Carlos,—dijo la vieja cuando ambos interlocutores hubieron tomado asiento en una de las habitaciones de la casa

—Ya lo veremos, Agueda, y si vencemos....

—Oh! sí vencerá Vd., sí vencerá!...

—¿Cómo te portaste?

—A las mil maravillas. La dije que yo era tía de Vd., que Vd. era un joven millonario, que se había enamorado perdidamente de ella, que si su amor era correspondido la haría, seguramente, su esposa; qué sé yo cuántas cosas más le dije! El caso es que la chica empezó á llorar, y no de miedo, sino de algo así como agradecimiento, y concluyó por preguntarme por su salvador.

—Cuando vió á Vd. desmayada—la respondí,—corrió por la casa como un loco, pidiendo socorro y jurando como un condenado que se mataría si Vd. no correspondía á su cariño. Yo creí que iba á perder el juicio. ¡Pobre mi Carlos! Después se ha marchado de casa desesperado y no logramos saber adónde.

—¡Ay! Dios mío!—exclamó la nena.—Búsquelo Vd., díglele que me perdone, que no sé lo que hago, que estoy muy agradecida á su protección, que....

Era el momento:—me precipité sobre ella llenándola de besos y llamándola ¡hija mía! ¡hija adorada!

—Madre de mi corazón!—exclamó ella, estrechándome frenética en sus brazos.

Cuando pasó el acceso, la invité á pasear por el jardín, le enseñé toda la casa, la llevé al cuarto mío y le enseñé el retrato de Vd.

—Qué hermoso es!—dijo, y clavando en mí sus ojillos bailadores.—¡cómo se parece á Vd. ! murmuró.

Carlos no pudo contener la risa:—él era un buen mozo y la vieja aquella era un trasunto de Satanás.

No se dió ella por ofendida, y antes bien, con voz todo lo amable que pudiera admitirse en su boca:

—Es un angelito la chica—dijo,—y si yo fuera hombre, por Dios que envidiaría á Vd. la suerte.

—Envidia todo lo que quieras—respondió Carlos,—y ahora, avísale que he venido y deseo saludarla.

—Voy volando.

Un momento después se oyó el siguiente diálogo en una habitación cercana:

—Nó, Agueda, nó. El no debe venir; yo iré á pedirle perdón por mis impertinencias.

—No faltaba más que eso! tener á su lado un tesoro de esta valía y esperar á que el ángel se prosterne ante el hombre!... No, señorita, Carlos vendrá á saludar á Vd., y hallándola hermosísima, caerá de rodillas á sus piés.

Y así sucedió, pues Carlos, que escuchaba aquel diálogo, entró precipitadamente y se postró de hinojos ante María.

Esta dió un grito indescifrable, mezcla de amor y de miedo, y dos lágrimas, como dos perlas, cayeron de sus ojos sobre la frente del joven.

Agueda había desaparecido.

## X

Lo que pasó después, para quien no sea niño, no puede en manera alguna ser un misterio.

Dos seres jóvenes de distinto sexo, que se encuentran solos, estudiadamente solos, y que se aman ó se fingen amor, acaban generalmente por confundirse el uno con el otro y perder completamente la voluntad.

Y tal sucedió á nuestros protagonistas, al menos, tal sucedió á María.

Y fueron felices, tan felices, como es posible serlo en las condiciones en que ellos se encontraban.

Excusado es decir que Carlos no sentía hacia la joven el amor que la fingía:—su pasión era como uno de esos fuegos fatuos que se desprenden de la tierra y que tardan poco en extinguirse.

María, por el contrario, sentía hacia su amante una de esas pasiones ardientes y eternas que dan la vida ó la quitan:—había dado á Carlos todo lo que puede dar una mujer:—su honor y su alma.

Agueda..... ¿quién puede ignorar lo que era Agueda?.... Uno de esos seres tan infames como desgraciados, que ganan su vida conduciendo al abismo á los inocentes que encuentran á su paso. María era para ella un nombre, y nada más, agregado á la larguísima lista de sus víctimas. Para ella, una mujer joven, bonita y pura, no era otra cosa que un artículo de comercio. ¿Qué le importaba el nombre ni la calidad del victimario, mientras no se regateara el precio de sus infamias.

Cuando Carlos, la noche en que sacó á María del *piringundin*, la condujo á la casa en que le dió hospedaje, que era propiedad de aquella vieja harpía.

Traigo una prenda—dijo.—Es paloma nueva y no quiero que vuele.

—Corriente respondió Agueda.—Mil pesos mensuales de hospedaje y cinco mil si cae.

—Y yo, podré cuando quiera habitar en la casa?

—Es claro.

—Pues entonces, van mil pesos adelantados y otros mil para que la proveas de ropa.

Perfectamente.

—Hazme dar un poco de café y cognac y señálame mi alojamiento para esta noche.

Agueda condujo al joven á una pieza decentemente amueblada y salió, murmurando entre dientes:

— Vaya si caerá! y el tonto este ¿qué necesidad tiene de hacer semejante desembolso?

Un momento después, un sirviente napolitano dejaba sobre la mesa del cuarto de Carlos una taza de café y una botella de bebida.

Ya hemos visto que Agueda cumplió su promesa. Eran esas, para ella, lides demasiado vulgares, y estaba acostumbrada á vencer.

## XI

Poco después, Carlos empezó á sentir esa saciedad horrible que dejan en el cuerpo y en el alma los amores que son hijos exclusivos de la carne

María, por el contrario, poseída de un amor melancólico pero sincero y ardiente hacia su amante, había hecho de él el ídolo de su culto.

La niña se había hecho mujer, y en su seno latía un nuevo sér, fruto de sus amores.

Era feliz, inmensamente feliz..... ¡ay! pero qué poco debía durar aquella felicidad!.....

Carlos comenzó á retirarse de su lado, y Carlos era la luz de sus ojos, la sávia de su vida, el alma de su alma.

El rendido amator del primer día, llegó á pasar dos y tres sin ver á su víctima.

Cuando ella lo reconvenía dulcemente, se disculpaba con sus ocupaciones ó sus amigos.

Una vez tardó una semana en ver á María.

Y ella lloraba desesperadamente.

Después pretextó un viaje y tardó un mes en regresar.

Después.... no volvió más.



Agueda se presentó en el cuarto de su prisionera y le dijo que su amante había sido llamado por sus padres, y que le sería imposible volver.

Agueda mentía.

Ella misma no sabía dónde se hallaba Carlos.

María tuvo una enfermedad gravísima.

Un aborto la puso á las puertas del sepulcro.

Cuando se mejoró, Agueda le hizo proposiciones infames, que ella rechazó con dignidad, y huyó de aquella casa.

Pretendió averiguar el paradero de su hermano, pero no pudo por entonces conocerlo.

Y, aun cuando hubiera dado con él, ¿qué amparo podía darle el infeliz?

Entonces empezó para ella una vida de aventuras horribles, de angustias supremas.

Deseando ganar el pan con su trabajo, entró de muca en una casa de familia.

Un día supo que no era ya persona, sino cosa, pues aquella familia la había obtenido en propiedad.

Los jueces de menores hacen eso y mucho más.

Los jueces de menores son árbitros de la libertad y la vida de millares y millares de infelices.

Aquella nueva atroz no hizo á María la mínima impresión.

¿Qué importaba la libertad á la que había perdido todo sobre el mundo?

Pero otramás horrible prueba la aguardaba.

Ella no había preguntado jamás á Carlos su apellido.

¿Para qué?

Le bastaba saber que se llamaba Carlos, que era su ángel y su Dios.

Tampoco le había comunicado las revelaciones que á ella y Juan les había hecho su madre en la hora suprema de la muerte.

Una tarde en que salió á paseo con los niños de la casa en que vivía, vió á Carlos á lo lejos.

Corrió á él desolada.

—Mátame ó cumple tus promesas!—exclamó.

—Infeliz!—dijo Carlos, con los ojos inyectados de sangre.—Huye, huye de mí!

—No, Carlos, no. Mátame si no me amas.

—Huye, desdichada!

—Jamás!

—Pues, bien, óyeme para que me perdones ó para que me maldigas. ¿No has echado de menos el escapulario que llevabas al cuello?

—No—dijo María, llevando las manos á su garganta.

El escapulario que su madre le diera antes de morir, había desaparecido.

—¿Sabes lo que ese escapulario contenía?—preguntó el joven.

—No.

—¿Has oído alguna vez el nombre de tu padre?

—Sí. Mi madre nos dijo á mí y á Juan, el día de su muerte, que nuestro padre era un millonario de Buenos Aires llamado, si no es infiel mi memoria, Arturo del Inca.

—Ay! el escapulario que llevabas al cuello, confirmaba esa horrible verdad: en él había una carta del Capitán del Inca á la que fué autora de tus días, y en esa carta la decía que.... que.... ¡ay, María!.... esa carta decía que nuestro amor ha sido sacrilego, infame, maldecido por el cielo!....

—Pero, ¿cómo podía decir una cosa semejante, si esa carta había sido escrita antes de que nos conociéramos?

—María, por Dios, evítame el martirio de decirte la verdad.

—Te lo exijo por lo que más ames en el mundo.

—Pues bien, yo.... la culpa no es mía.... no soy criminal.... yo.... soy tu hermano.... soy hijo legítimo de Arturo del Inca.

Hecha esta confesión espantosa, Carlos huyó despa-  
vorido.

La voz de María lo persiguió gritándole:

—Maldito, maldito seas! . . . . .

. . . . .

## XII

Digamos una palabra en disculpa de Carlos.

Él ignoraba—¿cómo podía conocerlos?—los misterio-  
sos amores de Alcira y de su padre.

María, por lo tanto, no había sido para él otra cosa  
que una mujer cualquiera, á quien no lo ligaban víncu-  
los de sangre.

Cuando sus amores le habían ya hastiado, cuando  
estaba resuelto á romper á todo trance con aquella cria-  
tura á quien había perdido, observó un día que llevaba  
al cuello un escapulario, y que ese escapulario, desco-  
sido en una de sus extremidades, encerraba un papel  
escrito.

—Carta de algún amante! - pensó.—¡Brava ocasión de  
decirle ¡adios! sin aparecer ingrato!

Esperó á que María se durmiera y le quitó el escapu-  
lario. Roto éste, encontró un papel amarillento y en él  
escritas, con tinta ya descolorida, las siguientes palabras:

“Alcira, por Dios, no me maldigas. Harto me casti-  
gan mis remordimientos.

“Ayer te he visto y he visto á tus hijos. ¡Ah! también  
lo son míos, pero yo he cometido un crimen y tú eres  
inocente. Tú puedes abrigarlos en tu seno y de mí no  
pueden recibir una caricia.

“Al pasar por tu lado,—tú no me veías,—ellos estaban  
en tu regazo y oí que los nombrabas. Juan y María...  
¡qué bonitos nombres!....

“Si no fuera casado, si este pobre Carlos, el hijo de

mi matrimonio, no me atara al lado de mi esposa, yo premiaría tu sacrificio....

“Guarda este papel como la fé de bautismo de esos seres desdichados. Si tú les faltas, que me busquen; yo no les negaré mi protección.

“Y.... perdóname. Si alguna vez soy libre, tus hijos llevarán mi apellido, tú serás la esposa de

ARTURO DEL INCA.

“Buenos Aires, 9 de Agosto de 1855.”

Cuando Carlos hubo leído esta carta, creyó volverse loco, y sin saber qué hacer, desatinado, frenético, echó á correr por los suburbios de San Nicolás, llegó á la orilla del Paraná y la idea del suicidio cruzó como un rayo por su imaginación.

Pero era demasiado joven, y su naturaleza fuerte reaccionó.

—Buscaré otro género de muerte—se dijo.—Ingresaré en el ejército y caeré al pié de las banderas de mi Patria. No, no agregaré un crimen á otro crimen.

Y se dirigió al centro de la población.

La tarde aquella en que encontró á María en su camino, en que se vió precisado á confesarle el tremendo misterio, cuando la voz de su hermana y amante le gritaba:—“Maldito, maldito seas!”—sintió en su alma todos los tormentos del infierno, le pareció que del centro de la tierra se levantaban sombras airadas para maldecirle, que los hombres le miraban con asco, que hasta los animales huían de su presencia con horror.

Y eran solo los ojos de su conciencia que le perseguían por doquiera.

Entonces desapareció de San Nicolás.

## XIII

La revelación de Carlos fué para María un golpe de muerte.

Un año después de aquella tarde infausta, cuatro mozos de cordel sacaban de la casa de los patrones de la joven y colocaban en un carro fúnebre de tercera clase, un ataúd humildísimo de pino.

En aquel ataúd iba ella.

Una tisis violenta, complicada con accesos de locura, puso fin á sus días.

El carro fúnebre púsose en marcha hacia el cementerio.

Un joven, lloroso y enlutado, era el único que seguía á aquel carro.

El joven era Juan.

María había logrado averiguar su paradero, lo había hecho llamar, y en el último trance de la vida le reveló la causa de su muerte, sus amores, su desgracia.

Cuando el cuerpo de María quedó depositado bajo la tierra, Juan alzó al cielo su frente nublada por el dolor, cayó de rodillas sobre la tumba, y con voz y ademán lúgubres:

—Yo me vengaré! yo me vengaré!—exclamó.—Madre mía, hermana de mi alma, dormid en paz, vuestros verdugos pagarán su crimen, sí, lo pagarán.

Y salió del cementerio.

En 1874, en la batalla de Santa Rosa, librada entre las tropas de los Generales Roca y Arredondo, mató como sabemos, á un oficial de su propia compañía.

Aquel oficial era su propio hermano, el seductor de María, era Carlos del Inca.

Condenado por su crimen á ser pasado por las armas,

pidió como única gracia que no se le fusilara por la espalda.

Cuando le conducían al banquillo, alguien le oyó exclamar:

—No ha sido ¡ay! no ha sido completa mi venganza!

Y cuando el sacerdote que lo acompañaba le hablaba del cielo y de la justicia divina:

—Sí, padre,—dijo,—en ella espero; la justicia de los hombres, es mentira!

Y fueron sus últimas palabras.

Cuatro tiros destrozaron su corazón.

## XIV

Los optimistas, los que viven arriba sin preocuparse de los que están abajo, los que ni por curiosidad han tendido jamás la vista hacia el fondo de la sociedad, los que nacidos en dorada cuna no han descendido nunca de la superficie, los que no conocen las llagas, las inmensas llagas que corroen la sangre de las clases humildes de nuestros pueblos, creerán inverosímiles, acaso imposibles los hechos que acabo de referir.

Y bien, supongamos que los personajes del drama sean imaginarios, supongamos que todo lo que se ha leído en las páginas precedentes sea pura invención de la fantasía, borrad los nombres de Juan y de María, de Carlos, de Alcira y de su amante, ¿qué resta?..... Ah! resta la amarga, la cruelísima realidad!

¿Dónde?

En cada una de nuestras ciudades, en cada uno de sus barrios, en la primera y en la última de sus casas.

¿Veis aquella niña, sucia y andrajosa, que lleva sobre sus hombros un peso que apenas le permite caminar?

Es una criada sin sueldo de la casa de los señores de X. Está ahí colocada por el Juez de Menores.

El padre de esa criatura, cayó como bueno en los esterios paraguayos, defendiendo la bandera azul y blanca.

La hija de aquel bravo no sabe ni aun leer y escribir.

No extrañéis si mañana anuncia un periódico que aquella infeliz ha sido reducida á prisión.

¿Por qué crimen?

Porque ha dado muerte á un hijo suyo, temerosa de que se descubriera su deshonor.

No averigüéis más, pero pensad que esa criatura pudo y debió ser una mujer honrada, una madre virtuosa, una esposa ejemplar, y que lo hubiera sido si cuando quedó huérfana, en vez de ser regalada como un animal, hubiera sido llevada á un hospicio y educada allí en las saludables prácticas del bien; pensad que la Patria y la sociedad tenían para con ella deberes sagrados, y que esos deberes fueron olvidados.

En vez de una mujer honesta, teneis á vuestra vista un criminal á quien castigan las leyes, cuando son, tal vez, esas mismas leyes las que prepararon el crimen.

\*  
\* \*

Entre un muladar, ébrio, completamente ébrio, hallais un hombre. Tiene un hachazo en la frente.

¿Quién es él?

Un nadie.

Cuando era niño, fué algunas veces á la escuela y el maestro comprendió que su discípulo estaba dotado de gran inteligencia, pero quedó huérfano y no volvió á las aulas.

Reducido á la última miseria, mal vestido, mal ali-

mentado, no ha encontrado quien le enseñe á trabajar, pero sí quien le enseñe á jugar y á beber.

Hasta hoy no ha cometido ningún asesinato, pero ha estado á punto de que le maten.

No escapará, estad de ello seguros, á la ley fatal:—en la pendiente del vicio se va muy lejos:—mañana será asesino!.....

Pensad también, que ese hombre pudo ser útil á la sociedad y á la Patria, y que como éste, como el anterior, hay en nuestra tierra cientos de miles de infelices que se pierden por el indiferentismo, por el desprecio con que se les mira.

## XV.

No! no son estas creaciones de mi fantasía. Son hechos de la vida real, son cosas que diariamente se ven.

Y la responsabilidad de esos crímenes no es de quienes los cometen, sino de la sociedad Argentina.

Se me dirá que en todos los países de la tierra hay más ó menos criminalidad, más ó menos necesitados é ignorantes?

Es cierto.

Pero en ningún país civilizado se dispone de los niños como de los animales, como se dispone en el nuestro; en ninguno se permite que los huérfanos, por el hecho de ser huérfanos y pobres, caigan como esclavos bajo el dominio irresponsable del primero que los denuncia; en todos se lucha desesperadamente por disminuir el número de las víctimas de la miseria y la ignorancia.

Ah! si nuestros gobiernos, en vez de dilapidar los tesoros públicos en cosas de mero lujo y aparato, los empleáran como debieran en hospicios para los huérfanos, escuelas para los ignorantes, hospitales para los



enfermos desvalidos, cómo podrían moralizar la sociedad, cómo aumentar el número de los hombres útiles!...

Pero ¿qué hacer, si ni los gobiernos ni los pueblos se preocupan de ello?

Esperar, ha dicho un amigo mio querido. <sup>(1)</sup>

Sigamos el consejo, pero velemos con el arma al brazo, prontos á batir al enemigo de posición en posición, hagamos propaganda en su contra sin concedernos tregua en la tarea, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos.

Esperemos, mas no lo esperemos todo de la fatalidad!

---

(I) " ...Hasta aquí, mi querido Olleros, la relación descarnada, repelente, realista pura, de una de tantas desgracias como nuestra miseria social en su pulido seno encierra... Una página más á sus hermosas CARTAS, en fin !

" Señalado el mal, debe darse naturalmente lugar al remedio, creando centros redentores... Pero ¡ay! que esto no parece posible en pueblos en que, como el nuestro, se dá la preferencia á la creación de monumentos de colosales proporciones arquitectónicas, destinados á no producir positivo bienestar de ninguna especie.

" ¿Qué hacer?... Protestar en silencio del presente y... esperar!

" ¡Esperemos, amigo, esperemos!! "—*Leon Guruciaga*, en su preciosa novela *El Tullido*, dedicada al autor.



# PATRICIO RAYO

---

## PERFILES DE UN CUADRO NEGRO

### I

A seis leguas de uno de los pueblos de nuestra campaña, sobre la margen de un plácido arroyuelo que deslizaba sus aguas silenciosas sobre un lecho de arena y de piedra, levantábase, hace algunos años, una casa de humildísimo aspecto, pero en la cual habitaban indudablemente, la probidad y el trabajo. Componíanla dos ranchos de embarrado, techados con paja de los campos y sombreados por un centenar de árboles de sauces y duraznos.

Un pequeño cercado de madera y alambre resguardaba las habitaciones, y un poco más lejos, á la sombra de un ombú frondosísimo, estaba el palenque que servía para atar los caballos y los bueyes durante las horas de calor.

Aquella casa era el albergue de un honrado paisano argentino y de su familia, compuesta de la esposa y tres hijos, dos de estos mujeres.

Al caer la tarde de un hermoso día de Noviembre, encontrábase toda la familia reunida bajo la sombra protectora del ombú.

Patricio Rayo, hombre de treinta y cinco años, con-

versaba afablemente con Manuela, su esposa, la que se ocupaba en batir una gran fuente llena de manteca.

Andrea, la hija mayor de aquel matrimonio, joven de catorce ó quince años, vivaracha y no mal parecida, llenaba incesantemente el mate, el té más popular de nuestra tierra, y lo ofrecía á sus padres, que la miraban complacidos.

Los pequeñuelos, Domingo y Dionisia, trabajaban asiduamente en la confección de un recado que destinaban al lomo del pacientísimo *Tigre*, el gran perro blanco, que dormía á la sazón echado á los pies de su amo.

Un hermoso caballo ruano, atado al palenque, escarbaba impaciente la tierra, al ver un grupo de potros salvajes que retozaban libremente á la distancia. Patricio trataba de calmarlo, dirigiéndole frases que el noble bruto parecía comprender.

De improviso, alzó el perro la cabeza y se puso á gruñir. Luego se lanzó ladrando en dirección al arroyo.

Un hombre se aproximaba.

—Ha de ser mi compadre,—dijo Patricio.

—No,—respondió Andrea,—es Quintin.

Y al pronunciar este nombre los colores del rubor aparecieron en su rostro.

—Tonta!—exclamó la madre;— ¿de qué te avergüenzas? ¿acaso el quererse es un crimen? Y luego, él va á ser tu marido.

—Claro está—dijo Patricio, asintiendo á las palabras de su mujer;—quererse no es un crimen, sobre todo cuando la persona á quien se ama es digna de las simpatías que se le profesan.

—Sí.... pero....—balbuceó Andrea, y se puso más colorada todavía.

El que habían llamado Quintin, llegó al sitio donde se encontraba la familia de Rayo. Apeóse de su caballo, y saludando á sus amigos, sentóse en una silla de madera que le ofrecía su futura suegra.

—Vengo á avisarles—dijo—que don Bruno está preso.

—Mi compadre? —preguntó Manuela visiblemente afectada.

—El mismo, en cuerpo y alma.

—Y por qué causa?

—Por una bagatela! Dicen que era ayer el día de su santo; ocurriósele celebrarlo comiéndose una ternera con cuero, y como él no tenía los medios de satisfacer sus deseos, acudió á las vacas del Comisario.

—Las de siempre! —exclamó Patricio.—Ese maldito Bruno va á concluir mal, y yo lo siento, porque al fin y al cabo es mi pariente y lo quiero.

—Y no habrá medios para sacarlo en libertad?—interrogó Manuela.

—Sí, los hay, y por eso he venido á ver á Vds.

— Cuáles son?

El Comisario pide quinientos pesos por su vaca, pero don Bruno dice que no tiene un medio. Si Vds. quieren yo pondré diez patacones, y Vds. el resto, y ahora mismo quedará libre.

—No hay inconveniente — dijo Rayo.— Yo tengo únicamente trescientos pesos, pero te los daré para que vayas mañana temprano á la Comisaría.

—Mañana no será tiempo, porque lo van á llevar al pueblo.

—Entonces, ahora mismo.

—Sí, ahora mismo—dijo Andrea.

—Pero yo no puedo ir—objetó Quintín,—porque tengo que hacer en casa. Tome Vd. mi dinero, don Patricio, y vaya á libertar á su compadre.

—Iré dijo el paisano, y tomando el dinero de Quintín, saltó sobre su caballo y partió al galope.

Manuela, concluida de batir la manteca, dirigióse hacia las habitaciones, seguida de Dionisia y Domingo, que iban en busca de algunas piezas que les faltaban para el recado del *Tigre*.

Andrea y Quintin quedaron solos bajo las inmensas ramas del ombú.

En aquel momento se ocultaba el sol en el horizonte.

¿De qué hablaron, qué se dijeron aquellos dos jóvenes?

No lo sabemos, pero permanecieron allí largo rato, y cuando la luna se alzaba en el oriente iluminando con su luz plateada y melancólica las plácidas llanuras, oyóse bajo del árbol el sonido de un beso, luego un suspiro y un ¡adios! modulado por labios balbucientes de amor.

Quintin se había marchado, y Andrea, seguida del perro, acudió al sitio donde se encontraban su madre y sus hermanos.

La paz, el amor, la dicha se albergaban en aquel humilde hogar.

## II

Serían las nueve de la noche.

A la luz vacilante de una vela de sebo colocada sobre una mesa de pino, la joven Andrea se ocupaba en enseñar á leer á sus hermanos, deletreando y haciéndoles repetir las palabras de una cartilla que ella les señalaba con un puntero de paja.

Manuela, sentada al lado de su hija componía algunas piezas de ropa deterioradas por el uso.

De pronto todos suspendieron su tarea.

El *Tigre* salió al patio ladrando desafortadamente.

—Ha de ser Patricio que vuelve—dijo Manuela.—Vamos, Andrea, arregla tú la mesa mientras yo traigo la mazamorra.

—Al momento!—contestó la muchacha, y en un abrir y cerrar de ojos colocó sobre la mesa un mantel blanquísimo de lienzo, algunos platos, vasos y una jarra con agua.

Patricio y Manuela entraron en ese momento, aquél con un pequeño envoltorio que colocó sobre una cama, y ésta con una gran fuente de lata llena de trigo cocido, plato casi infaltable en la mesa de nuestros chacareros.

—¿Que no han comido todavía? —preguntó Patricio.

—No, esperando á Vd.—contestó Andrea.

—Pues entonces comamos, que ya es demasiado tarde. Yo traigo aquí pan, queso y vino,—y sacando estas cosas del lio de que hicimos mención, púsolas sobre la mesa.

Manuela hizo los platos y todos se aprestaron á vaciarlos, saboreando su contenido como pudieran hacerlo con el manjar más delicado.

Reinó un momento de silencio que interrumpió Rayo diciendo:

—He sacado á mi compadre en libertad y lo he amonestado severamente por sus malos procederes, haciéndole ver las consecuencias fatalísimas que ellos pueden acarrearle. Ha llorado amargamente y me ha prometido corregirse, pero esto me parece muy difícil.

—Así es— observó Manuela, porque el que malas mañanas há, tarde ó nunca las olvida.

—Eso decía en el almanaque que leía ayer Andrea— dijo Domingo, que tenía la boca completamente llena de pan y de queso.

—Y también decía—añadió Dionisia,—que el que mal anda, mal acaba.

—Esas sentencias deben tenerlas siempre presente todos Vdes., hijos míos —adicionó Rayo,—para que sean honrados y juiciosos, y tú, Domingo, muy especialmente, porque mañana serás un hombre y tendrás que sostener con tu trabajo á la familia.

—Bien dicho—exclamó Manuela.—El ser pobre no es jamás un defecto, siempre que el pobre proceda honradamente y gane el pan con el sudor de su rostro.

La frugalísima cena había terminado.

Domingo y Dionisia abandonaron sus asientos y fueron á buscar los arreos que habían confeccionado para el perro.

Andrea desocupó lá mesa y volvió á sentarse frente de sus padres.

—Gracias á Dios!—dijo Rayo.—Parece que tendremos una buena cosecha y buenos precios. El trigo está hermosísimo y el maíz tiene una espiga soberbia.

—Va á acopiar don Pedro?—preguntó Manuela.

—Sí, y me ha prometido los fondos necesarios para la recolección.

—¿Cuándo lo viste?

—Ahora, cuando volvía de la Comisaría. Fui á su casa expresamente á preguntarle si me podía servir, y no me dejó hablar, haciéndome un millón de ofrecimientos.

—Es muy buen hombre don Pedro—murmuró Andrea.

—Lo es, hija, y nos quiere mucho. Por eso desearía yo que él fuera el padrino de tu casamiento.

—No, papá, yo quiero que lo sea Vd., y mamá la madrina.

—Ya hablaremos de eso—dijo Manuela.—Tiempo hay de pensar en los padrinos.

—Sí, no hablemos de mi casamiento; falta mucho tiempo y además.... yo creo....

—¿Qué crees?

—No sé, no sé, pero ¡ay! siento en mi corazón un desasosiego inmenso; me parece que alguna desgracia nos va á suceder.... y la joven echó á llorar amargamente.

—Vaya! esas son aprensiones tuyas!—exclamó Rayo imprimiendo un beso en la frente de su hija.

—No, papá, no son aprensiones, son avisos que Dios me da. Cuando se habla de felicidad, de mi casamiento, cuando Quintín se muestra más cariñoso y amante conmigo, siento una nube negra que pasa delante de mis ojos y que me hiela la sangre al rozarme la frente....



Un chirrido áspero, prolongado, indefinible, se escuchó en aquel instante.

Andrea dió un grito de pavor y sepultó la cabeza en el regazo de su madre, murmurando entre dientes:

—Ay! esa lechuza, esa maldita lechuza!... y se opri-  
mió el pecho con las manos.

—Cosas de niña!—dijo Manuela.

—Quién sabe!—baluceó Patricio.—También á mí me  
anuncia algo inmensamente triste el corazón!....

Y enjugando una lágrima rebelde que se desprendía de sus ojos, salió al patio y se dirigió al palenque á dar de comer á su caballo.

La luna brillaba plácida en el cielo, y ni una sola nube empañaba la pureza de la bóveda azulada.

El arroyuelo se deslizaba silencioso sobre su lecho de arena.

Una hora después todos dormían en la casa, aparentemente al menos, y decimos aparentemente, porque un oído atento hubiera podido escuchar de vez en cuando, la voz de un hombre que decía:

—Es raro! también á mí me duele el corazón!....

### III

Era un día calorosísimo de Enero.

Negras nubes se levantaban en el horizonte anunciando horribre tempestad.

Habíase ya empezado la cosecha del trigo en la casa de Patricio Rayo, y á la sazón, tendidos indolentemente sobre sus recados, bajo la sombra protectora de los árboles, podían verse hasta veinte paisanos, con sus hoces al cinto, que esperaban se les sirviese la comida.

Manuela, ayudada por Andrea, se ocupaba en activar el fuego, donde hervían dos enormes calderos llenos de carne.

Dionisia y Domingo daban la última mano á una casucha de paja y de barro, que habían construido para las aves.

—Pero, ¿es cierto lo que dices?—preguntó Manuela á su hija, reanudando un diálogo sostenido en voz bajísima.

—Es cierto, mamá, desgraciadamente es cierto,—respondió Andrea derramando una lágrima.

—¿Cuándo? ¿cómo?

—No sé cómo..... no me lo puedo explicar.... Fué la noche del baile....

—Ah! esa noche.... ¡qué noche!.... yo también....—y Manuela no concluyó la frase.

—¿Vd. también?.... ¿qué?....—preguntó Andrea con ansiedad.

—Yo?.... nada.... que hice mal en llevarte al baile.

—No, mamá, Vd. no tiene la culpa, no puede tenerla, pero yo temo que llegue á saberlo papá.

—Es necesario que te cases pronto.

—Ay! eso sería necesario, pero ¿no ve Vd. que, desde entonces, ya no es Quintín tan cariñoso conmigo?

—Así son los hombres, hija; darían la vida por hacer suya á una mujer, y cuando lo consiguen, cuando llegan á la realización de sus ensueños, sienten bien pronto en sus labios el amargo dejo del hastío.

—¡Dios mío!

—Pero Quintín te quiere y cumplirá su compromiso.

—Quién sabe!....

—Sí, él se casará.

—Dios lo quiera!

Madre é hija guardaron silencio por algunos instantes.

La comida estaba preparada y fué servida á los peones.

—¿Sabes, hija—dijo Manuela—que me extraña mucho la tardanza de tu padre?

—Realmente, es raro que tarde tanto, y mucho más en los días de la cosecha.

—Y llamado por el Comandante....

—Para qué lo habrán llamado?....

Hablando de esa manera estaban las mujeres cuando se sintió á lo lejos el acompasado galope de un caballo.

—Allí viene D. Patricio —dijo uno de los paisanos.

—El és, es Rayo —respondió otro.

Y efectivamente, un instante después, el honrado Patricio llegaba á su casa, jinete en un brioso alazán.

—Estaba escrito!—exclamó descendiendo de su caballo.—El corazón nunca engaña, y él me anunciaba un mal inmenso.

Sus hijos, su mujer, sus peones, todos le rodearon.

—¿Qué hay, qué pasa?—le preguntaron ansiosos.

—Me ha tocado la suerte, tengo que ir en el contingente, y no hay remedio; esta noche marcharemos á la frontera.

—Eso no puede ser!—dijeron los paisanos.

—Pues eso és—respondió Rayo.—El Comandante dice que no puede salvarme.

—Huyendo...

—¿Y qué sacaría con huir? No, no huiré. Muchos padres de familia, tan pobres y con más hijos que yo, van á marchar, y no sería justo que me salvara del servicio por un medio indigno: he dado mi palabra de honor al Comandante de que volvería.

—Pero el trabajo?...

—El trabajo, Vdes. lo seguirán; ya eso está arreglado: don Pedro pagará los jornales.

—Por Dios! no se vaya Vd!—exclamó Andrea.

—No se vaya Vd.—repitieron Domingo y Dionisia.

—Huye á Entre-Ríos—añadió Manuela.

—No! Dios velará por Vdes. y á mí me permitirá volver al seno del hogar.

Hubo algunos instantes de silencio, de ese silencio que se oye, por decirlo así, y que caracteriza las situaciones solemnes de la vida.

Todos meditaban.

Los niños, que no comprendían bien lo que pasaba derramaban, no obstante, lágrimas silenciosas pero ardientes.

El *Tigre*, sentado sobre las patas traseras, gachas las orejas, miraba atentamente á su amo y parecía tomar parte en su aflicción.

Y el cielo, cubriéndose de nubes pesadísimas y negras, semejábase á un buho inmenso que batiera sus alas sobre la frente entristecida del noble gaucho.

—Me voy dijo por fin éste, abrazando á su esposa. —Dentro de seis meses vence el tiempo porque vamos destinados. Mientras yo falto de mi casa, quedas tú exclusivamente encargada de nuestros hijos, que son los únicos tesoros que nos ha concedido el cielo. Cuídalos, ámalos mucho, y haz que rueguen á Dios por su padre.

—Adios!—dijo á Andrea, con las lágrimas en los ojos. —Consérvate honrada y pura, y cuando yo vuelva...

—Por Dios, papá!—exclamó Andrea.

—Cuando yo vuelva se celebrará tu casamiento.

—Mi casamiento... ¡ay!... mi casamiento... ¡padre mío!... y la joven echó á llorar amargamente.

Patricio abrazó á sus otros dos hijos, se despidió de sus peones y montó á caballo.

Adiós!—murmuró, alejándose.

Pero, volviéndose nuevamente hacia su esposa, enjugando una lágrima rebelde que se escapaba de sus ojos:

He vendido los bueyes en setecientos pesos—le dijo.—La persona que vendrá mañana á recibirlos, te entregará quinientos; yo llevaré el resto para las necesidades que pueden ocurrirme.

Y partió al galope.

—Pobre don Patricio! exclamaron los peones.

—Padre!... papá!...—gritaron Dionisia y Domingo.

Y en ese instante, un trueno lejano, prolongado, fuertísimo, resonó en el espacio.

El *Tigre* fué amedrentado á esconderse en las habitaciones.

Manuela se estremeci6 de pies á cabeza, como si un pensamiento horrible que quisiera desechar, hubiera pasado por su imaginaci6n, y dirigiéndose á Andrea:

—Al fin y al cabo, peor sería que él se hallara aquí— le dijo; y luego, como hablando consigo misma:

—Pero seis meses, seis meses es muy poco tiempo!...

Andrea miró á su madre, bajó los ojos, volvió á mirarla, y dejando vagar por sus labios una sonrisa amarga como el remordimiento.

—Poco ó mucho —dijo,—de todos modos, lo que yo he perdido, no lo encontraré jamás.

—Y yo?... —balbuceó Manuela.

Iba á decir algo más, pero la voz espiró en su garganta y no moduló la frase.

¿Qué pasaba en el alma de aquellas dos mujeres?...

#### IV

La noche había sido horrenda.

El agua, cayendo á torrentes de las nubes, había inundado los campos.

El rayo había cruzado el espacio en todas direcciones.

Pero un fuerte viento del Sud-Oeste había despejado la atmósfera, y el sol, mensajero de luz y de vida, levantábase radiante, iluminando las quietas soledades de la pampa.

La mañana era fresca y hermosa.

Un pelot6n de cincuenta paisanos, jinetes en briosos caballos, marchaban rumbo al Sud de la Provincia de Buenos Aires.

Sus ropas destilaban agua.

El lodo salpicaba sus rostros.

De hora en hora detenían sus corceles, apeábanse de ellos, encendían cigarros y luego proseguían su camino.

Algunos reían y cantaban.

Otros iban silenciosos y tristes, como la desesperación.

A orillas de un arroyo que arrastraba caudal enorme de aguas turbulentas, hicieron alto y descendieron á tierra.

Obedeciendo la orden de un individuo que parecía mandarlos y que vestía traje militar, desparramáronse unos por el campo, y otros desensillaron los caballos, refrescándoles el lomo con el agua del arroyo.

Poco tiempo después, los que se habían marchado volvieron al sitio en que se hallaban sus compañeros, conduciendo, quién algunas ramas de maleza, quién algunos animales muertos en la pasada epidemia.

Con aquellos pobres elementos hicieron una inmensa hoguera, y asaron en ella algunos trozos de carne que habían conducido en sus caballos.

Comieron, comieron con verdadero placer, secaron sus ponchos al calor de la hoguera, y luego se tendieron indolentemente sobre sus recados.

Algunos durmieron, á pesar de la luz y de la humedad, un sueño profundísimo.

Al mediar el día pusiéronse nuevamente en marcha, atravesaron á nado el arroyo, y una hora más tarde la silueta de los cincuenta jinetes era apenas un punto negro en el horizonte.

¿Quiénes eran aquellos hombres?

¿A dónde iban?

¿Obedeciendo á qué móvilse internaban en la extensión sin límites del desierto?

Ah! no es difícil adivinarlo.

En aquella época, el salvaje golpeaba aún con frecuencia aterradora las puertas de nuestras poblaciones fronterizas.

El Gobierno Argentino, obligado á garantir la propiedad y la vida de los habitantes de la campaña, no había encontrado para ello medio más humano que el de arrancar por la fuerza de sus tranquilos hogares, arrebatando infinidad de brazos útiles al trabajo, dejando multitud de familias abandonadas á la más cruel miseria, á esos que, carne de cañón en todas las épocas, verdaderos parias de nuestra sociedad, sin uno solo de los derechos, pero con todas las cargas del ciudadano, fueron y son entre nosotros una caricatura irrisoria de los hombres libres: á los pobres gauchos, en fin.

Así, pues, el pelotón de jinetes que vimos cruzando la pampa, solitaria, en el cual iba Patricio Rayo, era un nuevo contingente que iba á engrosar la guarnición de la frontera.

Ellos iban á defender la propiedad ajena abandonando la propia, la más sagrada de todas, porque era adquirida en el trabajo rudo y constante.

Iban á defender los hogares extraños, y abandonaban los suyos á los azares de la suerte, á la orfandad, á la miseria.

Iban á defender con su sangre el suelo de la patria, de esa patria que no volvería á acordarse de ellos.

¿Cuántos volverían al seno del hogar?

¿Cuántos perderían la vida en esa lucha oscura, sin honor, sin gloria?

¿Cuántos al recobrar la libertad maldecirían el día en que nacieron?

¡Dios lo sabe!

¿Qué premio se otorgaría á sus servicios?

La ingratitud y el olvido.

Héroes ignorados, cuyas cicatrices suelen mirarse con asco, ellos marchaban, marchan aún á la lid con la cabeza erguida, la mirada serena, el paso firme.

Pero ¡ay! suelen llevar destrozado el corazón!....

## V

Cerca de medio año iba trascurrido desde la tarde infausta en que el honrado Patricio abandonó sus lares para marchar á la frontera.

Desde aquel día nada se había sabido de él, pero en su casa, necesario aunque doloroso es decirlo, solamente Domingo y Dionisia deseaban con ansia su regreso: Andrea lo temía y Manuela hubiera deseado que se retardara indefinidamente.

En el pecho de aquellas dos mujeres rujía una tempestad.

Ambas,—en un arrebató de pasión la hija,—sin gusto, sin deseo, sin amor la madre,—habían faltado á sus deberes.

Un bailé, uno de esos bailes que solo se ven en las campañas y que son casi incomprensibles para el morador de las ciudades, había ocasionado la caída. ¡Horrible caída, en la cual iban envueltas la pureza de la hija, la honestidad de la madre, las más dulces afecciones del corazón!

Por eso fué que, cuando al partir, recomendó Rayo á Manuela que cumpliera dignamente su misión de madre, parecióle á ésta que aquellas palabras eran un amarguísimo sarcasmo, y comprendió recién toda la enormidad de su falta. ¡Tardíos pesares, que no borran en una vida de torturas el extravío de un instante!

Y Andrea, al oír la voz enternecida y dulce de su padre que la decía—"Consérvate pura y honrada"—sintió en sus entrañas las congojas de la muerte, en sus labios la hiel del remordimiento.

Ángeles caídos, habían manchado sus alas en el lodo putrefacto de la tierra, y no podían alzar nuevamente el vuelo hacia el cielo de la inocencia de que habían descendido.



Para Andrea, era cuestión de tiempo el que se descubriera su falta, pero ella podía ser disculpada por el amor y se olvidaría cuando se efectuára su proyectado enlace.

Para Manuela, el secreto de su debilidad dependía, por decirlo así, de la consumación de un crimen. El hombre á quien se había entregado en un momento de ofuscación, exigía eso de ella, y la infeliz mujer no era ya dueña de sus acciones. ¡Tan cierto es, que dado el primer paso en la pendiente del vicio, es casi imposible retroceder!

Andrea se había rendido á su novio, á Quintín, al que debía más tarde ser su esposo. Ella era joven, su sangre ardiente, estaba enamorada, y el amor, según en alguna parte he leído, redime las más graves faltas.

Pero Manuela, ¿qué disculpa podía encontrar á su proceder? ¿cómo remediar su caída? Su amante había sido, precisamente, el hombre que más beneficios debía á su esposo, inferior, infinitamente inferior á él, un hombre vicioso, ineducado, capaz de perpetrar todos los crímenes, incapaz de ninguna virtud, á Bruno, en fin.

Era aquel un individuo de instintos felinos, astuto como el zorro, cruel como el tigre, frio como el cálculo, tenaz en sus propósitos, más carne que espíritu, más bestia que hombre.

De su vida pasada se contaban cosas horrorosas: — una vez había asesinado á una niña de diez años por robarle una miserable suma de dinero.

Huésped obligado de varias cárceles, escapado de ellas debido á sus esfuerzos y á su astucia, había llegado más tarde á ser guardián del orden en una partida de policía. Absurdo, si queréis, pero absurdo que se ve con demasiada frecuencia en nuestra tierra.

Cansado de la sujeción de la milicia, había abandonado el servicio para entregarse á una vida nómade, acorde con sus instintos.

Ligado á Patricio por vínculos de parentesco, éste le había servido muchas veces de escudo en sus miserias.

Y él se fingía agradecido, pero en el fondo de su corazón, negro como el abismo del crimen, alimentaba el no saciado deseo de hacer suya á la que era esposa de su pariente y protector.

Ese deseo, tanto más vehemente cuanto que no se había manifestado jamás por temor á una segura repulsa, hizo su estallido algunos días después, precisamente, de la última vez que Rayo lo había salvado de las garras de la justicia.

Un baile se daba en un almacén de campaña.

A él había asistido Patricio con su familia.

Una bebida, preparada con no sé qué yerbas por una vieja curandera, á pedido de Bruno, y administrada por éste á la infeliz Manuela, trastornó sus sentidos, y la mujer cayó ¡ay! para no levantarse jamás.

Ella quedó ligada á aquel hombre por cadenas inrompibles.

El lo conocía, y de exigencia en exigencia, llegó á pedir á su amante que abandonára el hogar y lo siguiera.

Manuela resistió, resistió mucho; pero era mujer y débil, temía el regreso de su marido, y por fin, una mañana, cuando los hijos de Patricio dejaron el lecho, encontraron huérfano el hogar. La que debía ser el ángel de su guarda lo había abandonado!....

¿Cómo pintar la desesperación que se apoderó del ánimo de Andrea al encontrarse al frente de aquella nueva y extraña situación?

Estaba en cinta. Era responsable ante su propia conciencia y ante su padre de la inocencia perdida, del honor mancillado.

La brusca desaparición de Manuela la ponía al frente de su casa, como encargada de la administración de sus mezquinos haberes, y de la salud y conservación de sus hermanos pequeños.

Por un momento, ante la magnitud de la catástrofe, llegó á olvidar su falta y se decidió á cumplir fielmente los deberes que su nueva situación le imponía.

Pero bien pronto, inesperados sucesos, arrebatándola en su corriente, debían hacerle olvidar sus propósitos heroicos.

## VI

En la cárcel del pueblo hallábase preso un hombre joven, alto, fornido. Un poblado y sedoso bigote negro daba á su fisonomía varonil expresión.

Vestía un ancho chiripá de paño, bajo el cual asomaba el blanquísimo fleco del calzoncillo bordado, camiseta azul oscuro, poncho de lana, sombrero de grandes alas.

En la ropa de aquel hombre se percibían claramente algunas manchas de sangre.

Sentado sobre un banco de madera, aprisionadaś sus piernas por gruesa barra de grillos, examinaba atentamente con escrutadora mirada la entrada de la prisión, el puesto de los centinelas.

De pronto apareció un soldado, abrió la puerta de fierro del calabozo, y dijo al preso:

—Sígueme; el Juez te llama.

El preso obedeció.

Atravesaron un gran patio cuadrangular y entraron á una espaciosa habitación, modestamente arreglada.

Dos hombres se hallaban allí, sentados el uno frente al otro, al rededor de una mesa negra.

—Aquí está el preso, señor Juez—dijo el soldado.

Uno de aquellos hombres alzó la cabeza y respondió:

—Está bien; retiraos.

Luego, dirigiéndose al reo:

—Se os va á tomar declaración—le dijo.—Respon-

ded la verdad de lo que sepais á las preguntas que os voy á hacer.

Hubo un momento de silencio.

El hombre que acompañaba al Juez escribía rápidamente.

—Cómo os llamis?—preguntó, por fin el Juez al reo.

—Quintín Zambrano.

—¿Vuestra edad?

—Veinticinco años.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Oficio?

—Agricultor.

—Está bien dijo el Juez, mientras su compañero escribía. Luego siguió el interrogatorio.

—¿Habeis estado el domingo en el almacén de don Pedro Henriquez, situado en el cuartel tercero de campaña?

—Sí, señor.

—¿Qué objeto os llevaba al referido almacén?

—Debíamos correr allí una carrera.

—A las dos de la tarde, ¿tuvisteis una discusión acalorada con el dueño de casa?

—Es verdad.

—¿Qué motivó esa discusión?

—El negarse él á entregarme el depósito de la carrera, que yo había ganado, con el pretexto de que le debía algún dinero.

—¿Era así, en efecto?

—Sí, señor; le debía doscientos y tantos pesos, pero él no debió cobrarme delante de tanta gente.

—¿Con qué fin tirasteis una pedrada á los estantes llenos de cristales?

—Para romperlos y hacer exasperar á don Pedro.

—¿Qué sucedió después?

—El salió afuera insultándome y con un revolver en la mano.

—¿Lo desarmasteis?

—Sí, después que él me hizo fuego sin ofenderme.

—¿Intentasteis herirlo con el revolver?

—No, yo no sé manejar las armas de fuego. Lo herí.... creo que lo maté.... pero fué con mi cuchillo.

—Está bien; habeis dicho la verdad. ¿Teneis algo más que declarar?

—No, señor. La Policía me encontró durmiendo y me tomó preso.

—Se os va á leer la declaración.

El escribiente leyó en voz alta lo que había escrito.

—Perfectamente—dijo el reo.

—Firmad la declaración.

El preso obedeció.

El Juez tocó entonces una campanilla y apareció el soldado que antes hemos visto, el que á una señal de su superior salió seguido del llamado Quintin.

Cuando llegaron al calabozo, mientras corría los cerrojos, dejó caer el soldado un objeto que produjo al chocar con el piso un ruido metálico, y dirigiéndose á Quintin, en voz apenas perceptible:

—El calabozo del lado está vacío—le dijo,—la puerta de él abierta, la pared que lo separa del tuyo es un simple tabique. Si eres hombre de corazón, sabrás cómo proceder sin comprometerme. No lejos de aquí, á la orilla izquierda de las quintas, habrá desde hoy un caballo ensillado.

Quintin alzó del suelo el objeto que había dejado caer el soldado y murmuró:

—Gracias!

El centinela se alejó.

## VII

Tres dias después de las escenas anteriormente descritas, se hallaron en la cárcel una pared horadada, unos

grillos limados y un centinela maniatado y tapada la boca.

Un preso había desaparecido.

La noche anterior, un hombre, jinete en briosisimo, poderoso caballo, cruzaba los campos al galope en dirección á la casa de Patricio Rayo.

Cuando llegó á ella, escondió su potro debajo de los árboles, y dirigiéndose á una de las habitaciones, llamó decididamente á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenil.

—Yo, soy Quintin—respondió el hombre.—Abre la puerta ligero; me va en ello la libertad.

—Un momento.... ya voy... .

Y un minuto después abrió la puerta, la que volvió á cerrarse cuando Quintin entró á la habitación.

—¿Qué hay?—preguntó Andrea, pues ella era la que había acudido al llamado de su amante.

—¿Sabes que estaba preso?

—Sí.

—Un soldado me ha facilitado los medios de salir de la cárcel.

—¡Qué felicidad!

—Para que no se le crea culpable, pues estaba de centinela, lo he dejado maniatado y tapada la boca con un pañuelo. El me ha proporcionado caballo.

—¡Hombre bendito!

—Pero es necesario ponernos en salvo, porque si esta noche no, mañana me perseguirá la policía.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Huir sin pérdida de tiempo.

—¿Huir?

—Sí, huir contigo.

—Pero ¿adónde iremos?

—Eso es cuenta mía. En tres dias más estaremos en salvo y seremos felices.

—¿Y las pobres criaturas?

—Déjalas durmiendo.

—¡Dios mio!.....Quintín, eso sería un crimen. Tú sabes que mi madre.....

—Todo lo sé.

— ¿Y entonces?.....

—Andrea, hablemos claro. De ti depende mi libertad, tal vez mi vida.

—Huye solo.

—No! Si te niegas á acompañarme, me dejaré prender nuevamente, y en ese caso no podremos casarnos.

—Quintín, ¡por Dios!

—Elige, Andrea.

—¿Y no hay otro medio?

—Ninguno. O me sigues y haces mi felicidad y la tuya, ó vuelvo á la cárcel, luego viene Rayo y.....

—¿Y mis pobres hermanos?

—Dios velará por ellos.

—¡Piedad, Quintín!

—Tú debes tenerla de mí.

—Te seguiré, pues soy tuya—dijo Andrea; y aproximándose á la cama de sus hermanos, besóles las frentes, humedeciéndoselas con sus lágrimas.

—Escucha—dijo Quintín,—¿hay un caballo en el monte.

—Sí.

—¿Tienes silla de montar?

—Sí; está en el otro cuarto.

Quintín salió de la habitación y diez minutos después estaba de vuelta.

—Prontos!—dijo.

Y observando que Andrea había hecho un atado de ropas:

—Nada de equipajes!—exclamó.—Eso no nos hará falta y nos servirá de estorbo. Yo tengo dinero, si tienes alguna alhaja puedes llevarla.

Andrea sacó una pequeña caja del fondo de un baul.

—Vamos—dijo Quintin.

—Vamos—respondió Andrea, con amarga resignación.

Aproximóse al lecho de sus hermanos, profundamente dormidos, besólos nuevamente, contemplólos por breves instantes y salió luego en pos de su amante.

Al rayar el alba, Andrea y Quintin estaban á gran distancia de sus hogares.

El crimen, produciendo el crimen como consecuencia precisa, dejaba abandonadas, á merced de la casualidad, á dos criaturas inocentes!

## VIII

Frío y nebuloso era el último día de Julio.

Gruesas gotas de agua casi congeladas caían sobre la tierra.

Un viento sutilísimo del Sud que soplaba incesante, hería los rostros de dos niños de distinto sexo que vagaban perdidos por las calles del pueblo.

Instintivamente, sin que en ello influyera para nada su voluntad, entraron á una casa lujosamente ataviada, cruzaron el primer patio y se acurrucaron uno contra otro para hacerse calor bajo el techo del segundo zaguán.

Algunos niños que jugaban á los arcos bajo una galería de cristales, vieron á los vagabundos, los examinaron desde lejos, y corriendo hacia una señora que leía cerca de una chimenea, subiendo sobre sus faldas, sacudiéndole los brazos:

—Mamá! mamá!—exclamaron.—Dos muchachos sucios y rotos, están sentados junto á la columna de la izquierda del segundo zaguán.

La señora, sin alzar la cabeza, dijo á una criada:

—Vé quiénes son y qué buscan.



—Voy—respondió la sirvienta, y un momento después volvió diciendo:

Son dos pobres que no tienen dónde vivir y dicen que no comen desde ayer.

—Dales algún pan y que se vayan.

—Sí, mamá, que los echen!—gritaron en coro los niños.

La sirvienta salió, murmurando entre dientes:

—Pobres! tal vez morirán de frío!...

Los vagabundos se fueron y los nenes de la casa continuaron sus juegos.

Dos horas más tarde, un coche paró á la puerta de la suntuosa vivienda.

—Es el señor—dijo la criada.

—Viene con los muchachos sucios!—exclamaron con admiración los niños.

La puerta de la galería se abrió en aquel momento y entró un hombre de treinta á treinta y cinco años de edad, elegantemente vestido.

Seguíanlo nuestros vagabundos.

—Mamá! que manchan la alfombra, que están llenos de lodo!—decían los niños, zapateando de ira.

La señora alzó la vista y dirigiéndose al caballero que acababa de entrar:

—¿Quiénes son esos?—preguntó.

—Son, querida Elena, un futuro cochero y una presunta mucama que entran desde hoy á tu servicio.

—No te comprendo. Esas criaturas estuvieron hoy aquí.

—Así me lo dijeron cuando llegábamos. Hiciste mal en despedirlos.

—Si son unos inmundos!—gritaron los niños al oír que su padre volvía por los miserables.

—Pero á qué vuelven?—preguntó la señora.

—No te lo he dicho ya! Entran desde hoy á tu servicio. Me los ha dado el Juez de Menores.

—¡Qué suertel!... Pero habrá mucho trabajo para enseñarlos.....

— Bien merece tomarse alguno el tener sirvientes gratuitos.

— Es verdad, siempre es un ahorro. ¿Cómo los has conseguido?

— Subía yo en mi coche en la puerta del Banco, adonde había ido por un asunto de interés, cuando sentí que alguien murmuraba á mi espalda las palabras: "hambre.... frío....". Doy vuelta y me encuentro con estos caballeros. Entonces cruzó por mi imaginación la idea de que podrían ser huérfanos, los interrogo, y me responden:

— No lo sabemos, señor; nosotros teníamos padres y una hermana moza, pero ya no viven con nosotros y ahora estamos solos.

— ¿Dónde viven?—les pregunté con interés creciente.

— Antes vivíamos en el campo, y ahora estamos perdidos en el pueblo.

— ¿Quieren Vdes. venir conmigo?

— Sí, señor—contestaron á duo.

Hícelos subir á mi carruaje y dí orden al cochero de ir á casa del Dr. Gandía. Tú sabes que él es Juez de Menores.

Este, que es mi amigo:

— No hay inconveniente!—contestó á mi demanda para que dejara conmigo á las criaturas, y ahí los tienes, Elena, que de hoy en adelante son tuyos.

— Gracias, mil gracias!—exclamó la señora, y dirigiéndose á los huérfanos:

— ¿Cómo os llamis?

— Dionisia....

— Domingo....

— Llévalos, Marta, á la cocina y que les den de comer. Esta noche dormirán en tu cuarto y mañana.... ya veremos.

La criada salió seguida de los huérfanos.

Los niños de la casa quedaron examinando las alfombras:

—Puercos!—dijeron;—todo lo han manchado con barro!

El caballero dirigió á sus hijos una mirada de disgusto, pero no les dijo una palabra.

En aquel momento un negrito anunció desde la puerta:

—La comida está servida.

Y todos los ocupantes de la galería la abandonaron, quedando ésta desierta.

## IX

¿Qué hacían en el pueblo los hijos de Patricio Rayo? pues ellos eran, y no otros, los tristes vagabundos.

¿Por qué serie de acontecimientos habían ido á parar como siervos á una casa de familia?

Vamos á saberlo.

El lector recordará que Manuela, atada por su falta, involuntaria si se quiere, pero falta al fin, á la voluntad despótica é inflexible de su cómplice, temerosa del regreso de su marido, había abandonado el hogar.

Su existencia, desde ese momento, nada nos importa. Diremos, sin embargo, que tardó poco en verse abandonada por su amante, y que viviendo vida miserable, bajó al sepulcro víctima de sus remordimientos.

Recordemos que Quintín, el novio de Andrea, detenido en la cárcel por un asesinato, fugó de la prisión y obligó á la joven á seguir su destino.

Después de tres días de marcha incesante, llegaron al Puerto de las Piedras, sobre la orilla del Paraná. en la Provincia de Santa-Fé.

Allí contrataron un bote que los pasó al territorio de

Entre-Ríos, dejando abandonados sus caballos en la costa occidental.

Desde entonces, nada ha vuelto á saberse de los prófugos.

Ahora bien, cuando Domingo y Dionisia, al siguiente día de la fuga de su hermana, abrieron los ojos á la luz y vieron su lecho abandonado, creyeron por el momento que, como de costumbre, los habría precedido levantándose y que se hallaría ocupada en sus tareas domésticas, pero tardaron poco en desengañarse.

Dejaron sus camas y hallaron las ropas de Andrea todas revueltas, un baul abierto, un atado de vestidos en el suelo.

El caballo había desaparecido de la quinta.

La silla de montar no estaba tampoco en su lugar.

Los niños temblaron, sin saber por qué, pero esperaron pacientemente, esperaron todo el día y Andrea no regresó.

Llegó la noche y tuvieron miedo, mucho miedo.

Sin saber qué hacer, comenzaron á caminar á la ventura.

Anduvieron toda la noche, y cuando amaneció, se encontraron en las calles del pueblo, perdidos, sin rumbo y sin guía.

Lo demás lo sabemos.

Encontraron pan, techo y abrigo, pero ¡ay! tendamos un velo sobre su vida, no intentemos averiguar cuál ha sido su destino!...

## X

¿Qué fué de Patricio Rayo?

Catorce meses de servicio obligado en la frontera, en vez de seis por que fué destinado, habían bastado para hacer olvidar su recuerdo en la comarca.

Esparcida su familia á los cuatro vientos por el vendaval de la desgracia, destruida su casa por el abandono y la intemperie, ¿qué encontraría al volver?

Hasta el fiel y viejo *Tigre*, el hermoso perro que largos años le acompañara, había perecido durante su ausencia.

De esas catástrofes tremendas, más horribles aún, se ven en el mundo con frecuencia que pasma. Tonto ó inocente será el que las crea imposibles.

Un día que el Comandante militar del pueblo, concluida la comida, se encontraba rodeado de su esposa y de sus hijos, anunciaron á un soldado que deseaba hablarle.

Mandólo entrar, y se presentó á su vista nuestro viejo conocido, vestido el traje militar.

—Señor—le dijo éste con dolorido acento.—Soy Patricio Rayo: acabo de llegar de la frontera. Vd. me envió allá á servir á la Patria y yo he cumplido mi deber. Ahora es preciso que Vd. haga que la Patria cumpla sus deberes para conmigo.

El Comandante, su esposa y sus hijos, escuchaban absortos á aquel hombre, ansiosos por ver en qué paraban sus discursos.

—A mi partida—prosiguió el soldado—yo era un hombre feliz, señor, tanto, relativamente á mi posición, como Vd. puede serlo ahora, rodeado de los seres queridos de su alma.

Rayo hizo una pausa, y luego dijo con emoción creciente:

—He vuelto de la pampa después de haber regado el desierto con mi sangre, y ¿sabeis lo que encuentro?... No, no podeis adivinarlo!... Mi casa está destruida, mi esposa ha huido en brazos de un amante, mi hija mayor, el ídolo de mi alma, se ha perdido también, y mis pequeños, Domingo y Dionisia, me han sido arrebatados por el brazo de una autoridad extraña!

El soldado se interrumpió para enjugar sus lágrimas. Sus oyentes, lloraban también.

— Oh! benditos seais!—exclamó Patricio.—Vosotros me compadeceis y llorais, vosotros sois buenos, benditos seais!... Pero decidme, señor Comandante, poneos en mi lugar, decidme dónde están los míos, decidme cómo reedificaré mi choza, ayudadme á buscar la dicha, la honra que he perdido!...

Y aquel hombre cayó como herido de un rayo sobre el pavimento.

.....

## XI

Lector: —

La veracidad del cuadro negro cuyos perfiles he trazado, está garantida por una carta que, en fecha del 30 de Julio de 1872, dirigió á la Comisión Directiva de la Biblioteca Popular de Chivilcoy, el Sr. D. Manuel Gache, el cual fué actor en el drama, como jefe que era en la época de los sucesos narrados del regimiento 6 de Guardias Nacionales de campaña.

La lectura de esa carta me inspiró la novelita esencialmente histórica que habeis leído, y es justo, pues, que los párrafos con que ella termina, sirvan de epílogo á mi narración.

“Poco tiempo después—dice el Sr. Gache—ese infeliz—Patricio Rayo—era un idiota, á fuerza de abusar de los licores, pretendiendo olvidar en la embriaguez sus penas.

“Le faltó la resignación, la energía moral que puede dar la educación para sobreponerse á la desgracia.

“Ahora comprendereis, señores, cómo después de una escena semejante, para mí la idea primordial, mi aspiración, mi pensamiento de todos los días, es la eman-

cipación del hijo de la campaña, por la educación, que lo convierta en el ciudadano libre de un país libre.

“Pocos años há, que los hombres libres de los Estados Unidos de América combatían sin tregua ni descanso, en los campos de batalla, por la emancipación de los esclavos.

“Combatamos hoy nosotros, ciudadanos libres y educados en la República Argentina, contra las preocupaciones, el egoísmo y todas las rémoras que se nos presenten; por la emancipación moral, por la educación del hombre ignorante de nuestro país; no descansando hasta hacer ciudadanos inteligentes y útiles para la Patria y la sociedad, de esos que hasta hoy no son más que desgraciados parias.

“Así habremos cumplido uno de los primordiales deberes del hombre civilizado y del cristiano.

“*Enseñemos á los que no saben.*

“¡Hé ahí nuestra misión; no nos detengamos en el camino; es preciso que la educación, por cualquier medio y á costa de cualquier sacrificio, penetre en el rancho del habitante pobre de nuestra campaña, como en la azotea del vecino acomodado.

“¡Adelante!

“¡Bendecidos y enaltecidos sean por la memoria de los pueblos, aquellos que, intrépidos é incommovibles, marchen á la realización de tan grande y noble propósito!”

Sirvan las palabras del Sr. Gache, que hago mías, enteramente mías, de marco luminoso al negro cuadro de la vida de Rayo, y queden ahí como una promesa de redención hecha á los hijos de una raza tres veces desgraciada!

Cuando llegue la época, cuando alborée la luz del nuevo día, ¡oh! entonces la Nación Argentina, fuerte y grande por la educación de sus hijos, podrá mirar de frente al porvenir, sin temor á vampiros que chupen su sangre ni á tiranos que la hagan doblar la cerviz.

Pero antes, mientras suena la hora, á cuántos como Patricio Rayo les faltará la resignación, la energía moral para sobreponerse á la desgracia?...

¡Ah! Dios lo sabe!...



# CARMEN

---

## I

Es cosa muy común en las personas jóvenes, y aun en las que no lo son, ocurrir á las novelas más ó menos trágicas, pero eligiendo siempre los más románticos autores, en busca de impresiones fuertes, con la idea de estudiar en sus páginas el mundo y el corazón humano.

¡Grande engaño es ese!

Por mucha que sea la habilidad del escritor, por rica de colorido que sea su paleta, no hará jamás otra cosa que delinear á grandes rasgos y de una manera imperfecta los cuadros formidables que el mundo á cada paso nos ofrece.

Y tengo para mí, que si después de haber leído infinidad de novelas, tendemos la vista sobre la sociedad en que vivimos y tratamos de estudiarla en sí misma, se ofrecerán á nuestra vista atónita dramas tan complicados y terribles como jamás los soñó nuestra fantasía, como nunca han sido trasladados al papel; y conociendo los actores, siendo testigos de todas las peripecias de su existencia; recogeremos más enseñanza en un minuto de observación personal que en largos años de profusas lecturas.

He leído muchas novelas, muchas, pero la impresión que las mejores me causaron, se ha desvanecido siem-

pre al arrojar una mirada sobre el medio social en que vivo, porque al concluir de leer, dudaba; pero no es posible dudar cuando conocemos los actores del drama que ante nosotros se desarrolla, cuando hemos respirado el mismo aire que ellos, gozado y sufrido en su compañía.

Queda en el alma entonces una impresión indeleble que jamás se borra, una tristeza dulce pero eterna, que trae siempre á nuestra imaginación el recuerdo de los que fueron.

Y tal sucede en todas las cosas:—Si os dicen que un amigo vuestro ha muerto, os encontrareis sorprendidos, llorareis, pero el tiempo quitará su imagen de vuestra retina; mas, asistid á la agonía del mismo, escuchad sus palabras postreras, recibid su último suspiro, y siempre presente en vuestra memoria, creereis verlo *en el centellear de la estrella que os envía su pálida luz*, creereis escucharlo en el susurro de la brisa, en el canto del ave, y su recuerdo os acompañará hasta el sepulcro.

¡Ah! Yo he conocido, yo he estrechado la mano del ser infeliz que llenará con su figura el fondo de estas páginas fugaces, le he acompañado en sus momentos de brillo y opulencia, y he sufrido por él cuando la suerte adversa le puso ante mis ojos, solo, abandonado á merced de las borrascas de la vida, encenagado en todos los vicios, con el estigma del crimen en la frente, apagado por helado soplo el fuego de su hogar....

Es un drama sencillo como la verdad.

Es una piedra preciosa que desde elevada cima corre á precipitarse en el abismo profundo.

Una niña inocente que, enamorada de un hombre indigno de sus virtudes y belleza, lo hace dueño de su alma y su mano, y abandonada más tarde, con un hijo, fruto de sus malhadados amores, sin medios para vivir, se entrega á los halagos y tormentos del vicio, goza, sufre, y desaparece de la tierra.

Así fué su existencia.

Y ¿no vemos á cada momento ejemplos iguales en el mundo?

## II

La Ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz, fundada por don Juan de Garay en 6 de Julio de 1573 sobre la margen del Riachuelo Callastá ó Colastiné, brazo del Paraná, no ofrecía en 1870 el aspecto atrayente de una población comercial y moderna.

Largas, largas y anchas calles de negra tapia, cortadas por uno que otro edificio moderno, pero de poca importancia, algunas iglesias antiquísimas, monumentos semi-derruidos de la época colonial, tres ó cuatro conventos de frailes, entre los cuales descollaba por su magnitud el Colegio de la Inmaculada Concepción, á cargo de los Jesuitas—tal era Santa Fé en la época de mi arribo á sus playas.

Yo debía ingresar al mencionado Colegio de los Jesuitas: así lo habían dispuesto los encargados de mi educación; pero quiso la casualidad, que antes de penetrar á los sombríos claustros en los cuales poco tiempo permanecí y en los que coseché, á falta de mejores semillas, dudas terribles que aún en el día me acosan, fuera presentado en la casa de los señores de N. y admitido en ella casi como miembro de la familia.

Allí conocí á Carmen.

Yo era un niño y ella una señorita, pero adiviné por intuición que bajo su seno mórbido latía un corazón generoso, que bajo las hebras de ébano de su cabello había un alma tan bella como las facciones de aquella mujer angelical.

Grandes, negros y expresivos eran sus ojos, sombreados por larga y rizada pestaña, y pude leer en

ellos cuando á hurtadillas derramaban una lágrima ardiente y silenciosa, algo así como la revelación involuntaria de una pasión inmensa y comprimida.

La vez primera que la ví llorar, sentí bullir en mi pecho todo un mundo de sentimientos, hasta entonces para mí desconocidos.

¿Estaba yo enamorado?

No, por cierto.

Amaba á Carmen como un hermano á otro, pero con cariño inmenso y entrañable, y sus lágrimas me dijeron, según lo supe después, que había en sus ojos una imagen amada y siempre fija, que en su seno anidaba un amor gigante, puro, y que no era ó no podía ser santificado.

Carmen sufría, sufría de una manera infinita, y yo, niño inocente que nada sabía de los grandes dolores del corazón humano, sentía, no obstante, caer en el mío, como gotas de plomo derretido, las lágrimas de mi amiga querida.

### III

El 4 de Marzo se abrieron las aulas del Colegio nombrado, y por lo tanto, había llegado para mí el momento de empezar las tareas del estudio.

Abandoné pesaroso la casa de los señores de N., quienes, colmándome de obsequios, me despidieron afectuosos.

Carmen me dió un beso en la frente, y sentí entonces que mis mejillas se humedecían.

Ingresé al Colegio llevando el número 83 en la Sala de los pequeños, y al siguiente día comencé mis estudios de latinidad.

Hice rápidos progresos en la Gramática de Nebrija y el Epítome de la Historia Sagrada.

El primer mes obtuve una medalla de honor, y el segundo una de honor y otra de distinción.

Los domingos recibía por docenas testimonios de buena conducta, que yo, creyendo que mi buena estrella no había de eclipsarse, negociaba con mis compañeros, cambiándolos por imágenes de santos; más duchos ellos que yo en los percances de la vida estudiantil, los reunían avaros para saldar pequeñas deudas de des aplicación.

La cosa marchaba para mí viento en popa.

Estaba encantado con las largas sotanas y sombreros DE TEJA de los Seminaristas, aspirantes á sacerdotes, que tenían, entre otros, el envidiable privilegio de saborear mejores viandas que nosotros, y solicité ser admitido en su clase. Quería parecer un PADRECITO, quería ser jesuita.

¡Cuántas ilusiones color de rosa forjó mi imaginación juvenil!

Prometióme el Prefecto de Estudios acceder á mis deseos, previa consulta á mi familia, y.....¡suerte fatal la mía! cuando esperaba ansioso la resolución de los encargados de mi educación, cuando soñaba vestir el hermoso hábito que debía distinguirme de mis compañeros, oí un domingo, con asombro, leer en el comedor las calificaciones siguientes:

### NÚMERO 83

Optimo en clase.

Id. en comportamiento en el Colegio.

Notable en aplicación.

MALO en Religión!

La última nota era un terrible óbice á mis deseos de ingresar al Seminario.

Averigüé la causa, y supe con dolor que se me imputaba una gravísima falta.

José Perez, un discípulo, había asegurado, bajo fé

de juramento, que yo no creía que el diablo pudiera tomar la forma de gato negro.

El pecado era en verdad, tremendo, y lo peor para mí, que hasta cierto punto, me reconocía culpable.

¿Qué hacer en tan grave trance?

Lloré, me confesé.....

Mi padre espiritual me impuso la penitencia de comer solo, en una mesa separada, durante 15 días.

Todo fué inútil.

Aquel mes no recibí medalla alguna, perdí las antes obtenidas, y quedé inhabilitado por el término de ocho semanas para salir solo del Colegio.

Sufri resignadamente las penas á que me había hecho acreedor por mi blasfemia horrible.

#### IV

Cuando venció el tiempo de mi reclusión, volé, mejor que corrí, á casa de los señores de N.

Habían extrañado mi larga ausencia, y cuando les conté avergonzado la causa de mi arresto, observé que todos los presentes hicieron un gesto que tomé por un reproche á mi conducta, y que después he interpretado de una manera diferente.

Aquello me humilló hasta el extremo.

Confuso, pregunté por Carmen, que no se hallaba allí en aquel momento.

—Está en la quinta—me dijeron.

Corrí á la quinta.

Al pié de un hermoso naranjo que sombreaba una gran parte del jardín, había un banco rústico de piedras.

Sobre ese banco había un papel perfumado y húmedo, como si hubiera caído sobre él copioso llanto.

Curioso, miré á uno y otro lado, temeroso de ser visto, abrí el papel y me dispuse á leerlo.

El corazón me anunciaba que iba á descubrir el misterio de la tristeza perenne de mi amiga.

He aquí lo que leí:

“Mi ángel adorado:

“Me amas y sabes que mi corazón corresponde á los amorosos latidos del tuyo. Creo que por el momento, debe bastar eso para nuestra felicidad.

“Si hay seres en el mundo, seres para tí queridos, que se oponen á que santifiquemos nuestro amor al pié de los altares, ¿qué importa? Confiemos en Dios, persistamos en nuestros propósitos, y que no nos abandone nunca la esperanza.

“Algún dia.....”

Alguien á quien yo no había visto arrebató el papel de mis manos.

Era Carmen.

La miré, bajé los ojos, volví á mirarla, y.....

—¿Por qué has leído este papel?—me dijo.

—Porque deseaba conocer la causa por la cual estás siempre triste.

—Y la conoces, ahora?

—Claro, desde que he leído la carta.

—Pues bien, no lo digas á nadie.

—Te lo prometo, si me dices cómo se llama tu novio.

—Se llama Jorge.

—Y cuándo te casarás con él?

—Cuando mamá nos dé su consentimiento.

—Es ella la que se opone?

—Sí.

—Y nadie más?

—Nadie.

Iba á continuar en una interminable serie de preguntas, cuando anunciaron que el almuerzo estaba servido.

Carmen me tomó de la mano y nos dirigimos al comedor.

Parecióme que la mano de mi compañera temblaba.

## V

Carmen era huérfana de padre.

Su señora madre estaba casada en segundas nupcias con el valiente coronel N., quien profesaba á la bella niña un afecto tan sincero como á sus propios hijos.

La comida fué, contra lo que yo esperaba, alegre y animada.

Se encontraba presente el doctor Kein, amigo de la casa.

Rodando la conversación sobre diversos asuntos, vino á parar, con grave confusión para mí, en el de mi dilatada reclusión.

—Lucio—dijo el Coronel, señalándome con el dedo—ha estado preso dos meses por haber dicho que el diablo no tiene la forma de gato negro.

Sentí que se me subía toda la sangre á la cabeza; miré á Carmen y clavé los ojos en el plato.

—Valiente pecado!—exclamó el Dr. Kein.—Es así como se acostumbra á los niños á creer en supersticiones cridúlas, á ser una especie de idiotas que tiemblan hasta de la sombra de su cuerpo.

—En eso consiste, precisamente, todo el plan de educación jesuítica—dijo el Coronel.—Su primer afán, como educacionistas, es apoderarse del ánimo de sus discípulos por medio del terror. Cuéntales noche á noche historietas espeluznantes, en las que los diablos, aparecidos y condenados, juegan siempre el papel principal. La imaginación impresionable de los niños queda aterrada; desde entonces ellos los dominan, y hacen cera y pábilo de los educandos

Yo no volvía de mi asombro.

¿Pues no se atrevían allí á criticar á los reverendos padres de la Compañía de Jesús!.....



Con razón había oído decir que el Coronel era masón. Solo siéndolo, podía hablar semejantes atrocidades.

—¿Por qué dijiste—me preguntó Carmen—que el diablo no podía ser gato negro?

—Yo no dije eso.

—Y entonces?

—Dije que un gato negro que habían echado al Colegio, no era el diablo; pero José Perez lo contó de otro modo.

—¿Quién echó el gato?

—Un muchacho del almacén de enfrente.

—A ver? cuéntanos eso; será, probablemente, una historia curiosa.

Yo no sabía negarme á un pedido de Carmen.

Así, de buena ó de mala gana, conté ingénuamente lo que sigue:

—Era un día jueves. Acabábamos de llegar del *Campito*, adonde habíamos ido á paseo, y el Padre B. nos contó que un joven que estaba por ordenarse de sacerdote, asistió á un baile la noche antes del día en que debía cantar misa; en el baile vió una niña que le inspiró un mal pensamiento, y al día siguiente lo encontraron muerto en la cama y del color del carbón, como si Satanás lo hubiera abrasado.

Mis oyentes hicieron un movimiento de disgusto.

—Y después?—dijo Carmen.

—Después nos quedamos todos dormidos en los bancos del estudio. Como á la media hora me recordé á los gritos de "¡el diablo!.....el diablo!" que daban mis compañeros, y sentí un ruido como si el mundo se hiciera pedazos. Subíme encima del banco y ví á una porción de mis condiscípulos caidos en el suelo, sobre los cuales pasaban corriendo los demás, que con ademanes de horror y desesperación, se daban de golpes por conseguir agarrarse de la sotana del catedrático, y ví también un gato negro, rodeado de fuego, que corría por el

salón haciendo un espantoso estrépito, como disparos nutridos de fusilería.

Y tú ¿qué hiciste?

Tuve miedo, mucho miedo, pero acordándome que el profesor tenía tonsura y que el espíritu malo no se aproxima á los tonsurados, corrí adonde él estaba y conseguí colgarme de una de sus manos.

Algunos de mis oyentes sonrieron de una manera especial.

Aquella risa me pareció mefistofélica.

Carmen me dijo:

-- Prosigue.

Prosegui:

—Y hubo gran barullo en el Colegio, en el cual tomaron parte todas las clases. Cuando cesó el tumulto encontraron en el cuarto de música, debajo del piano, el gato en cuestión. Estaba el pobre animal completamente desollado. Se hicieron muchas averiguaciones y se llegó á saber, según oí decir á uno de los celadores de nuestro dormitorio, que un estudiante externo había empapado en aguardiente al gato, rodeándolo de cohetes y petaquillas explosivas, y cuando calculó que nosotros dormíamos (porque siempre, después de paseo, dormimos una hora recostados sobre los bancos, antes de ir al comedor), prendió fuego al aguardiente y arrojó al animal por una de las ventanas que dan á la calle en nuestra sala de estudio. <sup>(1)</sup> Yo conté lo que había oído á José Perez, y él me delató diciendo que yo negaba al diablo la facultad de tomar la forma de gato negro.

—Estos jesuitas forman un escuadrón negro!—dijo el doctor Kein.

---

(1) Rigorosamente histórico. La escena sucedió á mediados del año 1870. Los estudiantes que en aquella época se encontraran en el referido Colegio, deben recordarla.

—Mandado por expertos generales!—adicionó el Coronel.

Yo me persigné y nos levantamos de la mesa.

## VI

Como era aún muy temprano y no debía volver al Colegio hasta las cinco de la tarde, rogué á Carmen que me llevara á paseo, lo que hizo complacida.

Fuimos al puerto, y oyendo al poco tiempo los acordes de una música militar, volvimos á la plaza.

Este paseo público de Santa Fé, no tenía en aquella época, ni tiene aún, nada de notable.

La Iglesia Matriz en un ángulo, la de la Merced en otro, el Cabildo, que carecía de torre, una especie de reñidero de gallos en el centro, donde se colocaba la banda de música, un ancho veredón de baldosas y algunos bancos bajo las calles de árboles: hé ahí todo. Ni estatuas, ni fuentes, ni flores... Es verdad que á este respecto, no es á la Municipalidad de Santa Fé á la que más duramente pudiera acusarse...

Al pasar frente al *Café de Echagüe* noté que un joven de bella presencia, que á lo sumo contaría veinticinco años de edad, hacía á Carmen un cortés saludo.

Esta se puso del color de la grana.

—Es ese Jorge?—le pregunté.

—Ese es.

—Parece ser un buen mozo...

—Cállate, niñito!—dijo mi acompañante, poniendo su linda mano sobre mi boca.

Al llegar á Cabildo, otra vez Jorge. Nuevo saludo y nuevo rubor en Carmen.

—Vámonos!—dijo ésta.

Obedecí, llegamos á su casa, y una hora después estaba yo en el Colegio, inclinado sobre mi banco de trabajo.

## VII

Fatigaría la atención de mis lectores si hubiese de contar todas las peripecias de mi vida de colegial, que en manera alguna interesan á la presente narración, pero eso no obstante, quiero decirles cuál fué la causa de que abandonara las aulas, no por lo que á mí me importa, sino por lo que pudiera aprovechar á los jóvenes estudiosos, para no cometer las faltas en que incurri por imprevisión.

Ocho meses habían pasado desde mi ingreso al Colegio.

Habíase ya olvidado mi falta de antaño.

Tenía nuevamente de mi parte á la veleidosa fortuna.

Volvía á soñar ¡qué delicioso sueño! en ser seminarista.

¡Cuántas ilusiones! ¡cuántas esperanzas!

Un día, fin de mes, todos los estudiantes nos habíamos confesado y debíamos comulgar en la mañana siguiente.

Por mal de mis pecados, encontré al lado de mi cama un gran cajón de dulces y masas que me enviaba mi familia.

Hice circular la grata nueva entre mis compañeros, y á altas horas de la noche, deslizándose como gatos en medio de las tinieblas, olvidados de que habían pasado las 12 p. m., dieron, y yo con ellos, furibundo asalto á las golosinas llegadas de lejana tierra.

Á la hora de la misa, comulgamos.

El implacable Perez delató el sacrilegio que habíamos cometido.

El Domingo siguiente se leyó en el comedor la siguiente laconica calificación:

### NÚMERO 83

*Pésimo en todo y despedido del Colegio...*

La familia del Coronel N., y Carmen especialmente, fueron el paño de lágrimas que enjugó las mías en tan cruel emergencia.

### VIII

Tristes, muy tristes fueron para mí los días que sucedieron á mi separación del Colegio.

Temía los reproches de mi familia, la burla ó el desprecio de mis condiscípulos, creía observar en todos los rostros miradas de reprobación ó de lástima.

¡Ay! yo había cometido un horrendo pecado!

Pero la imaginación de los niños, de suyo tan impresionable, tiene por lo común la facultad envidiable de olvidar fácilmente, y en aquella época, sucesos de otro género borrarón bien pronto de la mía los funestos recuerdos que me preocupaban.

La esposa del Coronel N. cayó al lecho gravemente enferma, ¡ay! para no levantarse más...

El día mismo de su muerte, rodeada de todos sus deudos, presente la esposa del Dr. Kein, que era amigo, como antes lo dije, y también el médico de la casa, llámola á su lado, y con voz débil pero firme, le dijo:

—Carmen, hija única de mi primer matrimonio, va á quedar sola sobre la tierra, y heredera de una gran fortuna. Aunque mi esposo, el Coronel, es un cumplido caballero y la quiere con idolatría, no sería prudente que ella permaneciera á su lado después de mis días. La

confío á los cuidados de Vd., quiero que viva en su compañía, deseo que sea Vd. su segunda madre.

—Señora—respondió la esposa del doctor:—Carmen tiene un novio. Abrigo la creencia de que tanto ella como Jorge se quieren con vehemencia. ¿No sería más prudente que Vd. diera á su hija el compañero que su corazón anhela?

La enferma miró de uno en uno á todos los presentes.

Parecióme que, reconcentrada en sí misma, meditaba:

—Sea!—murmuró al fin,—pero que se casen ya, aquí, á mi vista.

Ahorro detalles.

Llamóse á Jorge y á un sacerdote.

Efectuóse el matrimonio.

Aquel enlace no podía ser alegre: se hacía en presencia de un moribundo.

Concluída la ceremonia, ambos desposados inclináronse sobre el lecho, solicitando la bendición de la enferma.

Esta había entrado en el período de la agonía.

Abrió débilmente los ojos, alzó las manos, apoyólas sobre la cabeza de los cónyuges, y con voz entrecortada por el hálito helado de la muerte:

—Que seais felices... ¡hijos míos!—murmuró.—Yo... os... bendigo... Pero ¡ay!... tengo... un... presentimiento... futuras... to!

Y espiró.....

.....

Pasados los primeros días después de la desgracia, Jorge y su esposa partieron para Buenos Aires, y yo para mi pueblo natal.

Carmen y yo nos despedimos con las lágrimas en los ojos...

## IX.

El tiempo todo lo borra.

Once largos años después de los sucesos narrados, solo quedaba de ellos en mi memoria, algo semejante al recuerdo de una agitada pesadilla.

Acontecimientos numerosos, aspiraciones, sentimientos nuevos, ilusiones, desengaños, esperanzas, el estudio, la edad, mil otras causas, en fin, contribuyeron de consuno á alejar de mí las impresiones de aquella época remota.

Era entonces un niño, ahora un hombre.

Jamás imaginé encontrar de nuevo en mi camino á la dulce amiga de mi infancia.

Y en qué estado!..... ¡Dios mío!.....

En 1882, con motivo de la Exposición Continental de Buenos Aires, hice un viaje de recreo desde aquella capital á los pueblos que recorre la importante vía férrea del Oeste.

Hallándome en la ciudad de Mercedes, ocurrióseme visitar, entre otros establecimientos públicos, el Hospital de Caridad.

Es aquella una casa humilde, de pobre apariencia, sin pretensiones arquitectónicas de ningún género, pero que tiene el indisputable mérito de haber sido hecha y de ser exclusivamente sostenida por el pueblo. Al menos, así me lo dijo la amable Hermana de Caridad que me acompañaba.

Honra y prez á los pueblos que, debido á sus propios esfuerzos, poseen esos bendecidos asilos del mendigo, el enfermo y el huérfano!

Gloria y alabanza á las heroicas mujeres, que con ab-

negación sin nombre, renunciando á todos los atractivos de la vida, abrazan el santo apostolado de la miseria y la desgracia!

Pero..... adelante!.....

Recorriendo una de las salas del Hospital ví, sentada sobre una silla de madera pintada de negro, una mujer cuya existencia parecía irse consumiendo por grave y lentísima enfermedad. Así lo indicaban su tez amarillenta, sus ojos hundidos y vidriosos, sus mejillas descarnadas, su larga y entrecana cabellera.

Había en su rostro, sin embargo, ciertos rasgos distinguidos que contrastaban duramente con su aspecto miserable.

Desde luego, agolpáronse á mi memoria yo no sé qué reminiscencias de épocas lejanas.

Parecióme que aquella infeliz no era para mí un ser completamente desconocido.

La curiosidad me aguijoneaba.

—¿Quién es aquella mujer?—pregunté á la Hermana María.

—Es una infeliz medio demente y en el último grado de tísis; un mundo de enfermedades la agobia. Se encuentra aquí á disposición del señor Juez del Crimen del Departamento.

—¿Ha cometido algún delito?

—Sí, dió muerte á su amante en un acceso de celos. Su vida es toda una historia.

—Su nombre?

—Parece que no siempre ha llevado uno mismo, pero se sabe que recibió en la pila el de Nuestra Señora del Carmen.

—¿Se ha averiguado algo con respecto á su origen?

—Sí: aseguran que su madre fué casada con el valiente coronel N., de la Provincia de Santa Fé, pero ella no es hija de ese matrimonio.

—¿Es casada?



—Sí, y no, porque no vive con su esposo, el cual se llamaba Jorge B.

Yo lo presentía por una intuición misteriosa, pero aquellas revelaciones me hicieron el efecto de un rayo caído á mis plantas.

No podía apartar mi vista del sitio en que se hallaba la muger de tez amarillenta.

—¿Quereis ver la Capilla?—me preguntó la Hermana María.

—Después. Por ahora preferiría que se me permitiera hablar con aquella enferma. Tengo curiosidad de saber su historia.

—Lo consultaré con la Superiora.

—Esperaré su decisión.

Mi acompañante salió de la sala.

Yo quedé abismado en un mundo de téticas reflexiones.

Por fin, volvió la Hermana María.

—La Superiora accede á vuestros deseos—me dijo—pero la entrevista que solicitais no tendrá lugar en este sitio.

Condújome á una pequeña pieza del departamento opuesto, alejóse, y al poco rato volvió acompañada de la enferma á quien debía yo hablar.

—El señor—díjole la Hermana, indicándome con la mano,—desea conversar contigo.

—No estará de más *si me trae algo*—respondió.

Ofrecíla una pequeña limosna, que aceptó con desparpajo y sin darme la gracias.

Pidióme cigarros.

Se los dí, encendió uno y se puso á fumar con aire de complacencia.

Yo estaba absorto....

## X

Por último logré despegar mis labios.

—Habrá extrañado Vd. mi curiosidad—la dije.

—No; lo que sobran son curiosos, y la mayor parte no le dan á uno un cobre partido por la mitad.

—Me interesa saber su historia, porque creo que Vd. no es para mí desconocida.

—¡Oh! no es extraño! Yo he tenido muchos conocidos....

Y acentuó maliciosamente la última palabra.

—No!—repliqué.—La he conocido cuando yo era un niño, en circunstancias en que Vd. estaba enamorada de un joven llamado Jorge.

—Sí? Buen pícaro era! Y usted ¿cómo se llama?

—Lucio Orfilio.

—Ah! ya me acuerdo... ¿Usted era un *muchacho* que echaron los jesuitas del Colegio de Santa Fé, porque había comido unas masas antes de comulgar?

—Precisamente.

No observé en ella la más leve conmoción. Mi alma se hacía pedazos al contemplar la trasformación horrible sufrida por la dulce amiga de mi infancia.

—¿Y su esposo?—le pregunté.

—Jorge? Era un bribón. Vivió un año conmigo. Tuvimos un hijo que después murió. En cuanto á él, no sé *qué burro* habrá corrido..... Yo era buena, virtuosa, como usted me conoció. El perdió en el juego todo lo que teníamos, y después cometió la vileza de abandonarme cuando hubo fiebre amarilla en Buenos Aires. Jorge no conoció á su hijo, porque Enrique nació después que aquél había huido. Y..... ¿qué había de hacer?.....

—¿Quedó Vd. pobre?

—No se lo he dicho ya? Fundida, *como candel sin sebo*.

—¿Y qué hizo Vd. en trance tan angustioso?

—Éché la vergüenza á la espalda y *tomé la calle del medio*.

Las palabras que subrayo, son textuales.

—¿Sufriría Vd. gran miseria?

—Al principio sí. Primero me festejó un General, y no le hice caso; pero después, como no tenía que comer, me le dí por querida.—Pronunció aquí una frase que no puedo reproducir, y continuó:—Después viví con un abogado, después con un tendero. El año pasado *me enganché* con un napolitano organista, pero como conocí que me hacía malas jugadas lo hice emborrachar una noche, y cuando estaba dormido lo maté.

—Es esa la causa de su prisión?

—Es la única, pero *me achacan* que si maté al *órgano* (al organista) fué por robarlo, y eso no es cierto.

—¿Y no siente Vd. remordimientos por el crimen consumado?

—Oh! no embrome....

—¿Nada recuerda Vd. de su edad juvenil? ¿Nada de sus hermanos, de sus padres, de sus amigos de la infancia?

—Y para qué he de acordarme?

—¿No se siente con fuerzas para abandonar el camino del vicio, y ser lo que antes era, virtuosa, humilde.....?

—No sea Vd. *zonzoso!*—exclamó cortando mi palabra, y, sin darme tiempo para continuar, salió de la habitación.

Escenas son estas de la vida real, en las que apenas me he permitido cambiar los nombres de los personajes y el sitio de la última.

He sabido posteriormente, que Carmen, la pobre Car-

men, aquella niña inocente que conocí en Santa Fé, siendo el orgullo de sus padres y de la sociedad á que pertenecía, murió en el mismo hospital donde la ví por vez postrera.

Había recorrido todas las escalas del vicio!.....

## XI

Y bien!—¿Podeis sondar el inmenso abismo que média, abismo moral de atroces sufrimientos, desde el dia en que me separé de esa mujer infeliz en las playas de Santa Fé hasta el momento de su muerte?

¿Os explicais el cambio espantoso de su fisonomía, de sus hábitos, de su lenguaje, de sus sentimientos, de su posición social?

¿Vislumbrais las borrascas tremendas que han despedazado ese corazón?

¿Podeis pesar los quilates de sufrimiento que esa débil organización ha resistido sin estallar?

Y ¿sobre quién debieran recaer, en justicia, sus vicios, su deshonra, sus dolores, su crimen?.....

Ante la lúgubre elocuencia de los hechos, solo puede hablar el corazón.

Mi pobre pluma, nada, absolutamente nada puede agregar.

Recordaré, empero, que al empezar esta relación, dije que era un drama sencillo como la verdad.

Una piedra preciosa, que desde elevada cima corre á precipitarse en el abismo profundo.

Una niña inocente, que enamorada de un hombre indigno de sus virtudes y belleza, le hace dueño de su mano y su alma, y abandonada más tarde, con un hijo, fruto de sus malhadados amores, sin medios para vivir,

---

se entrega á los halagos y tormentos del vicio, goza,  
sufre y desaparece de la tierra.

Así fué su existencia.

Y..... ¿no vemos á cada momento ejemplos iguales en  
el mundo?

## UN CUENTO COMO HAY MUCHOS

---

DEDICADO Á LOS QUE NO SABEN LEER

Lector:—Me tacharás de poco serio al leer (si es que sabes interpretar los signos de la escritura) la dedicatoria que me ha parecido bien hacer de las líneas que ahora trazo, aprovechando ratos perdidos, que por desgracia tengo tantos, pero también me place pasar por alto el calificativo que me des, y esto por dos razones:—primera, que como Mariano Chacel yo pienso, “es flaco el *qué dirán* como una espada, y el *qué se me dá á mí* tiene papada,” y la segunda que escribo como Espronceda, *sin ton ni son y para gusto mio*. Voy no obstante, á hacerle una amistosa advertencia:—Si eres amigo del sentimentalismo, si te encanta encontrar en una novela las aventuras del amor romántico, desafíos y suicidios, puedes dispensarte el trabajo de cansar tu vista recorriendo estas mal hilvanadas líneas, pues tales temas le están vedados á mi pobre pluma. Una vez, en 1876, escribí algunas cuartetas, octavas, seguidillas y tercetos á los que di el título bien romancesco de *Una historia de amor*, la que se publicó en *El Obrero* del Pergamino, y á los tres dias, el periódico había perdido cincuenta suscriptores de los que pagaban bien. En 1887, redacta-

ba *El Herald* de San Nicolás, y se me ocurrió escribir en prosa una novela del género heróico, y créemelo, lector, le pareció á cierto perillan que tenía dos caras, como Jano, darse por aludido, y si no es por un prudente consejo que le hice dar á tiempo, me lleva al Jurado y me compromete en declaraciones que me convenía no hacer.

Comprenderás ahora por qué no te prometo presentarte héroes, ni románticos, ni duelos, ni ahorcados (que tanto abundan de los últimos en los tiempos que alcanzamos), pues ni quiero perjudicar á este periódico, ni que me lleven al Jurado, ni romperme la cabeza contra un poste al dar vuelta la primer esquina. Hecho este exordio, lee si quieres, y de nó devuélveme los originales, que yo daré al papel algún destino.

## I

Es el caso de mi verídica crónica, que en la calle de San Bomba de un pueblo cuyo nombre no recuerdo, vivía doña Mariquita Cienfuegos de Unrayotemate, viuda del célebre Doctor X, y acaudalada con la cuantiosa fortuna por aquél adquirida en largos años de ímprobo trabajo. Acompañaban á la referida dama, Tecla, Ildefonsa, Telésfora, y Torcuata, todas hijas suyas y de una edad aproximada, pues siguiendo el orden cronológico de los diversos alumbramientos de doña Mariquita, Tecla, la mayor de todas, solo excedía en cuatro años á su hermana Torcuata, la menor de las *niñas*, que, si bien casaderas, no habían llegado á la edad en que se da á la mujer el triste calificativo de solterona. Honestas y laboriosas, se estimaban mutuamente, y bien al revés de su madre, practicaban las virtudes de su sexo, sin avergonzarse del trabajo

manual, á que gustosamente se dedicaban. Sencillas, tanto en sus trajes como en sus costumbres, habrían hecho la felicidad de aquellos á quienes se hubieran unido, pero hé aquí el caso de demostrar que una mala madre, cualquiera que sea su posición en la sociedad, hace la desgracia y la deshonra de todos los seres que la rodean, aun la de sus propios hijos, envolviendo á todos en su ignominia y su vergüenza. (No creas, lector, que me sentimentalizo.)

Pues señor:—Doña Mariquita Cienfuegos de Unrayotemate, era, á pesar de sus cincuenta inviernos, más crudos que los de Siberia, amiga entusiasta de los bailes y demás diversiones, que en justicia deben reservarse á la primavera de la vida, decidida amante del fausto y de las apariencias, como también en extremo afecta á que un coro de amartelados galanes le cantára al oído dulces idilios, alabando su hermosura (de albayalde y cosmético), considerando como su mayor triunfo arrebatarse la palma de las atenciones y preferencias sociales á señoritas que podían ser sus nietas.

Esto sentado, y sabiendo que poseía una fortuna, una reputación en la sociedad usurpada al verdadero mérito y el plausible pretexto de proporcionar diversiones á sus hijas, nadie abrirá los ojos al noticiarse de que tal señora abría con frecuencia las puertas de sus salones, dando entrada en ellos á los concurrentes á sus saraos, dignos por su lujo y animación de ser cantados por los poetas orientales.

Tal conducta no podía menos de estragar la ya vacilante virtud de doña Mariquita, dando pábulo á la maledicencia del público, con grande perjuicio de la reputación y bienestar de su familia, la que veía desaparecer sus bienes juntos con su buen nombre y aprecio social.

Sucedió varias veces, que las señoritas, justamente alarmadas por los locos devaneos de su madre, se aper-



sonaron á ella en comunidad, y hablando Tecla en representación propia y de sus hermanas, la hizo presente lo poco arreglado de aquella vida, los rumores maléficos á que daba lugar, y en fin, la conveniencia moral y material de ceñirse á un régimen adecuado á su estado de viudez; pero doña Mariquita contestaba con evasivas, con arranques de fingida indignación ó con sarcásticas carcajadas.

Los saraos y los banquetes seguían, y la viuda del honorable Doctor X no se excusaba de ir esta noche al teatro y mañana al paseo en compañía de alguno de sus adoradores, dejando en su casa á sus hijas, que, según ella, habían nacido más para monjas que para mujeres de sociedad.

## II

Pasaban así el tiempo, la madre paseando y derrochando, y las hijas devorando lágrimas y vergüenzas, sin que incidentes notables cambiaran la vida rutinaria á que madre é hijas se habían entregado, cuando un día, á la hora de la comida y después de una noche de baile, doña Mariquita presentó en su mesa á un caballere pisa-verde, conocido por sus calaveradas y trampas sin número, el que la noche antes había sido su más consecuente amador.

Durante la comida, en que las jóvenes derramaban lágrimas de pura indignación, doña Mariquita y don Enrique Ambrosio de Matalased, que así se llamaba el susodicho, sostuvieron un diálogo animadísimo, al cual no faltaron lánguidas miradas, suspiros y apretones de manos, el que concluyó de la siguiente significativa manera:

—¡Oh! nunca permitiré,—decía doña Mariquita,—una

cosa semejante, pues Vd. sabe que siempre estoy pronta á socorrer á mis amigos en desgracia, y hoy mismo giraré á su favor para que pueda satisfacer esa deuda.

— ¡Ah! decía Matalased, ¿cómo pagaré tanta fineza? Me evitas la deshonra, me tiendes una mano generosa, y yo solo puedo ofrecerte. . . . .

En este momento Ildefonsa cayó desmayada, Tecla y sus hermanas la trasladaron al lecho para prodigarle algunos auxilios, la casa se convirtió en un verdadero infierno, vino el médico, volvió en sí la enferma, pero la última palabra se había pronunciado respecto á la ruina de aquella familia, y era difícil, si no imposible echar un puente en el abismo que se había cavado en el seno del hogar.

Doña Mariquita, pasada la primer borrasca, giró á favor de su amante por la suma de ocho mil patacones, y éste, instalado en una casa de la vecindad, pasaba las horas y aun los días al lado de la que había ya pisoteado la huesa donde dormía el sueño de la muerte su infeliz esposo, digno, por cierto, de haber encontrado otra madre para su hijos y mejor guardián para su honra.

Naturalmente, levantóse furibunda grita en toda la sociedad cuando, á pesar de las precauciones tomadas, se divulgó el suceso; los salones de doña Mariquita se vieron abandonados de la gente honrada, y ella, pródiga para con su Adán, como cruel para con sus hijas, se consolaba del desprecio social con la idea de llamarse más tarde esposa del que, con la honra, iba poco á poco quitándole sus caudales.

¡Triste esperanza! Como si la mancha del crimen grabada con indelebles caracteres en la frente de la mujer perjura, pudiera borrarse con un ceremonial más ó menos fastuoso. . . .

¡Ah! Si la mujer, la madre de familia, al entregarse á una pasión criminal, considerara que envuelve en su

ignominia á sus hijos, esos pedazos de su corazón, cuántas desgracias y cuántos vicios se ahorraría la pobre humanidad!...

Pero dejemos rodar la bola, que no somos nosotros los que podemos detenerla, y si el diablo ha hecho el mal, que Dios nos mande el remedio.

### III

Es bien sabido que cuando se da el primer paso en la pendiente del vicio, no se para hasta el abismo, y así, doña Mariquita consintió en que Matalased tomara habitación en su propia casa, acompañándola á todas partes, mientras con un pretexto ú otro, le iba arrancando sendas cantidades de dinero y hasta escrituras de simulada venta de algunas de sus propiedades.

Tamaño escándalo y tales despilfarros, obligaron á las señoritas á llamar á un párroco amigo y pariente suyo, el que informado de lo que pasaba, ofrecióles hacer cuanto estuviera de su parte para sustraerlas á la vorágine que amenazaba envolverlas en inevitable ruina.

Efectivamente, aquel mismo dia presentóse el sacerdote á doña Mariquita, y sin darle á comprender que obraba por indicación de sus hijas, pues esto habría sido esterilizar de antemano sus esfuerzos, abordó de lleno la cuestión diciéndole:

—Señora: Dios y la sociedad, la Naturaleza misma, obligan á la mujer á observar una conducta recatada y honesta, cualquiera que sea su estado en la vida, previniendo que la corrupción de la mujer engendraría la de la especie humana, la más grande y perfecta de las obras divinas, y es necesario tener presente que las leyes divinas y naturales, no se violan impunemente jamás. Si las sociedades castigan á la joven soltera é inex-

perta, que llevada fatalmente por los ardores del primer amor, sacrifica su pureza, y no la castiga solamente en su persona sino que, por una aberración incomprensible, castiga también á su inocente hijo, ¿cuál será el castigo proporcional para la mujer casada que olvida la fé jurada ante los altares, ó para la viuda que va como los buitres á escarbar los sepulcros, para profanar con sus vicios la memoria de un hombre que debiera serle doblemente sagrada! ¿Cuál será la responsabilidad tremenda de la mujer, que no solo deshonra su nombre y el de sus hijos, sino que abre á esos seres inocentes la ancha puerta de la prostitución?...—¡Ah! señora! Recapitemos maduramente sobre este punto y veamos si las impúdicas caricias, si las palabras fementidas, valen tanto como la tranquilidad de la conciencia y el derecho de levantar donde quiera una frente immaculada!....

—El amor es poderoso!....—exclamó confusa doña Mariquita.

—El amor puede ser irresistible, señora, en la edad primera de la vida, cuando las seducciones del mundo y la inexperiencia no encuentran barrera alguna más poderosa que la pasión; pero cuando se tienen hijos, ¿cuál es la voz suficientemente poderosa que pueda acallar los gritos de la maternidad?... ¿El amor?... ¿Y lo hay mayor que el amor maternal? ¡Oh! por Dios, señora, que no sean las bestias carniceras las que enseñen á la mujer los deberes sacrosantos de la maternidad!....

—Yo quiero á mis hijas lo suficiente—dijo secamente doña Mariquita.

—No quiere á sus hijos quien los prostituye!—exclamó el párroco con energía.

—Y ¿quién ha dado á Vd., caballero, la autorizacion que yo le niego para juzgar mis actos?

—Dios y la sociedad, á quienes debe Vd. estrecha cuenta de procederres que escandalizan á cuantos los conocen.

—Pues yo niego á Vd. esa investidura, y con mis derechos de dueña de casa, ordeno á Vd. que abandone inmediatamente esta habitación.

Iba el párroco á hacer un último y supremo esfuerzo para volver al redil aquella oveja descarriada, pero se presentó en aquel instante Matalased, el diablo negro á que combatía, y el temor de un escándalo lo hizo abandonar el campo, apesadumbrado.

Cuando las señoritas supieron el resultado de la entrevista, entregáronse á la desesperación.

¡Pobres las hijas de semejante madre!

#### IV

Pasaban los dias y los dias.

Los procederes de doña Mariquita eran cada vez más reprochables, y Enrique Ambrosio, tan astuto como audaz, erigido ya en dueño y señor de la casa, imponía á todos su voluntad despótica y sus insolentes caprichos.

La primera víctima de un crimen es el propio criminal, y la amante de los primeros dias, la madre sin corazón y sin entrañas, empezaba á palpar las consecuencias de su falta irreparable. Pero era ya tarde.

Matalased agriaba su genio por sistema, y á los más raros caprichos, á las más extravagantes proposiciones, unía las órdenes tiránicas de una voluntad indomable.

Un dia, como de costumbre, presentóse á eso de las tres de la tarde en las habitaciones de su querida.

Esta lloraba amargamente, sentada en un sillón de terciopelo carmesí, con la cabeza apoyada sobre sus manos.

Al verla, Matalased frunció el ceño, pero dominándose y dando á su voz toda la dulzura posible:

—¿Por qué lloras, Maruja mia?—le preguntó.

—Creía, amigo mio—dijo, llorando, doña Mariquita, —que el haber sacrificado á tu amor mi honra, la felicidad de mis hijas y mi fortuna, que decae rápidamente, me daría por lo menos el derecho que tiene la desgracia de ser respetada, lo que me ahorraría la vergüenza de verme ultrajada por tí en los parejes más públicos, en los cuales haces gala de tenerme por querida. Tú me prometiste hacerme tu esposa, y nunca falta un móvil á tus terribles dilaciones. Como hombre de honor, te encuentras en el deber de cumplir tu palabra.

—Te equivocas, Maruja mia!—respondió el libertino con el tono de la más refinada zalamería;—te quiero con locura, de lo cual te tengo dadas sobradas pruebas, y, aun cuando por derecho de conquista soy tu dueño, renuevo mis promesas de darte mi nombre, pero esto no será mientras no esté bien seguro de tu amor, para lo cual bien poco precisas hacer.

—Por ventura, no me he sacrificado bastante para probártelo?

—La mujer que quiere de veras, no califica nunca de sacrificios los actos consumados para hacer la felicidad de su amante.

..—Pero, en fin, ¿qué deseas?

—Que me pruebes que me crees digno de ser tu esposo, para lo cual me extenderás escritura de venta de todas tus propiedades en pago de dineros que te he facilitado. Quiero que, ya casado, pueda mandar en *lo mio*...

Doña Mariquita quedó estupefacta ante la inesperada é infame pretensión. Lloró, revolcándose con verdadera desesperación, pero la mirada fría é impassible de Matalased acabó por subyugarla, y se contentó con decir:

—Eso es imposible, porque mis hijas...

—Nada tendrán que ver tus hijas en el asunto. Tú me pagarás lo que justamente me debes, y, según lo

creo, te niegas á mi proposición, porque me supones un explotador vulgar.

—¿Y si me negara terminantemente á hacerlo?...

—En ese caso... me negaría terminantemente á darte mi mano.

Nueva desesperación y nuevos llantos de doña Mariquita, hasta que al fin exclamó inopinadamente:

Sea! puesto que lo quieres y te creo caballero, y si no lo fueras, en mi pecado llevaría la penitencia; trae un escribano y arreglaremos el asunto.

— En ese caso, Maruja del alma... venga un abrazo!...

.....  
Vino el notario y se extendió la escritura que despojaba á doña Mariquita de todos sus bienes.

Acordóse al mismo tiempo el día del enlace, que se fijó para quince después de los sucesos narrados, el que debía celebrarse con un espléndido baile, á cuyo efecto se repartieron invitaciones.

## V

Enrique Ambrosio de Matalased, una vez en su poder la escritura que lo hacía dueño de la fortuna de doña Mariquita, pensó que podía obtener igualmente la de una de las hijas de aquella, haciéndola su mujer, fijándose desde luego en Torcuata, la más joven y bella de las hermanas.

La empresa era imposible, si para realizarla trataba de conquistar el corazón de su nueva víctima, pero él contaba con un recurso supremo, aunque infame, y corrompido como era hasta la médula de los huesos, poco debía importarle una nueva villanía con tal que redundara en su provecho. Al fin y al cabo, hacía mucho, según él mismo lo decía, que no veía ni en sueños el

espectro de su conciencia, cuco de tontos, como la calificaba.

Poniendo, pues, en práctica el plan maquiavélico que había urdido, presentóse, tres días antes de aquel en que debía celebrarse el concertado matrimonio y aprovechando una momentánea ausencia de su querida, en las tristes habitaciones de las jóvenes, y hallándolas reunidas, las dijo así:

—Maruja me ha hecho dueño de todos sus bienes, según lo prueba esta escritura (les enseñó un testimonio que poseía,) y el casamiento para el cual se han repartido invitaciones no se efectuará, porque es ridículo, y por el contrario, antes de tal día habré desaparecido, sólo, ó con vuestra madre. Un solo medio os queda de impedir esta última calaverada...

—¿Cuál? ¿cuál?—preguntaron con ansiedad las jóvenes.

—Que Torcuata consienta en ser mi esposa, en cuyo caso, el día designado para una boda imposible, iremos á una iglesia y nos desposaremos secretamente, presentándonos después, como buenos hijos, á pedir la bendición á nuestra querida mamá.

—¡Infame!—exclamaron indignadas las jóvenes.

Pero Matalased prosiguió sin inmutarse:

—Es un capricho como cualquier otro. Vosotras me hareis feliz ó desgraciado con vuestra decisión; pero tened presente que es el único medio de impedir el escándalo, y que, antes de esta noche, necesito saber vuestra resolución definitiva.

Dicho esto salió, dejando á todas con la indignación y la vergüenza pintadas en los rostros.

Cuáles serían las consideraciones, zozobras y llanto de las infelices hermanas, no lo sé, lector, que no lo he averiguado; pero, marchando al desenlace de mi cuento, puedo decirte, que el día designado para la celebración de las segundas nupcias de doña Mariquita Cienfue-



gos de Unrayotemate con el caballero de Matalased, la casa, iluminada con profusión, se encontraba llena á eso de las diez de la noche de concurrentes distinguidos, pues según la maldita práctica, los vicios de una mujer indigna se creen lavados con que un hombre los cubra con el velo de su nombre, con lo cual se condena á alternar á las mujeres honestas con las que no tuvieron reparo en entregarse al más vergonzoso de los vicios. De esta manera la civilización aparece menos delicada que los bárbaros, pues según nos lo dice Rui Diaz de Guzmán en su *Historia Argentina*, los indios del Paraguay *tenían aparte á las mujeres prostitutas para que no se mezclaran con las honestas.*

## VI

Empezaban ya á impacientarse los asistentes por la tardanza de los novios, cuando doña Mariquita, vistiendo lujoso traje blanco adornado de perlas, apareció en el salón, acompañada de tres de sus hijas, tomando asiento al lado del sacerdote que debía desposarla.

Un murmullo de admiración partió de todos los labios al contemplar la belleza, prestada, de la novia, y sus más incansables detractores acudieron presurosos á rendirle homenaje.

Notóse, empero, la ausencia harto extraña de Torcuata, y solo un atento observador hubiera notado en sus hermanas al través de una fingida alegría, el sello de la desesperación que engendra un sacrificio inútil.

La misma doña Mariquita empezó á sobrecogerse, sintiendo como un vago y terrible presentimiento, cuando la gran portada se abrió de par en par, y el caballero Matalased, vestido de rigurosa etiqueta, se adelantó hacia su prometida llevando de la mano á una joven

llorosa y enlutada. Al llegar adonde estaba la novia, cayeron ambos de rodillas y entre los sollozos de su compañera y la estupefacción de los concurrentes, se dejaron oír estas palabras de Matalased:

--Señora! bendice á tus hijos...

Torcuata y Matalased acababan de desposarse...

Doña Mariquita, perdido el sentido, fué trasladada á otra habitación.....

Los asistentes á escena tan rara, se retiraron haciendo á su antojo comentarios.....

.....

## VII

Lector:—Tú sacarás de mi cuento la moral que te plazca, que yo me reservo para mí la que me parece más lógica.

Como epílogo, te diré que doña Mariquita se encuentra encerrada en una casa de orates, completamente loca, desde la noche de su frustrado matrimonio.

La pobre Torcuata murió, agobiada por sus dolores morales y..... físicos.

Enrique Ambrosio de Matalased disfrutó á su modo los pesos que una madre incauta le entregara con su honra y la felicidad de sus hijas, concluyendo su vida como no todos los malvados la concluyen:—en presidio.

*Y si, lector, dijeres ser comentario,  
como me lo contaron te lo cuento.*

# ARTICULOS VARIOS



# DEL LIBRO NEGRO

---

## VARIACIONES

. . . . .  
Que estás enfermo, me escribes, que el armazón físico se descompone y se deshace, la sávia vital se agota, se hiela la sangre, blanquea el cabello y te muestra sus fauces descarnadas la muerte.

Dolores instables, que no se fijan en parte alguna, pero que debilitan y anonadan el cuerpo, afectan todo tu organismo.

Solo la cabeza y el corazón estan sanos ; el corazón que siente con el fuego de las horas pasadas, la cabeza que piensa y no se doblega ante el dolor.

Te dicen los que saben la ciencia de Hipócrates y Galeno, que la cal falta al hueso y que la carie empieza.

La carie !

Monstruo de siete cabezas contra el cual no hay armas y ante el que muéstrase impotente la medicina ; obrero infatigable de la destrucción, que mina constantemente al miembro enfermo y pasa á otro y no se detiene hasta ver la obra consumada ; desmoronamiento de la materia ante el cual retrocede y se declara inútil esa que los hombres llaman ciencia de curar y que lo es apenas de los paliativos.

Nacen unos con músculos de acero, pecho ancho,

carne sana y abundante sangre: para ellos la primavera de la vida se prolonga, blanquea muy tarde la cabeza y la vejez llega cuando suena su hora natural.

Esos son los fuertes, privilegiados de la naturaleza, que pueden desafiar los calores tórridos y los frios polares, y para quienes las obras de más largo aliento, las empresas más arriesgadas y fuertes, son siempre fáciles. El mundo les sonríe y la carcajada del placer no se interrumpe en sus labios. De entre ellos salen los dichosos, los que encuentran que la tierra es un edén y la vida una fiesta eterna.

Nacen otros, como tú, con la sangre pobre, flaca la carne, débil el músculo, escaso de cal el hueso, estrechísimo el pecho, y en ellos el dolor se ceba y desde sus días primeros, en las horas mejores de la vida, cuando debiera naturaleza brindarles sus goces y sus flores, apuran en su cáliz la hiel del sufrimiento.

Son para ellos las espinas que hieren el pié, las noches de insomnio y los días de enfermedad y de hastío.

Esos no temen á la muerte, porque la muerte es el sueño, el descanso y la paz.

No la temen, me dices, yo lo repito y estamos en lo cierto; pero debo recordarte que solo los cobardes la desean.

Desear el término de la vida conduce al suicidio, y á él no llega quien no tiene débiles el corazón y la inteligencia.

El hombre tiene el derecho pero tiene también el deber de vivir, porque la existencia no es patrimonio suyo únicamente, sí que lo es de la madre, del hijo, de la esposa, de la sociedad y de la patria.

Si tu fuerza física se agota y el dolor te acosa, disminuyen tus ilusiones y en la copa de tu dicha se mezclan las hieles del pesar, siempre te quedan obligaciones y tareas que debes bien y fielmente cumplir, so pena de infamia.

Eliminado el yo, queda la madre de quien se recibió el ser, la esposa á quien se juró amor, el hijo á quien se debe educación y alimento, la patria que exige el tributo de todos aquellos á quienes su bandera cobija, la humanidad que ve en cada uno de sus miembros honestos un agente de su adelanto material é intelectual.

Luego, si la vida no es propiedad exclusiva del que la posée, el suicidio es cobardía y robo: cobardía, porque demuestra falta de entereza moral para sobrellevar las incomodidades que trae aparejadas la existencia; robo, porque se quita á otros, á todos, lo que por igual les pertenece.

Por desengaños amorosos unos, por miseria otros, has visto caer en derredor, asesinados por su propia mano, á seres á quienes con el alma querías, á muchos y apreciables amigos tuyos.

¡Ah, los amigos!....

¡Qué cosa tan buena es tener amigos!

¡Qué útiles son en los días negros, en que, como mensajeros de paz y de consuelo, llegan al hogar solícitos, deseosos de prodigarnos sus atenciones!

“Yo he tenido muchos amigos, dices;—sí, los he tenido.....(es posible que tenga alguno todavía,) en aquellas horas que pasaron, que no volverán, tal vez, en que el habano y la cerveza y el coche, podían recompensar en algo los sacrificios que les imponía la amistad.

“Qué buenos eran y cuánto los quería! ¡cuánto me querían!

“Pero los tiempos cambian—continúas,—á las horas de bonanza suceden horas de borrasca; á los días de abundancia, los meses y los años de pobreza!....

“¿Sabes lo que es la pobreza?”

Pues nada!....

La pobreza—según tú—es todo, pero todo lo malo. Hambre nó, que hambre es miseria, indigencia; pero sí escasez, entradas que apenas cubren los gastos, gustos

que se olvidan, privaciones que se imponen, dramas y óperas que no pueden oirse, libros que se editan y agotan sin poder hojearlos.

“Cuando la pobreza llega—leo en tu carta—el hombre descende á hombrecillo, y cuando llega la miseria, debe descender á cero.”

Un viejo tío mio ahora hablo yo que tenía fama entre los que le conocían de poseer talento, experiencia y saber, dijo un dia, no recuerdo á propósito de qué: —“Virtud, honor y delicadeza, en la pobreza, no concibo.”

De su razón ó sinrazón juzgarás tú, que no soy quién para pretender hacerlo.

Pero á la verdad, se me ocurre que contra la escasez hay un antídoto infalible: hacer política.

Mas tú lo rechazas y me dices:

“¡Qué cosa tan noble, patriótica y bella es hacer política! ¡Qué de emociones cuando se obtiene el triunfo! ¡Qué de entusiasmo cuando el candidato trepa!

“El candidato, el Jefe, el que obtiene el voto y el dinero y el tiempo y la sangre del generoso elector!

“Sostenedlo, haceos romper la crisma, batíos, gastad el último cobre, dejad á la familia sumida en el dolor, que ya os pagarán como vuestros esfuerzos merecen. ¡Ah! y os distinguirán mucho, muchísimo, un poco menos, pero muy poco, que distinguís al perro que se echa á vuestros piés.....”

¡Pobre amigo!..... Veo con pesar que si la carie rompe tus huesos, el desengaño roe tu corazón.

Y al fin y al cabo, ¿qué son todos los males de la tierra, aunque la pobreza ácese, la enfermedad postre, la ingratitud indigne, cuando el corazón siente con el fuego de las horas pasadas y la cabeza piensa sin que la doblegue el dolor?...

No desespera sino el cobarde, que en las lides de la vida la victoria pertenece al fuerte, al que sabe arrostrar



---

las tempestades y reir cuando se destroza el alma y se hace en derredor el vacío.

Ponte de pié, arroja como Lázaro el sudario de la muerte, y á luchar y á vivir!

SOLO SE RINDE EL VIL, EL NOBLE MUERE!...

---

# LOS HARAGANES

---

## CUENTO QUE PUEDE SER HISTORIA

—Eres un haragán!—solía decirme en tono de excomunión mayor, erizado el cabello, crispados los puños, rechinando los dientes, llena de espumarajos la boca, la abuelita de un amigo mio, que, por la gran intimidad en que siempre habían vivido nuestras familias, creía tener sobre mí dominio de tutor, el más tremendo é irresponsable de los dominios.

—Eres un haragán, sin aspiraciones, que nada haces por ganarte la vida!—me decía la buena señora cada vez que mi malhadada suerte me ponía al alcance de sus dicitos; y esto sucedía siempre que yo iba á casa de Pepito para dar un paseo en su compañía.

Pepito!..... ese era el nombre de mi amigo, nieto legítimo de mi abuela de pega.

Tantas veces y en tantos tonos me llamó haragán la inexorable anciana, que un día, entre irritado y confuso, me atreví á preguntarle:

—¿Por qué soy haragán? Vamos! dígalo Vd!.....

Nunca me hubiera atrevido á hacer interrogación semejante!....

La señora se estremeció, como debió estremecerse Satanás al ser precipitado en los infiernos, dió un espantoso aullido, abrió los ojos tanto que temí saltaran

de sus órbitas, contrájose su fisonomía de una manera horrible, y.....

—Me lo preguntas?....—exclamó enfurecida.—Qué haces tú, vamos á ver? Dilo, si te atreves!

--Señora — me aventuré á contestar,—distribuyo mi tiempo de la mejor manera posible.... Asisto á la oficina seis horas diarias, lo cual me produce al mes ochenta patacones, renta para mí suficiente. En el resto del dia.....

--Qué, qué haces en el resto del dia?....

—Escribo, estudio.....

—Hola! hola! ahí quería yo cogerte! ¿Conque estudio.... escribo?..... ¡Valiente ocupación! Y pensar que Pepito se ha contagiado del mismo mal!.... ¡Ay, Dios mio!.... Antes, mi querido nieto asistía á su oficina, después comía, iba á jugar media hora al Casino, cultivaba la huerta de casa, hacía jaulas, barriletes, trompos, mondadientes, y todas esas pequeñas industrias nos producían ciento veinte pesos mensuales, con los cuales se pagaba el lavado de la ropa y algunas veces la contribución del alumbrado; pero hoy..... ¡pobre Pepito! ¡lo que pueden las malas compañías!.... Sale del trabajo, se encierra en su cuarto, escribe y escribe, y el dia entero se lo pasa hojeando sus librecitos miserables. Y qué autores, Dios santo! Saint-Beuve, Rousseau, Pelletan, Michelet, César Cantú, Lamartine, Mitre, Sarmiento, Lopez, Castelar, Hugo, Thiers, Cormenin, Buffon..... ¡Pacotilla de gringos masones que Dios confunda!.... Esas son las ganancias que nos da la Europa. Qué escritores! Todos, todos están inspirados por el Diabolo!

La señora deliraba.

Yo no volvía del asombro, mezclado de terror, que tal rapto de cólera me había producido.

En aquel instante entró Pepito con un gran legajo de papeles bajo el brazo.

—Mi querido amigo!—exclamó, echando á mi cuello su brazo derecho.

—Mi querido amigo!—dije yo, correspondiendo al abrazo de Pepito.

Este, por desgracia suya, no había reparado en su abuelita, porque la amable señora se había retirado á un rincón oscuro de la sala, donde secaba sus lágrimas y enjugaba el sudor de su rostro con un inmenso pañuelo de algodón.

—Estoy encantado con el precioso libro que me facilitaste—dijo mi amigo, sin observar las desesperadas señas que yo le hacía para que callara.—Cuánto te agradezco la recomendación que de él me hiciste! La lectura de esta obra me ha inspirado un pequeño trabajo sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, en el cual trato de demostrar.....

—Hay moros en la costa—dije por lo bajo, para prevenir á Pepito de la presencia de Misia Gertrudis, que así se llamaba la señora.

—Qué moros ni qué niño muerto!—exclamó él con energía, creyendo el desdichado que yo me refería á las gentes timoratas á quienes su trabajo pudiera disgustar.—A esa clase de moros se desafía y se vence con las armas poderosas de la razón!

Misia Gertrudis dió un estornudo formidable, y plantándose delante de mi amigo tan erguida como sus años se lo permitían:

—Desagradecido! le dijo,—¿conque admites para mí el calificativo de moro con que me ha insultado ese haragán, pillastre? Y me desafías? Pues bien; acepto el reto, y veremos quién vence á quién! Hoy mismo saldrá usted de mi casa con sus librejos y papeluchos, y olvídense de que tiene en el mundo una abuela que se ha sacrificado por ganar su alma para el cielo. ¡Ay! al menos, no será mía la culpa!

Y la señora rompió á llorar como una Magdalena por el sentimiento que le causaba el tener que separarse de su nieto, pues á pesar de sus rancias preocupacio-

nes lo quería entrañablemente; y girando sobre sí misma, salió de la habitación con paso de tragedia.

Averíguate con tu abuela como puedas—dije á mi amigo, que no volvía de su estupor,—y trata de convencerla (pues esa es la causa de su enojo) de que ni tú ni yo somos haraganes porque dediquemos una gran parte del tiempo á cultivar nuestro espíritu con estudios serios y sistemados; dile que hay más mérito y es más provechoso al hombre dedicarse á trabajos intelectuales que á la larga puedendarnos un nombre, gloria, y también dinero, que en gastar la vida trabajando en lo que ella llama pequeñas industrias:—la huerta, los trompos, las jaulas, pandorgas y mondadientes; hazle ver.....

—Imposible!—dijo Pepito con desesperación.

—¿Cómo imposible? Misia Gertrudis no tendrá tan obtusa la inteligencia, seguro estoy de ello, que crea que el hombre es puramente animal, que bastan para sus necesidades el pan, la ropa, el agua y el fuego. El hombre, dotado de un instinto superior de que carecen todos los otros seres de la creación, precisa, no solamente alimentar su cuerpo, sino fortalecer su alma con el pan del espíritu, que es el estudio; elevarse, por decirlo así, á las serenas regiones del ideal, conocer la causa de todas las cosas, someter á investigación todo cuanto existe sobre la faz de la tierra, penetrar en los arcanos de las ciencias, arrancar á la historia sus secretos sublimes, y de escala en escala, aproximarse cuanto pueda á la perfección relativa á que Dios lo ha destinado, allá en sus inescrutables designios.

—Para mi abuelita todo eso es música celestial: es más aún—dijo Pepito anonadado.—Tiene la manía de creer que solo es trabajo el que se hace con las manos, el que desarrolla los músculos, el que abre el apetito. Ella no creará nunca que el hombre que quema sus pestañas á la luz de la lámpara del estudio, es otra cosa que un zángano de la colmena social.

—Entonces, tu abuela es un animal raro.

—Lo es, mi amigo, ¡ay! lo es tanto, que estoy seguro cumplirá su amenaza de despedirme de su casa si no consiento en abandonar para siempre los libros y la pluma.

—Si tal sucede, mi habitación y mi mesa están á tus órdenes.

—Acepto el ofrecimiento.

—Y yo te tomo la palabra.

—Hasta luego.

—Hasta la tarde.

Y en efecto, antes de la noche, mi hombre y dos enormes cajones llenos de libros suyos estaban instalados en mi casa.

Misia Gertrudis pareció olvidarse completamente de que tenía un nieto sobre la tierra.

Mi amigo lamentaba siempre la rara preocupación de su abuela.

Los dos distribuíamos nuestro tiempo según nuestro gusto y voluntad, entre la oficina y los libros.

Así pasaron seis meses.

Un día, mi huésped encontró en un periódico la noticia de que la respetable Misia Gertrudis estaba gravemente enferma.

Pepito corrió á echarse á sus plantas, imploró su perdón: todo en vano.

La estimable matrona murió, habiendo consignado en su testamento la cláusula siguiente:

“Item: El remanente de mis bienes será entregado por mis albaceas á mi nieto Pepito Bobadillas, si éste renuncia para siempre á su pecaminosa afición á los libros y á escribir para los periódicos, y si así no lo hiciera, es mi voluntad que los susodichos bienes sean equitativamente distribuidos entre los pobres y la Santa Hermandad de Jerusalem.”

Pepito creyó más conveniente renunciar á los libros que á la herencia.

---

Habiendo consultado mi opinión al respecto, le dije, con la sinceridad que me es característica:—En tu caso yo preferiría ser pobre como Aman y estudioso, aunque me llamaran haragán, y no ser rico como Creso y que las gentes sensatas me calificaran de “burro cargado de plata.”

Desde aquel día no he vuelto á ver á Pepito Bobadillas, y se me ocurre que no he de encontrarle ni en el valle de Josafat.

# DEL LIBRO AZUL

---

## I

### LA CUNA VACIA

Pocas, muy pocas horas hace que ausencia momentánea ha dejado esa cuna vacía.

Y sin embargo, paréceme que entre su último beso y el instante en que estas líneas trazo, media todo un siglo de tinieblas y pesares.

¿Por qué?

Ella vive: dulce, riente, encantadora, reflejándose en su faz la luz de la inocencia, corriendo sin fatiga, como mariposa que vuela de flor en flor para libar el néctar de sus cálices:—“Adios, papá!—me dijo en su inimitable media lengua.—Que me mandes mañana caramelos..... que nadie coma mis naranjas, ni mates con tu escopeta mi perrito.....”

Tales fueron sus encargos; dióme un beso en la frente, deslizóse de mis rodillas, y aérea, ligera como el susurro del céfiro en las rosas, como el eco de un arpa eólica, huyó de mi presencia.

Ayer, ayer ha sido.

Caliente todavía la cuna en que duerme sus sueños de inocencia, velados por el ángel de su guarda, parece que la espera con amorosas ansias, celosa de que otro lecho le ofrezca descanso.



Ahí están sus naranjas, ahí están sus caramelos, esperando su regreso.

El pequeño perro blanco, objeto de sus más constantes caricias, juguetea con las últimas flores que cortó su dueña y arrojó al suelo casi deshojadas, como si fueran ilusiones desvanecidas en su alma de ángel.

Todo, absolutamente todo: sus juguetes, sus vestidos, hasta las hojas que arrancó de aquel libro para ver mejor sus láminas hermosas, todo me dice que vive, y que hoy, mañana á más tardar, volverá al seno del hogar.

Pero ¡ay! esa cuna vacía tiene un no sé qué de triste que destroza el corazón, que hiela la sangre.

Esa cuna vacía, como fúnebre augurio, hace que aparte mi vista de la tierra, y una voz interior, amarga como acíbar, cruel como la desesperación, me dice que llegará un momento, funesto pero irremediable, en que mi nena ó yo, partiendó hacia mundos mejores, reciba en los ya yertos labios el beso de la última despedida.

Y es por eso que al mirar desocupado ese nido ha corrido por mis mejillas una lágrima candente.

El que habiendo visto esta lágrima no la hubiera comprendido, tendría agostado el corazón, estéril el alma; sería incapaz de todo sentimiento grande y generoso, sería inferior á las fieras del desierto.

Porque ante la cuna vacía del hijo de nuestros amores, enmudecen todas las preocupaciones sociales y habla la Naturaleza con el más elocuente de sus lenguajes: el lenguaje de las lagrimas!

## II

### EL HOGAR

Rara vez, ó acaso nunca, en los días turbulentos de la juventud, cuando aun célibes nos sonríen por doquiera

ilusiones tan falaces como su nombre, llegamos á pensar seriamente en los goces inocentes y puros, en el mundo de verdadera dicha que encierra esta dulcísima palabra: HOGAR! Y si por un momento ocupa nuestra imaginación, jamás logramos formarnos una idea justa, aproximada siquiera, de todos sus encantos; y esto es natural, porque las sensaciones inefables que se experimentan al recibir las caricias de una esposa querida, ó al escuchar las primeras frases, incorrectamente pronunciadas por el hijo á quien se adora y se mima, son por sí solas poemas que el alma comprende cuando se encuentra en posesión del ideal, pero que no hay idioma humano capaz de expresarlos, ni ciencia suficiente para explicarlos á los no iniciados en sus misterios, por medio de signos convencionales de escritura.

Esos encantos, como el amor, se sienten y no se definen.

Un nido de tórtolas alimentando sus polluelos: he ahí una imagen perfecta del hogar.

Allí la poesía, allí las caricias ardientes de los enamorados, la solicitud de la madre, la dulce melancolía de la ausencia, los temores y las esperanzas; allí el himno de gracias, elevado hasta Dios en forma de tiernísimos arrullos, por los séres agradecidos de sus beneficios.

¿Quereis más poesía, más belleza, más inocentes goces?

No los encontrareis en el bullicio de los salones, en las promesas engañadoras de una gloria efímera, en los fáciles triunfos de los amores de un día, en la popularidad que os conceda un público variable.

Os aturdireis ó caereis desvanecidos por aquel bullicio, por aquellos prismas halagadores, pero al desvanecerse la nube de vuestras ilusiones, os hallareis frente á frente de la dura realidad, que se expresa con una sola palabra: nada!.... Esa es toda la verdad de las doradas promesas del mundo.

En el hogar la dicha es positiva, y la obra encomen-

dada por el Ente Supremo á los actores en el gran drama de la familia, salva el límite de la tumba, que de generación en generación van ellos sembrando en los corazones las preciadas semillas de la virtud, la caridad y el amor.

Esa es la obra grandiosa de la civilización, que levanta un refugio santo é inviolable, al que puede ocurrir el hombre en las tribulaciones de la vida, y en donde la mujer, sacerdotisa consagrada del nuevo culto, le espera con los brazos abiertos, como el ángel de la redención del mundo.

Ese es el divino triunfo del Cristianismo, que puesto de frente contra la tradición oprobiosa del paganismo, destruyó con una palabra, santificada con un sacrificio heroico sobre las cumbres áridas del Gólgota, la obra menguada de cuarenta siglos, durante los cuales la mujer solo había sido un cuerpo sin alma, mísero agente encargado de satisfacer los groseros apetitos de su señor. El, elevando la parte más bella de la humanidad, esclava y envilecida, á la categoría de hermana y amiga del hombre, le dió la misión augusta de educar á sus hijos como madre, de consolar y hacer la felicidad de su compañero como esposa.

La labor más noble del Cristo Nazareno es la formación del hogar: la palma de más precio para la civilización, es el haberlo conservado.

Así lo han comprendido los estadistas y los políticos, los poetas y los filósofos. Así lo comprenden todos los que tienen un corazón generoso y una inteligencia despejada y recta.

¡Dichosos mil veces vosotros, los que podeis saborear la miel que se destila de los labios inocentes de vuestro hijo, ó que al volver fatigados por las duras tareas de la existencia, encontrais en el hogar manos solícitas y voces cariñosas que os brindan ayuda y os dan los dulcísimos nombres de padre, esposo, hijo, hermano!

Vosotros podeis ser más felices que todos los potentados de la tierra, y encontrar en este océano siempre embravecido, islas exuberantes, de ambiente aromado, y suaves luces, que os presten lugar de descanso, más bello mil veces que las creaciones hermosas de la fantasía!.....

### III

#### Á MI HIJA, EN SU PRIMER CUMPLEAÑOS

Dulce, pura hija mia! Ven! recuesta tu cabeza de ángel en el brazo de tu padre, duérmete en él tranquila, pero antes.... dame un beso.... otro.... cien más!.... ¡Cuánto te quiero, criatura adorable!.....

Ah! ¿Duermes?.... Duerme, sí, que hay quien vele tu sueño; duerme, niña inocente, tú que sin pesares sientes deslizar tus horas serenas al dulce vaivén del maternal amor..... Tal vez mañana, sola en el mundo, huérfana, regando con tu llanto la tumba de tus padres, gires la vista en torno y no encuentres una mano amiga que enjague tus lágrimas, ni escuches una palabra cariñosa que mitigue tus penas.

Acaso, por la evolución natural y eterna de los seres, te encuentres en la vida sin un guía en la juventud ni un apoyo en los días postreros de la existencia, y por eso, pedazo de mi corazón, quiero dictarte consejos que te sirvan de norte en tu camino.

Deja correr á mi pluma mientras duermes, lee estas cortas líneas cuando tu razón se desenvuelva, observa estos preceptos, y dichosa tú si al llegar á esa edad en que las ilusiones acaban y la cabeza comienza á encanecer, puedes volver al pasado tus miradas sin encon-

trar en él nada que te humille ó te avergüence, y esperar tranquila el porvenir, con la serenidad con que espera el justo el día postrero de la vida!

¡Ay! qué pocos pero felices son los que pueden hacer otro tanto, no temiendo al bajar á la fosa que una sola nube vele la pureza de su alma!...

.....  
La cuna aún te mece; un año hace apenas que has visto la luz del sol, pura como la de tus ojos. Pasará mucho tiempo sin que observes las espinas del camino, los precipicios que le rodean, la hiel que en dorada copa nos brinda el mundo, y á todo sonríes porque eres inocente, mariposa sin alas que anhela el momento de posarse en el cáliz de la flor, sin sospechar que, traidora, guarda en su seno venenosos insectos que la herirán de muerte.

Bien pronto, empero, porque los años vuelan, llegarás á la edad en que la mujer pisa los umbrales de la sociedad, y es en ese instante en el que empieza para las personas de tu sexo larga y encarnizada lucha entre la seducción y la virtud, entre la falacia de un mundo que deslumbra y los severos preceptos del honor, entre la vanidad corruptora y los sentimientos y aspiraciones purísimas del alma.

¡Cuánto tino, cuánta fuerza de voluntad se necesitan para no caer aprisionada por tan numerosas redes!

Pero la Naturaleza ha dotado á la mujer de armas poderosas, previendo que su corrupción engendraría la de la especie, y por ende, la ruina absoluta de la más noble, más bella y más grande de las obras divinas, y esas armas son la conciencia de la propia dignidad, el conocimiento de la misión augusta que Dios le ha deparado sobre la tierra.

Pues bien, hija querida: cuando suene para tí esa hora inevitable, considera que la virtud es como una flor que, marchita, no recobra jamás la pureza primitiva,

tiende tu mirada en el espacio sin límites del porvenir, considera que las leyes sociales señalan con un padrón ignominioso á los inocentes hijos de la mujer que delinquieron, y tales consideraciones te darán fuerza en la lucha, y así, cuando lazos sagrados é inquebrantables te unan á un hombre, podrás ofrecer una frente immaculada al primer ósculo de amor.

Después... otras razones y otros vínculos te darán valor y perseverancia; y al exhalar el postrer aliento, al reclinar tu cabeza sobre la dura almohada de la tumba, lágrimas de amor fecundarán las semillas de virtud por tí sembradas en el corazón de tus hijos!

¡Pobre angelito!... ¡Duerme, duerme tranquilo, mientras llega el momento del combate!....

## EL TRABAJO DE LA MUJER

---

Suprimo la fecha, porque eso es cosa de poca importancia; lo cierto es que yo hablé al respecto con un bravo militar de nuestras luchas con el Imperio; era coronel y ostentaba en su pecho los gloriosos cordones de Ituzaingo.

—Ay! amigo mio—me dijo.—Pasaron ya, tal vez para no volver, los tiempos aquellos en que la sencillez de nuestras costumbres sociales garantía la pureza de las mismas. Yo era joven como Vd. y lo recuerdo perfectamente: las niñas, en aquella época, no se avergonzaban como hoy de que su novio ó sus amigas las hallaran trabajando, no en labor ruda (que no solo es trabajo el que encorva el cuerpo y lo fatiga,) sino en sus costuras ó bordados, en el vestido vaporoso que debían ostentar en la noche del baile, ó en la hermosa relojera, bordada de perlas y de oro, con que pensaban obsequiar á su amante. Hoy no es lo mismo. Si Vd. va de visita á una casa de su relación, aunque aquella sea de una familia pobre, oirá Vd. que desde la abuela á las nietas, todas á una se esfuerzan por hacerle creer que pasan una vida de holganza, que sus trajes son hechos por la modista de más fama, que las niñas no hacen otra cosa que cultivar la música. Vd., que conoce la situación precaria de dicha familia, que sabe demasiado que no solamente es mentira lo que le dicen. sino, que ganan su vida en un trabajo duro y constante: —  
“Malos candidatos para esposa, se dice, porque si estas

niñas nada saben ó pretenden no saber hacer nada, claro está que cuando se casen, pretenderán tener todas esas regalías de que hoy carecen, y entonces ¡pobre marido si no puede disponer de una fortuna!" Como Vd. pensará toda persona sensata y es esa una de las causas por las cuales no aumenta, con relación al aumento de la población, el numero de los enlaces matrimoniales. Una mujer, en las condiciones de las que tanto abundan y á la ligera retrato, es una hipoteca eterna y pesadísima; ¿quién se atreverá á cargar con ella?

Muchas veces he tenido ocasión de pensar en las palabras del viejo coronel, y no me ha sido difícil comprobar su verdad, pues á cada paso he encontrado niñas, por otra parte muy recomendables, que con suprema candidez se alaban de no saber trabajar, aunque en el interior de sus casas rindan forzado tributo á la ineludible sentencia con que Dios fulminó á Adán después del famoso mordisco á la manzana.

Estas señoritas, si quedan huérfanas y pobres, corren mucho peligro de vender su cuerpo y su alma por las comodidades y la holganza que apetecen y que son su ambición suprema.

A cuántas he conocido yo que han ostentado un traje de raso ó de brocado al precio de la honra!

Pero supongamos que lleguen ilesas al anhelado puerto del matrimonio.

Si el esposo es pobre, no será difícil que la holgazanería y las exigencias de la mujer lo obliguen á cometer un disparate.

Y si es rico?

Pero ¿pensais que el número de los hombres acaudalados es tan numeroso como el de las mujeres casaderas?

Y aun cuando el esposo tenga una fortuna, si la mujer, que es la encargada de la administración doméstica,



no sabe ahorrar ni dirigir el servicio, si por su ineptitud despilfarra, ¿creéis que el marido poseerá el *Sésamo ábrete!* que replete perpétuamente las arcas?

Nó!

Pongámonos, á pesar de todo, en el caso más favorable, supongamos que todas esas niñas que dicen no saben trabajar, cuyo número es desgraciadamente tan numeroso, logran unirse á hombres de fortuna. Desde luego deben hacerse cargo de la administración interior de sus casas; pero como no tienen aptitudes para mandar á sus domésticos y necesitan en muchos casos que éstos las dirijan, ¿comprendéis á cuántas explotaciones se encontrarán espuestas?

Agregad á ellas las exigencias siempre crecientes de quien no habiendo poseido nada y no sabiendo trabajar se encuentra de improviso en posesión de una fortuna.

¿Durará ésta largo tiempo?

Es difícil; y si falta, ¿qué porvenir espera á la esposa imprudente é inepta?

Que lo diga por mí la experiencia: —la desesperación ó la deshonra.

Por todas estas razones, debemos llegar á la siguiente lógica conclusión:—la mujer honrada, que aspira á ser buena esposa y madre de familia, debe observar la ley sagrada del trabajo, y rindiéndole culto, no debe avergonzarse de ello, porque el trabajo no deshonra y es la base de la prosperidad y bienestar.

Deducción que se impone:—las madres deben educar á sus hijas en esas saludables prácticas, si quieren que á su vez, sepan y quieran ellas cumplir bien y fielmente sus deberes.

Por causa de que un gran número de madres olvidan lastimosa y culpablemente los suyos al respecto, se ven con frecuencia que pasma descalabros tremendos que conducen centenares de familias á una ruina inevitable.

Pero ¿qué es lo que entendemos por trabajo de la mujer?

No es, seguramente, el que destruye su naturaleza delicada, encadenándola á la disciplina rigurosa de una fábrica. NÓ. A nuestro juicio la mujer trabaja (y esto le basta si su fortuna le permite desahogo), cuando dirige convenientemente su casa, vela por la satisfacción perfecta y económica de las necesidades del hogar, y en una palabra, cuando directa ó indirectamente interviene de una manera razonable en esas mil minuciosidades que escapan á la mirada del hombre, y que forman en su conjunto ese todo admirable que se llama vida de familia.

Que una mujer sepa hacer eso, coser y bordar, que sepa y quiera hacerlo, y podrá ser feliz el hombre á quien entregue su mano.

No me vengais con una de esas niñas de cascos vacíos, caricatura ridícula de la coqueta de buena ley, que creen hacerse interesantes manifestando á los que las oyen que jamás han zurcido un par de medias, ni puesto un botón en sus ropas, que dicen desmayarse sin ven un pedazo de carne cruda en la cocina. Esas, yo lo creo, no son mujeres, sino muñecas, que se mueven y hablan automáticamente.

¿Qué garantía de felicidad pueden ofrecer á un hombre?

Ellas lo sabrán; pero tonto, muy tonto el que les confíe su fortuna y su honra! Correrá mucho peligro de amanecer una mañana sin la una ni la otra.

Y hay tantas, tantísimas niñas que han recibido esa educación viciosa!.....

Pero..... ¡chitón!.... si alguna de ellas me oye....

Dejaremos el tema para otro día!....

# INTIMOS RECUERDOS

A Luis Gutierrez

## I

Era yo un niño todavía. Perdida mi imaginación en las brumas de la edad infantil, inocente, sencillo, como todos los niños, mi alma no se había abierto aún á las impresiones del hombre.

Una tarde, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria, caminando al acaso rodeado de mis compañeros de infancia, llegué sin saber cómo al cementerio de mi pueblo. Yo no conocía el silencioso lugar de los sepulcros, y al verme por vez primera en su dintel, se apoderó de mí un vértigo indescriptible.

Sin que pueda explicarme aún de qué manera sucedió, me encontré de improviso en medio de una larga calle de álamos y cipreses y al pié de una cruz tosca de madera, en torno de la cual brotaban algunas yerbas macilentas.

Miré á todas partes y mis amigos habían desaparecido.

Levanté instintivamente los ojos hacia el símbolo de la redención del mundo, cuyos brazos abiertos parecióme que me llamaban, y leí en él el nombre de mi madre.

Aquel nombre querido, aquella cruz solitaria, aquella umba sobre la cual no había una sola flor, el lugar, la

hora, el silencio, operaron en mi ser una revolución inmensa.

Parecióme que me acusaban de ingrato, presentí que tenía que llenar una deuda enorme para con la que me dió el ser, y cuando ya de noche salí del cementerio, había jurado sobre aquel sepulcro ser siempre virtuoso, como lo fuera en su rápido camino por la tierra aquella cuyos restos encerraba.

Al llegar á mi casa escribí unos malos versos consagrados á la memoria de mi madre, tan malos como mi infantil ignorancia, pero que estaban impregnados del suave perfume del sentimiento y de la inocencia. Enseñélos á mi maestro, que fué después y es aún el más querido de mis amigos, corrigiólos él en lo posible, y depurados de sus más notables faltas, los dí á un periódico de la localidad, que se dignó darles hospitalidad en sus columnas.

Al ver impresas mis cuartetas (tenía yo catorce años); llenóse mi corazón de un orgullo que más tarde me causó hilaridad, y llegué á creerme poeta..... Si el hombre ya maduro, acaricia tantas ilusiones falaces, ¿será, por ventura, indisculpable mi candidez?.....

Desde entonces traduje en verso todas mis impresiones, hasta que el tiempo curóme de mi manía.

## II

Pasó un año y otro.....

Puse mi nombre al frente de un periódico que se publicaba y aún se publica en un pueblo vecino del mio.

Escribí, sobre temas variadísimos, numerosos artículos, que otros periódicos transcribieron y elogiaron á porfía, á pesar de que, como lo reconozco ahora ingenuamente, no eran dignos ni aun de ver la luz de la publicidad.

Pero en aquel tiempo, á los diez y seis años de edad, los golpes de bombo de los periódicos de mi partido me hicieron creer, no ya que era poeta, sino un verdadero portento, que con un poco de estudio y algo más de edad, llegaría á colocarme entre los primeros hombres de mi patria.

¿Verdad que no era poca mi ambición?...

Pues bien; tenía yo, siempre á mano, *La América en peligro* de Francisco Bilbao, en la cual el filósofo chileno arroja todo el fuego de su alma en contra del altar y del trono, y yo, creyendo á cada instante que *oía el paso de las legiones extranjeras hollando el suelo de la patria*, pareciéndome que veía arder las hogueras inquisitoriales de Méjico y Lima, escribí también, larga y disparatadamente, porque de otra manera no podía hacerlo, en contra de la Iglesia Católica.

Mis artículos atrajéronme una persecución tenaz y ardiente, con el objeto de disminuir los suscritores de la publicación que dirigía. Prohibióseme por la autoridad local que escribiera sobre aquellos temas, y se me anunció que serían secuestradas las ediciones del periódico, apelando en tal conflicto á un medio originalísimo para repartirlo.

Poseía un amigo varios globos de papel, que por el mal tiempo no se habían utilizado en las fiestas cívicas de Julio. Tomamos uno de esos globos, atamos en él muchos hilos retorcidos con pólvora mojada, en los cuales colocamos incalculable cantidad de boletines, y poniéndolos en comunicación unos con otros, llenamos el globo de humo y lo desprendimos de sus amarras. Elevóse á favor de una suave brisa, y, cuando se hallaba á una considerable altura, quemáronse los hilos llenos de pólvora, y los boletines se extendieron sobre el pueblo entero como una bandada inmensa de palomas blancas.

No pensó ya la autoridad en prohibir la circulación del periódico, pero mis fuerzas se habían agotado en

aquella lucha, demasiado fuerte para los alientos de un niño, y abandoné el pueblo y *El Obrero*, llevando en el alma dudas que no abrigaba al hacerme cargo de su redacción.

### III

El 25 de Mayo de 1877, tenía lugar en el teatro Olimpo, en el Rosario de Santa Fé, una asamblea popular numerosísima, cuyo objeto diré á continuación.

Era Gobernador de aquella provincia don Servando Bayo, y Ministro suyo el que lo fué después del General Roca, don Manuel D. Pizarro.

Una revolución, sofocada antes de estallar, había llenado las cárceles de presos políticos, y una comisión de las más distinguidas damas del Rosario, había marchado á Santa Fé á pedir la excarcelación de dichos presos. El *meeting* tenía lugar para apoyar tan noble solicitud. <sup>(1)</sup>

Alguno, entre los oradores de aquella reunión, evocó ciertos odios de añejo provincialismo, y en tal momento, en un palco de la izquierda, levantóse un jovencito de diez y siete años, completamente desconocido, que pronunció entre otras las siguientes palabras:

“No reconozco, señores, porque para mí no existen los límites de provincia, é hijos de una misma patria, creo y llamo hermanos míos á todos los que cobija la bandera azul y blanca, desde el Plata á los Andes y

---

(1) El Ministro Pizarro, contestando á las dignas señoras que pedían la libertad de sus esposos, hermanos ó hijos, dijo lo siguiente:— “Por el artículo 22 de la Constitución Nacional y el 26 de la Provincial, cometen delito de sedición los que peticionan en nombre del pueblo. Ustedes han cometido ese delito. Lo único que puede hacer el Gobierno es dejar á ustedes en libertad, en atención y obsequio al gran Aniversario que se conmemora.” (Histórico!)

desde la frontera del Brasil hasta el término de la Pampa, porque todos, en los días de gloria ó de martirio, saben luchar unidos, para ostentar, también unidos, la corona olímpica del triunfo ó caer como el artillero al pié de su cañón”.

El jovencito desconocido era el que estas líneas escribe. Al siguiente día se estampaba mi nombre con aplauso en los periódicos locales, y dos después se me obligaba á aceptar la Secretaría de un Club político-revolucionario.

Entré en ello con entusiasmo.

Escribí un folleto en contra del Gobierno provincial.

Un caudillo militar que ya no existe, me hizo conducir preso á su cuartel, pasearme por escarnio entre centinelas por las calles de la ciudad, y me amenazó atravesarme con su espada porque, indignado, le llamé en su propia cara mandón estúpido y arbitrario.

Al fin abandoné el Rosario y mis pretensiones de orador de barricada, como había abandonado la pobre guitarra que yo creí pindárica lira, como había abandonado *El Obrero*, como tuve que abandonar más tarde el periódico que fundé en mi pueblo natal en 1878, á impulsos de una diosa que no admite réplica: la necesidad.

De todas estas vicisitudes recogí, sin embargo, mucho provecho, porque aprendí á conocer los hombres y las cosas, y á los veinte años, si bien había dejado jirones del alma en los abrojos del camino, se habían fijado definitivamente mis creencias, mis aspiraciones y los rumbos que debía seguir en adelante.

## IV

¿Tienen algún valor estos recuerdos?

Para el público, nó; para el periódico en que van á publicarse, tampoco; para mí lo tienen y creo que también para el amigo querido á quien están dedicados.

Ese amigo es el maestro que en 1873 limó los primeros versos míos que publicó *El Progreso* de San Nicolás; es el mismo que en 1875-76, cuando yo redactaba *El Obrero* del Pergamino, ó en 1877, cuando entraba de lleno en las cosas políticas de Santa Fé, me previno contra los aplausos interesados que pudieran ofuscar me; es el mismo que me enseñó á pensar y formó, por decirlo así, mi corazón; es el mismo que en 1878 escribía para *El Heraldo*, bajo ese título, la primera composición poética que en él publiqué; el mismo, por fin, á quien profeso el agradecimiento del discípulo y el más acendrado cariño.

Le dedico por eso estas reminiscencias, hojas arrancadas á mi cartera de apuntes, íntimos recuerdos de esa época rápida y dichosa que separa al niño del hombre, y que está para mí envuelta entre las brumas del pasado.



## EL DOCTOR TAL

---

No recuerdo qué persona de mi relación con quien conversaba familiarmente hace algún tiempo, criticando ciertas costumbres perniciosas de las sociedades pequeñas, me dirigió repentinamente la siguiente pregunta:

—No ha pensado usted nunca, señor Orfilio, por qué causa sucede con frecuencia en nuestros pueblos de campaña, que cualquier pelagatos que llega sin más fortuna que sus guantes, sin más recomendación que su audacia, sin ser más conocido que el Moro Muza, se encuentra de improviso, sin que él mismo pueda explicárselo, promovido á las primeras dignidades del pueblo, tal vez á su representación en los parlamentos, buscado para todas las comisiones honoríficas, elegido presidente de los clubs, miembro *ad honorem* de las sociedades filantrópicas, examinador de la juventud estudiosa, adorno de los salones, y en una palabra, *factotum* de la comunidad?

—A la verdad—respondí—que no se me ha ocurrido pensar en ello, y no sé qué punto de contacto pueda tener con los vicios que criticamos. Creo muy natural que cuando un caballero llega á un pueblo, aun cuando nadie le conozca, se le honre de todas maneras, á fin de que al marcharse, lleve un grato recuerdo de la localidad.

—Es V. muy cándido ó demasiado malicioso, señor Orfilio—respondió mi interlocutor.—Sostener lo que

V. sostiene, revela malignidad ó ignorancia. Los puestos honoríficos y la representación de los pueblos no pertenecen á los advenedizos, á los desconocidos, á aquellos que ningún interés tienen por la prosperidad y el engrandecimiento local, sino á los vecinos antiguos y laboriosos, á aquellos que se encuentran vinculados á la localidad por su fortuna y por sus familias; pertenecen á aquellos cuyos intereses particulares se encuentran envueltos en los intereses generales. Esos sí que propenderán por todos los medios á su alcance á la prosperidad común. Pero ¿qué cosa buena puede esperarse de cualquier *Juan de Afuera*, desconocido y sin títulos de ningún género, á quien inmediatamente de llegar se convierte en hombre preciso en todo y para todo? ¿Sabe V. lo que se consigue, señor Orfilio? Voy á decírselo, refiriéndole un suceso que ácaeció no hace mucho en el pueblo de....

Mi interlocutor hizo una pausa como para reunir sus recuerdos, pero yo no me atreví á pronunciar una palabra, porque, á la verdad, no sabía qué decir. Era para mí tan nueva la cuestión, que no se me había ocurrido pensar en ella jamás; máxime, cuando la costumbre que mi amigo criticaba, era, á mi juicio, muy natural y justa, si bien es cierto que no tenía razones en qué fundar mis creencias.

Por fin abrió mi hombre la boca y dijo:

—El día 4 de Noviembre de 18.... los vecinos del pueblo de L. que recibían periódicos, leyeron en *El Liberal*, semanario que allí se publicaba, el siguiente suelto local:

“Tenemos desde ayer entre nosotros al honorable *Doctor Tal*, quien establecerá aquí su estudio de abogado, según versión que hemos oído.

”Persona de gran ilustración y de reconocida honorabilidad, es digna bajo todos conceptos de la más decidida protección del público.”

Y seguían cuatro ó cinco párrafos por el estilo.

El *Doctor Tal* no era tal doctor, señor Orfilio, sino un pillastre, que mediante hábiles manejos, había logrado apropiarse el diploma de un abogado muerto hacía algún tiempo, al cual lo unieran vínculos de parentesco. *Pájaro*, si los hay, llámole la atención el saludo que se le dirigía, y se dijo:

—He entrado con el pié derecho: por lo pronto ya tengo un título reconocido y patente de honorabilidad. Este es probablemente un pueblo de estúpidos, y no me será difícil ir hasta donde yo quiera, con tal de tener un poco de perseverancia.

No la necesitaba, sin embargo.

Al mes de su permanencia en el pueblo, había sido nombrado, sin que él lo solicitara, Presidente de dos Clubs Sociales, miembro honorario de diversas sociedades, id. de la Comisión de Educación, etc. Al medio año lo eligieron Municipal violando la ley, que exige uno de residencia, y poco después era Juez de Paz, hombre de grandes negocios y crédito ilimitado.

Pasaron diez y ocho meses: el *Doctor Tal* ocupó una banca en la Legislatura de la Provincia y una de las más bellas niñas se unió á él en matrimonio..... sin saber quién era!!

En suma, el redomado pillastre fué y obtuvo todo lo que quiso y aun lo que no quiso. Había llegado á hacerse indispensable en la pequeña sociedad de L., y todo el mundo le rendía acatamiento, considerándose muy honrados aquellos que le merecían un saludo afectuoso.

Un día *El Rábano*, periódico satírico y de noticias, publicó la siguiente:

—ALERTA CON LOS ADVENEDIZOS!—El célebre *Doctor Tal*, aquel que fué recibido con golpes de bombo y platillo por algunos diarios, ha desaparecido del pueblo, llevándose, según se dice, la suma de dos millones y medio de pesos m/c. Todo ese dinero lo debía á los

numerosos comerciantes que habían hecho honor á su firma.

“Se sabe que no era abogado, y lo más infame de su proceder es, que siendo casado en España, donde ha residido muchos años, había hecho su esposa á una distinguida señorita.”

*El Pueblo*, órgano de la oposición, decia en un suelto editorial:

“LAMENTABLE DESGRACIA. — La apreciable dama N. N., que había contraído matrimonio con un pelafustán á quien saludó *El Liberal* hace algún tiempo dándole el título de *Doctor Tal*, acaba de morir repentinamente á causa de haber recibido la siguiente carta:

“Querida esposa :

“Llegué á tus lares pobre y desconocido. En ellos he encontrado honores, fortuna y mujer. Esto último no me era muy necesario, que digamos, pues hace quince años que estoy casado y mi legítima media naranja reside en Sevilla.

“Aburrido ya de un pueblo donde fuí recibido como un Mesías, y en el cual debía ser indispensable á juzgar por las distinciones que se me prodigaron; aburrido de tí, á quien creo necia por haberme dado tu mano sin conocerme; bien repleto el bolsillo á costa de muy pocos sudores, he resuelto ausentarme por tiempo indeterminado.

“Como tu padre es rico, que te alimente y alimente á tu hijo, y si no quiere hacerlo, tú te ingeniarás para ganarte la vida. Por mi parte, te dispenso de tu voto de fidelidad. Eres tan libre como tu enamorado ex-esposo

*El Doctor Tal.*”

Y *El Pueblo* se extendía en largas consideraciones sobre el criminal proceder del prófugo, ladrón y bígamo.

—Esta es la historia, señor Orfilio. ¿Qué dice usted de ella?

—Digo!.... digo!....—exclamé, y no dije nada.

Pero mi interlocutor siguió con la palabra:

—Desengáñese usted, amigo mio. Mientras nuestros pueblos sean suficientemente cándidos y no pongan en cuarentena antes de conceder honores y puestos públicos á las personas que á ellos llegan, cuando son desconocidas, mientras sus hijos y vecinos vegeten en el olvido, no solo se han de obtener resultados como el de la historia que le he referido, sino que ha de suceder algo peor.

—Y qué puede ser ello?—pregunté estupefacto.

—Que se ríen de nosotros, que desprecien á los vecinos honorables, que se crean mejores que los hijos del pueblo, que desdeñen á sus familias, que formen círculos aparte, que anarquicen la sociedad; y para colmo, que cuando se vayan á otra parte digan:—“Aquello es una aglomeración de imbéciles. Hasta que yo fuí no tenían noticia de que Buenos Aires es capital de la República Argentina. Por lo demás, es buena gente, y basta ser doctor y más aún, ser forastero, para encontrarse de improviso en los cuernos de la luna”.

—¿Será posible?...

—Sí, señor Orfilio! Tome usted apuntes de esta conversación y publíquela algún dia para enseñanza de los que leyeren y entendieren.

## LOS QUE TRAEN Y LOS QUE LLEVAN

---

Es costumbre tan perjudicial como inveterada en los pueblos pequeños, la de alimentar las conversaciones de sociedad con chismecillos de comadre, en los cuales, mediante el hábil manejo de las tijeras femeniles, se empieza por el atavío de una casa ó el de sus dueños, y de investigación en investigación, de tijeretazo en tijeretazo, la reputación y probidad de los hombres y hasta la honestidad de las mujeres, queda ante los contertulianos en las mismas condiciones que la bandera de un viejo batallón, es decir, hecha jirones.

Es cosa, en verdad, que choca al buen sentido y que habla muy poco en pró de la cultura de un pueblo, y lo más raro, lo que más confundido deja al observador, es que no solo las Evas se entretienen en tan inmoral como ingrata tarea, sino que los Adanes, vistiéndose faldas, se convierten en modistas para el figurín de las reputaciones ajenas.

Al que le quepa el sayo que se lo ponga, que no hago alusión personal; pero es lo cierto que mediante aquel procedimiento, difícil es encontrar una persona sobre la cual (la mayor parte de las veces con la más bárbara injusticia) no se hayan lanzado cargos gravísimos, suficientes para hacer salir los colores á la cara al mismísimo Epicuro, aquel que llamaba á las mujeres *hermosa piara de cerdos*, y con el cual, sea dicho en mi descargo, no tengo punto alguno de contacto, pues á

los detractores sistemáticos del llamado sexo débil, les digo con Severo Catalina:

“Los que negais absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!”

Pero.... ¡bendita pluma mia!.... reflexión y no salirte del carril, que no es para quemar incienso á las damas para lo que te quiero en este instante, sino para criticar uno de sus vicios, **que lo es también de algunos hombres** que por dar gusto á la sin hueso, sustituyen el pantalón por las polleras.

Pues, señor, un cuento al caso y dispensad las digresiones:—Hará á la fecha unos seis años. Me encontraba de paseo en un pueblo de nuestra campaña; había tomado por mentor á un jovencito como yo, barbilindo, y con él juntos nos dimos á correr las calles. Todas estaban llenas de matronas, señoritas, caballeros y pollos.

—Indíqueme V.—dije á mi cicerone—quiénes son las personas que pasan junto á nosotros.

No se hizo repetir el pedido.

—Aquella señora—dijo, indicándome una hermosa dama que pasaba en coche descubierto,—no tiene de tal sino el nombre y el traje: su marido se suicidó á causa de sus infidelidades; aquel comerciante ha hecho tres quiebras fraudulentas; aquella niña es una.... (mi pluma no quiere reproducir la frase); el joven que se encuentra parado frente á la vidriera de la tienda de la esquina, es un calavera perdido: le debe á cada santo una vela; aquel jinete.....

—Basta!—grité, entre colérico y asombrado.—¿En qué pueblo estamos?.....

A la noche fui conducido á un baile. Yo había llegado al pueblo por la mañana.

—Fulano habla pestes de usted—me dijo por vía de prólogo una señora con quien por primera vez hablaba.—Pero quién hace caso á ese desgraciado?—continuó.—

Mire usted, señor, poco tiempo hace que lo tuvieron preso por un negocio bastante sucio en el Banco de la Provincia. Bien dice el refrán que *el que lo hereda no lo hurta*: el padre de Fulano era lo mismo.

—Por Dios, señora, si no sé quién es ese caballero! exclamé en el colmo del estupor.

—Cómo nó!—objetó mi interlocutora.—Es el mismo que ha paseado con usted toda la tarde. Es un falso, sin consecuencia de ningún género.....

—Quítese usted del lado de esa mujer, que es una loca!—me dijo una voz al oído.—Hace un momento que decía de usted incendios.

Dí vuelta y de manos á boca me encontré con un caballero pisa-verde, á quien no había visto jamás ni en las cajas de fósforos.

—Zutanita dice que usted es un pedante, orgulloso—me avisó una damisela, dos minutos más tarde.

—No tengo el honor de conocer á Zutanita.

—Eso no importa: está *picada* porque no la saludó usted hoy en el paseo. Y ha hecho usted bien, porque es un tipo despreciable, y tanto ella como su familia tienen muy malos antecedentes.....

Al siguiente día de la tertulia lié mis bártulos y me fuí á Buenos Aires.....

Ahora bien, lector, ¿qué idea se formará un transeunte de un pueblo en que, antes de conocerle la cara, se pone su nombre en la picota, y se comentan de mil modos su saludo, la botonadura de su levita, el lazo de su corbata, etc., y en que se le impone de todas las miserias privadas antes de que conozca la plaza pública?

Muy triste, ¿es verdad?

De mí sabré decir que recibí la peor impresión que puedes imaginar, y que á pesar del tiempo transcurrido, todavía se me suben los colores á la cara cuando re-



cuerdo las noticias que me dió mi cicerone ó las conversaciones de la noche del baile.

—¿Cuáles son, en semejante pueblo, las mujeres puras, los hombres honrados?—me preguntaba á mí mismo.—Y si los hay, ¿cómo es que no se levantan indignados para arrancar la lengua á los calumniadores de oficio?

Y repetí mentalmente la siguiente composición de un inspirado poeta, cuyo nombre no recuerdo, y que te recomiendo como conclusión del artículo:

“Al alzar la virtud su noble frente  
“Brotó la vil calumnia de entre el cieno;  
“Dióle la Envidia su mortal veneno,  
“Satán sus alas, su rencor ardiente.  
“Es cobarde y cruel, mas es potente  
“En dar lenguas al malo contra el bueno,  
“La noche oscura abrígala en su seno,  
“Llega invisible y mata lentamente.  
“Doquier que clava su infernal pupila  
“Halla un objeto en que saciar su saña.  
“Artera, siempre su puñal afila;  
“Su boca es antro que el error entraña,  
“Y la baba asquerosa que destila  
“Aun al infame que la vierte, daña.”

9 DE JULIO DE 1816

---

Tres grandes revoluciones que han cambiado la faz del mundo—la Norte-Americana, la Francesa y la Argentina,—y tres documentos notables é inmortales, que son, por decirlo así, la sanción ó el complemento de aquellas, el Acta de Filadelfia, la Declaración de los derechos del hombre y la de la Independencia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata,—hánse producido en el lapso de tiempo que comprenden el último cuarto del siglo décimo-octavo y el primero del presente.

Verdaderas revoluciones las tres, porque invocaron principios hasta ellas desconocidos ú olvidados, y levantaron al hombre y á los pueblos, regenerados y libres, sobre el fantasma odioso del derecho divino, ellas y los documentos en que condensaron sus credos, son y serán para la humanidad en los tiempos por venir, faros luminosos que le indiquen el camino de la libertad civil y política, del progreso moral y material.

Las colonias Inglesas, oprimidas por los impuestos que la soberbia Albion les imponía; la Francia, degradada por la clerecía y la nobleza, esclavizada sin tregua desde el día que Luis XIV pudo decir:—“El Estado soy yo! y es voluntad del que dió reyes á los hombres que todo el que nazca súbdito obedezca sin examen”; los pueblos Sud-Americanos, poseídos por España en nom-

bre de Dios y la conquista y encadenados á los caprichos de los monopolistas de Cádiz:—todos y cada uno por su turno, en 1776 y 89, 1810 y 16, revelaron al mundo que el derecho es superior á la fuerza, los pueblos á los reyes, la libertad á la opresión, y que las palabras de Cristo:—*Todo poder viene de Dios*, no fueron pronunciadas como una maldición contra la especie humana.

El Acta de Filadelfia fué el grito de alarma en la lucha de los esclavos contra los déspotas; la Declaración de los derechos, el credo de la nueva religión, y el Acta de la Independencia Argentina, la aceptación explícita que los pueblos nuevos, de sangre latina, hacían del Evangelio moderno, comprometiéndose á su defensa *bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama*.

Lo que alcanzaron los bravos adalides, las conquistas que hicieron, escritas están con caracteres de oro en códigos de libertad, que hasta á los autócratas Rusos se imponen, en la independencia del espíritu humano que no encuentra horizontes que limiten su vuelo, en el para-rayos, el vapor, teléfono y telégrafo, en las decenas de Repúblicas democráticas que van ocupando el lugar donde dominaban antes los emperadores y los reyes.

Asombrosas y bendecidas conquistas por siglos de siglos anheladas por los humildes y los esclavos, no conseguidas jamás, y alcanzadas al fin, en pocos años, pero á costa de millares de víctimas y de mares de sangre y de oro, en la Europa caduca y en la joven y vigorosa América.....

¡Poder incontrastable del derecho sobre la fuerza, de la razón, que es inmortal, sobre los sofismas de filosofías acomodaticias!....

A las palabras:—*Todo poder viene de Dios!* glosadas por los tiranos y sus apologistas, como sentencia inapelable de esclavitud dictada contra el hombre, ha quedado para siempre opuesta la profecía inmortal de

Mirabeau:—*Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno!*

9 de Julio de 1816!...

Era en días de profundo dolor para la Patria.

El Obispo Lue, en nombre de la España, había negado á Sud-América en el Congreso General del 22 de Mayo de 1810, el derecho de insurreccionarse contra la madre patria, y había declarado que estos países pertenecían de hecho y derecho, para siempre jamás, al rey Fernando VII y sus legítimos sucesores.

Después del Cabildo abierto del 25 del mismo mes y de las ejecuciones de la Cabeza del Tigre, la guerra á muerte estaba declarada, pero aun llevábamos al frente de nuestros ejércitos la bandera de la Metrópoli, é inscripto en nuestros escudos el nombre del que debía ser ya considerado por nosotros como un soberano extranjero.

Y así pasaron seis años, entre triunfos y reveses para la revolución.

1815 terminó con la espantosa derrota de Sipe-Sipe y el relajamiento de todo vínculo de unión entre las Provincias Argentinas.

Julio de 1816, encontró al país debilitado, exhaustos sus tesoros, diezmados sus ejércitos, y fué en tales circunstancias y bajo tales auspicios, que los Diputados del Congreso de Tucuman quemaron sus naves, como Hernan Cortés al pisar las playas Mejicanas, declarando nuestra independencia de todo poder extranjero (9 de Julio) y decretando (25 del mismo mes y año) que "será peculiar distintivo de las Provincias Unidas, la bandera celeste y blanca" que nos distingue hoy de todas las naciones del Orbe.

Desde entonces tuvimos una patria y la República Argentina pudo pasear sus estandartes redentores donde quiera que gemía un pueblo esclavo de la tiranía.

El paso de los Andes, las batallas de Chacabuco,

Maipú, Ayacucho é Ituzaingo, la independencia Argentina, de Chile, el Perú y la República Oriental del Uruguay, fueron los resultados lógicos de Julio.

Hé ahí los frutos del grandioso movimiento iniciado por los descendientes de los puritanos emigrados, proseguido en Francia por la gran Revolucion y complementado en Sud-América por los hijos de los conquistadores españoles.

Es así como se prueba á la faz de la historia, que la humanidad es una en el tiempo y en el espacio, y que las ideas buenas, fecundas como el *fiat* que produjo los Orbes, se abren camino y triunfan al través de las persecuciones y de la muerte.

Estados Unidos, Francia, la América del Sud, convencerán con su ejemplo á los incrédulos.

## DE TODO UN POCO

---

El periodismo en la campaña.—Moralicemos!—Piedra miliaria.—La mujer que hace política.

### I

En los largos años que he consagrado al servicio del pueblo, abogando por sus intereses en la prensa, he llegado á convencerme de una verdad dolorosísima, que esteriliza los esfuerzos patrióticos del periodista honrado, y es que la propaganda periodística no obtiene en la campaña la potencia que despierta de su letargo é impulsa la opinión pública, siendo, por el contrario, una especie de opio que embota y adormece todas las fibras populares.

Por eso sucede que cuando un periódico inicia una buena obra, los que debían apoyar su propaganda permanecen en el quietismo, sin importárseles un ápice la idea discutida y muchas veces sin conocerla siquiera, siendo muy común que se pasen por alto los escritos serios sin consagrarles la mínima atención.

De esa manera las buenas ideas se pierden, porque la sociedad permanece estagnada ó sigue la corriente rutinaria, cuyo curso no se atreve á salvar.

Parecerá esto un absurdo, pero todo en el mundo es lógico, todo reconoce una causa productora, y esa parálisis en la corriente moral de pueblos ricos de inteligencia y ávidos de progreso, tiene también su causa que tratar de demostrar.

¿Qué ha sido y qué es, con excepciones honrosas, la prensa de la campaña?

Echemos una ojeada retrospectiva.

Los primeros periódicos que en ella se fundaron, tuvieron la misión exclusiva de sostener á una autoridad cualquiera ó de atacarla sistemáticamente; de servir á los intereses de Fulano, en oposición á los de Zutano, á quien era necesario hundir en el concepto público, hubiera ó no motivo; y disfrazando tan mezquinas intenciones con la careta de las públicas conveniencias, se acostumbró á los lectores á dos cosas funestas:

1.º A no creer en la propaganda de la prensa local, confundiendo á todo el periodismo con los fariseos que lo prostituyeron, y á ver en los esfuerzos de los verdaderos sacerdotes de la palabra escrita, nada más que las huecas y egoistas declamaciones de aquellos cínicos de nuevo cuño.

2.º Hacer que la parte más numerosa, si bien no la más sensata de la sociedad, aplauda y goce con la vocinglería de la maledicencia y las groseras *palabrotas* con que los mercaderes de la prensa quieren demostrar su celo por los intereses públicos, arrojando dardos envenenados á diestra y siniestra, despedazando hasta la reputación de la respetable matrona, todo lo cual no es otra cosa que anzuelos con que se pretende pescar una subvención arrancada al miedo ó á la debilidad.

De esa manera se prostituyó la prensa.

De esa manera se ha hecho espinosa é ingrata su misión.

De esa manera se ha logrado que los pillos que se apoderan de un puesto público, se rían á mandíbula batiendo cuando un diario independiente les echa en cara sus maldades, y así, la que debía ser centinela avanzado de la moral y del progreso, se ha convertido en sangrienta y miserable picota.

Y ¿cómo nó? Si ha habido pasquines, mal llamados

periódicos, que enemigos de un funcionario público, han sacado á bailar un furioso *can-can* á la esposa é inocentes hijas de su enemigo!....

Pero aún se está á tiempo para remediar el mal, si los periodistas todos se esfuerzan en demostrar con hechos que ha pasado ya el tiempo en que la ignorancia de los pueblos disculpaba, hasta cierto punto, la maldad y la ignorancia de sus representantes en la prensa, y que en adelante sabrán cumplir sus austeros deberes.

Solo es menester un pequeño esfuerzo para dignificar en nuestros pueblos el divino invento de Guttenberg.

¿Que no se ganará dinero? ¿que el mayor número de los lectores goza con los gritos inarmónicos del escándalo?

¿Y qué más dá?....

Vale más el aplauso de una persona sensata, que el de los muchos que no saben lo que leen ni lo que se pescan.

Antes de prostituir su pluma, un hombre honrado, debe hacerla pedazos.

De esa manera, si se hace el esfuerzo que reputo necesario, aun cuando al principio se hagan algunos sacrificios, llegará un momento en que los mismos que hoy gozan con el insulto y la diatriba, comprendan y aplaudan las nobles propagandas.

Entonces el periódico será una potencia para el progreso, y cuando en sus columnas se haga una denuncia, el pueblo se levantará como un solo hombre para sumariar y castigar al acusado.

Entonces se moralizará la administración, porque los pícaros tendrán miedo de que se les arranque la careta y respetarán á la opinión pública.

Pero hoy..... hoy, acostumbrados á que se confunda con ellos á los buenos, se rien, y tienen razón, cuando se les acusa por medio de la prensa.

Es el resultado lógico del escándalo.



## II

Moralicemos!

El juego, alguien lo ha dicho, es un vicio que trae aparejadas consecuencias tan funestas como el de la bebida. Los vicios son siempre malos, como lo es todo aquello que, saliendo de lo natural, carece de un fin noble y generoso.

La bebida envilece al hombre, porque debilitando sus facultades morales, debilita conjuntamente su organismo, al extremo de reducir á la más vergonzosa impotencia á individuos robustos y llenos de vida.

El juego le degrada también, y poniéndolo eternamente en la necesidad de adquirir dinero, para satisfacer las exigencias de la innoble pasión que lo domina, le hace muchas veces robar *legalmente* con las cartas, y otras, agotados los recursos, le obliga á aceptar para sí la máxima de moral acomodaticia: *todos los medios son buenos para llegar al fin.*

El juego, como pasatiempo, no puede ser condenado ni por el más rígido moralista, pero cuando se hace interesado de una manera progresiva tiene ya su peligro, aun cuando se disimule con el disfraz de la diversión, cuyo carácter se pretende darle; y toca en los límites del escándalo cuando en público y en establecimientos sociales se juega descaradamente, sin más limitación en las apuestas que los recursos de cada uno.

Comprendiendo esto y el peligro que hay para la juventud, tan impresionable por naturaleza, de contaminarse con un vicio verdaderamente ruinoso, la mayor parte de los círculos sociales han prohibido en sus estatutos todo juego interesado, y otros han señalado gabinetes reservadísimos, á los cuales solo se permite en-

trar á personas de posición independiente y de cierta edad.

Otros han olvidado el peligro, y si existe ó nó prohibición escrita, que es cuento aparte, lo cierto es que en ellos se juega lo que se quiere y el que quiere; viejos, jóvenes, y hasta algunos niños que deben forzosamente carecer de recursos propios y cuya edad es más aparente para estar en un colegio aprendiendo las nociones del bien y del trabajo, que para sentarse en una mesa de juego á barajar las cartas de un naípe.

Y esto ¡Dios santo!.... esto se hace en algunas partes, con evidente perjuicio de la moral pública y dando origen á ¡quién sabe cuántas desagradables consecuencias!

Esto se hace á vista y paciencia de sociedades cultas y trabajadoras, que ¡increíble anomalía! por indiferentismo ó por inercia, permiten que se envíen los niños que debieran estar en las escuelas!

Así no es raro que el mal se propague, como es natural que tome creces el incendio si se arroja leña á la hoguera.

Pero quienes de ello tienen la culpa son esos tan complacientes padres de familia, que dejan á sus hijos libertades que forzosamente tienen que llevarlos á la licencia, encenagándolos en el vicio, primero por el ejemplo, después.... por la práctica.

El mal es viento impetuoso que invade el corazón y la inteligencia, si se le abre la puerta de las pasiones. Una vez en posesión del hombre, difícilmente encuentra la puerta de salida.

No dejarlo entrar, entonces, si se quiere evitar sus funestos estragos.

Combatir el vicio en su germen, si se quiere esterilizar su funesta semilla.

Esa debe ser la tarea de sociedades que son ó aspiran á ser cultas, si desean que en su seno fructifiquen las virtudes con el riego fecundo del trabajo.

Esa debe ser la tarea de los padres de familia encargados por Dios de la educación de sus hijos y responsables ante la humanidad del fiel cumplimiento de su misión augusta.

Esa es la obra encomendada por el cristianismo á sus ministros.

Debe en ese sentido predicar la prensa, ya que su misión ha de ser civilizadora.

Esa debe ser, por fin, la aspiración suprema de los hombres honrados.

A la juventud que se levanta, está vinculado el porvenir de la patria: impidamos, pues, que se prostituya y guiémosla por el camino del bien!

### III

La justicia humana, piedra miliaria que mira por diferentes lados las faltas ó los méritos del hombre, según el puesto que la suerte le ha deparado en la sociedad, sugiere al espíritu tristes reflexiones cuando libre de preocupación, investiga las causas por que, siendo los hombres todos iguales en el derecho, el fiel de la balanza se inclina siempre al lado de quien mayor suma de espectabilidad ó de dinero puede arrimar á su favor.

Tristes reflexiones inspira esa desigualdad, porque si “la justicia, la más grande de las virtudes, es considerada como el Atlas que sostiene el mundo moral; si el austero culto de sus preceptos garante la práctica y perfeccionamiento de las instituciones libres, señalando el mayor grado de civilización de los pueblos;” según las palabras de un jurisconsulto Americano, — mucho debe temerse por sociedades en las cuales, por la influencia de un favoritismo que entristece, el compás de

la justicia se abre ó se cierra según la posición que ocupa el encausado.

Tristes, muy tristes reflexiones, porque estableciendo diferencias de hecho para la aplicación de la ley, el pueblo se divide en dos clases: la de los privilegiados, á los cuales no alcanza carga ni pena alguna, y la de los desheredados, á los cuales son reservados todos los castigos y todas las obligaciones, y á quienes se niega la mínima recompensa por sus méritos.

En la República Argentina este es un mal endémico, que de generación en generación viene perpetuándose, relajando más y más los vínculos sociales. En ella hay dos castas: el hombre del pueblo es una y el hombre del campo es la otra.

Entre ambos hay una valla inmensa y un antagonismo incalculable de intereses y aspiraciones.

Sobre el primero, solo en los momentos de lucha apasionada pesa la ley de las venganzas políticas; sobre el segundo pesan siempre esas mismas venganzas, la ambición ruín de los pequeños mandatarios, y el indiferentismo de todos que lo han relegado á la categoría de cosa.

Presentaré algunos ejemplos que hagan más palpable lo que digo:

-- Hay una ley que ordena á todo ciudadano Argentino enrolarse en los cuerpos de Guardia Nacional, estableciendo serias penas para los contraventores.

Hay disposiciones de orden que prohíben el uso de armas sin especial licencia de la autoridad.

El duelo, bárbara costumbre llamada *juicio de Dios* en siglos más ignorantes que el nuestro, está reputado como un asesinato y como tal tiene sus penas.

Ahora bien: la ley que castiga á los infractores es á todos extensiva, y es en su aplicación donde se establecen diferencias.

El hombre del pueblo puede ó nó enrolarse, usar las

armas que le dé la gana y batirse cuando y como mejor le parezca, pues todo eso apenas será considerado como pecado venialísimo.

Pero ¡ay del Gaucho! ¡ay del paria americano si infringe aquellas leyes ó disposiciones! El ejército de línea, las multas y la Penitenciaría vengarán en él esos crímenes de lesa patria, de lesa civilización y de lesa humanidad!

No son estas quimeras de mi fantasía, que harto lo prueban los hechos en la vida diaria, y basta tender la vista en derredor nuestro para convencernos de la tristísima verdad.

¿Sabéis cuál es la causa que produce y perpetúa ese mal?

Es una sola, pero poderosa; la falta de educación de las masas.

Si todos y cada uno de los Argentinos tuvieran la indispensable capacidad cívica para ejercer sus derechos, y la instrucción necesaria para defenderlos de los atentados de la autoridad, la igualdad ante la Ley sería un hecho y no una mofa sangrienta como ahora.

Pero esa obra de redención está reservada á otros hombres y otros tiempos, que la labor es larga y contados los días del hombre y sus recursos.

El día en que ella se consume, la justicia no será como hoy piedra miliaria, que mira por opuestos lados las faltas ó méritos del hombre según el puesto que la suerte le ha deparado en la sociedad.

¡Dichosos hombres y dichosos tiempos los que vean al pueblo Argentino redimido y dignificado por la educación! En ellos se verán cumplidos los votos del patriotismo, y de la civilización la noble y fecunda tarea!

## IV

Uf! . . . .

¡La mujer que hace política! . . . .

Mucho tiempo hace que da vuelta por los rincones de mi cabeza la idea de escribir cuatro párrafos sobre el tema que ahora, pero mi mala suerte ha querido que jamás estuviera en vena para hacerlo, y mi prudencia, que alguno llamará pusilanimidad, me ha prevenido en contra de mi deseo; pero hoy echo á rodar las consideraciones, y salga el sol por Antequera, he de escribir por satisfacer mi antojo.

No es difícil que encuentre contendores, ni creo imposible que un escuadrón de Evas, con arcabuz ó lanza, se me venga encima; me resigno á todo por el gusto de cantar de plano ciertas verdades, que aunque sabidas de todos son por todos reservadas, tal vez porque el pícaro deseo de agradar al sexo bello, sella en este caso los labios de tanto Adán parlanchín como hay por esos mundos.

Pues señor, — aunque haya empezado en estilo ju-guetón nadie ponga en duda la seriedad del asunto, — ¿queréis algo más ridículo que una mujer que abandonando sus labores y cuidados domésticos, se da á hacer política, prestigiando en los estrados á tal ó cual candidato, hablando como un poseído de los espíritus malignos, gesticulando y accionando en contra del partido á que es opositora? . . . .

De eso á dar fuego á la mecha del cañón solo hay un paso, y si algunas que yo conozco aumentaran su entusiasmo y partidismo, paréceme que las famosas amazonas, aquellas de larga espingarda y acerados músculos, bien pronto quedarían humilladas.

Y luego, después de un día de combates . . . . de bo-

ca, en que se haya agotado la femenil elocuencia, la Eva irá á su casa y encontrará á sus hijos en paños menores por no tener quién les zurciera los calcetines, el puchero sin hacerse por falta de leña, y el marido revolcándose en un mal arreglado lecho, no habiéndose levantado á pesar de ser las seis de la tarde, por tener los pantalones rotos y no haber quien se los computiera.

Un cuadro tal fué, indudablemente, el que hizo decir á un . . . . ¿poeta? . . .

- Por firmar doña Luisa exposiciones,  
no le zurció al marido los calzones;  
y el tal, muy satisfecho de sí mismo,  
cogió una estaca y le rompió el bautismo."

Y si á la dama se le han trastornado los sesos por una causa contraria á la de su esposo? . . . .

Fácil es imaginarse lo que es una casa donde la mujer, metiéndose á camisa de once varas, se da á politiquear, con todo el apasionamiento de que son ellas capaces, defendiendo á Pedro, combatiendo á Juan, hojeando periódicos, y poniendo al servicio de sus ideales, para convencer á su compañero, todos los recursos de que tan hábilmente saben echar mano, los desmayos, las lágrimas y los ataques de nervios.

Suponeos, lectores del alma, qué gritos y alharacas á cada *triqui-traque!*..... mientras andan los muchachos sin tener quien les limpie la boquita, rompiéndose la cabeza á golpes y manchando cuanto al paso encuentran con grave perjuicio de la economía doméstica.

Pobre casa, pobre marido y pobres hijos! ..

Pero por la madre de Dios! Yo quiero la libertad de la mujer, pero no esa que la lleva á la plaza, al *meeting* y á la tribuna, sino la digna y limitada que le acuerda el Evangelio; que no es al campo de la lucha ardiente, no

es á fomentar odios, ni al sitio del debate apasionado adonde la llama su sexo, nó!

Isabel, condesa de Eu, hija de D. Pedro II del Brasil, ha dicho que "la mujer, por su nacimiento ó por otras circunstancias, puede ser llamada á ejercer un puesto en la vida pública y hasta á ocupar un trono; pero adonde la llaman su educación, los instintos naturales y la sabia naturaleza, es al seno del hogar, al lado de su esposo y de sus hijos, al lado del lecho del moribundo y al pié de los altares de Dios".

La mujer que lo ha dicho es heredera de un trono, lo ocupaba al escribir esas líneas, y á pesar de eso no olvidaba que la misión de su sexo es de amor y de consuelo.

Las luchas de la política ocasionan rencores eternos, la guerra y la muerte.

¿Quién restañará la sangre de las víctimas, quién alentaré al caído, si el que debe ser ángel de paz y caridad se calza las botas del soldado?

Que selle, pues, sus labios en los asuntos de la vida pública, que harto tiene que hacer en su hogar cuidando de la educación de sus hijos y de la felicidad de la familia.

Esa es su misión sobre la tierra, la noble y generosa misión que Dios y la naturaleza le confiaron.



## NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA

Aludiendo á las producciones de un ex-periodista argentino que actualmente se publican, leí no hace mucho en un periódico las siguientes líneas de un suelto local: —“..... se ha elévado á la sonriente esfera de la fé y *ha profetizado*. Lástima que lo haya hecho en el pueblo que lo vió nacer!”

Sin que pretenda juzgar las producciones de dicho ex-periodista, pues él es á mí como el dedo á la uña, como el cuerpo á la sombra, como el oxígeno al aire; estando tan íntimamente unidos que su existencia es condición de la mia, de manera que en el dia que él espire también moriré yo, por lo cual mi juicio sería excesivamente severo ó demasiado parcial; ello es que el suelto de mi referencia me ha traído á la memoria aquel articulillo que titulé *El doctor Tal*, y por antinomia, la profunda sentencia que sirve de título al presente:— *Nadie es profeta en su tierra*.

Nadie conoce más que yo—¡pobre Orfilio!—toda la verdad de tan desesperada sentencia, y para demostrarla, que es mi propósito, no es menester recordaros que San Martín y Bolívar murieron en el ostracismo por el crimen de haber dado libertad á un mundo,—que Lincoln, el humilde leñatero del Ohio, el glorioso Presidente de los Estados Unidos, murió asesinado por la mano de John Wilkes Booth, en pago de la redención

de los infelices negros,—que Miranda, el primer apóstol de la independencia del Nuevo Mundo, que había llenado con su nombre las cortes europeas, respetado por la guillotina en los días tremendos de la Revolución Francesa, fué á espirar en los calabozos gaditanos, con férrea cadena al cuello, atado como bestia á la pared;— porque esos recuerdos, ó exceden en majestad y grandeza al humilde círculo en que debe ahora moverse mi pluma ó no hacen al caso, por cuya razón me limitaré á contaros, amables lectores, una historieta que yo conozco y de la cual no es difícil que tenga noticia alguno de vosotros.

Héla aquí:

El señor N... era un gran aficionado á los quesos, y en consecuencia resolvió dotar á su pueblo natal de una fábrica de los mismos, pues aunque en aquella época—último cuarto del siglo décimonono—yatenía su pueblo dos de aquellas fábricas, no bastaban á sus necesidades y sufrían la atroz competencia de los productos similares del extranjero.

El señor N..., pues, estableció su fábrica, y el 10 de Abril del año que no quiero nombrar, se vendió el primer queso salido de sus queseras.

Gran barullo entre los aficionados.

—Es exquisito—decían unos;—jamás en esta ciudad se han comido quesos semejantes.

—Mejores que los de Tafí y que los de Goya!—decían otros.

—Claro está! - exclamaban los de más allá:—como que están hechos con pura leche de vaca, sin mezcla de leche de burra!

Y comentario tras comentario, aplauso tras aplauso, la fama de aquellos quesos subió á tal punto, que el señor N... llegó á vender ochocientos en un solo día; suma enorme, si se atiende á que solo los consumían los pocos habitantes de su pueblo.

El novel empresario tenía casi asegurada su fortuna, pero quiso su mala estrella que un día, cumpleaños de un influyente vecino, le enviara de regalo un queso rancio, confundiéndolo con otro magnífico, expresamente preparado para complimentar á aquel bienaventurado caballero.

Recibir éste el presente, olerlo y estallar de indignación, todo fué simultáneo.

—Miserable!—gritó, echando espuma por todos los poros.—Pues no se ha atrevido á mandarme por burla un queso rancio, exponiéndome á que en el banquete que pienso dar hoy á mis amigos hubieran todos arrojado las entrañas, si menos previsor, lo hubiera puesto en la mesa sin olerlo! Pérfido N...! ya me vengaré de tí, ya sabrás quién es Callejal..

Y prosiguiendo en sus horribles imprecaciones, cuando llegó la hora de la fiesta, reunidos los invitados, presentóles el causante de tanta ira, comprometiéndolos en nombre de la amistad, á no comer nunca los productos de la casa del señor N..., llegando en su extravío á suponer que el establecimiento de aquella fábrica respondía á un fin siniestro, que confió á media voz á sus incautos comensales.

Salieron éstos aterrados, y fueron diciendo á todo el que quería oírlos, yo no sé qué especies cabalísticas y terribles, que hacían crispár los nervios á quien los escuchaba.

En vano fué que el señor N... tratara de probar por medio del más prolijo y minucioso análisis de que haya ejemplo, que sus quesos no contenían materia alguna nociva á la salud y que su fábrica era de las mejor montadas del país. Nadie quiso creerlo, y en el último mes de su administración, llegó á tener un déficit verdaderamente enorme.

Resolvió llamar, entonces, á un tal X... que trabajaba por un triste salario en las fábricas de una ciudad veci-

na, por ver si cambiando su establecimiento de director, cambiaba el espíritu hostil de aquella sociedad.

Vino X..., hizose cargo de la casa, y repartió circulares anunciándolo.

Su primer acto administrativo fué vender todas las vacas que surtían de leche al establecimiento, sustituyéndolas con algunas burras raquíticas, tres malísimas ovejas, ocho ó diez yeguas de la peor raza y veinte cabras apestadas; de modo que los quesos eran un compuesto heterogéneo, capaz de producir indigestión á una ballena.

No contento con eso, disminuyó el tamaño de los quesos y aumentó su precio, pero, eso no obstante, se restableció el crédito del establecimiento, los vecinos del pueblo vieron convertido al señor X... en un arrogante municipal, y hasta se dijo, según creo, que debía ser nombrado dictador de aquella nueva Jauja.

No había pasado mucho tiempo desde que llegara X... al pueblo del señor N..., cuando un día en que éste último meditaba, sentado bajo la sombra de una higuera, en el eterno problema de la cuadratura del círculo, presentóse X... de improviso y díjole de esta manera:

—Muy señor mío: el respetable comercio de esta benemérita ciudad, ha resuelto regalarme los fondos necesarios para la planteación de una gran fábrica de quesos. He aceptado, agradecido, tan inusitada protección; con esos fondos en mi poder podría establecer una nueva casa frente á frente de la vuestra, luchar con vos de potencia á potencia, y hundiros; pero agradecido por la amistad que me habeis dispensado, he resuelto comprar vuestro establecimiento, pagándoos justamente, la mitad de lo que vale. Ved si os acomoda, y arreglémonos, y de no, pensad en arrostrar las consecuencias de vuestra temeridad. No podeis luchar conmigo: vuestra fábrica desaparecerá el día que yo me separe de su dirección.

El señor N.... parecía no volver de su asombro.

—Cómo!—exclamó al fin,—conque es decir, que yo que he sacrificado un capital para dotar á mi pueblo de una fábrica que se encontrára á la altura de las mejores de su género, que no he dispensado esfuerzo de ninguna naturaleza para sostenerla, me veo pospuesto á vos, que ningún mérito habeis contraído, y pospuesto de una manera tan ignominiosa? No! no os la vendo, y suceda lo que suceda!

Pero reflexionando mejor el señor N.... sobre su verdadera situación:

—Sea!—dijo:—Vuestra es la fábrica, pero marchad con cautela, y si alguna vez abandonais este pueblo y os estableceis en el vuestro, acordaos de lo que á mí me ha pasado, y pensad que, aun cuando vuestros quesos fueran amasados con el néctar de los dioses, os moriríais de hambre, y que vuestros convecinos protegerían al último pelagatos, relegándoos al olvido, porque nadie, excepción sea hecha de Mahoma, *nadie logró jamás ser profeta en su patria.*

No sé si X... escarmentaría en cabeza ajena, pero la historia que he contado á mis lectores, es la misma que el señor N.... me contó llorando, en tanto que repetía como un maniático las palabras que van al frente del presente artículo.

# SIN TITULO

A Alborebá.

## I

Y bien, amigo mío:—Algo mejor que este pobre artículo debía yo dedicarle, porque fué Vd. uno de los pocos que comprendieron mis intenciones buenas, uno de los pocos que me hicieron justicia, el único, acaso, que me dirigió una noble y generosa palabra de aliento.

Tanto tiempo transcurrido, y, sin embargo, la herida aún mana sangre, no ha cicatrizado todavía y temo que no cicatrizará jamás.... Fué, es verdad, la primera que desgarró mi alma!....

Ah! qué horrible, que cruel es el primer desengaño!....

## II

Divididos los hijos de mi patria por odios políticos, al parecer eternos, aprestan las armas fraticidas para lanzarse al campo del combate.

Pesadísima calma, precursora de tempestad horrenda, ha plegado las alas de la sagrada nave do bogaran los campeones ínclitos de Mayo, los soldados valerosos de Caseros.

La lid, la lid encarnizada, va á trabarse nuevamente entre los hijos del pueblo argentino.

Y, de improviso, como íris de paz y de redención, vése extendida una bandera blanca, pura como el alma de los niños, y escrita en ella con caracteres de luz una mágica frase: CONCILIACIÓN DE LOS PARTIDOS.

Despéjase el cielo, la nave de la patria continúa majestuosa su camino, vuelve el industrial á sus faenas, y el himno de la paz y del trabajo entónase doquiera.

Sigamos,—me digo,—sigamos esa bandera redentora.

Y la sigo con fé y perseverancia, con la fé y perseverancia del obrero del Evangelio, hágola Diosa de mis sueños, lábaro santo á cuya sombra debo combatir.

Si ella es noble y bella! por ella, los odios de hermano contra hermano han concluido para siempre; por ella se han abrazado en el altar de la Concordia los furiosos enemigos de la víspera.

Así lo creo, y en una hoja de papel que llevará lejos, muy lejos el viento del infortunio, me atrevo á confesar los sueños deliciosos de mi alma.

-Niños de ayer—digo <sup>(1)</sup>—nacidos bajo los auspicios de la revolución patriótica que protestara en los campos de Cepeda contra la barbarie de caudillos ensangrentados,—herencia forzosa de la tiranía que sucumbió en Caseros;—aleccionados por las páginas luctuosas de la historia humana,—legado oprobioso de crueles despotismos,—amamos la libertad, por instinto y convicción, y la deseamos sin limitaciones caprichosas, para todas las provincias, para todos los pueblos, para todos los hombres que habitan el suelo de la patria.

. . . . .

---

(1) En el programa de *El Heraldo* de San Nicolás, fundado por el autor el 10 de Abril de 1878.

“En cuanto á la política militante, aceptamos la bandera de la CONCILIACIÓN.

“El pueblo Argentino y nuestros principios nos la imponen.

“La República entera la sostiene entusiasta, y los pocos que la rechazan son los obcecados que no creen en el progreso de la moralidad política, que llama á todos los buenos, sin exclusiones ni preferencias odiosas, á coadyuvar á la obra del bienestar común”.

Ay! mis deseos nobilísimos me engañan.

Un momento, y los viejos adalides abandonan la bandera redentora, y renovados los antiguos odios, nuevamente se aprestan al combate.

—No importa!—exclamo.—La noble, la briosa, la ardiente juventud la sostendrá.

—Sí!—me responde Vd., querido amigo.—La juventud la sostendrá, porque ella no entiende de fraudes, ni de especulaciones indignas, ni de ambiciones innobles. Ella nace para el bien y muere por el bien; su pecho, abierto siempre á todas las heroicidades, es capaz de todo lo noble y generoso. Está postrada, pero no muerta. Alen-témosla y no temamos que añejos odios hayan envenenado su corazón.

Vd. y yo lo creemos.

¡Qué bellas esperanzas!

Pero Vd. y yo nos engañamos.

La idea vieja ha penetrado en la inteligencia nueva, y á poco, el lábaro sagrado es solo un trapo reducido á jirones.

La humilde hoja de papel que ha registrado nuestros sueños, se va lejos, muy lejos, arrebatada por el viento del infortunio!....



## III

Después?

¡Ay!

El campo se llena otra vez de combatientes.

Núblase el cielo de la patria.

La juventud, la noble, la briosa, la heroica juventud,  
marcha serena al sacrificio.

Truena el cañón.

Y.....

¿Oís esa campana mística que gime, llevando el luto  
al seno de la familia y agolpando el llanto á los ojos de  
los que la escuchan?

¿Veis aquel ciprés que se balancea acompasado sobre  
fosas recientemente abiertas?

¿Escuchais esos gritos desolados en que prorrumpen  
tantas madres, tantas esposas, tantas hijas?

¿Percibís el eco funeral que en medio de la noche sa-  
cude el letargo en que nos había sumergido un largo in-  
somniao?

¿Vislumbrais el rayo de luz encapotada que ilumina  
tristemente el campo del combate?

Ah!

No cerreis los ojos ni os apartéis del sitio!....

Esa campana dobla por nuestros hermanos, ese ci-  
prés se inclina sobre sus tumbas, ese eco lúgubre es el  
¡ay! del que agoniza, esa luz pálida es el sol de nuestras  
glorias que rinde homenaje á los héroes caidos, esos  
gritos de desolación nacen del corazón de las madres y  
de las viudas, de las hermanas y las hijas de los que han  
sucumbido en la refriega!

¿Quereis saber sus nombres?

Escuchad!.... La brisa húmeda de la noche los trae  
hasta nosotros envueltos en el polvo de la batalla.....

Pero, no los pronuncieis!.... Ahondaríais más heridas recientemente abiertas!

Los caídos fueron jóvenes inteligentes y honrados, sostén de su familia y esperanza de la patria.

Aquel pobre anciano ha perdido el báculo de su vejez.

Aquella mujer, hermosa y joven, rodeada de criaturas que parecen ángeles, ha llorado por el que fué compañero de sus días.

Aquella madre no volverá á ver el fruto de sus amores.

La querida ha perdido á su amante, la hermana á su hermano..... ¡ah!.... aquellos niños, ateridos por el cierzo de la desgracia, son huérfanos argentinos, cuyo padre ha caído asesinado por la metralla del cañón argentino!!

. . . . .

#### IV

¡Qué bellos fueron mis sueños, mi querido amigo, y qué triste, mi Dios, el despertar!....

Han pasado los años, y, sin embargo, la herida está aun abierta, al tocarla mana sangre, y temo que no cicatrizará jamás!....

El periódico, hijo querido de mi pobre inteligencia, que llevó al pueblo las ilusiones de mi alma, no existe ya, y, si existe, otras plumas prestan colorido á sus páginas.

Pero no importa, si es horrible, si es cruel el primer desengaño, consuélame la idea de que la semilla del bien no se pierde jamás, y que tarde ó temprano fructifica.

¿Me engañará nuevamente el corazón?

## EL BAILE

---

Llamadme como os parezca; calificadme, si quereis, de misántropo, decid que es ridícula mi manera de pensar, exorcisadme por rebelde á los dogmas de la sociedad elegante; yo sufriré en silencio: nuevo Isaac, llevaré sobre mis hombros los instrumentos del suplicio á que me condenéis por recalcitrante; pero os juro por mi fe, que no han de cambiar mis convicciones.

Dice Severo Catalina que los antiguos creían que en ciertos bailes hace de bastonero Satanás.

Perdono á los señores citados por el literato español el no haber empleado una frase absoluta, en razón de que eso de antiguos es calificación muy vaga, y me sería imposible castigarlos cual deseara.

Yo opino, no que en ciertos bailes, sino en todos, Luzbel es el director de orquesta, bastonero y también encargado de recibir las tarjetas de invitación.

Severo Catalina no ha visto al diablo en los saraos, por lo cual opino que este galano escritor debía ser miope, ó cosa por el estilo.

Yo he visto al príncipe de las tinieblas saludar con una graciosa mueca á muchas hermosas solteritas y á no despreciable número de casadas, y hasta he observado que debajo del frac lleva siempre unas á manera de coronas, que ofrece con exquisita galantería á algunas fieles esposas, para que adornen con ellas la inmaculada frente de sus maridos.

Esto sucede siempre en los bailes, y de ahí infiero que el ángel rebelde conoce perfectamente las reglas de la urbanidad.

Pero esto importa poco al asunto en cuestión.

Lo esencial es saber si los bailes son buenos ó malos.

Yo sostengo la última tesis, y afirmo que en ellos solo hay una cosa buena: el ambigú.

**Ambigú! ambigú! creación augusta**  
 De ignotos genios de olvidada fama,  
 Cuyos sagrados nombres desconoce  
 La vil humanidad: —Salud por siempre!  
 ¡Gloria á vosotros, del placer autores!  
 ¡Salve á vosotros, que escanciáis prolijos  
 El Champagne espumoso, que nos brinda  
 Salud é inspiración! Cante el poeta  
 Con plectro de oro vuestra gloria, oh! padres  
 Del más difícil arte, el que formaba  
 De Lúculo el placer, y en bronce y mármol  
 Escribase, si averiguarse puede,  
 La fecha en que inventastéis la cocina...  
 Día feliz, en que la humana gente  
 Debíó á vosotros consagrar altares  
 Y morir de placer, risueños dioses.  
 Canten otros, en versos cadenciosos,  
 Lides sangrientas, batallar nefando,  
 Yo sonaré mi lira en vuestro aplauso  
 Espumoso Champagne, Oporto suave,  
 Bayonesa gentil, Jamón sagrado!  
 Y si en el porvenir, mi oscuro nombre  
 Recuerdan ¡ay! las venideras gentes,  
 De gozo saltarán entusiasmadas!...

Pero volvamos al asunto.

He dicho que los bailes, en tesis absoluta, son malos.

He pensado siempre lo mismo, no he danzado jamás, ni en sueños, y puede juzgarse, por lo tanto, que mi opinión es imparcial.

No he recibido desengaños jamás en ningún baile, si bien es verdad que tampoco he concebido en ellos ilusiones.

El baile hace á nos, los del sexo barbudo, excépticos hasta la desesperación.

Ví la vez pasada á un joven soltero de recomendables condiciones, que al entrar al salón brillante del sarao se hubiera dejado quemar vivo por sostener la pureza de su prometida, murmurar al salir, entre dientes y con aire de beodo, el famoso verso de Espronceda:

“¿Qué la virtud, la pureza?  
¿Qué la verdad y el cariño?  
Mentida ilusión de niño,  
Que halagó mi juventud”.

La razón era sencilla:—No sé por quién ni de qué modo, pero es el caso que durante el baile supo ¡atroz revelación! que su ángel de doradas alas había perdido su blanco traje de virgen hacía ya bastante tiempo, y hasta le dijeron que su Fornarina (porque el joven aquel era pintor) tenía en un pueblecillo vecino un nene, fruto de lúbricos aunque ya olvidados amores.

La cosa no era para menos.

No digo por eso que los bailes sean una escuela de inmoralidad, pero sí sostengo que el lodo de las calles salpica más ó menos, y con raras excepciones, al rostro de los que por ellas transitan.

Y si los hombres pierden sus ilusiones, las mujeres pierden más que los hombres.

Una niña entrará en el baile virgen de alma y cuerpo, y al salir... conservará, no hay duda, su integridad física, pero ¡ay!... ¿será inocente?...

Y los poetas estiman mucho la inocencia.

He leído en un libro, no sé en cuál, que la virginidad física sin la virginidad del alma, es como la dalia, una flor hermosa pero sin perfume.

Yo prefiero el perfume del alma á la belleza del cuerpo.

Al fin y al cabo, el cuerpo es barro que se descompone y el alma es inmortal.

¿Desvario?

¡No!...

La más bella mujer queda contrahecha por la viruela negra, pero la viruela no alcanza el espíritu.

¿Qué padre de familia, aun el más despreocupado, vería impasible que en el seno del hogar, sin testigos, afortunado galán ciñera en abrazo estrecho y voluptuoso la flexible cintura de su hija adorada?

Ninguno.

Pero en un baile, es cosa muy diferente.

No uno, cien galanes estrecharán el talle de la bella, penetrarán con mirada indiscreta secretos que siempre debe velar el pudor, harán en todos los tonos y con todas las frases juramentos falaces de amor, y el buen padre sentirá palpitar su corazón de placer.

Lo que á juicio de ese padre sería una falta censurable entre dos jóvenes amantes, practicado en las serenas horas de la noche ó á la luz brillante del día, sin más testigos que Dios y sus almas, es cosa muy natural si se hace ante un millar de testigos y con un millar de personas diferentes.

Está consagrado por el uso.

Y ¿quién le pone el cascabel al gato?

¿Veis aquella mamá?

No quita los ojos de encima al novio de su hija.

El no se atreve á decir á la niña que la quiere.

Ella no se atreve á mirar á su novio, de temor de que su mamá encuentre provocativa aquella mirada.

Pero en el baile?...

La niña está completamente separada de la madre:  
solo atiende á su novio.

Él mira y remira aquel seno de alabastro, mal velado  
por finísima gasa.

Habla á la virgen yo no sé de cuántas cosas.

Es atrevido y le pide una cita.

La bella se sonroja.

Pero al fin cede....

La mamá está loca de placer porque su hija es  
atendida.

¡Ay, qué caras cuestan ciertas atenciones!

Pero.... dejemos de hablar

Y ruede á placer la bola,

Que ni con mitra y estola

La lograremos parar.

Y, pues, el baile, placer

Da á los hombres y mujeres,

Que goce de sus placeres

omo el hombre la mujer.

Que por bailar el doncel

Clave al sastre que le fia,

Y con gracia y ufanía

Se mofe en su cara dél;

Que hermosa dama su honor

Arrastre vil y tan solo

Ofrezca á su esposo dolo

En vez de dichas y amor.

¿Qué importa, Fabio? Callar

Es prudente, pues ni Zola

Logrará parar la bola

Y yo no la he de parar.

## LA PEOR COSTUMBRE

---

Un amigo mio, á quien estimo y respeto, es de opinión que los préstamos de libros son convenientes, y dice en su apoyo, que por ese medio se propaga el gusto por las buenas y por las bellas letras.

Supongo que opinará lo mismo con respecto á toda clase de publicaciones.

Lo cierto es que él paga cara su opinión, ó por mejor decir, que la sostiene á costa de serios desembolsos, pues según me lo ha dicho en amistosas confidencias, obras hay que, compradas por él diversas veces, no existen, sin embargo, en su biblioteca, ni le ha faltado un cliente, que después de saborear las bellísimas páginas de un libro que le había facilitado, haya tenido la graciosa ocurrencia de ponerlo en remate, junto con algunos catres rotos y tres sillas despernancadas.

Mi amigo no cree, á pesar de todo, que poner en práctica su idea, es algo así como meterse á redentor.

Y ya se sabe,—mi amigo debiera saberlo demasiado,—que el que se mete á redentor, sale siempre crucificado.

Pero aparte de esa razón, que es poderosa, yo tengo otra que oponer al raciocinio de mi amigo.

Porque debeis saber, lectores míos, que soy de opinión completamente opuesta á la suya.

Ilustremos la cuestión con un ejemplo.



Supongamos que, Juan ó Pedro, publica un libro sobre un tema cualquiera.

Es una producción interesantísima.

La impresion cuesta á Juan ó Pedro veinticinco mil pesos m/c.

Ha hecho un tiraje de un mil ejemplares.

Los detallan á treinta pesos m/c.

Yo, que soy afecto á la lectura, compro uno, después, ó acaso, antes de leerlo, lo presto á Enrique, éste se lo facilita á Diego, éste á Pepe y á diez más.

De manera que, comprando un solo ejemplar, hemos leído la obra catorce individuos.

Si no hubiera sido mi inoportuna generosidad, los trece lectores restantes hubieran tenido forzosa precisión de comprar el libro.

Los catorce ejemplares hubieran producido al autor cuatrocientos veinte pesos m/c.

Como he sido yo el único que lo he comprado, solo ha recibido treinta.

Luego, mi generosidad ha hecho perder al escritor, que habrá ganado mucho en popularidad, pero poco en *argent*, trescientos noventa billetes de á cuatro centavos fuertes cada uno.

¿Qué hace más falta al autor la popularidad sin el dinero, ó el dinero, con popularidad ó sin ella?

Seré, acaso, demasiado materialista, pero si yo publicara un libro, preferiría que compraran muchos mi obra aun cuando la leyeran pocos, y no que la comprara uno y la leyeran diez mil.

Con gloria no se va al mercado, pero con pesos, sí,

Es por eso, sin duda, que los escritores muy populares, cuyas obras se trasciben en todos los periódicos pero que solo compran los periodistas, mandan al diablo su bien cortada pluma y se dedican al rudo oficio de verduleros.

Y los periodistas....

¡Ay, Dios mio!

¡Qué maldita plaga la de los lectores de ojito!....

A los periodistas les sucede lo mismo.

El periódico se llama *El Trueno*, *El Huracan* ó *El Disparate*.

La redacción es ilustradísima.

Abundante y *garantida* la sección noticiosa.

La idem literaria, no deja que desear.

El comercio encuentra en él.... la mar....

Se imprime en una población de quince mil habitantes, y todos lo leen.

Pero.....

Su tiraje es de trescientos ejemplares....

Veinte de estos se reparten gratis.

Cincuenta son para el canje.

Noventa se envían á suscritores que jamás pagan.

Quince para los tipógrafos.

Treinta y cinco para las colecciones.

El resto se cobra de tres en tres meses.

Los gastos para la impresión, sin contar los intereses del capital empleado ni el trabajo del propietario, ascienden mensualmente á quince mil pesos m/c.

Algo de esto debió inspirar á Larra cuando dijo:

"¡Ay! qué placer el de ser redactor!"

- Y métase Vd. á cultivar la inteligencia pública.

Es verdad que ya no hay cárcel por deudas, pero si la hubiera, ¿quién querría ser periodista, quién editaría un libro?....

Nadie.

Y mucho menos con el sistema de propaganda adoptado por mi amigo.

De aquí deduzco, si bien puedo estar equivocado, pues no siempre son exactas mis deducciones, que la opinión de mi amigo no es buena, que su sistema no es el mejor para propagar el culto por las bellas letras, y que lo más racional con respecto á libros, es guardarse

cada uno los suyos, y que quien los precise..... que los compre.

¿Egoísmo?

No tal.

Generosidad pura.

¿La prueba?

Muy sencilla.

Si con respecto á libros siguieran todos mi consejo, esto es, comprar cada cual el que se desea leer, ¿habría tanto literato de campanillas que se muriera de hambre?

Nó.

Pues, bien!

Católicos, protestantes ó mahometanos (la religión no importa en este caso) una de las obras de misericordia es *dar de comer al hambriento*, y si queremos cumplir ese divino precepto, declaremos desde ya:

¡GUERRA SIN CUARTEL Á LOS LECTORES DE OJITO!

## SIN TEMA?....

-----

Escribamos!.... No tengo tema, es verdad, pero su falta, achaque y disculpa de noveles escritores, no ha de intimidarme á mí, envejecido en el oficio, y que al dar vuelta una esquina, al ver la nariz de Diego, la peluca de Juan, los bigotes de Pepe ó el polison de Engracia, siento bailar entre los dedos la pluma, que como buena hembra se encapricha (no sé si está bien dicho) en que la haga correr sobre el papel, la moje en el tintero y saque con ella el pellejo á los ya nombrados.

Sentadas tales premisas, deduzco como lógica consecuencia que para mi objeto (llenar algunas carillas) no importa un ardite el que no sepa sobre qué voy á escribir.

Escribamos, que el tema.... ya se me ocurrirá!....

\*  
\* \*

Pues, señor! encontré hoy en la calle á Sisebuto, un buen chico, á quien de largo tiempo conozco. Iba en un magnífico coche, tirado por una yunta soberbia de purísimos puros, el cochero de gran librea, y él, mi amigo, indolentemente tendido, entre sus labios un *upman* y entre sus manos.... entre sus manos, nada.

Me saludó, hícele una reverencia y siguió de largo.

En aquel momento sentí un suave golpecito sobre mi

hombro: media vuelta, y de manos á boca dí con el incomparable Cándido.

—¿Le has visto? — me dijo.—Es Sisebuto, aquel pobre diablo de diez años atrás, á quien, como tú sabes, llamaban los sastres por los diarios para que pagára sus trampas. ¿Qué te parece el boato que gasta?

—Hombre!—exclamé—la pregunta me admira. El que lo tiene lo luce, como dice el refrán, y si en el trabajo honrado ganó sus pesos, bien hace en gastarlos de la manera que mejor le parezca. Por mi parte le absuelvo si algo de malo hubiera en la ostentación de sus riquezas.

—Medrados estamos si tú, el sempiterno moralista, haces ahora la apología de Sisebuto! ¿Ignoras, acaso, cómo se ha enriquecido? Quiebras fraudulentas, especulaciones infames, vendiendo su conciencia al mejor postor en las luchas políticas, una viuda dejada en la miseria, un matrimonio de conveniencia, y etcétera, muchas etcéteras!.... Esos han sido sus medios de trabajo, esas sus honradas especulaciones. ¿Te atreves á absolverle?....

Por cierto que nó!—dije.—Si tan malo es el chico, si tal es el origen de su fortuna, yo le condeno con toda la energía de que me creas capaz.

—Así quería oírte y adios!

—Adios, carísimo!

Y se fué.

\*  
\*\*

—¿No es Cándido, por ventura, el individuo con quien en este momento hablabas?

De tal manera me interrogó Deogracias.

—El mismo—respondí.—Siempre tan bueno y honradote, enemigo acérrimo del vicio y de los viciosos.

—Lucio! ¿y á mí me lo cuentas?—dijo casi á gritos Deogracias.—¿A mí me lo cuentas que le conozco más

que la madre? En verdad te digo que *ese* es un miserable. Tiene todos los defectos de la más ruin canalla, toda la hipocresía del jesuita, la falsa mansedumbre del gato y el veneno de la víbora. Fíate de él y no te compro las ganancias.

—Lo que es yo, no lo creo.

—Mejor para tí, pero cuando lo creas será ya tarde y me contarás el cuento. Ha clavado á más amigos que pelos tiene, su firma está protestada en todos los Bancos y no hay bolichero que le fíe un cigarrillo. Ya te lo contaré despacio y ahora me largo.

— Felicidad!

—Perspicacia!

\*  
\* \*

En aquel instante, misia Espiritu me hizo un gracioso saludo.

La vereda era alta y no podía subir, por lo cual corri á ofrecerle galantemente mi mano.

—Por Dios, amigo!—fueron las palabras que me dirigió.—¿Ha olvidado Vd. aquel refrán que dice: “dime con quién andas, te diré quién eres”?

—¿A qué la pregunta, misia Espiritu?

—He visto á Vd. en compañía de ese miserable Deogracias.

—Es verdad, señora, pero le tengo por persona honesta y cumplida.

—Cumplido de presidio, debía ser! Ha hecho ese más desgraciados de ambos sexos que días tiene de vida! Su pobre esposa está abandonada y en la miseria, y él, jugador, ébrio consuetudinario, cargado con todos los defectos posibles, es algo inmundo que mancha con su aproximación.

—Señora!....

—No lo dude Vd., amigo mio, y siga mi consejo: huya de él como de la peste y no se le aproxime si no

quiere desacreditarse. Me separo de Vd. con pesar, pero tengo urgencia de ir á hacer unas compras á la Ciudad de Lóndres. Será, pues, hasta luego, que espero verle en mi palco.

—Iré, señora, y beso á Vd. los piés.

\* \* \*

—Boletín de última hora! boletín! boletín!....

Pasa gritando un muchacho.

Le llamo, compro una hoja y leo:

#### LAMENTABLE SUCESO

El distinguido comerciante X, acaba de poner término á sus dias horadándose el cráneo con una bala de revolver.

La sociedad entera, seguros estamos de ello, lamentará como nosotros la fatal resolución de persona tan bien conceptuada.

Se dice por algunos que el mal estado de sus negocios le ha impulsado á atentar contra su vida, pero la verdad es otra y la pone de manifiesto la siguiente carta, dirigida á su esposa, que sin remordimiento publicamos.

Dice así:

“Espíritu:—A pesar de todo, muero adorándote. Has sido mi amor, mi fatalidad, mi desgracia: tú ocasionas mi muerte.

“Tus devaneos, tus locos amores, el abandono que has hecho de tu hogar, hácenme comprender que estoy de más en el mundo.

“Muriendo yo puedes ser feliz y ojalá lo seas!

“Yo te perdono!....”

X.

.....  
No quise seguir, leyendo y..... ¿veis como no falta tema?..

# BOCETOS AL CARBON

---

## I

LUIS GUTIERREZ

Escribir sobre Luis Gutierrez, perfilar su fisonomía moral, decir algo de lo mucho que sé relativo á ese hombre, joven aún, de fisonomía grave, de generoso espíritu, de gran corazón, es, lector amable, para mi humilde pluma, grato, aunque acaso elevadísimo entretenimiento.

Partió de España para América en busca de más libre ambiente, acariciando el hermoso ideal del republicano que no encuentra en la tierra de su nacimiento la realización de sus ensueños y va á lejanas y extranjerías playas á formar un hogar puro, risueño y feliz, bajo la égida protectora de democrática bandera y conservando en su corazón, como en inextinguible pira, el fuego sagrado del amor patrio.

Le conocí poco después de que pisara las riberas del Plata, y fuí, probablemente, uno de sus primeros amigos argentinos. Puedo decir — y perdonad esta digresión — que creo ser el que más le quiere: tiene que ser así, al menos, porque soy el que más le debe.

Fué mi preceptor durante algún tiempo, y de sus enseñanzas, de sus doctrinas, formé el pequeño caudal de conocimientos que poseo: si no los adquirí mayores, es de mi torpeza y no de su contracción la culpa. El me enseñó á amar el bien, á ser honrado, á despreciar éxitos y glo-



rias baladíes fundados en los aplausos del mundo, y á aspirar como única recompensa de los actos buenos, á esa muda pero elocuente satisfacción de la conciencia, íntimo juez, superior á los jueces de la tierra!

Recuerdo que en 1876, mientras yo redactaba un periódico de la campaña, escribí á Luis Gutierrez, lleno de orgullo porque la prensa partidista reproducía mis escritos, y él me contestó en una carta en verso, dándome consejos y enseñanzas que más tarde me fueron útiles, y diciéndome con el aplomo del que conoce al mundo, que: “el hombre al nacer á la vida pública, es como inocente mariposa que atraída por el brillo de la luz, consume en ella sus alas y..... muere!” “Mañana, me decía, esos mismos que hoy queman incienso en tus altares arrojarán sobre tí el peso de su odio, y los que se fingen hoy tus admiradores, serán los primeros en escarnecerte.....” Amarga profecía, si quereis, pero al fin profecía que he visto realizada, como se realizan, por lo general, todas aquellas que se inspiran en la inconsecuencia de los hombres.....

Basta, empero, de digresiones; perfilemos al héroe.

Luis Gutierrez cuenta ahora treinta y seis años; ni alto ni bajo, delgado, de color moreno, barba entera y cerrada, negra, muy negra. Hay en su rostro una indefinible mezcla de la gravedad del árabe y de la gracia andaluza, y en su voz, segura y robusta, se encuentra la revelación, si admitís la frase, de un corazón fuerte, de un alma sincera, de un hombre, en toda la extensión de la palabra.

Luis Gutierrez es un carácter: — emigrado de su patria, la noble y desgraciada España, llega á Buenos Aires en 1871, durante la aciaga época de la fiebre amarilla. Pobre y sin amigos, lucha allí á brazo partido y frente á frente con la adversidad, cae enfermo, se encuentra al borde del sepulcro, y á pesar de todo, arranca á su pluma frases suficientemente inspiradas para escribir *Era*

*una madre!* una de sus más cortas pero más sentidas producciones.

Cuando pasó la horrible y prolongada noche en que el ángel de la muerte batía sus alas sobre la Atenas del Plata, segando sin piedad las cabezas de hombres y mujeres, de ancianos y de niños, Luis Gutierrez se estableció en San Nicolás la mártir, esa pobre ciudad tan noble, tan patriota y tan olvidada, que fué siempre el límite entre la civilización y la barbarie durante las guerras civiles, que presenció el *Acuerdo* de los Gobernadores que organizaron la República, que dió quinientos de sus más bizarros y valerosos hijos para la guerra que sostuvimos contra el tirano paraguayo, y que hoy, por fin, merced al progreso que nos invade y regenera, se transforma, se embellece, ciñe su cintura con las paralelas de acero, abre su puerto al comercio del mundo y entra á lid suprema del progreso contra el atraso, del bienestar contra la miseria.

Fué allí, en San Nicolás, que Luis Gutierrez plantó el árbol de su hogar, encontrando en él la dicha, la suprema dicha del amor correspondido, de la reproducción del sér físico y moral en esos pedazos del alma que se llaman hijos.

Esposo y padre ejemplar, como había sido buen hijo, amigo leal y cariñoso, captóse bien pronto la simpatía de cuantos le conocieron, y cuando hizo su aparición en las hojas periódicas de la prensa nicoleña, su nombre fué saludado con general aplauso y sus escritos buscados con insaciable avidez.

*El Progreso, El Cuco, La Mariposa, El Herald, La Perla, El Norte de Buenos Aires,* han ofrecido de buen grado y sucesivamente sus columnas al galano escritor, al pensador y al poeta; porque Luis Gutierrez ha abarcado todos los géneros: la poesía, la novela, la sátira, y en todos ha conquistado el beneplácito de sus lectores. No os digo que sea un genio, nó, que no me ciega el

cariño, pero sí os diré que en *El Huérfano Argentino* hay más filosofía en pocos líneas, que en muchas obras de moral que por ahí circulan; sus novelas *Zoncora y Zacabe*, *Atuel* y *El Tullido*, encierran bellezas literarias de primer orden, pensamientos magníficos; los juguetes cómicos titulados *Una lluvia de sobrinos* y *D. Ruperto*, son una sátira vivísima de vicios que en la sociedad se cubren con hipócrita máscara; *Caridad*, por fin, drama desgraciadamente inédito, es una pieza inspirada, no exenta, acaso, de defectos, pero en la cual hay estrofas y aun escenas que honrarían á cualquier poeta.

Orador?... Debo deciros con pena que Luis Gutierrez no es orador. Tiene miedo al público, miedo tal y tan poderoso, que si he de ser ingenuo, debo aseguraros que antes se dejaría asar como San Lorenzo que improvisar un discurso ante cien personas. Posee suficientes dotes, pero le falta audacia, le sobra vergüenza, y aun entre los amigos de mayor confianza, tiembla como azogado cuando se le obliga á que hable. No lo puede remediar, y el Luis Gutierrez que domina con la pluma, que hace reir ó llorar á voluntad, parece un tímido y novel enamorado cuando quiere decir "Señores!" para empezar un discurso. Es su enfermedad, su desesperación: no le digais que hable... pero .. ¡pese á mí!... y las conferencias pedagógicas que dirigió el Dr. Larrain y que corren por ahí impresas en un hermoso volumen?... ¿no recordais el magnífico estudio sobre la *Disciplina escolar, premios y castigos*, que hizo Luis Gutierrez? .. ¿Será que el pillo tiene el propósito de no prodigarse para hacerse desear?...

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que sus amigos lamentamos sinceramente el no verle, como deseáramos, ocupando frecuentemente la tribuna del orador. ¡Podría decirnos tantas cosas bellas; enseñarnos tantas cosas útiles!...

Dejémoslo con su manía y terminemos este escrito.

Luis Gutierrez está consagrado á la educación de la juventud y dirige en la ciudad donde reside la escuela número uno de varones. Sus clases son modelo de labor y de método, como lo han demostrado hasta hoy los exámenes anuales, y en ellas hase formado una generación y hay otra próxima á abandonarlas para entrar á las lides ardientes de la vida

Que el agradecimiento y el cariño del pueblo sean la recompensa al talento y virtudes del amigo, del escritor y del educacionista, son los votos que formula desde el fondo de su alma, quien recibió de él las primeras nociones de lo bueno y de lo bello, quien aprendió de él á amar la libertad y la justicia, y á odiar á los tiranos y á los esclavos, ya sean estos de los que dominan las almas ó de los que doblegan la cerviz bajo el yugo infamante de los déspotas!

## II

### NOMAR

*Nomar* es un chico como hay pocos, no porque sea bonito, ni elegante, ni cosa que lo parezca, pero sí porque es más testarudo que un Aragonés, buen amigo de sus amigos, y enemigo que no da cuartel á los que caen en su desgracia.

Nuestra amistad es vieja, pero ha tenido sus eclipses, de los cuales no se cuál de los dos tenga la culpa: no me atrevo á decir que sea él ni quiero decir que sea yo, pero no tengo para qué ocultaros que un dia y otro dia, un año y otro año, hemos pasado el uno al lado del otro sin hablarnos, sin dirigirnos una mirada afectuosa. El me consideraba inferior á los perros, y yo, que quiero mu-

cho á esa clase de animales, hubiera creído hacerle demasiado honor comparándolo con ellos. Me odiaba él tanto, que cuando estaba cerca de mí largaba las *jaretas* (término femenino) de sus colosales orejas para impedir que el sol me alumbrara, ofensa de la cual se vengaba el que esto escribe llamándole *Chinchilla*, palabra mal-oliente que lo exasperaba.

Conociendo estos antecedentes, comprendereis sin esfuerzo que nos odiáramos cordialmente, nos hiciéramos la guerra á sol y á sombra y nos desacreditáramos lo mejor que podíamos, él infamándome en el papelucho titulado *El Norte de Buenos Aires*, y yo aplicándole la pena del Talion desde las pestilentes columnas de *El Herald*.

Así las cosas, mi pobre diario pasó á otras, no me atrevo á decir mejores manos, y *Nomar* (álias *Chinchilla*) alzó las idem al cielo, dando gracias á los dioses por la visible protección que le habían dispensado, concediéndole la inapreciable dicha de postrar en tierra al malandrín, follón y mal nacido que tanto mal quisiera hacerle.

Yo, cariacontecido y maltrecho, lloré á todo llorar mi desventura, como el leproso Job sobre las ruinas de Jerusalem.

Pero los dias pasaron, y uno de ellos *Nomar* procedió como hombre, haciendo obra de varón en un lance de honor que le deparó la suerte. Se portó bien, porque hizo y recibió el fuego enemigo sin que le temblara el pulso, arrugara el entrecejo, ni le palpitara más rápidamente que de ordinario el corazón.

*Nomar* fué para mí, desde entonces otro hombre, y escribí á uno de sus padrinos, *Alborebí*, de quien he de hablaros en párrafo aparte, rogándole que felicitara en mi nombre á su ahijado.

Desde aquel momento data la nueva amistad que nos une, y si he de deciros verdad como acostumbro, no me

ha pesado ni pesa el encontrarme vinculado por el cariño al antes odiado *Nomar*, pues si bien él tiene la maldita ocurrencia de creerme botarate, y yo la idem de suponerlo caprichoso y terco, nos estimamos y queremos lo suficiente para perdonarnos mutuamente nuestros defectos.

*Nomar* es redactor de *El Norte de Buenos Aires*, periódico ameno, bien escrito, ardoroso propagandista, el mejor en el departamento indicado por su nombre, en el cual se ha coleccionado cuanto de más selecto han producido en achaques literarios los hijos y vecinos de San Nicolás, pues sus columnas encierran novelas, versos, etc. de Leon Guruciaga, Eulogio A. Sanchez, los Abaca, Dámaso Valdés, Carlos y Teodoro Fernandez, Santiago García, Bonifacio Velazquez y otros, no siendo de menor mérito las ilustraciones que, de cuando en cuando, ha debido al inspirado lápiz del dibujante nicoleño Joaquin Maldonado.

No dudareis, poseyendo tales datos, que *El Norte de Buenos Aires* haya sido en San Nicolás, en ocasiones dadas, una potencia irresistible, contribuyendo eficazmente á corregir abusos, fomentar progresos, enaltecer virtudes, condenar delitos, premiar á los buenos y castigar á los malos. Obra de hombres, al fin, el mencionado periódico ha podido salir algunas veces del carril que sus deberes y las conveniencias sociales le impusieran, pero es harto sabido que nada hay perfecto sobre la tierra, y al que vitupere á *El Norte* por sus errores, si el que lo vitupera es periodista, yo le diré, como Cristo á los acusadores de la mujer adúltera:—"El que se crea sin mancha, que arroje la primera piedra!"

Dejemos á *El Norte* y hablemos de *Nomar*.

Físicamente considerado, no excede del común de los hombres; no es alto ni grueso, de mirada dominadora y vivaz, cabeza bien formada, pelo entre-rubio, plateado por algunas canas traidoras que calumnian á sus veintiseis años.

Se ha criado, puede decirse, en una imprenta, porque él, como todos sus hermanos, ha pasado la vida, desde hace tres lustros, entre los tipos, cajas, cilindros, volanderas y prensas del establecimiento paterno. No es de extrañar, por lo tanto, que después de haber sido durante largos años un excelente tipógrafo, sea ahora la cabeza directriz, el alma de la imprenta y diario á cuyo frente figura su nombre.

Ramón E. Carvajal..... descubrámoslo!..... ha militado siempre en las filas del Partido Liberal, acompañándolo en la victoria y en la derrota; en 1880 figuró entre los Voluntarios Arroyeros que á las órdenes del bravo Bernabé Martínez regaron con su sangre el campo del combate en Barracas y Puente Alsina. Después, cuando la vieja bandera fué arrastrada por el lodo y los antiguos ídolos descendieron de sus altos pedestales, *Nommar*, con el corazón roto, con el alma llena de desencantos amargos como acíbar, ingresó entre los soldados del Partido Nacional, cuyos nobles principios son, la integridad y la grandeza de la patria.

No hay para qué decirnos que ha sido y es uno de los más decididos sostenedores de la patriótica causa con tan generosos propósitos iniciada, y que preso, perseguido, acusado, no ha decaído ni decae su brío, pues si en momentos de justificadísimo desaliento ha llegado á decir:—“De hoy en adelante miraré con frente serena abusos, iniquidades é infamias!”—el YO se ha revelado en él, la conciencia de la propia dignidad ha reemplado su ánimo, y en ciertos casos, durante días y aun meses de enervación general, él y su *Norte* han sido el único, inexpugnable baluarte en San Nicolás de los Arroyos, contra los que todo lo han atropellado en la noble, heroica y desgraciada Provincia de Buenos Aires. (1)

---

(1) Este boceto fue escrito á principios de 1886.

Bajo este punto de vista *Nomar* y el *Norte*, que al fin y al cabo son una misma cosa, porque el diario es siempre fiel trasunto de las pasiones, vicios y virtudes de su Director, han merecido bien de la Patria y de su partido.

Hay honor, hay gloria, por más que lo nieguen los descorazonados pesimistas, en caer abrazado á una bandera, sea en el campo de la victoria ó en el de la derrota, recogiendo de entre la sangre humeante, quemados por la pólvora, los últimos jirones de la enseña querida. *Nomar* es de esa raza de soldados.

Pero.... ¿hay algo sobre la tierra que no tenga un pero?

Mi héroe es extraordinariamente haragán; lo es tanto, que no temo engañaros asegurándoos lo siguiente:

Reproducirá este "Boceto" en las columnas de *El Norte*, nada más que por ahorrarse el trabajo de llenar algunas carillas de papel....

### III

#### ALBOREBÍ

Juan José García Velloso, el inspirado poeta, el vencedor en múltiples y literarios certámenes de Buenos Aires, la Coruña, el Uruguay y el Rosario, el que á los premios ganados en las luchas de la inteligencia reúne los aplausos del ático Guido, de Cánovas, de Nuñez de Arce, de Campoamor, de Emilio Castelar, el autor de "Libertades Comunes", en fin, ha dicho que mi héroe parece vaciado en el molde de los hombres de Plutarco.

Y así lo creo. Serio como la experiencia, grave como el árabe, recto como el ideal de la justicia, inte-



ligente, trabajador, honrado, es todo un hombre: uno de esos tantos dotados de inestimables prendas que vejetan olvidados en un rincón de la campaña, esterilizando sus fuerzas creadoras, sujetos para ganarse la vida á la ley del trabajo duro, personal, incesante.

Pobre, con esa pobreza de levita que no pide compasión, ni inspira lástima, ni alcanza amparo,—la digna y orgullosa pobreza que honra y enaltece al que sabe sufrirla con la frente alta y mirada altanera,—ha pasado de los treinta sin aprender cómo se escalan puestos, cómo se obtienen honores al favor de un servilismo que degrada, á costa de la espina dorsal que otros, menos delicados, doblan hasta formar arco en las antecámaras de los poderosos.

No creo que haya llegado jamás á la miseria, pero seguramente ha pasado por días amargos, en que el pan y el abrigo consumían todo el fruto de sus afanes, y en que el día y la noche eran para él de angustia, de anhelos infinitos. Pero la adversidad no logró nunca abatirlo ni quebrar su carácter del temple del acero, y luchando como los buenos luchan, poniéndose de frente á su triste suerte, desafiando al destino, ha marcado cada uno de sus días con un esfuerzo digno para llegar á mejores posiciones.

Que no lo ha conseguido?

Y ¿qué?

La lucha es condición de la victoria, pero la jornada es dura, el tiempo corto, y no todos los que luchan, vencen. Por otra parte, él vive allá, en medio de los suyos, donde todos lo conocen, donde la envidia por una parte, el egoísmo, la ignorancia por otra, se complacen por lo común en poner piedras en el camino de los buenos, allá, en su pueblo, donde no puede ser profeta.

Yo he dicho en diversas partes, que las ciudades de la Provincia de Buenos Aires, San Nicolás, Mercedes,

Dolores, tienen multitud de hombres inteligentes, estudiosos, algunos ilustrados, capaces de ejercer todo puesto público, de representar al pueblo en los parlamentos, y de representarlo con patriotismo, competencia y buena voluntad: Alborebí es uno de ellos.

Pero por esa misma causa, porque carece de la ductilidad de la cera, porque es patriota, bien intencionada, y sin mezquino egoísmo, independiente, nadie se ha acordado de él, y su nombre, desconocido fuera del círculo de sus amigos, no ha sido recordado jamás por aquellos á quienes como partidista ha servido, por los cuales se ha sacrificado.

Mientras tanto, otros, infinitos, sin inteligencia, sin títulos, sin patriotismo, verdaderos fantoches del escenario político, obtienen la representación de pueblos que no conocen, á los cuales ninguna vinculación los une, y de cuyos destinos, de cuyas necesidades, de cuyo progreso nunca se preocupan, porque no les importan.

Verdad dolorosa, si quereis, pero que es necesario repetir hasta el cansancio, en todos los tonos y por todos los medios, hasta que los departamentos de la campaña se convenzan de que es á sus hijos, á sus vecinos, los hombres de intenciones puras y proceder rectos, á quienes corresponde de derecho el alto honor de representarlos y regir sus destinos.

Pero hablemos de mi hombre.

Alborebí, como casi todos los que tienen en su alma luz de inteligencia, y en su pecho sentimientos y pasiones que necesitan comunicar á los demás, ha pagado y paga constante tributo á ese titán del pensamiento humano que se llama la prensa.

Sus escritos, numerosos y bellos, andan por ahí desparramados en las hojas de publicaciones diversas, esperando que su autor los reuna y reproduzca en forma menos perdurable.

No ha escrito nada, que yo sepa al menos, de largo

aliento, porque atado al yunque del trabajo material, como antes lo dije, solo ha podido dedicar sus horas de ocio á su pasión favorita, pero á pesar de eso, sus producciones bastan para revelar sus dotes, su carácter y la sinceridad de sus opiniones.

Eulogio A. Sanchez..... así se llama Alborebí, — parece respirar según la opinión de Velloso ya citada, el aliento de la virtud personificada y el perfume de la modestia inteligente, y eso no obstante, es uno de tantos que vejetan olvidados!....

No necesita de extraño aliento, eso me consta, pero para terminar este boceto, hecho con pésimos carbones, quiero repetirle las palabras que él me dirigiera, tiempo há, en una página íntima que conservo entre mis papeles queridos:

“Recojamos toda nuestra fé para fortalecer con ella nuestro espíritu y retemplar con el vivificante calor de la esperanza nuestros corazones.

“¡Confiemos y esperemos!

“¡Alumbra nuestra senda el sol del porvenir!”

## QUIEN ES EL QUE ESCRIBE?

---

(AL QUE LE QUEPA EL SAYO QUE SE LO PONGA)

Las viejas timoratas (obsérvese que digo *viejas* y no *ancianas*, que son dos calificativos muy diferentes) que hayan leído mis articulillos de marras titulados *El Doctor Tal* y *Nadie es profeta en su tierra*, leerán con horror, si es que leen el presente, y alguna vez que yo pase cerca de sus chiribitiles, dirán: "¡Cruz Diablo!" y profanarán el signo de la redención del mundo tratando de formarlos con sus dedos escuálidos, largos, huesosos y amarillentos.

Será la causa de tal espanto el creerme descreído, que es cosa muy común suponer un trasunto de Satanás al que tiene como yo la rara manía de decir siempre la verdad, cueste lo que cueste y duela á quien duela. Y sin embargo, lector amigo, ni soy ni puedo ser descreído, siendo, por el contrario, creyente á boca abierta de las cosas que veo, como buen sectario de Santo Tomás.

Yo he visto muchos *quidams* de esos de *aquí estoy porque he venido*, que al día siguiente de instalarse en uno de nuestros pueblos se encontraban á caballo en los cuernos de la luna, absurdo más grande que las pirámides egipcias, lo cual hizo que os contara la historia de *El Doctor Tal*.

Como reverso de la medalla, he visto muchos, infinitos hijos de esos pueblos,—tan dignos ó más de la protección pública que los señoritos cuyo único título de reco-

mendación es ser forasteros, — relegados al olvido, perseguidos como perros hidrófobos, calumniados y expuestos á la burla de los necios y de los ignorantes, y os dije por eso que *nadie es profeta en su tierra*.

Ahora, recordando una conversación que tuve ha pocos días con un viejo amigo, pienso involuntariamente que algunos de los lectores de mis articulejos habrán preguntado antes de leer el título :

— ¿Quién es el que escribe?

Otros, que sin saber lo que dice el texto, saben lo que dicen las letras de la firma, habrán contestado con la satisfacción del que tiene conciencia de lo que afirma :

— Escribe el señor Lucio Orfilio, escritor de gran talla, cuyas producciones son siempre elogiadas por los periódicos de Europa y América.

— Y lo merecen — habrán dicho los primeros, — porque estos artículos (que no han leído) de lenguaje fácil y galano, encierran conceptos luminosos, profundas sentencias, verdades de á folio, y están destinados á causar una revolución inmensa en las costumbres sociales.

— ¡Qué bien marcha el diario! ¡Cómo se conoce la protección generosa que el público le dispensa! ¡Qué enormes desembolsos hará la empresa para corresponder dignamente á tan ilustrados colaboradores!.....

— Pues se vé!..... Nada menos que el sabio, el arqueólogo, el filósofo, el historiador ilustre que tantos días de gloria ha dado á su patria la Siberia, el noble señor Lucio Orfilio!.....

— Oh! esto es el *non plus ultra* de la prosperidad de un periódico!...

Y haciendo de mi nombre y de mis méritos la más cómica semblanza, agotado ya el vocabulario de los elogios, habrán aprendido de memoria mis artículos y alguien habrá dicho que soy un genio ó poco menos.

Pero hé ahí que una viejecita que me conoció en mis mocedades:

— Tontos de capirote! — les dice:— *Lucio Orfilio* es el pseudónimo con que se oculta Perico el de los Palotes.

— Perico de los Palotes? . . .

— Sí, señores, el mismo! Aquel muchachuelo que en años anteriores hemos visto jugando á la pandorga, y á quien le ha dado la locura por ser escritor público.

— Habráse visto audacia!

— Y vosotros tan cándidos . . . Pues no habeis visto que sus artículos son enteramente detestables, que no hay en ellos ni sentido común, que asesinan á la gramática?

— Claro está! ¿qué cosa que sirva ha de escribir Perico el de los Palotes?

Y . . . ¡adios mi fama! . . . Porque no soy desconocido, porque no me llamo Lucio Orfilio, sino Perico el de los Palotes, porque al saberse mi verdadero nombre desaparece la magia del misterio que antes me envolvía, ya no soy digno de ocupar la atención pública con mis producciones, que por lo demás, según yo lo creo, pueden ser tan buenas ó tan malas llamándome como me llamo, que si me llamara como me firmo . . .

Tú, lector, eres demasiado sensato. Sé quién eres, y también que no perteneces á esa turba de necios que nada bueno conceden al que conocen, aunque sea un santo, y que adjudican toda clase de méritos al último pillo, con tal que no sepan quién es, y puedan darse el placer de suponerlo un Catón, un Bruto, ó un don Eusebio, el de la Santa Federación, según sea su capricho.

Pero el que tú no pertenezcas á esa turba de necios, no es decir que no los haya; pues si bien hay muchas personas que como tú aprecian al hombre en lo que vale, hay otras, y son las más, que desearían fueran todos sus conocidos idiotas, para proporcionarse el gusto de admirar siempre á *genios* incógnitos.

Yo conozco muchos individuos que adolecen de ese

grave defecto, y es á ellos, no á ti, á quienes endilgo el siguiente razonamiento:

— Críticos de nuevo cuño! censores de pacotilla! ignorantes sin segundo! alineaos y contestadme sin titubear:

, — ¿Es buena ó no la obra del Universo?

Es buena.

—Y si en lugar de ser,—como lo suponeis,—obra de un Ser Supremo, principio y fin de todas las cosas, fuera simple producto de la casualidad ó de la aglomeración lenta de unos átomos sobre otros, ¿sería por eso menos perfecta, encontrándose en las condiciones que se encuentra?

—No, por cierto.

—Pues bien, esa misma regla debe aplicarse lógicamente á todas las cosas, inclusive las producciones de la inteligencia. Buenas ó malas, lo son en sí y por sí, sin que importe el nombre del autor.

Que descubra Colón el Nuevo Mundo es lo que á la humanidad importa, reciba su nombre ó el de Américo Vespucio. La empresa fué atrevida, el resultado grandioso, y no cambiarían los rumbos humanos ni fuera el éxito menos placentero, porque el marino genovés hubiera llevado otro nombre ó porque otro y no él arrancára al seno de los mares el eterno secreto.

¿Qué importaría á la belleza de los cuadros de Murillo el nombre de su autor? ¿Qué á la *Jerusalem* del Tasso, al *Paraiso* de Milton, al *Infierno* del Dante, hubieran sido otros sus autores, con tal que esos otros, poseyendo la chispa de luz divina que se llama genio, las legáran en iguales condiciones á la admiración de la posteridad?

Que Homero haya ó nó existido, nada importa á la belleza típica de sus obras; ellas han resistido al embate destructor de las edades, y, cuando pasados cien siglos y ciento, nadie recuerde la fabulosa historia

del hijo de Critheis, la *Iliada* y la *Odisea* quedarán monumentos inmortales del humano ingenio.

Pero .... ¿á dónde vas, pobre luciérnaga?....—escucho que dice alguien á mi espalda.—¿Qué tienes tú de común con el Tasso y Homero, con Murillo y Colon, Milton y el Dante, para que pretendas compararte á ellos?....

—Dispénsame, adusto censor; no pretendo compararme á los genios que has nombrado, ni profanar sus nombres, poniéndolos en parangón con el mio, pobre y desconocido. Mi objeto al escribir este articulejo ha sido, únicamente, probarte que nada importa la posición de un individuo cuando se discuten sus ideas; que si ellas son malas, deben ser desechadas aunque su autor lleve un nombre esclarecido, y si son buenas, deben ser aceptadas, no solo por el vulgo de las gentes, sinó también por tí, á quien no quiero ni debo suponer vulgo, por más que participes de sus preocupaciones, y que ni á tí ni á nadie importa averiguar ¿quién es el que escribe?

Por lo demás, aunque la viejecita que me conoció en mis mocedades asegure á voz en grito que soy Perico el de los Palotes, yo persisto y persistiré siempre en llamarme Lucio Orfilio.



# APENDICE



# APÉNDICE

---

Debidamente autorizados por el señor Fernandez, y para mejor inteligencia de nuestros escritos sobre la revolución de 1828 y la personalidad del Coronel Dorrego, reproducimos el artículo suyo que dió origen á la controversia y el que publicó en contestación al nuestro titulado *El Mártir de Navarro*.

Hélos aquí:

## TROZOS HISTÓRICOS

El 13 de Diciembre de 1828, la ciudad de Buenos Aires se conmovía á la noticia de la muerte del Coronel Dorrego, ejecutado militarmente por orden del General Lavalle.

El fusilamiento del Coronel Manuel Dorrego, fué un incidente en el movimiento revolucionario encabezado por el General Lavalle contra el Gobierno de Dorrego, el 1.º de Diciembre de 1828, al frente de 1500 soldados del Ejército republicano, que había regresado de la campaña contra el Brasil. Incidente de alta trascendencia, porque se ha querido hacer depender de ese hecho el éxito de la revolución, pretendiendo arrojar una mancha sobre una de las más espectables figuras de nuestra historia.

Para juzgar una escena principal es necesario remon-

tarse á las causas generadoras del drama, estudiar sus episodios iniciales y seguirlo en su desarrollo, para pronunciar el fallo al terminar el epílogo.

El drama histórico que vamos á estudiar no ha sido todavía juzgado por todos, con la imparcialidad necesaria, á pesar de haber pasado sobre él cincuenta y tres años, que podían haber apagado ya las últimas brasas de las exaltadas pasiones, que agitaron á las generaciones pasadas que jugaron un rol contemporáneo en los acontecimientos producidos al terminar el año 1828 y en la primera mitad del año 1829.

Recién las nuevas generaciones que crecen sobre el suelo de la patria harán la verdadera justicia, porque estarán completamente desligadas de todo espíritu pasionista respecto de aquellos hechos; y como pertenecientes á esas generaciones jóvenes, venimos á pronunciar un modesto juicio, sin más pasión que la gloria de nuestros padres y la inspiración de la justicia.

Dos partidos se disputaban, entonces, el gobierno de la República.

El partido Unitario que marchaba bajo la inspiración del genio de Rivadavia, compuesto de la sociedad culta é ilustrada de Buenos Aires y las provincias.

El partido federal, que reconocía por Jefe al Coronel Dorrego, por representantes á Lopez, Bustos, Quiroga, Ibarra, Maradona, Aldao, Cabral, Solá y Ortiz, caudillos bárbaros que despotizaban á las provincias de Santa Fé, Córdoba, La Rioja, Santiago, San Juan, Mendoza, Corrientes, Entre-Ríos y San Luis, sin contar á Rosas, que imperaba en la campaña de Buenos Aires, y las masas incultas y semi-bárbaras de una sociedad embrionaria: hé ahí los jefes y los elementos del partido, que por un sarcasmo sangriento se llamaba Federal.

Tenemos, pues, á los dos partidos que venían luchando desde tiempo atrás, perfectamente caracterizados por sus elementos y por sus Jefes.

Sus ídoles eran diametralmente opuestas, por sus antecedentes y sus propósitos.

La bandera del partido Unitario había sido enarbola-da por primera vez en las riberas del Plata por el bra-zo vigoroso de Mariano Moreno, y sostenido por su genio político en la aurora de nuestra independencia.

Sus discípulos la recibieron como un legado inmortal, cuando el ilustre patricio desapareció de la escena re-volucionaria bajo las olas del Océano, y la sostuvieron con el calor que les había inoculado el coloso, que caía para siempre, en momentos en que la patria ne-cesitaba más del poderoso impulso de su genio ini-ciador.

Más tarde otro gigante de la talla de Moreno, Ber-nardino Rivadavia, pero con una órbita más vasta que su antecesor, se levanta en la arena de la organiza-ción nacional, eclipsa á todos sus contemporáneos, im-prime á los gobiernos de que forma parte el sello brillante de su pensamiento, y funda las instituciones libres que habían de cruzar incólumes á través de som-bríos despotismos y de convulsiones políticas, llevando el vigoroso nervio de su genio político, para servir de incommovible pedestal á la reorganización definitiva de la República, sobre los principios del orden y la libertad.

Las doctrinas federales no reconocían en nuestro país una fuente tan gloriosa, ni tan pura.

Artigas, en la Banda Oriental, fué el primero que las proclamó como el fúnebre estandarte de la montonera y la anarquía, cuando la revolución argentina vacilaba bajo el peso de los contrastes.

Los principios unitarios simbolizaban el gobierno re-publicano, el gobierno del pueblo y para el pueblo.

Los principios federales de Artigas eran la falsifi-cación monstruosa del benéfico sistema que invocaban; era el imperio de la disolución sangrienta, la dominación de la barbarie sobre la civilización y el derecho, la

sustitución de la idea del hombre culto por el ensangrentado puñal del caudillaje.

El sistema Unitario se había trasmitido desde Moreno en las primeras inteligencias y en los más patriotas corazones argentinos de aquellos tiempos, hasta que el génio de Rivadavia lo iluminó con sus vastas concepciones, imprimiéndole el nervio de los grandes principios, destinados á ser la base de la Constitución de un pueblo republicano, fundándolo para siempre en la República Argentina, como la proclamación solemne de nuestras instituciones libres.

El grito disolvente de Federación ó muerte pronunciado por Artigas, repercutió con éxito en el corazón de nuestras incultas masas, y fué el fúnebre pendón de la barbarie desplegado por las montoneras argentinas.

El sistema Unitario tal como lo fundó Rivadavia, "preparaba para más adelante el régimen federal y aseguraba desde luego los derechos elementales del hombre en sociedad." (1)

El sistema Federal de los caudillos, á cuyo frente se colocó Dorrego, era la negación de todo orden, de todo régimen político; era el grito de la disolución de la patria, la proclamación sangrienta del despotismo y barbarie, el imperio sombrío del vandalaje en las provincias argentinas.

No hay sistema político donde no hay gobierno; no puede haber gobierno donde no hay un principio organizador que lo sostenga.

El puñal no es un principio de gobierno, es el símbolo y el instrumento de la descomposición de los elementos sociales, el aniquilamiento y la desorganización de un pueblo. Un pueblo que se desorganiza, y por consiguiente que se dispersa, muere como asociación políti-

---

1) Mitre.

---

ca, porque le falta la unión, la cohesión entre sus miembros, que son los vínculos que constituyen una nación como cuerpo colectivo.

Un partido que tiene por programa la ambición de sus caudillos, se identifica, se encarna en ellos y se juzga por sus instintos.

Los instintos de los jefes del partido que se llamaba Federal son perfectamente conocidos: su norma de conducta y la condición de su existencia era la anarquía y la montonera; hé ahí los propósitos del partido que encabezaba Dorrego.

C. A. FERNANDEZ.

## EL MÁRTIR DE NAVARRO

---

Con este título apareció, hace poco, en el número 985 de EL NORTE DE BUENOS AIRES, un artículo firmado por M. L. Olleros, una de las más distinguidas figuras de la juventud de San Nicolás, por su ilustración y por su inteligencia.

En él se atacaba otro que escribimos en el mismo periódico el 13 de Febrero del corriente año, en el que al estudiar con brevedad y sencillez el rol de los partidos *Unitario* y *Federal* en la República, tocábamos incidentalmente, aunque fué el motivo del artículo, la revolución encabezada por el General Lavalle el 1.º de Diciembre de 1828, contra la administración del Coronel Dorrego.

El punto cardinal de nuestro artículo fué un ligero estudio de los dos partidos que en aquel tiempo se disputaban el triunfo: sus principios, sus elementos y sus tendencias.

Eran hojas arrancadas á nuestra cartera histórica; trozos sueltos, que sobre un punto capital de la historia argentina, reasumían brevemente nuestra opinión al respecto.

Sin embargo, en ese artículo podía traducirse bien la opinión que nos habíamos formado de la revolución de Diciembre, pero no del fusilamiento de Dorrego; este hecho no fué sinó un episodio en el drama de la revolución.



Hay, pues, dos cuestiones distintas:— la revolución y el fusilamiento.

Respecto á la primera, el señor Olleros ha interpretado fielmente nuestro pensamiento: creemos que el movimiento del general Lavalle desplegó una bandera santa, á cuya sombra se cobijó desde su principio hasta su fin; que su programa era el derecho, y sus propósitos la libertad de la patria.—Es esta la opinión que sostendremos.

En cuanto á la segunda, no ha sido tan feliz; jamás hemos pretendido justificar el fusilamiento del Coronel Dorrego, pero también estamos muy lejos de acompañar al señor Olleros á arrojar la sombra de ese accenteamiento, haciendo gala de la más amarga ingratitud, sobre la inmaculada frente del más brillante paladín de nuestras glorias.

Pensamos que este suceso fué más bien error de uná época, y no de un hombre; y nuestra afirmación está fundada en la autoridad de uno de los más eminentes escritores argentinos y americanos, el general Sarmiento, citado también por el señor Olleros en apoyo de sus opiniones, cuando en verdad, las palabras citadas del ilustre argentino condenan á nuestro contendiente.

Nadie ha pretendido justificar el fusilamiento del Coronel Dorrego; y después que el señor Carranza publicó su importante obra "El General Lavalle ante la justicia póstuma", iluminando el misterioso episodio de Navarro con preciosos documentos hasta ese momento desconocidos, á nadie tampoco se le ha ocurrido culpar al General Lavalle de ese hecho, si exceptuamos uno que otro grito destemplado de condenación, tan injusta como arbitraria, lanzado por la pasión, por el error ó por la falsificación de la historia.

El libro del historiador Carranza, cuya autoridad es reconocida por todos los escritores argentinos, ha destruido completamente las opiniones extraviadas de ál-

gunos de los publicistas que cita en su artículo el señor Olleros, y decimos de algunos, porque ni Mitre ni Sarmiento, que son los más autorizados, entre los que tocaron el punto, condenan al General Lavalle por el hecho de Navarro.—Cuando más, afirman que fué error de la época ó del partido, sin arrojarlo como un crimen sobre el nombre del General Lavalle.

La falsedad de las fuentes en que el Sr. Olleros ha bebido sus opiniones, es susceptible de una fácil explicación. Han visto la nota que el General Lavalle pasaba á uno de los ministros del gobierno delegado, comunicando el fusilamiento del coronel Dorrego, y han visto también en los términos de esa nota, estas memorables palabras: *ha sido fusilado por mi orden*; y no han querido más, y han entablado la acusación contra el autor de la nota; se han constituido en tribunal, y sin forma siquiera de proceso, sin información y sin juicio, han lanzado el más tremendo anatema sobre la frente del General Lavalle.

Felizmente, no eran ellos el tribunal de la historia, su fallo no revestía ninguna forma legal, y la condenación lanzada ha ido á estrellarse en el bronce de la urna que guarda los despojos del ilustre paladín de medio mundo.

Y sin embargo, esas palabras no eran otra cosa que una manifestación sublime del temple heróico y la grandeza de alma que acentuaron é inmortalizaron la fisonomía moral del legendario apóstol de la libertad y la civilización del Plata.

Era uno de esos rasgos magnánimos que agigantaban su talla de héroe, haciéndole sobresalir entre sus contemporáneos. Arrojava generosamente sobre sí todo el peso de los errores de un partido, desafiando con toda la arrogancia del soldado intrépido el fallo de la historia.

Podríamos detenernos á comprobar con tremendos documentos, la explicación que hacemos de las palabras:

“ ha sido fusilado por mi orden ”, pero en esto nos limitaríamos á transcribir parte de la obra citada del Sr. Carranza, lo que por el momento no sería sino extender inútilmente este artículo, proponiéndonos por otra parte la mayor brevedad, dada la estrechez de las columnas de este periódico.

En consecuencia, invitamos al señor Olleros á que lea la obra mencionada, y con los documentos en la mano y ante su propia conciencia, juzgue á la luz de su clara inteligencia si nuestras afirmaciones están ó nó ajustadas á la más rigurosa verdad histórica.

## II

Pasemos ahora á la Revolución de Diciembre, que es la única cuestión que puede en cierto modo considerarse discutible.

Este punto, que ya tocamos ligeramente en un pequeño y mal escrito ensayo filosófico-histórico sobre las causas de la anarquía en la República Argentina, publicado en este mismo periódico, ha merecido siempre nuestra predilección, y después de aquella publicación le hemos dedicado especial estudio, por creerlo el más trascendental fenómeno de nuestra historia que haya influido, después que Rivadavia bajó del poder, en la situación que atravesara la República hasta el año 1852; influencia poderosa, no como causa de la anarquía, sino como uno de esos movimientos que á veces se producen en épocas solemnes de los pueblos, de cuyo triunfo definitivo depende la salvación de la patria; pero que también la fatalidad que persigue siempre á los grandes hombres, interviniendo en el éxito, puede fortalecer á los malos elementos, acelerando ciertos hechos que traen un período nefando para las naciones.

Arrancaremos, pues, una hoja más de nuestra cartera. Ya vé el señor Olleros que no nos ha tomado de sorpresa. Hace tiempo que estábamos preparando las armas y recogíamos los materiales, para levantar la trinchera en que desplegaríamos, con la modestia que impone la debilidad de las fuerzas y con la firmeza de una fe patriótica, la bandera de nuestras opiniones históricas.

¿Cuáles fueron las causas que originaron la revolución del 1° de Diciembre de 1828?

Para averiguarlas es necesario, antes de todo, conocer la situación que atravesaba la República Argentina, para juzgar los hechos que se produjeron y los hombres que tomaron parte, ó que representaban las ideas dominantes.

Tracemos ligeramente los perfiles del cuadro.

Así en el litoral como en el interior, un grupo de caudillos sanguinarios levantaba la lanza como símbolo de su dominación.

Las provincias no eran sino vastos y talados campamentos, y las poblaciones sus fúnebres cuarteles.

El puñal y el *banquillo* fueron emblemas de mando; los templos de la civilización habían sido demolidos, y sobre sus lúgubres escombros se erigieron los aduares del bárbaro.

El desgobierno político y el relajamiento de los vínculos sociales, fueron la triste obra de aquel partido que se titulara *Federal*, como el más sangriento escarnio á los hermosos principios de ese sistema de gobierno.

¡Quiroga, Lopez, Bustos, Ibarra, Maradona, Aldao, Cabral, Sola y Ortiz! he aquí el partido á cuya cabeza se colocaba el Coronel Dorrego, falseando las doctrinas federales que se decía haber traído de los Estados Unidos. Con semejantes elementos de partido no hay gobierno posible, ni se fundan los sistemas políticos en el régimen de los pueblos.

La multiplicación de poderes autonómicos, que es la consecuencia inmediata del federalismo, no se sostiene con un grupo de caudillejos incultos, ignorantes y de instintos sanguinarios; ni hay sistema posible que pueda fundarse bajo el imperio del puñal.

El sistema federal es, quizás, la última palabra de la ciencia política, en el sentido de las garantías de un pueblo libre; pero haciendo á un lado la falta de preparación de entonces para la adopción de ese sistema, preguntamos: ¿Se nos negará que esa turba de capitanejos mencionados, eran el partido y los elementos del Coronel Dorrego? Creemos que nó, á menos de desconocer ó negar los más vulgares rudimentos de historia patria.

El sistema federal, como todo sistema, no puede coexistir con semejantes sostenedores. Luego el coronel Dorrego, al apoyarse en ese partido, adoptaba sus ideas, que era un *federalismo especial* forjado en el fondo de sus conciencias negras y sombrías, como sus propios aduares.

Es en este sentido que hemos dicho: “El *sistema federal de los caudillos* (no el sistema federal propiamente dicho) á cuyo frente se colocó el Coronel Dorrego, era la negación de todo orden, de todo régimen político; era el grito de la disolución de la patria, la proclamación sangrienta del despotismo y la barbarie, etc.” Y en tal sentido, las palabras que del General Mitre cita el señor Olleros, no desautorizan en manera alguna nuestra aseveración.—Por otra parte, cuando el Coronel Dorrego salvaba en 1820 á Buenos Aires de los bárbaros, apellidándosele el joven Temístocles con ese motivo, no era aún la personalidad política que fué en el congreso de 1826; y en cuanto á sus rasgos fisonómicos externos, poco importan para el examen de sus doctrinas políticas.

Este era, pues, el partido á cuya cabeza se colocaba Dorrego; y este era también el cuadro que la República presentaba á la caída de D. Bernardino Rivadavia.

Solo Buenos Aires se contemplaba, en medio de ese espectáculo luctuoso, como el último baluarte de la civilización y del derecho, en las márgenes del Plata.

Los esfuerzos del inmortal estadista de 1826 por salvar la patria, se estrellaron contra el instinto bárbaro de los caudillos representados en el Congreso por D. Manuel Dorrego.

El triunfo de Rivadavia habría sido completo en el terreno de la ciencia y del derecho.

Pero tras el eco augusto y solemne del debate parlamentario, se sentía el alarido salvaje del caudillo, y el horizonte del país era envuelto en espesas polvaredas levantadas por los tropeles del bárbaro.

Por eso, cuando la Constitución unitaria de 1826, sancionada en el Congreso, era presentada á las provincias, los brutales mandones que las oprimían, asumiendo despóticamente la representación de ellas, la rechazaron, porque veían en esa Constitución el derrumbe de un solio amasado con los cadáveres de sus víctimas.

¿Y nos dirá también el señor Olleros, que la protesta unánime de esa confabulación de caudillos era la manifestación del más puro sentimiento de patriotismo y de justicia?

Y sin embargo, ese fué el recurso á que apelara el Coronel Dorrego cuando se vió derrotado en la arena del parlamento, y ese fué el elemento que representó en la lucha del Congreso.

No tuvo escrúpulos el Coronel Dorrego de defender ese grupo de tiranuelos, que propendían á la derrota de la patria en la guerra heroica que sostenía con el Imperio del Brasil, negándose todos ellos á enviar un solo hombre que aumentara las filas del ejército republicano.

El Coronel Dorrego fué el alma del partido Federal, los caudillos fueron el brazo.

Dorrego es una de nuestras grandes figuras en la lucha de la Independencia y después de esa guerra; sus

glorias podemos ostentarlas con orgullo; pero los últimos tiempos de su carrera pública son sombras que empalidecen su nombre, y que están grabadas para siempre en las páginas de la historia.

### III

Después de esta breve reseña sobre el cuadro que la República ofrecía al finalizar la presidencia de Rivadavia, veamos cuáles fueron las causas eficientes é inmediatas que trajeron la revolución de Diciembre.

El ejército de línea, que se batía con heroísmo en la lucha con el Imperio, y se cubría de laureles en los campos de Ituzaingó, no se empleaba en la opresión de los pueblos, ni impuso á cañonazos candidaturas oficiales.

El ejército de línea en aquellos tiempos de patriotismo y de gloria, eran los inmortales restos de la columna legendaria que traspuso los Andes, costó y surcó el Pacífico, recorrió triunfante la América, y fundó la Independencia de medio continente sobre los pedestales eternos de Chacabuco y de Maipo, de Ayacucho y de Junin.

Eran los hermanos del pueblo y no sus verdugos; recibían las inspiraciones generosas, que los agigantaba en la lucha, del corazón del pueblo; los sentimientos que agitaban á la patria tenían su repercusión en los heroicos pechos de aquellos nobles guerreros de medio mundo.

Jamás volvieron sus armas contra el pueblo de quien las recibieron.

Es que habían tenido por jefes á San Martín, Belgrano, Alvear, Rondeau, Balcarce, Soler, Arenales, Las Heras, Necochea, Lavalle, Paz, Pringles y tantos otros

brillantes capitanes de aquella epopeya grandiosa, en que se combatía y se moría en nombre de un principio santo; habían sido educados en la escuela de esos gloriosos guerreros que á nombre de la libertad de un mundo hicieron conmover diez pueblos al estruendo de sus batallas, alumbrándolos con el resplandor de la victoria, que eran los albores de la libertad.

Ese ejército no podía mirar sin conmoverse las desgracias de la patria, porque no era el patrimonio de los gobiernos, sino el guardián celoso de las libertades del pueblo.

Por eso fué blanco de ataques y de ultrajes por parte del Coronel Dorrego, desde que subió al gobierno.

Ya el doctor Lopez había separado del mando del ejército en campaña al benemérito General Alvear, una de las más ilustres figuras de nuestra historia, para colocar en su lugar un caudillejo ignorante, el general Lavalleja, militar de montonera, incapaz de dirigir un ejército organizado.

Dorrego confirma ese nombramiento, y nuestros más brillantes guerreros, entre los que figuraban Paz, Lavalle, La Madrid, Necochea, Soler y otros, fueron despreciados ó quedaron bajo las órdenes de un jefe inepto, que empleó como elemento de guerra y como *táctica militar*, la depredación, el asesinato y el robo.

El ejército atravesaba por las más terribles necesidades.

El Coronel Dorrego, en vez de engrosar sus filas, se ocupaba más en hacer vergonzosas alianzas con los caudillos del interior, sin exigirles un solo hombre para llenar los claros que los combates habían dejado en las filas del ejército republicano.

El tratado que firmó con Bustos, caudillo que dominaba en Córdoba, muestra cuáles eran los propósitos que animaban al Coronel Dorrego al empuñar en sus manos el bastón del mando.



Trascribimos dos de sus artículos adicionales y secretos, por si el señor Olleros no los conoce.

Con el fin "de asegurar la libertad y los derechos de los pueblos, y establecer sólidamente la paz interior de la República, facilitando todos los medios que conducen á arraigar en ellos la mútua cordialidad y confianza."

Hé aquí los artículos á que nos referimos:

"Art. I.º *A consecuencia de reclamación expresa hecha por parte de la provincia de Córdoba, no permitirá el Gobierno de Buenos Aires la salida fuera del país de las personas que compusieron la administración antes del 3 de Julio, y de D. Carlos Alvear y D. Valentin Gomez, y cuidará de que comparezcan á responder de los cargos que pudieran hacerseles en lo sucesivo por los pueblos.*

Art. 2.º *En justo obsequio de la seguridad que ha demandado la provincia de Córdoba, el Gobierno de Buenos Aires ofrece remover á aquellos empleados que notoriamente perjudiquen á la marcha actual de los pueblos; y asegurará las fuerzas bajo jefes que por sus ideas y conducta, inspiren confianza y alejen de la provincia de Córdoba y demás de la antigua unión, los conflictos de volver á verse empeñadas en guerra civil". (1)*

Este tratado fué negociado y firmado, por la parte de Buenos Aires, por don Manuel Moreno, ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de la administración Dorrego, y por la parte de Córdoba por el enviado *ad-hoc* de esa provincia doctor Francisco Ignacio Bustos.—Fué ratificado por el gobernador Dorrego.

Por el primer artículo, pues, quedaban sujetos al ca-

---

(1) Estos artículos se hallan en la obra del señor Angel J. Carranza: "El General Lavalle ante la justicia póstuma."

pricho bárbaro del sangriento caudillo cordobés, Rivadavia, Agüero, Fernandez de la Cruz, Del Carril, Alvear y Gomez.—Los odios de la barbarie patrocinados por el gobernador de Buenos Aires, el Coronel Dorrego, podían caer impunemente sobre ese grupo de cabezas ilustres, que bajo la inspiración inmortal del genio de Rivadavia, habían constituido el más brillante y glorioso de los gobiernos que desde la revolución hasta el presente, hayan dirigido los destinos de la patria.

Por el segundo artículo, la Provincia de Buenos Aires, cuyo esfuerzo de gigante acababa de romper el empuje de las legiones brasileras, haciendo flamear triunfante el pabellón azul y blanco sobre las águilas imperiales, en una guerra heroica; la Provincia de Buenos Aires, cuna y apóstol de la libertad de medio mundo, era puesta por su gobernador don Manuel Dorrego bajo el bochornoso tutelaje de un caudillo inculto.

El cacique de Córdoba asentaba sus plantas ensangrentadas sobre el cuello de Buenos Aires, agobiando esa noble frente ceñida con la diadema eterna de mil laureles, é iluminada por los resplandores de una epopeya grandiosa.

Y este tratado que junto con los anteriores actos de Dorrego, establecía el predominio de los caudillos y sometía á Buenos Aires con su autonomía como estado federal y sus más sagrados derechos, al capricho de un brutal capitanejo, que la sujetaba á la más inaudita humillación, era firmado por el Coronel don Manuel Dorrego, gobernador de Buenos Aires; y sin embargo, el señor Olleros lo proclama pomposamente *el fogoso defensor de la autonomía de Buenos Aires.* <sup>(1)</sup>

¿Cuándo defendía esa autonomía? Cuando lo hacía en

---

(1) Palabras del señor Olleros en la última parte del penúltimo párrafo del artículo que contestamos.

el Congreso de 1826, hace sospechar que enarbolaba la bandera del falso apóstol con el único propósito de justificar su actitud.

Pretendía halagar las pasiones localistas de los pueblos, dándoles un grado de civilización que hoy mismo sería dudoso en ciertas provincias, para sentar un sistema que bajo falsas apariencias, no era otro que la preponderancia de los caudillos, como lo probaron sus primeros pasos al empuñar el bastón del mando.

El Coronel Dorrego conocía muy bien el estado semi-bárbaro de las provincias, la escasez de sus recursos y lo reducido de sus hombres públicos.

Sabía que el sistema federal en esas condiciones robustecía la dominación del caudillaje.—Sabía también que el sistema unitario, tal cual lo presentaba Rivadavia, era el único capaz de salvar la patria.

Pero defendió al primero, y ahora es el momento de preguntar, ¿cuándo obraba con sinceridad el Coronel Dorrego; si en los días en que sostenía el sistema federal en el Congreso, ó cuando fortalecía el imperio de la barbarie, haciendo alianzas bochornosas con sus caudillos, y preparando de esa manera un período luctuoso de destrucción y sangre?

Queremos, por el honor mismo de nuestro país, por las glorias que el Coronel Dorrego dió á la Patria durante una gran parte de su carrera pública, á nombre del patriotismo y de la gratitud que abrigamos hacia esa noble figura de nuestra independencia, queremos creer que Dorrego amaba el federalismo por convicción; y que los elementos de que se sirvió para hacerlo triunfar, fué un error, como fué una inspiración desgraciada, ó una dolorosa desviación de los dictados del patriotismo, producto de una ambición legítima llevada á una exageración extrema, sus primeros pasos en el gobierno respecto de la campaña del Brasil, y la alianza celebrada con el más funesto caudillo, por su influencia en

los otros que oprimían las provincias; alianza en que la autonomía y la dignidad del pueblo de Buenos Aires caía en jirones bajo el capricho del sombrío dominador de Córdoba.

No podemos suponer perversas intenciones conscientemente elaboradas en el brillante militar de la emancipación y en el glorioso salvador de Buenos Aires en 1820; porque esto sería marcarlo en la frente con el sello del más malvado criminal. No clasificaremos al Coronel Dorrego por esos hechos, con la dureza con que el señor Olleros llama al General Lavalle *matador de Dorrego*, que nos recuerda el de *asesinado por mi orden* con que los sicarios del tirano llamaban á Lavalle; no llamaremos á Dorrego así, porque nos impide hacerlo la gratitud, la admiración y el respeto que siempre nos inspiró.

No lo justificamos tampoco, porque esto sería falsificar la historia, ofender la patria, y declararnos en guerra abierta con nuestra propia conciencia.

#### IV

Delineada á grandes rasgos la situación general de la República, y conocida la conducta observada por el Coronel Dorrego en el gobierno, no puede ser dudosa la santidad de la causa de la revolución de Diciembre.

Tenía, pues, bandera y objeto: la salvación de la patria y el imperio de la libertad, de la civilización y del derecho; la reorganización de la nación sobre los principios del orden y de las instituciones republicanas; la resurrección de las provincias á la vida libre, y como su consecuencia, el derrumbe de la barbarie entronizada. No nos detendremos á probar que el General Lavalle y el ejército mismo eran en esos momentos la úni-

ca esperanza de los pueblos oprimidos. Eso bien lo sabe el señor Olleros.

¿No tenían nada para sustituirlo? ¿Y no sabe el señor Olleros que ese movimiento esencialmente popular, representaba la reacción salvadora de un gran partido, del partido unitario, cuyas doctrinas eran las únicas que podían detener al país que se precipitaba al abismo de la disolución?

¿No sabe que el triunfo de la revolución hubiera dado por resultado la organización definitiva de la República sobre las bases duraderas que formuló el genio de Rivadavia, y que el Congreso de 1826 le otorgó su sanción legal?

Es verdaderamente extraño que el señor Olleros, cuyos conocimientos sobre historia patria nos complacemos en reconocer, diga que no había nada para sustituir el *orden de cosas que existía* antes de la revolución, debiendo conocer las doctrinas políticas de uno y otro partido.

Por lo demás, en cuanto al éxito, tanto se ha dicho, que sería enojoso repetirlo.

Pensamos que los pueblos tienen el derecho y el deber de levantarse con las armas en la mano cuando sus más sagradas garantías son holladas por indignos mandatarios.—Que deben arrojar del poder á los gobiernos que en vergonzosa confabulación precipitan la patria á la ruina y á la desaparición como estado constituido.

Pensamos que un pueblo republicano que con indiferencia viera á su gobierno que le cavaba su propia tumba, sería indigno de figurar en las listas de las naciones libres, porque sería un estado de servilismo abyecto que lo incapacitaría para el ejercicio de sus derechos políticos.

Pensamos que una revolución santificada por una de estas causas, no dejaría de ser santa por la desgracia en el éxito.

Los movimientos populares no reciben su glorificación del éxito, siempre incierto en el terreno de la guerra, sino de las causas que les dieron nacimiento y de la bandera que les dió su sombra.

Hé ahí nuestra opinión respecto de las revoluciones.—Por eso es que no acompañamos á los que creen que solo el éxito puede justificarlas; como no justificaríamos una revolución mala en sus fuentes y en sus doctrinas, aun cuando obtuviera la más completa victoria.

Si la revolución de Mayo hubiera fracasado, para nosotros, hubiera sido igualmente santa, como fué santa la cruzada libertadora contra Rosas dirigida por Paz, Lavalle y La Madrid, á pesar de no haber triunfado, y glorificamos también el pronunciamiento del II de Setiembre de 1852, vencido en Cepeda, y aun cuando hubiera obtenido el mismo éxito en Pavon y en la Cañada de Gomez; como santificamos los movimientos posteriores que han desplegado la bandera de las libertades públicas, suprimidas ó anuladas por el capricho de gobiernos corrompidos.

Quizás nuestras ideas serán clasificadas de atrevidas y desautorizadas; porque no llevan la firma de un jurisconsulto ó un escritor conocido.

Aunque carecen hasta de la más humilde autoridad, y sin pretender sentar una doctrina política, creemos que no nos es prohibido emitir una opinión franca y sincera, obedeciendo á los dictados del patriotismo y la conciencia. Opinión, que por otra parte, la hemos bebido de las doctrinas de constitucionalistas distinguidos.

En este artículo no nos hemos detenido á refutar punto por punto y detalle por detalle, el artículo del señor Olleros;—lo hemos contestado desde un punto de vista general, abarcando nuestra refutación las opiniones vertidas por el señor Olleros, y aun las que ha dejado de emitir, pero que le atribuimos, como consecuencia de su mismo escrito.

Hemos procedido de este modo, por creer innecesario hacerlo más detalladamente.

Sin embargo, como también es esto un plan general sobre la materia, nos reservamos su desenvolvimiento en detalle, en un caso, en que motivos considerables lo reclamen.

Por el momento hemos terminado.

Pero antes de poner nuestra firma, debemos una explicación respecto de la escasez de citas que se notará en nuestro artículo.

No es originado este proceder por una fatua presunción de propia autoridad y suficiencia. Podríamos haber llamado en nuestro apoyo muchos escritores y entre éstos, gran parte de los citados por el señor Olleros, pues la opinión de los últimos ó está en contradicción con sus propios hechos (hablamos de los contemporáneos de Lavalle) ó el espíritu de su opinión no condena al jefe de la revolución de Diciembre, ó entre la posteridad ha habido ausencia de luces históricas, ó atribuyen el error á la época y no al hombre, como el general Sarmiento.

Y no hemos apelado sino á la autoridad de un reducido número de escritores, por creer que por las vistas históricas reveladas al emitir la opinión, ó por los importantes documentos exhibidos, son los únicos que pueden terciar en el asunto, y de estos nos hemos reducido á dos por el momento, Sarmiento y Carranza.

El general Mitre poco se ha ocupado de este punto, si no es respecto de Dorrego en el año 1820, que en nada, por cierto, condena al General Lavalle; sin embargo, aún podemos esperar que alguna vez se haga oír la autorizada palabra del eminente historiador, y este aún no bien claro asunto, desde el punto de vista político, recibirá abundantes luces, que quizás lo aclaren por completo.

## ADVERTENCIA

---

Debido á la precipitación con que se han corregido algunos pliegos, se han deslizado errores ortográficos y aun de dicción, especialmente en las *Cartas á un amigo* y en *Dorrego ante su posteridad*.

Siendo pocos, creemos excusado agregar una tabla que los subsane, pues los salvará el buen sentido del lector.



# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Dos palabras.....	3

## VELADAS LITERARIAS

El porvenir argentino.....	9
Los héroes olvidados.....	19
Camila.....	29

## CARTAS Á UN AMIGO

Carta I.....	39
"  II.....	45
"  III.....	49
"  IV.....	54
"  V.....	60
"  VI.....	66
"  VII.....	71
"  VIII.....	77
"  IX.....	87
"  X.....	92
"  XI.....	97
"  XII.....	102
Última carta.....	109

## DORREGO ANTE SU POSTERIDAD

El Mártir de Navarro.....	115
El coronel Dorrego.....	121
Borrón sobre borrón.....	143

## CUENTOS

Horacio.....	157
Los desheredados argentinos.....	185

	PÁGINAS
Patricio Rayo.....	219
Carmen.....	249
Un cuento como hay muchos.....	270

## ARTICULOS VARIOS

Del libro negro.....	285
Los haraganes.....	290
Del libro azul {	296
	297
	300
El trabajo de la mujer.....	303
Íntimos recuerdos.....	305
El Doctor Tal.....	313
Los que traen y los que llevan.....	318
9 de Julio de 1816.....	322
De todo un poco {	326
	329
	331
	334
Nadie es profeta en su tierra.....	337
Sin título.....	342
El Baile.....	347
La peor costumbre.....	352
Sin tema?.....	356
Bocetos al carbón {	360
	364
	368
¿Quién es el que escribe?.....	372

## APÉNDICE

Artículos del Sr. Fernandez {	379
	384
Advertencia.....	400